
Bella Donna
NOELIA FRUTOS

BELLADONNA

NOELIA FRUTOS



© Todos los derechos reservados
No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *BellaDonna*
© *Noelia Frutos*

Edición publicada en noviembre de 2025

Corrección: *Nia Rincón*
Diseño de portada y contraportada: ®*LadyFuxia*
Maquetación: *Noelia Frutos*
Imágenes de portada e interior*: Freepik y Word.*

«Para todos aquellos que alguna vez, como nuestros protagonistas, necesitaron una segunda oportunidad».

Advertencia:

Esto no es un *Dark Romance*, pero cuidado, hay escenas que podrían herir sensibilidades. Al igual que prometo que hay otras que te arrancarán más de un suspiro y, por qué no decirlo, alguna que otra sonrisa.

Léelo bajo tu responsabilidad, prometo mucho de los dos últimos.

INDICE

Prologo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22

Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Epílogo 1
Epilogo 2
Agradecimientos
Sinopsis
Nota de Autor

PROLOGO

La libertad es un derecho que, en ocasiones, se nos es privado, pero cuando eso ocurre, lo único que te queda es organizarte, trabajar desde tu cautiverio y elaborar el castigo para los que osaron traicionarte.

Salgo de prisión con el sol perforándome los ojos. El aire libre huele a hierro caliente y mierda, como si me advirtiera que la calle no es más amable que estar entre las rejas. Camino despacio, dejando que cada paso me recuerde que sigo aquí, respirando, y que tengo cuentas pendientes.

Giovanni espera en un coche negro, apoyado en el capó. No pierde su gesto contenido ni siquiera cuando me ve.

—Bienvenido de vuelta, jefe.

—La bienvenida se la das a quien sale limpio —le respondo, lanzando mi bolsa en el asiento trasero—. Yo lo hago con demasiadas deudas que saldar.

—Todo a su tiempo, jefe. Ahora es momento de reclamar tu trono —dice, abriéndome la puerta del copiloto.

En el momento que el motor ruge y dejamos atrás el centro penitenciario, bajo la ventanilla, saco la mano y formo una peineta con el dedo.

«¡Que le jodan a este maldito lugar!».

Conforme avanzamos, las montañas se diluyen a lo lejos mientras la ciudad se levanta frente a nosotros gris y sucia, como siempre.

—Parece que cuatro largos años dan para que las ratas se acomoden —digo sin apartar la vista del horizonte, apretando la mandíbula—. ¿Cómo está el negocio?

—Resistió a duras penas. Hay mucho trabajo por hacer. Algunos han querido hincar el diente en tu ausencia, pero Viatore y yo hemos intentado mantener el control tanto como hemos podido. Las rutas siguen abiertas, los contactos también y la venta activa. Aunque, en cuanto a eso… —vacila. Y yo odio que la gente dude—. Alguien anda apropiándose de nuestra mercancía.

Aprieto los puños, furioso.

Los anillos que adornan mis dedos se me clavan en los callos de las palmas de mis manos. Si creen que no voy a reclamar lo que me pertenece, necesitaré recordarles quién manda realmente.

—Ya me preocuparé por eso después —gruño—. Llévame a La Dalia Negra.

Giovanni asiente mientras se le forma una sonrisa en los labios, suponiendo que el día va a ser largo.

Lo que no entiende es que necesito sentir que sigo siendo dueño de algo. Y La Dalia Negra es mi bien más preciado. El negocio que me hizo escalar puestos y convertirme en un rey, un monarca al que han pretendido destronar, pero, en cuanto al tráfico humano, yo soy el líder.

El coche se detiene frente al club. La fachada, aunque discreta, oculta en su interior mi verdadera joya. Al entrar, el calor y el olor a licor me envuelven, sintiéndome de nuevo en casa.

Cream de Prince suena en los altavoces, calentando el ambiente.

Me muerdo el labio y sonrío al ver que, por lo menos, esta parte de mi negocio continúa a máximo rendimiento.

Varias chicas bailan en los diferentes escenarios mientras que cada una de sus prendas caen sobre la tarima. Otras se pasean con un diminuto tanga entre las mesas, sirviendo a los clientes que disfrutan del espectáculo. Y, por último, las que atienden la barra, lo hacen con premura mientras dedican sonrisas seductoras.

Abro los brazos y disfruto cuando los míos, los que crecieron conmigo para convertirme en el dueño de la Camorra, me observan con respeto y admiración.

Los aplausos no se hacen esperar y me veo rodeado de pelotas y saludos de bienvenida.

Todos los clientes y socios del negocio son inteligentes y, a pesar del buen recibimiento, guardan las distancias, precavidos.

Hombres listos.

—¡Capo! —Viatore se adelanta con su sonrisa de siempre, pero se detiene al notar mi mirada.

—Sin abrazos, Viatore. Dame buenas noticias.

—El negocio marcha, aunque no como antes. Tus socios de Salerno intentaron meter mano, aunque… —señala su puño enorme y lo choca contra su mano contraria— los echamos rápido.

—Bien, pero eso ya me lo ha contado Giovanni. Que nuestros hombres difundan que el trono sigue ocupado. Dame algo que no sepa.

Una camarera deja un vaso de *whisky* frente a mí. Antes de que se marche, la sostengo de la muñeca. Intenta disimular una mueca de dolor, escondiéndola tras una sonrisa, sin embargo, sé que estoy apretando con la suficiente fuerza para que le suponga todo un esfuerzo.

Alargo uno de sus dedos, lo introduzco en el vaso de *whisky* y remuevo el contenido. No aparto mis ojos de los suyos, aun así, puedo escuchar el ruido de los hielos chocar contra el vidrio.

Saco la mano. El dedo le gotea cuando lo pongo frente a su cara.

—Chupa —le ordeno.

Ella, como la chica obediente que es, no duda en abrir sus carnosos labios y lamerlo. Observo cómo su lengua lo rodea hasta llegar a la segunda falange. Succiona su propio dedo como si de mi polla se tratase. Y justo así es como lo siento cuando noto que se me pone dura tras los pantalones.

Cuando creo que lo ha saboreado lo suficiente, se lo saco de un tirón brusco y, con mi mano libre, le coloco el vaso de *whisky* en la suya.

—La próxima vez que me sirvas una copa de una botella que no esté precintada, serán los cristales de ese vaso los que te introduciré en esa codiciosa boquita y no me quedaré satisfecho hasta que vea cómo te los tragas, ¿me has entendido? —le advierto en un tono bajo y duro.

Observo cómo su garganta se mueve cuando traga saliva, nerviosa, y asiente con la cabeza.

—L-lo siento —titubea su disculpa en un acento marcado—. Enseguida le cambio la copa, jefe.

Antes de soltarla y dejarla marchar, al verla tan solícita, le regalo una caricia con el pulgar en el interior de su muñeca.

Una vez que me sirve de nuevo de una botella recién abierta, lo huelo y tomo un sorbo, dejando que el calor me abrace desde dentro.

Miro alrededor con ojos admirativos: cortinas rojas; sofás gastados; mujeres y hombres que me escrutan con una mezcla de intriga, miedo y excitación. Todo sigue tal y como estaba hace cuatro años, pero a la vez parece distinto.

Viatore se inclina hacia mí y me comenta en voz baja:

—La Policía mantiene los ojos cerrados de momento en cuanto a los asuntos de La Dalia Negra, pero desde hace unos meses algo ha cambiado. Cada vez nos resulta más complicado encontrar chicas. La cuestión es que, quién esté detrás de ello, sabe camuflar muy bien el rastro.

—Lo averiguaremos —respondo con firmeza, dejando el vaso sobre la barra. Permití que me atraparan una vez, sin embargo, desembolso una cantidad cuantiosa destinada a la Policía para que me informen de qué se ha estado cociendo en este tiempo—. Vamos al despacho.

Viatore le hace un gesto a Giovanni y este último nos sigue.

Cruzamos el club y subimos las escaleras hasta mi oficina privada. El aire aquí es más denso, impregnado de madera y cuero. Me dejo caer en mi sillón y repaso con mis manos el escritorio.

—Sentaos —les ordeno, señalando las sillas frente al escritorio.

Ellos, como los buenos perros adiestrados que son, obedecen.

—Ahora hablemos de lo que importa. —Cruzo los dedos sobre la mesa—. ¿Dónde está?

Viatore mira a Giovanni, incómodo, y este último no tarda en responder.

—No sabríamos decirte.

—¿No sabríais decirme? —pregunto, sintiendo cómo la cicatriz que me recorre una de mis sienes se tensa cuando frunzo el ceño.

Con una tranquilidad escalofriante, abro el primer cajón del escritorio y saco mi arma. No me hace falta asegurarme de que está cargada, lo sé. Es como siempre debe estar. Alzo los ojos a la vez que mi mano y, en cuanto apunto hacia Giovanni, disparo.

La bala le perfora el ojo derecho y sé que está muerto antes de que su cabeza rebote hacia atrás a causa del impacto.

La sangre salpica a Viatore, que se aferra a los reposabrazos de su asiento con fuerza.

El silencio me incomoda, por lo que miro a mi hombre para que hable.

—Lo que Giovanni quiso decir es que desapareció poco después de que lo hicieses tú, jefe —añade Viatore al fin, sin desviar la mirada a su izquierda ni una sola vez—. Pero antes de que le perdiésemos el rastro, descubrimos algo interesante de la mujer con la que compartiste confidencias y cama. No hemos podido comprobar si realmente fue ella quien te delató a la Policía. —Sé que se muere por echar un vistazo al cuerpo inerte de Giovanni—. Lo que sí averiguamos es que esconde lo que creíste perdido antes de tu caída.

El silencio cae pesado en el despacho. Siento el cuero del sillón crujir bajo mis hombros cuando me inclino y me acomodo.

—¿Estás seguro?

—Tanto como de mi propio nombre —responde esta vez firme, sin un dejo de duda.

—Quiero recuperarlo. Y también a ella.

Viatore carraspea.

—Capo, quizá la obligaron. Tal vez no te traicionó por voluntad propia.

Le dedico una mirada fría.

—Eso lo decidiré yo. Presionada o no, alguien firmó mi sentencia —declaro—. De todas maneras, de una forma u otra, ella tiene una deuda que saldar. Aprenderá que los pactos, por mucho que pase el tiempo, no prescriben.

—¿La quieres viva? —pregunta Viatore, inclinándose hacia adelante.

—Sí —le ordeno.

Quiero verla. Quiero que me explique cómo una persona puede amar a un hombre de noche y ser capaz de venderlo cuando amanece.

—La encontraremos.

—Hazlo con cuidado, sin levantar sospechas —añado en advertencia—. Antes de decidir su destino, quiero mirarla a los ojos y descubrir si el veneno fue suyo o a causa de otros.

Viatore se levanta, listo para salir.

—Llévalo contigo. —Le señalo a Giovanni.

Asiente, agarra el cuerpo y se lo carga a los hombros. Me enciendo un cigarrillo y suelto el humo mientras observo el reguero de sangre que deja a su paso hasta que sale y la puerta se cierra tras él, amortiguando la música que suena en el local.

Me quedo solo, con la lámpara lanzando sombras sobre mi escritorio. La Dalia Negra, mi club de *striptease*, mi prostíbulo, el lugar donde se efectúa la venta de mujeres de distintas nacionalidades, bulle afuera, ajena a la tormenta que voy a desatar cuando descubra dónde está.

Me he pasado cuatro largos años anhelándola, odiándola, deseándola, alimentando mi rabia y sufriendo la obsesión que me llevó a sentir por ella.

Una multitud de sentimientos, totalmente contradictorios unos de otros, que lo único que han hecho es que, cada día que pasaba, la recordase más.

El cigarrillo se consume despacio, dejando una brasa que ilumina mis dedos cuando aspiro. La ceniza cae sobre la madera del escritorio y no la aparto; me gusta verla acumularse, como si fuera el polvo de todo lo que estoy dispuesto a barrer del mapa.

Escucho abajo las risas, el tintinear de vasos, los pasos ligeros de las chicas que van y vienen entre los clientes. Todo sigue su curso, ignorando que, aquí arriba, he decretado una guerra silenciosa.

Me levanto y camino hasta el ventanal. Desde aquí, Nápoles late bajo un cielo que amenaza lluvia. Las luces de las farolas dibujan charcos amarillentos en el asfalto, y en esa humedad reconozco el olor de las viejas cacerías. No hay redención para los que me traicionan, solo un destino: la venganza.

Pienso en ella. En sus labios que mentían dulzura, en la forma en la que me miraba cuando creía que era dueño de su lealtad. Me engañé creyendo que podía confiar, o tal vez fue todo parte del juego.

Aprieto la frente contra la ventana, cabreado. No puedo permitir que los recuerdos me ablanden. No después de saber que se han llevado lo que es mío. Lo que pensé que había perdido y he lamentado mientras me pudría en un agujero, esperando el día de salir.

Un golpe discreto en la puerta me arranca de mis pensamientos.

—Capo… —Viatore asoma la cabeza, con la camisa salpicada de sangre y el gesto pétreo—. El cuerpo ya ha desaparecido.

Asiento sin girarme del todo.

—Bien. Quiero que limpies el nombre de Giovanni antes de que empiecen los rumores. Dirás que se fue de viaje, que está atendiendo un negocio en el extranjero hasta nuevo aviso.

Viatore asiente de nuevo. Me conoce y sabe que, si desobedece, él será el siguiente.

—¿Y la mujer?

—Primero averigua dónde se esconde. Después iremos a por ella —respondo, aplastando la colilla en el cenicero—. Si alguien la obligó a delatarme, quiero saberlo.

Mientras Viatore se marcha, cerrando la puerta, tomo del cajón una libreta que nadie más conoce. La empecé hace años, cuando mi instinto me dijo que algún día todo podía venirse abajo. En sus páginas guardo números, direcciones, favores que me deben y otros que yo concedí a cambio de silencio.

Paso mis dedos por la información que me hará dar con ella.

Cierro la libreta y la guardo. La noche apenas comienza y ya puedo sentir cómo la calma del club será devorada por el huracán que llevo dentro.

Afuera, la música suena con fuerza y sonrío con la certeza de que no habrá escondite lo bastante profundo ni pacto lo bastante sólido que la salve. Si confirmo que fue ella quien me vendió, no habrá lugar en el mundo en el que pueda esconderse de mí.

Si, por el contrario, no lo fue, aún tendrá que probar su inocencia ante mí. Y se me ocurren varias formas de hacerlo. He pasado cuatro largos años en prisión y mi demonio interior grita por salir a jugar.

Me sirvo otro *whisky* y me lo bebo de un trago. Muy pronto, alguien va a descubrir que no se roba un reino sin pagar el precio.

Ella cree que escapó, aún no sé si de mí o de quien verdaderamente me traicionó. Lo que importa es que yo ya estoy libre y espero que recuerde que las deudas siempre se pagan; el precio que acordamos es que ella sería mía.

Mi querida Bella Donna.

CAPITULO 1

Isabella

La primera vez que cogí un arma apenas tenía catorce años; podría haberlo hecho mucho antes, pero, tras como fueron los primeros años de mi vida, evitaba todo lo que tuviese que ver con temas de la mafia.

El simple sonido de un seguro deslizándose o el chasquido metálico de un cargador me llevaba de regreso a esas noches en las que mi madre temblaba, tratando de protegernos del hombre que yo creía mi padre.

«Ángelo de Lucca».

Todavía me cuesta pronunciar su nombre sin que algo dentro de mí se encoja de pavor.

Apenas viví con ese monstruo los seis primeros años de mi vida y no puedo decir que me pusiese una mano encima; que yo recuerde, la peor parte la vivieron mi madre y mi hermano, pero sí tengo grabado el olor al miedo que se respiraba con su presencia.

Quién iba a imaginar que, tras los muros de la vivienda de un alto cargo de los Carabinieri, fuera una auténtica casa de los horrores.

Las palizas y las voces eran el pan de cada día. Mi madre, Bianca, lo intentaba compensar colmándonos de amor. Siempre nos sonreía, aunque su corazón y su interior sangrasen por el desastre de vida de la que no se creía capaz de escapar.

Nunca le he reprochado a mi madre que aguantase toda esa vida de abusos, al contrario, para mí siempre ha sido una heroína que, a pesar de saber que podría haber perdido su vida, no se rindió y apostó por su verdadero amor. Aunque se tratase de un capo de la mafia.

Ese día fue Giancarlo, mi verdadero padre, quien me puso la pistola en las manos. No lo hizo con violencia ni con exigencias, sino con una calma que me desarmó más que el propio peso frío del metal.

—Sujétala bien, Bella —me dijo, mirándome como si pudiera ver más allá de mi miedo—. No te pido que dispares, solo que la reconozcas. Que entiendas que no es más poderosa que tú.

Temblaba.

Las manos, la voz, hasta el aire que respiraba parecía que conseguirían quebrarme. Él se dio cuenta, claro que lo hizo. Su silencio siempre tuvo la fuerza de mil palabras, pero esa vez eligió hablar.

—Tengo miedo —reconocí sin vergüenza.

—El miedo no es tu enemigo. El miedo te mantiene viva —proclamó con seriedad, como si me contase una verdad universal—. Los únicos que ya no sienten miedo son los que están muertos.

En ese momento entendí que no es malo tener miedo, lo peor es no saber controlarlo.

Lo miré y en sus ojos encontré algo que nunca había visto en los de Ángelo. Tenía elección. Disponía de libre albedrío.

En la familia Moretti, mi familia de verdad, no existe la obligación de ensuciarse las manos con sangre si no lo deseas. Ese derecho siempre ha sido nuestro legado, tanto en las calles que controlan como en los códigos de honor que los demás respetan.

Mi padre y después mi hermano, una vez que se hizo con el control de la mafia, siempre nos lo han dejado claro: puedes escoger.

Puedo ser parte del negocio o caminar lejos de él. Eso era lo que mi madre nunca tuvo con Ángelo, una salida, una opción. Giancarlo Moretti sabía que por eso había sufrido tanto y nunca quiso que nosotros pasásemos por ello. Antes mataría sin contemplaciones a quien nos obligase a hacer algo que no deseásemos.

No es de extrañar que, cuando decidió que había llegado el momento de dar un paso atrás y dejar que alguien ocupase su lugar, le cediese el control total de la Cosa Nostra a mi hermano Adriano. Puede que no sea de su propia sangre, pero es su hijo de corazón.

Le inculcó los valores que lo convertirían en el hombre que hoy día es, el que lucha hasta el extremo por lo suyos, incluso si en el proceso acaba muerto.

Aquel día no apreté el gatillo, tampoco lo necesitaba ni era la intención de mi padre. Lo importante era comprender que podía decidir cuándo, cómo y si alguna vez lo haría. Que no era una prisionera de un apellido, sino heredera de una historia en la que mi voz también contaba.

Mientras le devolvía el arma, sacó un estuche alargado y estrecho y me lo entregó

—¿Qué es esto? —pregunté, sosteniéndolo con delicadeza entre mis manos.

—Un regalo.

Alcé una ceja, dubitativa, y, una vez que lo abrí, se me frunció el entrecejo.

No esperé a que me dijese que lo cogiera. Lo saqué del mullido cojín y observé el afilado y reluciente bisturí.

El mango era un modelo número cuatro, de unos catorce centímetros de largo y una hoja del número diez, de cuatro con dos centímetros.

Pasé el dedo por el filo y lo aparté de golpe cuando la yema comenzó a sangrar.

Giancarlo me sonrió con esa calma peligrosa que solo tienen los hombres que saben lo que son y lo aceptan sin temor.

—Recuerda esto, Isabella: un Moretti no se define por el arma que carga, sino por la elección que hace al empuñarla.

Por primera vez en mi vida, sentí que el peso que llevaba en las manos no era el del acero, sino el de mi propio destino.

Me llamo Isabella Moretti y me crie en el corazón de la Cosa Nostra, donde la lealtad es un arma de doble filo y las traiciones se pagan con sangre.

Desde pequeña aprendí a sobrevivir en un mundo de hombres y a defenderme con algo más afilado que las palabras. Simone es la única compañía en la que confío a ciegas. Ha sido mi escudo, mi sentencia y, a veces, mi única forma de respirar.

Mi pasado es un rompecabezas que nadie logra descifrar. Lo oculto detrás de una sonrisa irónica y una mirada que corta más que un cuchillo, pero ahora tengo una herida que dudo que deje de sangrar.

Con la guerra llamando a la puerta y un enemigo acechando en cada esquina, me veo obligada a hacer lo impensable: aliarme con el hombre que destrozó mi vida y me rompió el corazón en mil pedazos para que me ayude a descubrir la verdad. Porque, en esta nueva partida, la venganza es un juego que no pienso perder.

***

Tener conciencia de que estás en peligro es lo único que puede marcar la diferencia a la hora de salvarte.

Nunca me pongo el cinturón de seguridad antes de arrancar el coche. Supongo que es una manía estúpida o una señal de que, en el fondo, le doy demasiada importancia a encontrarme de frente con la muerte.

El estómago se me oprime cuando siento el ronroneo del motor bajo mi cuerpo, instalándose un mal presentimiento. Mis dedos apenas rozan el broche de seguridad y ni siquiera me da tiempo a cruzarme la cinta por el pecho cuando lo veo por el espejo retrovisor.

Primero son las luces. Dos faros diminutos alumbrando la espesa negrura. Después percibo la velocidad y cómo un vehículo que no debería estar aquí se acerca por detrás con gran rapidez. Y, por último, siento el impacto.

El rugido del metal chocando me atraviesa los oídos antes de que tenga tiempo de tan siquiera gritar. Aprieto con fuerza los dientes y todos mis músculos se tensan, preparándome para lo que está por venir.

Sin poder evitarlo, mi cuerpo se convierte en un peso muerto y es lanzado al vacío. La luna delantera me escupe con rabia hacia el asfalto, como si el coche ya no me quisiera dentro.

Todo es ruido, cristal, humo y dolor.

Se desdibuja la línea temporal y no tengo ni idea de cuánto tiempo ha pasado. Puede que hayan sido segundos, o quizá toda

una eternidad.

Estoy tendida boca abajo mientras el mundo se tambalea y mi cabeza zumba como si tuviera un enjambre cabreado dentro. El gusto metálico de la sangre se mezcla con el olor del pavimento caliente. Aun así, en las circunstancias precarias en la que me encuentro, soy capaz de escuchar los pasos.

Intento moverme, no puedo permanecer en esta posición tan vulnerable. Sin embargo, cuando lo hago, mi cuerpo protesta y reacciona con un gemido ronco.

Con la cara ladeada y pegada a la carretera, veo unos zapatos negros pulidos. Agudizo el oído, tomo conciencia de mi entorno e intuyo, por los movimientos, que son solo dos.

Uno de ellos se agacha y me agarra con fuerza del pelo, como si fuera una simple muñeca rota.

«Hijo de puta», me retumba en la cabeza, y lo miro a los ojos, deseando poder desintegrarlo.

Me incorpora con un tirón tan brutal que me avergüenzo al soltar un alarido que hace eco en el polígono abandonado.

Debería haber intuido que algo no cuadraba cuando Marco me ha pasado la localización de un supuesto nuevo cliente que requería de nuestros servicios.

Se ha ofrecido él a acompañarme, por supuesto, pero con el exceso de trabajo que tenemos no podíamos permitírnoslo. También se han unido mis ganas de desaparecer y quitarme de en medio, para no encontrarme con visitas no deseadas, el que haya aceptado el trabajo en solitario.

Soy socia de una empresa *freelance* de Analistas de Sistemas. Y si digo «*freelance*» es porque seleccionamos a los clientes que se ponen en contacto con nosotros y elegimos si aceptamos facilitarles la vida en sus empresas.

Otra cosa es que algunos sean negocios de dudosa moralidad. No juzgo. Y menos cuando provengo de una de las mayores y reconocidas familias de la Cosa Nostra.

El caso es que debí sospechar de que había gato encerrado al llegar al lugar y encontrarlo desierto, y no porque sea bien entrada la noche, pues más de un cliente nos ha citado fuera de horario para

que podamos dar soluciones a medida a su empresa. Nada como la discreción cuando tu sistema resulta ser una basura y requiere que lo analicemos.

—Mira lo que tenemos aquí… Una ratita —dice en un idioma que, por desgracia, entiendo, y hace que un fuego abrasador me recorra las venas. Tiene un acento pesado, el cual odio de inmediato.

Es ruso y un idiota, el cual próximamente va a morir.

La risa que se le escapa entre los dientes mientras me observa y tira con más ahínco de mi cuero cabelludo se le corta de cuajo.

No lo ve venir. Tampoco lo culpo. ¿Quién se lo esperaría de una mujer tan magullada como debo verme? En un movimiento rápido, casi reflejo, mi mano se mueve y alcanza lo que siempre llevo pegado a la piel.

Simone.

Mi bisturí silba en el aire. Es el sonido más maravilloso que podría escuchar. Ataco donde creo que puedo desestabilizarlo sin que oponga resistencia. Mi fiel compañero hace su función sin fallarme y noto cómo se hunde en la carne blanda de su talón, justo donde los tendones de Aquiles lo sostienen y gritan. Él también lo hace mientras se desploma, como si le hubieran cortado los hilos que lo aguantan. No le doy tiempo a reaccionar. No siento el dolor que amenaza con tragarme, no siento algún tipo de remordimientos, solo me defiendo ante su ataque. Son ellos o yo. Y tengo clarísimo a quién elijo. Me lanzo sobre él, aún aturdida, y le clavo a Simone en el pecho. No una vez, sino tres o cuatro, hasta que deja de moverse.

La sangre me salpica la cara y el calor me enciende los nervios.

Todo ha sucedido en un segundo y de forma sigilosa, cuando percibo otro movimiento a mi izquierda.

El segundo atacante ya está cerca, observo cómo mira sin dar crédito la estampa ante él. Desenfunda su arma, pero el muy cretino no es tan rápido como lo soy yo. Giro como una gata rabiosa, me impulso con lo que me quedan de fuerzas y, de un solo movimiento de muñeca, el filo del bisturí le abre la garganta como si fuera papel mojado. La sangre brota como una fuente que se acaba de romper. Cae de rodillas, sus ojos me miran sorprendidos, se lleva las manos

a la piel lacerada, tirando su pistola en el proceso, en un inútil intento por taponar la fuga. Lo observo, sabedora de que es imposible, cuando se desploma, gorgoteando sus últimos resquicios de vida a mis pies.

Respiro entre jadeos, como si en los últimos minutos hubiese corrido una maratón. Me arde todo el cuerpo, pero lo importante es que sigo viva.

—Joder… —susurro con el cuerpo dolorido.

Una vez que el peligro ha pasado, soy consciente de lo malherida que estoy.

Mi piel, sobre todo la de mis hombros y brazos al llevar una blusa de tirantes, está llena de rasguños. Siento el escozor, como si millones de agujas se me clavasen sin remisión, sin darme tregua.

Siseo cuando me llevo una mano a la cabeza, justo en un punto por encima de la frente, en el nacimiento del pelo, y noto la viscosidad que me recorre cuando me arranco un diminuto trozo de cristal.

«Necesitaré darme algún que otro punto de sutura», pienso al notar que la herida ha dejado un pequeño agujero, pero eso, ahora mismo, puede esperar.

Me tambaleo. Me obligo a acercarme hasta mis atacantes y revisar los cuerpos. Necesito saber quiénes y por qué me han atacado. Busco entre sus bolsillos cualquier documentación o algo que me dé alguna pista. No es hasta que desabrocho de un tirón la camisa del primero, el que me tiró del pelo creyendo que había capturado a su presa, que lo veo.

—Me cago en mi puta estampa… —blasfemo en alto en el silencio de la noche al ver el tatuaje que lleva en el pecho.

Tiene tintado el alambre de espino junto a un cráneo con las alas negras.

En cuanto ha abierto la boca, no me ha cabido la menor duda que se trataba de la mafia rusa, pero estos de aquí no son cualquier mafioso de poca monta, no. Voy hasta al que le rebané el cuello y me muerdo los labios al ver dibujos similares. Por los tatuajes que decoran sus pieles pertenecen o, mejor dicho, pertenecían a los Urkas.

—Mierda… —escupo, maldiciendo mi suerte.

Por primera vez en mucho, mucho tiempo me tiemblan las manos.

Arrastrándome, ya que no creo que las piernas sean capaces de sostener mi peso, me dirijo hacia lo que queda de mi coche. El motor aún humea y los cristales que lo rodean se me clavan en las palmas de mis manos, aunque no me detengo.

Rebusco y encuentro mi teléfono móvil bajo el asiento y me alegro de que aún siga intacto.

Con el corazón golpeando como un tambor en la garganta, lo desbloqueo y entro en mi lista de contactos.

Mi primer pensamiento es llamar a Adriano, mi hermano, sin embargo, mis dedos se paralizan sobre su nombre, como si ellos fuesen conscientes antes que yo misma de que no es buena idea.

Sé que sería la mejor opción, la más cabal y sensata. Mi hermano es el capo de la familia Moretti, en cuestión de segundos se haría cargo de la situación. Y quizá ese es el problema por el que descarto pedirle ayuda.

Desataría una guerra entre mafias y, en estos momentos, con su situación, no creo que fuese un buen augurio cuando está ligado a una Matrioska.

Cierro los ojos y aprieto con fuerza los párpados. Al abrirlos, he tomado la decisión. Deslizo mi tembloroso dedo por la pantalla y lo muevo hasta que llega al final de la lista; observo un número que juré no volver a usar jamás.

«Quizá no tenga el mismo número. Ha pasado demasiado tiempo», me digo, con los latidos acelerados mientras da tono de señal.

—¿Dígame?

Su voz. Esa jodida voz. Grave, limpia y helada, como siempre, me corta más que cualquier cuchilla.

Me duele más que los huesos rotos.

—Estoy en un lío —digo sin adornos, sin emoción, tragándome el orgullo.

Silencio.

Todo a mi alrededor se apaga. Ni el dolor, ni el calor ni el miedo… Solo ese silencio lleno de una antigua historia.

—¿Isabella? ¿Eres tú?

Se me atora la respiración cuando escucho mencionar mi nombre.

—Sí, soy yo.

Silencio de nuevo.

Por un instante, me dan ganas de retirarme el teléfono y comprobar si ha colgado. Puede que fuese lo mejor que me podría pasar. A lo mejor soy yo quien debe cortar esta llamada.

—Dame tu ubicación.

Vuelvo a respirar cuando escucho de nuevo su voz.

Y, entonces, por primera vez desde que salí volando por el parabrisas, me permito tener miedo de verdad. Porque no hay mayor temor que saber qué harás frente a tus demonios del pasado.

CAPITULO 2

Vladimir

Ser *pakhan* no está resultando ser un privilegio, sino una absoluta condena.

El título me llegó tras el último aliento de mi padre, según comentan, ya que yo no estuve presente; sus dedos artríticos, a causa de la edad, permanecían aferrados al crucifijo que siempre llevaba al cuello cuando dijo mi nombre con la voz rota y los ojos deshechos mientras sus hombres de confianza, esos mismos que habían estado a su lado durante toda una vida, bajaban la cabeza como si fuera una coronación sagrada. Pero no lo fue. Fue una ejecución disfrazada de legado.

Yo no soy como mi padre. No crecí en las cárceles de Siberia ni me rompí los nudillos peleando por un mendrugo de respeto. No tengo tatuajes en el pecho que cuenten mis crímenes ni cicatrices que sirvan de credenciales. Soy hijo del poder, de la concesión, no de la calle. Y esa es la puta condena de la cual os hablo.

Los viejos *vory v zakone*, esos mismos que acataron la última voluntad de mi padre, me miran con desprecio poco contenido. Ellos alegan que el honor no se hereda, sino que se forja. Que un buen *pakhan* debe estar marcado por la ley del crimen, no por la sangre de la cual provengas. Todos quieren ocupar mi lugar. Sé que, si no fuese precavido, me matarían por lograrlo. Una pena que no confíe en ninguno de ellos y me guarde las espaldas. Si los tolero es por no desencadenar una guerra interna.

He leído sus códigos, los he memorizado como si se tratasen de evangelios, pero para ellos sigo siendo el niño mimado del último gran lobo. El hijo de un fantasma.

En nuestra jerarquía, el *pakhan* está por encima de cualquiera. Coordina los clanes, media en guerras o las desencadena y reparte los territorios. Debajo están los *brigadiers*, jefes de brigadas que se encargan de las operaciones: armas, drogas, prostitución… Aunque, de esto último, en mi reinado ha sido erradicado. Una de las muchas razones por las que los tengo cabreados. Que haya cambios drásticos en el sistema siempre genera enemigos. Tras los *brigadiers* vienen los *solntsevskiye*, los soldados, los que sangran y hacen el trabajo sucio. Más abajo aún en el escalafón están los *shestyorki*, los perros, o lo que viene a ser lo mismo que los correveidiles, los que divulgan o se enteran de información importante.

Yo no elegí esto. Sin embargo, si algo me enseñó mi padre fue que, los hombres que no eligen, terminan siendo elegidos por la muerte. Así que aquí estoy. En Italia. En tierra de otros lobos, de otra sangre.

Estoy reunido con Adriano Moretti, mi cuñado. El prometido de mi hermana Alina, la Matrioska de la familia Pavlov y la única persona que aún me llama sin miedo. Adriano habla con calma, sin olvidar quién soy, como si el apellido Pavlov no fuese suficiente para hacer temblar a media Europa del Este.

No lo digo, y dudo que lo haga, pero me cae bien. Por eso fuimos tan amigos en el pasado. Es listo, estratega y, sobre todo, sabe cómo proteger a los suyos. Y ahora, la única familia que me queda también es de los suyos.

No por ello voy a olvidar que es uno de mis mayores competidores en el negocio de la distribución de armas.

Nuestra alianza es simple: él quiere que comparta parte de mi mercado en América y yo quiero que me mantenga las puertas abiertas en Italia y me evite problemas con otras mafias italianas, sobre todo, ahora que he invertido en otro tipo de negocios.

Mientras él me habla de una red de distribución en Nápoles, mi mente se escapa. Pienso en el mar que se escucha detrás de estas paredes de piedra, en la manera en la que el salitre lo cubre todo, como la culpa.

Livorno es un pedazo de paraíso costero. No me extraña que a Alina le guste estar más aquí que en Pisa, donde Adriano se empeña

en que debe quedarse, pero ambos sabemos que Alina ya no es de las que acepta las órdenes sin rechistar. Ella pelea su opinión, y puede que me sienta un poco orgulloso por ello, teniendo en cuenta que sé que eso le genera más de un dolor de cabeza a Moretti.

Sonrío de medio lado por lo satisfactorio que resulta que Adriano viva en un perpetuo estado de ansiedad gracias a un Pavlov.

¿Qué? He dicho que me cae bien, dado nuestro historial no es ningún secreto, pero eso no significa que disfrute viéndolo desquiciarse más de la cuenta.

—¿Por qué no me cuentas el chiste? Así nos reímos los dos.

Mi sonrisa se ensancha al apreciar su ceño fruncido. Sus ojos azules se oscurecen, como si de un momento a otro fuese a desatarse una tormenta.

—Te noto un poco tenso, Moretti. ¿Problemas con la Matrioska? —comento con cierto deje cargado de sarcasmo.

—¿Has venido a hablar de negocios o a tocarme las pelotas?

—Por supuesto, de negocios. —Alzo las manos en un gesto conciliador—. Para tocarte las pelotas ya tienes a otra Pavlov y, por lo que aprecio, por lo estresado que te noto, se le da de cojones —termino entre carcajadas.

—¡Maldito cabrón! —exclama cabreado, y yo río con mayor fuerza.

—Uhmm, qué bien sienta visitar a la familia…

—Tú y yo no somos familia —responde con rapidez, huraño.

—Tiempo al tiempo, Moretti. No descarto que, el día en que consigas casarte con Alina, se empeñe en que adquieras su apellido. ¿Te imaginas? Adriano Pavlov…

—¡Por encima de mi cadáver, ¿me oyes?! —grita al ponerse en pie tras su escritorio, apoyando los puños sobre la madera. Los nudillos están blancos de lo apretados que los tiene.

Me muerdo el interior de la mejilla, observándolo y adquiriendo de nuevo la frialdad que tanto me caracteriza.

Por mucho que pasen los años, las personas, a la larga, no cambian.

Ante mí sigo teniendo al Adriano Moretti todo fuego, incontrolable, hombre de acción y temperamental. Mientras que yo

siempre he sido el analítico, el controlado, el hombre frío que sabe que es preferible esperar a que sea el momento adecuado para presentar el mejor ataque.

Cruzo una pierna, reposando el pie en la rodilla contraria, adoptando una postura relajada, y me tiro con tranquilidad de los puños de la camisa, reacomodándome. Sé que mi templanza lo saca de quicio.

—¿Vamos a hablar de negocios o vas a seguir comportándote como un rey de la manada?

—¡Soy el rey de la manada! —Rechina los dientes.

Ladeo la sonrisa y alzo una ceja.

—¿Estás seguro?

Adriano entrecierra los ojos. No descarto que en cualquier momento se lance a por mí y nos liemos a palos. No sería la primera ni la última vez que nos encontrásemos en esa tesitura. Por esa razón, a pesar de mi apariencia relajada, me mantengo alerta, por si necesito devolverle los golpes.

—Eres un hijo de puta… —murmura, volviendo a su posición, y toma asiento.

—Y tú deberías ser más creativo a la hora de lanzarme insultos. ¿Sabes cuántas veces escucho esa frase a lo largo del día?

Pongo los ojos en blanco.

—Quizá, si te la repiten tanto, deberías pensar que algo de razón llevan, ¿no crees?

Sonríe esta vez él, como el engreído que es.

—Bah… —Descarto con un ademán de mano—. Ha pasado a convertirse en todo un piropo, te lo aseguro.

—Muy bien, Vladimir —comienza con un tono mucho más serio esta vez. Parece que, una vez nos hemos nutrido al lanzarnos pullas, vamos a lo que de verdad importa—. ¿Qué negocio es ese para que te interese tener pase libre en mi país?

—No creo que sea relevante —deshecho su pregunta como si no fuese tal cosa, aunque la realidad es que estoy incómodo—. Te estoy dando acceso a lo que tanto has deseado. Parte de las rutas americanas.

—Precisamente por eso es relevante, querido Pavlov.

Se recuesta en su sillón y cruza las manos sobre su estómago.

«El muy desgraciado…».

No podía haber elegido mi hermana a un hombre anodino que no hiciese preguntas y se conformase con respirar, no. Tenía que irse a enamorar de un zorro astuto como lo es Moretti.

—¿No puedes no inmiscuirte y agradecer lo que se te ofrece?

—¿Y qué tendría eso de divertido?

Lo entiendo, yo actuaría igual. De hecho, lo hice cuando recurrió a mí en el momento que mi hermana se convirtió en una Ballena Blanca y a punto estuve de perderla. Y quizá eso es lo que más me molesta, que Adriano y yo, a pesar de nuestro pasado, nuestro presente y el futuro que nos espera al haber mezclado de nuevo nuestro linaje, nos parecemos más de lo que nos gusta reconocer.

—Se trata de negocios hosteleros —confieso al fin, sin entrar en detalles.

Adriano alza las cejas un tanto sorprendido y desconfiado. Y hace bien en recelar.

—¿Te has pasado a la restauración, cuñado? ¿Vamos a ser en eso también rivales? —cuestiona con un tono peligroso—. No sé de qué me extraño, siempre has querido apropiarte de cada una de mis ideas.

—Por mucho que te empeñes en decirlo, sabes tan bien como yo que el negocio de las armas fue tanto idea tuya como mía. Puede que tú lanzases la propuesta, pero todo estaba lleno de lagunas, fui yo quien hizo que todo encajase. No tengo la culpa de que luego cada uno lo montase por su cuenta.

—Realmente sí que fue tu culpa…

«Hijo de puta. Esta vez la pulla va directa a matar, y lo sabe».

Nos mantenemos en silencio, aguantándonos la mirada. De nuestro siguiente movimiento depende que mi hermana pueda quedarse viuda sin haber llegado siquiera a casarse o, por el contrario, ser la única descendiente viva de la familia Pavlov.

Lo veo tomar una respiración y decir a continuación:

—Háblame de una maldita vez de ese negocio y no me hagas perder el tiempo, anda.

Yo también respiro aliviado. Odiaría tener que sacar el arma y apretar el gatillo. Me daría demasiados problemas con Alina, ahora que parece que nuestra relación está, por llamarla de alguna forma, lineal.

—No es gran cosa…

—Si voy a tener que salvarte el culo del resto de mafias italianas, merezco saberlo, ¿no crees?

—Algún que otro club en las ciudades más importantes de Italia.

—¿Qué clase de club? —Entrecierra de nuevo los ojos con suspicacia.

¿Os he dicho ya que es un zorro astuto?

Estoy seguro de que, sin que yo se lo diga, sabe de antemano de qué tipo de club estamos hablando.

—De la clase que es el Mystral.

Ahora sí que lo he sorprendido. No porque no intuyese que se trataría de un club de BDSM, sino porque haya sacado a colación ese nombre.

Suelta una carcajada.

—Buena suerte. ¿Quieres alguna petición de cómo debo entregarle a tu hermana tus cenizas? Porque cuando Yuri se entere de que le estás haciendo la cama, te va a prender fuego vivo.

Lo miro con diversión en los ojos y declaro:

—¿Quién te crees que me dio la idea y se ha convertido en mi socio?

—¡Hostia puta! —El exabrupto retumba en su despacho. Incluso se me hace que titilan las farolas que alumbran el muelle—. Ahora sí que te exijo que me cuentes todo.

Es entonces cuando vibra mi teléfono. Lo saco del bolsillo interior de la chaqueta. Se trata de un número italiano que no tengo registrado. Por norma general, no cojo llamadas desconocidas, pero puesto que mis nuevos intereses empresariales están en este país, descuelgo.

—¿Dígame? —pregunto seco y cortante, esperando dar a entender al interlocutor que esté al otro lado que más vale que sea algo importante y, por su bien, no me haya molestado por gilipolleces.

—Estoy en un lío.

Frunzo el ceño y me separo de Adriano.

Me mantengo en silencio, no porque esas cuatro palabras me hayan hecho tensarme, sino porque, a pesar de que hace meses que no la he escuchado, reconozco su voz antes de que el corazón me dé tiempo a mentirme. Lo haría incluso encerrado en una jaula llena del sonido de grillos.

«Bella».

—¿Isabella? ¿Eres tú?

—Sí, soy yo. —El sonido de su voz hace que mi corazón congelado proteste al intentar resquebrajarse.

Tomo una inhalación y en milésimas de segundos vuelve a su estado normal, gélido.

—Dame tu ubicación —solicito sin tan siquiera saber los detalles. La cita y la memorizo como si mi propia vida dependiese de ello. Y quizá así sea, quizá ha sido siempre así con ella.

—Y Pavlov… —Escucho el desprecio que siente al decir mi apellido—. Ni se te ocurra mencionarle algo a mi hermano.

—Te doy mi palabra —susurro para que solo pueda oírme ella.

—Espero no haberme equivocado. Solo tendrá valor cuando lo hayas cumplido. —Y cuelga.

Me meto la mano que tengo libre en el bolsillo, por mantenerme ocupado y no salir corriendo, dejando una estela a mi paso. Aún me retumban las cuatro palabras que ha soltado nada más descolgar.

¿Qué habrá podido pasar? Y los más importante es: ¿qué ha ocurrido para que recurra explícitamente a mí? No es un secreto que Isabella Moretti preferiría tragarse su propia lengua a pedirme cualquier tipo de ayuda.

Ella y yo no deberíamos habernos tocado nunca. Fue un error. Un incendio. Una herida que aún supura bajo el traje caro y los relojes de oro. La mejor y peor decisión que he tomado en la vida.

El pasado es una soga. Y lo que sucedió con Isabella fue el nudo que casi me ahorca.

—¿Todo bien? —pregunta Adriano con esa voz que mezcla curiosidad con amenaza.

Levanto la mirada. El niño mimado, por el que todos me toman, ya no está. Solo queda el lobo.

—Negocios —respondo. Y algo debe ver en mi mirada porque se pone en alerta—. El deber me llama.

Asiente con un gesto de cabeza, intuyendo que mi visita llega a su fin. Lo agradezco. Agradezco que no pregunte ni intente interesarse sobre de qué se trata.

He dado mi palabra, y a día de hoy es lo único que me queda con ella.

—Despídete mi hermana por mí, ¿quieres? —le digo a Adriano, poniendo rumbo a la salida.

—Lo haré —responde a mi espalda—. Y Vladimir… —Me giro cuando me llama por mi nombre de pila—. Avísame si necesitas algo.

Veo cómo se le aprieta un músculo en la mandíbula. Y sé que su oferta es sincera.

Asiento sin comprometerme a nada, pero demostrándole que se lo agradezco.

Abandono la costa y los kilómetros ante mí se convierten en un borrón.

Mi mente entra en un estado en el que todo es hielo, tanto que siento que podría prender fuego a todo a mi alrededor, y eso es justo lo que haré.

Porque aquí, en este juego, lo que no matas te mata. Y yo, por suerte, si lo necesita, estoy vivo para ella.

CAPITULO 3

Isabella

Estoy acurrucada en el lateral del coche, como si pudiera plegarme hasta conseguir desaparecer. El cuerpo me tiembla, no por el frío ni por la sangre, sino por todo lo que no me permito sentir todavía. Por lo que he hecho.

No porque haya matado a dos hombres. Eran ellos o yo, la decisión que he tenido que tomar ha sido sencilla, sino porque lo he llamado a él.

A Vladimir.

El tono de llamada me ha resultado eterno a la par que efímero, como si se tratase de una cuerda tensa a punto de romperse.

Cuando su voz ha respondido, tan grave y cortante como la recordaba, algo dentro de mí se ha quebrado.

Creo que en el instante que mi cabeza ha golpeado contra el asfalto he debido de sufrir algún tipo de traumatismo severo porque, si no, no entiendo cómo he tenido la brillante idea de recurrir a «ÉL».

Con todas las personas chungas que conozco, voy y me decido por la única que quiero mantener lo más lejos posible.

Suelto una carcajada que retumba en el silencio de la noche, como si fuese una auténtica demente. «Y quizá es lo que soy», pienso con mis ojos fijos en el cielo estrellado. Sería lo único que tuviese sentido para encontrar una explicación coherente.

No lo veía desde hacía seis meses. Desde que mi vida se volvió a desmoronar.

Y, antes de eso, habían pasado dieciséis años de silencio. Dieciséis malditos años desde que nuestra historia se estrelló contra

una realidad que se vaticinaba. Y, sin embargo, cuando he escuchado su «¿Isabella?», he sabido que estaba perdida.

La misma voz. El mismo hielo arañando con volver a quemarme. Como si el tiempo no hubiera pasado. Como si todavía pudiera matarme con una sola palabra.

Maldigo mientras alejo cualquier pensamiento intrusivo y abro el botiquín de emergencia. Las manos me tiemblan un poco. Tomo unas cuantas respiraciones, ya que no tengo tiempo para permitirme el lujo que supondría desmayarme y abandonarme al descanso.

Recojo el espejo retrovisor, que ha volado junto a mi dignidad, para que me sirva de guía y, mientras me palpo, encuentro la herida en la cabeza. Es una brecha justo en el nacimiento del cuero cabelludo, que sangra como si mi cerebro intentara escapar por esa pequeña ranura.

—Vamos, Isabella, eres más dura que todo esto. No es como si fuese la primera que lo haces… —me susurro entre dientes, insuflándome ánimos.

Agarro hilo y aguja quirúrgica. Me siento en el capó medio hundido de mi coche seminuevo, que ahora parece un pedazo de chatarra oxidada, y me pongo a coser. Puntada tras puntada, es un insulto dirigido al bastardo que me quiera ver muerta.

Cuando acabo, mis manos están cubiertas de sangre seca. La mía y la de ellos.

Tras desinfectarme los peores cortes, guardo el botiquín y vuelvo a mi posición anterior. Apoyo la espalda en la puerta del copiloto y espero en silencio, rodeada de muerte.

Deben haber pasado varias horas cuando las luces de un coche lo anuncian antes de que él lo haga.

Todo es oscuro y sobrio, como un susurro de mal augurio con ruedas.

Se detiene a un par de metros del siniestro y me mantengo quieta, aunque todo mi instinto grite por que eche a correr sin mirar atrás. Lo peor de todo es que soy consciente de que en verdad no quiero huir.

Mi corazón comienza a tronar con fuerza cuando baja del coche con esa cadencia suya, tan medida y peligrosa. Lleva un traje negro,

camisa oscura y el rostro sombrío. Nada fuera de costumbre.

No sonríe, aunque alza una ceja interrogante cuando sus ojos azules me atraviesan como una sentencia.

—Te estás superando, *kisa* —dice sin emoción.

«Gatita».

Me dan ganas de escupirle sangre a la cara, aunque me la trago, ya que apenas puedo mantenerme sentada.

—Y tú, para no variar, sigues llegando tarde —respondo, sin mostrarle mi nerviosismo.

Criarse rodeada de mafiosos es lo que tiene, que aprendes unos cuantos trucos.

Se agacha frente a mí, quedando en una posición en cuclillas, y sus ojos recorren mis heridas. Por suerte, no me toca; hombre listo que es y que no quiere recibir un zarpazo. Solo me observa como si estuviera evaluando si vale la pena haber venido hasta aquí, o quizá solo se pregunta cuánto me ha costado seguir viva.

—Estás bien —dice.

A pesar de que no ha sido una pregunta, asiento. Mejor eso a pegarle una patada en la cara, que es lo que se merece por su atrofia emocional.

Se levanta con la elegancia de un felino, se mete las manos en los bolsillos de los pantalones y se acerca a admirar mi obra.

—Qué mal rollo —suelta desde su altura, con una mueca de disgusto, al ver los ojos abiertos del tipo al que le he rebanado la garganta.

—Perdone, alteza, por no haber intentado dejarlo guapo para su delicado estómago —ataco con sarcasmo—. Estaba un poco ocupada en seguir respirando.

—Parece que has tenido tiempo de sobra y has hecho algo más que intentar respirar. —Señala con un gesto de cabeza la herida suturada en mi frente.

Achico los ojos. Si pudiese calcinarlo con una simple mirada, pasaría a ser una noche perfecta.

Apenas se le dibuja una pequeña sonrisa al ver mi gesto cuando se dirige hacia el otro cuerpo, el que tiene los pies en una posición imposible de recrear.

Apoyo los brazos en las rodillas, las cuales tengo flexionadas, y cierro los ojos, tomando unas cuantas respiraciones, ahora que la soledad no es mi única compañía. Conforme han ido pasando las horas, el dolor ha ido en aumento y siento mi cuerpo como si me hubiese atropellado un camión de varias toneladas.

—¿Para qué querías que viniese? ¿Necesitas que llame a un equipo de limpieza? —lo escucho preguntar, perturbando estos instantes de paz mental, porque física ya hemos dejado claro que necesitaré un par de días para recuperarme.

—¿Tú eres idiota?

—Mal vamos, encanto. —Chasquea la lengua.

—¿Crees que no puedo encargarme yo misma de la limpieza? —le pregunto de mal humor. Soy hija de mafia, joder. Tengo mi propio equipo de limpieza. Aunque como «propio» sea el de mi hermano—. Y no vuelvas a llamarme «encanto» —mascullo entre dientes.

Su resoplido resuena en la noche.

—Lo que tú digas…, *amor*.

Lo odio. Juro que el odio que siento hacia él es corrosivo.

Hago el amago de levantarme, pero el cuerpo me protesta en cada uno de los movimientos, por lo que decido arrastrarme sobre mis manos y rodillas hasta llegar a uno de los cadáveres.

—Esto no es ninguna broma —bramo furiosa—. Si te he avisado… —De un tirón abro por completo la camisa de uno de los atacantes y expongo su pecho—. Es por esto.

Vladimir se acerca hasta donde me encuentro y, sin mudar el rostro, observa los tatuajes.

—Urkas.

Sabe exactamente lo que eso significa. Que estoy jodida.

Veo cómo su mandíbula se tensa y un músculo en su cuello palpita, traicionando su frialdad.

—¿Quién los envió?

—No sé, dímelo tú —le lanzo, mirando hacia arriba.

—¿Piensas que fui yo?

Permanezco en silencio sin responder, aunque no, no creo que haya sido obra suya, sobre todo, porque no hubiera encargado el trabajo a este par de chapuceros.

Sus ojos parpadean una sola vez y veo la oscuridad anidándose en ellos.

—¿Por qué debería ayudarte?

Buena pregunta la suya, aunque la sienta como un dardo envenenado.

Me esperaba que fuese tan directo, eso no significa que no escueza.

Trago saliva. Me duele cada centímetro del cuerpo con ese simple gesto, pero no más que esta conversación.

—No eres idiota.

—Hace unos instantes no has dicho lo mismo…

Omito lo que en realidad pienso y continúo. Lo único que quiero es dejar atrás este día y que cada uno siga su camino.

—Pensé que podrías estar al tanto de lo que ha ocurrido, y sabiendo que no tienes ni idea… —Cabeceo—. Si me han mandado a los urkas, es porque alguien quiere romper algo en tu organización. Algo que tú estás trabajando e intentando mantener en pie.

—¿Y qué estoy intentando mantener, Isabella? —Su voz se ha tornado más grave, casi amenazante.

—¿Liderazgo? —respondo a modo de pregunta. Alzo de nuevo la cabeza y lo miro directo a los ojos—. ¿Poder? ¿Quizá demostrar quién la tiene más larga? ¡Yo qué sé…! —Esta vez aprieto con fuerza los dientes y me levanto. No pienso mantener esta conversación de rodillas mientras él permanece estoico en pie. Una tiene su orgullo, y por hoy ya he hecho alguna que otra concesión—. Se supone que eres el *pakhan* y…

—¿Se supone? —me corta, dando un paso hasta mí y quedando demasiado cerca para mi gusto.

—Bien. Eres el *pakhan* —rectifico, y sonríe el muy condenado. Simone tiembla en mi pierna con ganas de intervenir—. No entiendo demasiado bien las jerarquías dentro de la Bratva, pero ¿no deberías estar al tanto de lo que hacen otros miembros de menor rango?

Se crea un silencio espeso entre nosotros. Casi puedo oír cómo se activa su mente. Son los engranajes de un depredador que no permite errores.

Vladimir puede ser muchas cosas, pero lo que más teme es el caos. Yo…, bueno, yo sé que soy sinónimo de eso desde que llegué a su vida.

Y, aun así, ha venido. Está aquí, conmigo. A pesar de todo. A pesar de abandonarme en mi peor momento.

Siento un ligero mareo de repente. Estira su brazo y me ayuda a que no caiga de bruces, sin pronunciar una palabra. Su toque es firme. No hay ternura, solo eficiencia.

Por un segundo, cuando su mano roza mi cintura y me estabiliza contra él, siento que el mundo podría volver a caerse con solo quedarnos así.

—Tienes sangre en el pelo —murmura.

Y lo noto. Noto cómo la piel en torno a la herida en mi cabeza se estira, abriéndose.

«Maldita sea. Para lo que he quedado… Ni coserme en condiciones puedo». Me cabreo y me aparto de su lado.

—Y tú tienes una bomba en el corazón —susurro—. ¿Quieres que juguemos a ver quién explota primero?

Él no responde a mi pregunta, tampoco esperaba que lo hiciera, y me alegro de que retome el tema anterior.

—A diferencia de lo que piensas, la mafia rusa suele estar descentralizada. Hay muchos grupos, muchas ramificaciones, y no necesariamente suelen tener buenas relaciones entre ellas…

Doy un paso hasta mi coche y estiro una mano, apoyándome en él. Me llevo una mano a la frente y siseo al rozar la zona lastimada. Mis dedos se humedecen con la sangre que vuelve a manar de ella.

«Menuda suerte la mía, después de tomar una de las decisiones más difíciles y haberlo llamado, resulta que no me sirve de nada…».

—Entonces, ¿no puedes tener una ligera idea de quién los ha mandado?

—No he dicho eso.

Se mete la mano en el bolsillo inferior de la chaqueta y saca un pañuelo blanco, el cual me ofrece, desviando los ojos hacia los cuerpos de sus compatriotas.

Lo tomo y presiono la herida.

Sería una tonta si no lo aceptase. Creo que es lo único que puede hacer que no termine cogiendo una infección, dado que no tengo nada más limpio a mano.

—Los urkas suelen responder a una casta antigua, a los *vory v zakone*. ¿A quién has cabreado, Isabella?

—¡Yo no he cabreado a nadie! ¡Y menos a rusos!

—Querrás decir: no después de hace seis meses.

La mirada que me lanza hace que mi cuerpo se paralice por completo.

He puesto todo de mi parte para dejar atrás todo lo que pasó en el búnker, en no recordar nada de aquello. No ha sido fácil. Aún por las noches me despierto empapada de sudor, con el corazón latiéndome sin control dentro de mi caja torácica. Y una imagen. Unos ojos iguales que los míos devolviéndome la mirada mientras me dejan a mi suerte y…

—No creo que…

Niego de manera categórica.

—Podría ser. No eras santo de devoción de Larisa.

A pesar de lo débil que me encuentro, es asombroso la forma en que me enderezo y lo encaro.

—¿A cuento de qué esa zorra viene a por mí después de todo este tiempo?

Desde que vi esos tatuajes, también se me pasó por la cabeza que pudiese ser obra suya.

Sé que, tanto él como mi hermano, no han parado de investigar. No soy tan tonta como para creer que, jefes de la mafia como ellos, no hayan hecho nada, habiendo quedado tantos cabos sueltos, pero yo, desde aquel día, acabé con todo. Lo enterré como tantas otras cosas he enterrado en mi vida.

—No he dicho que haya sido ella, aunque no lo descarto.

—Si ha tenido algo que ver, la voy a…

—¡No harás nada! —me corta, dando un paso hacia mí.

—Mira y verás —lo reto—. Tú no eres quién para ordenarme nada.

—Esa es mi caza, no la tuya.

—Si ella está detrás de esto, creo que me puedo permitir la licencia de que sea algo personal.

Se acerca tanto a mí que incluso puedo respirar su aliento.

—Bella…

Él debe ver algo en mis ojos, quizá la súplica que intento enmascarar, porque se aparta y no insiste, aunque sus siguientes palabras hacen que me estremezca.

—Sea quien sea quien esté detrás de esto, volverán a acabar el trabajo. Mientras tanto, estás bajo mi protección.

—No necesito que nadie me proteja, mucho menos tú.

—Haber pensado eso antes de llamarme. Tú eres quien me ha involucrado, así que, andando.

Me toma del antebrazo mientras me dirige hacia su coche.

—Sabes que aún puedo llamar a mi hermano y acabaría con todo esto, ¿verdad? —gruño, zafándome de su agarre.

—No lo harás.

Abre la puerta del copiloto y espera paciente a que entre. Me cruzo de brazos. Si piensa que, porque lo haya llamado, voy a estar bajo su tutela de buen grado, lo lleva claro.

—Tú no me conoces para saber qué haré o no.

Se le estira un lado de la boca y es esa sonrisa lo que me pone alerta. Aprieto más mis brazos en torno a mi cuerpo al sentir cómo el frío me cala hasta los huesos.

—Te conozco lo suficiente como para saber que no llevarías una guerra a la puerta de tu hermano. Y créeme cuando te digo que, tras haber matado a ese par de urkas, es lo que sucedería. —Esa pérfida sonrisa se estira cuando añade—: Sobre todo, no lo harías dado el estado en el que se encuentra Alina.

«Maldito cabrón».

Sabe que nunca, por muy mal que se pusiesen las cosas, haría algo que pusiese en peligro a su propia hermana estando embarazada. De ahí que no quisiese que Adriano se enterase. Sé lo leal que es a la familia y, si él se involucra, podría condenarnos a todos.

Sin mediar palabra, pero lanzándole en una mirada todo el odio que siento hacia él, entro en el coche.

Cierra la puerta con un suave clic y se dirige al lado del conductor. Lo veo sacar su teléfono del interior de su chaqueta, teclear y volver a guardárselo. Cuando se monta tras el volante, pregunto:

—¿Vamos a dejar todo así? —Señalo mi coche, el que se estrelló contra mí y a los cuerpos.

—Ya he avisado y vienen a encargarse de ello.

Mete la llave en el contacto y el coche despierta con un suave ronroneo.

—Podría haberlo hecho yo —me quejo, apretando los labios.

—Sé que podrías —dice, sin prestarme atención mientras conduce, y nos alejamos del polígono del que, por suerte, he salido viva.

—¿Entonces?

Tarda tanto en responder que ya había pensado que no lo haría, por eso me sobresalto cuando lo escucho hablar.

—Te lo he dicho. Averiguaré quién los envía, y una vez que lo haga, me dará igual de quién se trate. Los mataré.

Una promesa. Una promesa que no me cabe duda que cumplirá y, me guste o no, significa que estoy aliada con mi peor enemigo. La única persona que una vez consiguió destruirme.

CAPITULO 4

Vladimir

Conduzco como si el asfalto me perteneciese. El motor ruge mientras dejamos atrás el polígono abandonado, como si fuera una línea que separa el mundo de los vivos del de los muertos. Sentada a mi derecha, Isabella no dice nada, simplemente mira al frente con los brazos cruzados y el cuerpo tenso, como si pudiera echarse a pelear en cualquier momento. Y no es algo que me extrañase que hiciese. De ella, no.

Tiene sangre seca en la frente, el labio inferior inflamado y, aun así, joder…, sigue teniendo esa presencia. Como si no la pudiera mirar sin sentir que algo dentro de mí se fuese a romper un poco más de lo que ya estoy.

—¿Dónde vamos? —pregunta sin girarse ni dignarse a lanzarme una mirada.

—A Roma.

—¿Cómo que a Roma? Eso está muy lejos de… —titubea por un instante, sin dignarse aún a lanzarme una mirada— mi vida.

—Vamos a un lugar seguro —respondo sin quitar la vista de la carretera.

—¿Tú y qué ejército habéis decidido que es seguro?

—Yo soy el único ejército que necesitas, Isabella.

Debe escuchar la diversión en mi voz porque eso sí hace que gire la cara. Me lanza esa mirada. Esa maldita mirada suya que no ha cambiado ni un poco en estos años. Esa que dice «eres un idiota» sin decir una palabra.

Justo cuando creo que vamos a tener unos minutos de silencio hostil, la veo sacar el móvil del bolsillo trasero de su pantalón y lo desbloquea con el pulgar.

—¿Qué demonios estás haciendo? —pregunto con la mandíbula ya tensa.

—Voy a avisar a Marco. Alguien tiene que saber dónde estoy. —Me dedica una mirada por debajo de sus pestañas y añade—. No te ofendas.

—No me ofendo —devuelvo, bajando mi voz una octava, y como si fuese el susurro de la muerte, pregunto—: ¿Y quién narices es Marco?

—Venga ya… Sabes perfectamente quién es Marco.

Por supuesto que lo sé, como para olvidarlo, pero no le voy a dar la satisfacción de que sepa que no hay día que no lo recuerde.

—No, no lo sé.

—¿Quieres que juguemos a ese juego? Muy bien. —Se encoge de hombros—. Es mi socio, el *hacker* que ayudó a que salvásemos el culo hace unos meses. Trabajo con él y debe estar preocupado. —«Ya me imagino lo preocupado que debe estar»—. No pienso desaparecer así como así, y menos contigo —dice, apartando su mirada de mí y comenzando a teclear.

Freno de golpe.

El cuerpo de Isabella pega un tirón contra el cinturón de seguridad, eso le ha debido de doler, y me mira como si me hubiera vuelto loco.

—¿Qué coño haces?

Le arranco el móvil de las manos, agarrándolo con fuerza. Por un instante pienso en guardarlo, pero no. No. Eso es imposible.

Bajo la ventanilla y, sin pensarlo, lanzo el móvil a la autopista. Vuela y escucho el ruido que hace al romperse en algún punto del arcén.

Se hace el silencio en el interior del coche. Es la típica calma antes de que estalle la tormenta.

—¡Estás enfermo! —exclama, girándose hacia mí hecha una furia —. ¿Tú estás loco o qué te pasa?

—Ese teléfono ya no es seguro. ¿Tú sabes lo que significa que te hayan atacado? Significa que alguien te está rastreando. Que alguien conoce tus movimientos. ¿Y vas a decirme que vas a mandar tu ubicación por WhatsApp al tal Marco?

La carcajada que suelto podría confundirse con humor, sin embargo, nada más lejos de la realidad. Estoy muy lejos de que esta situación me resulte divertida.

—¡Él sabe cubrir rastros y yo también! Sabes mi profesión, no soy una maldita ingenua.

—Pues deja de actuar como tal.

—Te odio —y lo dice con tal vehemencia que no me cabe duda de que es la mayor verdad que ha dicho jamás.

—Me da igual lo que sientas por mí mientras te mantenga a salvo.

Me mira como si pudiera matarme con los ojos.

Yo me limito a pisar el acelerador. No me disculpo ni doy ningún tipo de explicaciones. No hay espacio para eso entre nosotros. De hecho, ese fue nuestro maldito problema, que nunca las hubo.

Llegamos a Roma dos horas después.

Una fachada anodina en el barrio de Trastevere lo bastante discreta para no despertar sospechas, pero con un garaje subterráneo más seguro que muchas embajadas, nos da la bienvenida.

Abro la puerta y conduzco el coche hasta el interior. Una vez que aparco en una de las plazas libres, bajo del vehículo y me dirijo a su lado para abrirle la puerta, pero, cómo no, ella no necesita ningún acto de caballerosidad.

Resoplo cuando baja sin mirarme.

—Vamos. —Le indico con un gesto de cabeza hacia el ascensor.

Me sigue. Sus pasos suenan firmes, aunque sé que debe estar agotada y dolorida. No lo muestra, claro. Isabella Moretti podría tener un pulmón perforado y aún seguiría caminando por el mundo como si llevara tacones en una alfombra roja.

Las puertas del ascensor se abren antes de que lleguemos. Noto cómo Isabella, a mi lado, contiene el aire y sus pasos se paran de golpe.

—Misha… —susurra como si hubiese visto a un fantasma.

Mi *boyeviki* no le dedica ni siquiera una mirada y se centra solo en mí. Si ha escuchado el nombre que ha salido de los labios de

Isabella, no da muestra de ello.

—*Pakhan* —me saluda, y asiento con la cabeza, devolviéndole el saludo y esperando noticias—. El trabajo ya está hecho. —Vuelvo a asentir. No esperaba menos.

—Hazle venir a mi despacho —digo simplemente, y mi hombre se aparta para que Isabella y yo entremos en el ascensor.

A través de las puertas de espejo veo que está pálida.

—Era… —Se lleva la mano a la garganta sin poder continuar.

—Es Pavel, mi actual soldado de mayor rango. Era el hermano gemelo de Mikhail, o Misha, como a mi hermana le gustaba llamarlo.

La veo tragar y abrazarse el cuerpo con sus brazos. Como si solo con ver el rostro de Pavel le hubiese traído malos recuerdos.

Por lo que me contó Alina, era Misha quien estaba con ellas cuando las capturaron. Y él no salió con vida de aquello.

—En la guerra siempre hay pérdidas, deberías saberlo.

Noto cómo se endereza y me lanza una mirada incendiaria. Prefiero verla así, volcando toda su furia contra mí, que no ver el semblante vulnerable que le cruzaba el rostro hace unos instantes.

—¿Crees que no lo sé? En la guerra, ni siquiera los vencedores ganan.

Se abren las puertas y salimos a un pasillo que da a mi despacho.

Le cedo el paso primero y me fijo en cómo observa todo. Las paredes de piedra, el ventanal de cristal unidireccional que da a la planta interior, en estos momentos a oscuras, las cámaras que hay en cada esquina.

—¿Este es tu nidito ahora? —pregunta, más recompuesta—. ¿Qué hay de España o Rusia? ¿Ya te has cansado?

—Por ahora estoy bien aquí —respondo sin entrar en detalles.

Me adelanto, llegando a la puerta de mi despacho, y paso una tarjeta por la ranura para poder abrir.

Le vuelvo a ceder el paso, camina hacia el sofá de cuero oscuro que hay a la derecha y se deja caer, como si todo el jodido mundo acabara de pasarle por encima de golpe. Me acerco al minibar y me sirvo un vodka para mí solo. A ella ni me molesto en ofrecerle. No porque no quiera hacerlo, sino porque sé que no lo aceptaría.

—Deberías ducharte —le digo, mirándola desde la barra mientras saboreo el trago—. Tienes un aspecto espantoso.

Se ríe. Una risa tan seca y áspera que podría cortar a cualquiera.

—Gracias por el cumplido, *pakhan* —responde, escupiendo el título como si le supiera a veneno.

—No me pagas por dulzura, sino para que te mantenga con vida.

—Que yo recuerde, nadie ha hablado de pago, Vladimir. —Es la primera vez, desde que me llamó, que dice mi nombre, y lo siento como si me clavasen un cuchillo en mi maldito corazón—. De todas formas, todo lo que tuve contigo me costó más allá de las lágrimas.

Sus palabras me atraviesan como una cuchilla fina, como si me hubiese clavado el jodido bisturí que siempre la acompaña.

La miro y ella me sostiene la mirada.

Isabella puede ser muchas cosas, pero nadie puede definirla como una mujer cobarde. Ella es directa, no se esconde, aunque eso le cueste que su rival la vea sangrar.

Ahí está. Ese fuego. Esa tensión maldita que nunca desaparece a nuestro alrededor. Como si se tratase de esa bomba que antes ha mencionado ella y que no termina de estallar. Como algo que se rompió hace dieciséis años y sigue sangrando por los bordes.

—La ducha está al fondo a la derecha. Usa lo que necesites —digo al fin, sin querer entrar en el paisaje de los recuerdos.

Porque si hay un cobarde en esta habitación, no me cuesta admitir que ese soy yo.

Ella se levanta sin decir más. Al pasar por mi lado, noto su perfume mezclado con el sudor y la sangre seca. Siento su rabia, su orgullo y ese desprecio contenido dirigido hacia a mí.

Y me lo merezco, vaya si soy consciente de que lo hago.

Aunque, debajo de todo eso, todavía noto el eco de lo que fuimos. Y de lo que podríamos volver a ser si el mundo no estuviera tan jodidamente en contra.

Se encierra en el baño y me quedo solo en el despacho, con el vaso en la mano y el estómago revuelto.

Porque sé que traerla aquí ha sido una locura. Y porque, a pesar de todo, la parte enferma que hay en mí aún la quiere cerca.

Llaman a la puerta y aparece Pavel.

—Pensé que podría necesitarlo. —Alzo una de mis cejas cuando veo el mono de látex y las botas a juego—. Ya sabe, por toda la sangre y suciedad… Es lo único que he encontrado sin estrenar —dice a modo de disculpa.

—De acuerdo. —«Bien, puedo ir despidiéndome de mis pelotas en cuanto le ofrezca el cambio de vestuario»—. ¿Qué hay de lo que te pedí?

Lo veo hacer un gesto desagradable con la boca.

—Dice que vendrá cuando lo crea oportuno.

—¿En serio? —resoplo, cabreándome.

Siento un incipiente dolor de cabeza pugnando por hacer acto de presencia.

—Realmente dijo que tardaría el tiempo suficiente para dejar que cavases tu propia tumba.

Resoplo hastiado.

—Está bien. —Antes de que mi hombre se dé la vuelta y se marche, lo llamo—: Pavel…

—¿Sí, *pakhan*?

—Cuando se decida a aparecer, hazlo esperar en el pasillo un tiempo, solo por joder.

Mi guardia intenta esconder su sonrisa, pero su mirada lo delata.

—Así lo haré. —Y sé que va a disfrutar cada minuto de ello.

Una vez a solas de nuevo en el despacho, no me lo pienso y abro la puerta del baño.

—¿A ti no te enseñaron a pedir permiso antes de entrar? —me ladra la fiera que hay dentro.

—Teniendo en cuenta que estoy en mis dominios, no veo por qué tengo que hacerlo.

El fuego en su mirada hace que el hielo que recorre mis venas se caliente.

—¡Se llama respeto!

—Sabía, conforme estás, que no te habría dado tiempo a quitarte ni una prenda. —La señalo de arriba abajo con un gesto de cabeza, vestida por completo como está—. Solo vine a traerte esto, por si quieres cambiarte.

—No pienso ponerme nada de una de tus fulanas —espeta con ira.

Bufo y chasqueo la lengua.

—Haz lo que quieras, entonces. Y, por cierto…, no hubiese contemplado nada que no haya visto antes.

—Maldito…

Cierro de un portazo antes de que termine su ingenioso piropo. Gracias a Dios, porque conforme lo hago, escucho un estruendo al otro lado, lo que seguro iba dirigido directo a mi cabeza.

Estoy tentado a taparme, como si mis brazos se tratasen de un escudo, cuando la puerta del baño se abre de nuevo. Por suerte, aguanto el tipo, estoico. No hubiese dicho mucho de un jodido *pakhan* ruso.

—¿Y dónde demonios se supone que estamos? Porque esta no creo que sea tu casa.

Verla en una actitud tan beligerante hace que mi cuerpo reaccione de una forma que creí que tenía dominada. Ella nota el cambio, ya que veo cómo su respiración sale a trompicones, su pecho sube y baja de una forma que nada tiene que ver con la ira que arrastra.

Tomo un par de respiraciones, controlando, porque lo único que mi piel grita es que vaya a su encuentro y le recuerde qué se siente al fusionarse junto a la suya.

Cuando me siento de nuevo, dueño de mí mismo, la miro y digo:

—Estás en el Mystral.

La veo fruncir el ceño. Y a pesar de lo desastre que está hecha, es la mujer más preciosa que he visto jamás.

—En Roma no hay ningún Mystral. Lo sabría.

—Ahora sí lo hay —digo sin más.

Noto cómo mi corazón late descontrolado mientras siento que mi mirada se oscurece.

La suya se agranda, asombrada, y su perfecta boca se abre en forma de O; se me pasan mil y un pensamientos sobre cómo podría aprovecharlo.

Por fortuna, esta vez no hay réplica y lo siguiente que veo es cómo vuelve a entrar al baño y cierra la puerta tras de sí.

Mejor. Es lo mejor que puede hacer, ya que recordar la última vez que estuvimos juntos en otro Mystral, a mí, por lo menos, me destruyó más de lo que estaba.

CAPITULO 5

Isabella

Entro de nuevo en el baño en modo *ninja*, sin intentar dejar rastro tras de mí, como si me pudiese mimetizar con el entorno. Cuando me doy la vuelta, soy consciente de que eso es improbable. Es como soltar a un cerdo en un salón de baile, que no podría pasar desapercibido.

Cómo no, Vladimir Pavlov tenía que tener un gusto exquisito en cuanto a decoración. El aseo es la opulencia en su máxima potencia. Suelo pulido de granito negro que, si llevase faldam apostaría a que sería capaz de verme reflejada las bragas. A mano izquierda, dos lavabos gemelos de piedra de ónix que dan la sensación de que te estuvieses lavando la cara en un cuenco proveniente de la divina creación, ambos apoyados en un mueble voladizo en tono gris envejecido, y todo coronado por un espejo rectangular en el que, si te miras, creerás que puedes ver multiversos a través de él. A la derecha, además de un banco del mismo material que el suelo, está el sanitario. No es una simple taza, más bien parece el trono de un rey, el cual toma grandes decisiones mientras permanece sentado haciendo sus necesidades. Pero si algo destaca entre todo lo demás es la ducha *oversize* que ocupa la pared del fondo. Es como si, al internarte en ella, pudieses teletransportarte a un lugar donde las leyendas se hacen realidad.

Juro que, si tuviese que decidir un lugar en el que permanecer el resto de mi vida, sería en el interior de esa ducha. Tiene una media mampara efecto araña que hace que lo que hay al otro lado lo veas con una perspectiva un tanto distorsionada. Me asomo por un lado de la hoja y suelto un gemido al ver que tiene como ducha un plafón

cuadrado, que me jugaría el dedo meñique a que hace efecto cascada.

Esta vez me aseguro de echar el pestillo a la puerta antes de desvestirme, no lo bastante rápido como me gustaría, para experimentar, lo que estoy segura, será una experiencia religiosa.

Ni confirmo ni desmiento, pero no puedo asegurar que lo que me humedece el rostro cuando me meto bajo ese espléndido chorro sea solo agua.

El gel con olor a regaliz amargo me podría hacer caer de rodillas. O puede que sea mi propio cuerpo, que ya haya llegado a su tope de rendimiento.

Me enjabono con delicadeza el cuero cabelludo, con suaves pasadas sobre la herida que se abrió. Sé que, al saltarse los puntos, me quedará una fea cicatriz, pero ¿qué es otra más en mi cuerpo? Esas son las pruebas de que he luchado y he resistido.

Cuando he conseguido quitar toda la mugre que me impregna, mi mente cree que es el momento perfecto para navegar en el pasado. O puede que sea el hecho de estar demasiado tiempo cerca de una persona que en su día lo significó todo para mí.

Vladimir llegó a mi vida como si fuese un disparo en plena noche. Sin previo aviso, ensordecedor, y dejando un eco que, por desgracia, se quedó para siempre.

No era más que un nombre lejano, una sombra asociada a los negocios sucios del Este, hasta que se convirtió en carne y hueso la mañana que casi me atropella saliendo de la residencia de mi familia. Una fantástica villa en el corazón de la Toscana. El chirrido de los frenos casi me perforó los tímpanos. Sin embargo, cuando sus ojos gélidos se cruzaron con los míos a través del parabrisas, sentí que me congelaba por dentro. Aunque, con mi temperamento, eso no me detuvo. Golpeé el capó con furia, sin pensar, como todo lo que hacía en esa época.

—¡¿Estás ciego o es que eres simplemente estúpido?! —le grité, el corazón todavía retumbando en mi pecho.

Él bajó del coche y creo que temblé, aunque intenté disimularlo. Alto, con ese aire de superioridad arrogante que parece venir de

fábrica con los hijos de la mafia. No me regaló ni siquiera una disculpa, para qué, eso estaba por encima de él, y eso hizo que me enfadase más. Solo me observó con esa expresión entre curiosa y fastidiada, como si le molestara que yo le hubiese cortado la salida.

—Me temo que tú debes ser Isabella —dijo, como si ya supiera todo de mí y hubiera sacado sus propias conclusiones sobre mi persona.

—¿Y tú quién demonios eres?

—Soy Vladimir Pavlov, un conocido de tu hermano.

Había escuchado hablar de él tanto a mi padre como a mi hermano. No es que prestase demasiada atención. Por aquel entonces, estaba en guerra con el mundo.

—Tranquila, no suelo ir atropellando a la gente. Al menos, que no sea sin querer.

Su acento era leve, pero inconfundible, un susurro peligroso traído del frío de Rusia. Me giré sin responder. No estaba acostumbrada a perder el control. Y Vladimir… Vladimir era justo el tipo de caos que yo evitaba como regla de vida, ya que esa palabra se me atribuía a mí solita; no necesitaba rusos peligrosos y atractivos para magnificarlo.

O eso creía.

Al principio, todo en él me repelía: su manera de moverse, como si el mundo le perteneciera; su risa contenida, como si siempre supiera algo que los demás no fuésemos lo suficiente importantes para estar al tanto; y ese magnetismo oscuro que parecía rodearlo como una tormenta siempre al borde de estallar.

Pero el destino, o el azar, o tal vez el capricho de los dioses del desastre, se empeñaron en cruzarnos una y otra vez.

Fue en las cenas familiares, en los pasillos, en la terraza donde solía escaparme a fumar a escondidas. Se convirtió en una constante en mi familia y lo odiaba, lo evitaba.

Adriano lo traía a casa cada vez con más frecuencia. «Es un buen tipo, Isa, solo que está igual o más roto que nosotros». Y eso era mucho decir.

Me molestaba que me mirara tanto, me incomodaba que se diera cuenta cada vez que fingía indiferencia, pero lo que más odiaba era

que empezaba a notar cuando él no estaba.

Una vez me encontró llorando en la biblioteca, donde creía tener mi refugio secreto. No dijo nada. Solo se sentó a mi lado, dejando que el silencio hiciera lo que las palabras no podían. Cuando me calmé, me ofreció un pañuelo de tela que llevaba en el bolsillo del abrigo con sus iniciales bordadas; lo analicé, como si ante mí tuviese a una bestia peligrosa.

—¿Siempre estás tan perfectamente preparado para el drama? —le pregunté.

—Solo para el tuyo —respondió sin una pizca de ironía, de humor ni de emoción mientras se levantaba, y se marchó.

Y así, poco a poco, comenzó a derribar las púas que me cubrían.

La nuestra no fue una historia dulce. Fue algo más parecido a un incendio: hermoso, cálido, pero imposible de controlar. Me besó por primera vez después de una pelea.

Ese día vino Terzo, mi amigo e hijo de un socio de mi padre de la Cosa Nostra. Él era de las pocas personas que me caían bien, que sabía tratar mi personalidad arisca y taciturna. No me obligaba a hablar ni a ser simpática, por eso creo que justo con él hacía ambas cosas.

Por lo visto, eso era algo que tampoco le pasó desapercibido a Vladimir. Bajé a la bodega a por una botella de vino de nuestra mejor cosecha, cuando sentí una sombra acechándome.

—Si tan alta estima sientes por ese *mudak*, sugiero que te apartes de él antes de que lo haga desaparecer.

En esos últimos meses había aprendido de forma autodidacta el suficiente ruso para entender que llamó a Terzo gilipollas, hijo de puta o alguna perla del estilo.

No lo pensé, me giré y le lancé con todas mis fuerzas la botella de Brunello di Montalcino; él, cómo no, la esquivó, haciendo que se derramasen miles de euros. En dos zancadas se plantó ante mí, me empujó contra uno de los tantos botelleros, encerrándome contra ellos y su cuerpo, nos gritamos horrores y luego… luego el mundo se detuvo cuando arrasó mi boca, creyendo que le pertenecía por derecho propio.

No fue suave ni comedido. Fue salvaje y dominante, y adoré cada segundo. Sus mordiscos, su succión, su forma de agarrarme de las mejillas con una sola mano para controlar el beso y que no pudiese hacer más que recibir lo que él estuviese dispuesto a ofrecerme.

Nos enamoramos sin querer. Sin pedir permiso. Contra todo pronóstico. Contra su padre, contra mi apellido, contra el maldito mundo.

Parpadeo y apago la ducha, mosqueada. Evito con todas mis fuerzas que mis recuerdos se manifiesten porque, al mirar atrás, solo puedo decir una cosa con certeza.

Lo que mal empieza, peor acaba.

Me envuelvo en un albornoz tan negro como el alma de su dueño. No pienso ponerme ese conjunto de alguna de sus furcias. Lo que sí me meto en el bolsillo es a mi querido Simone.

Mientras me desenredo el pelo, escucho voces amortiguadas al otro lado de la puerta. Mi instinto de supervivencia hace que me envare y dejo el cepillo con lentitud sobre el lavabo, con la vista fija en ese trozo de madera que me separa de quienes se encuentren al otro lado. Puede que Vladimir haya acudido a mi llamada, que se haya ofrecido a averiguar quién intenta acabar con mi vida, pero por experiencia sé que no puedo confiar en él al cien por cien.

Meto una de mis manos en el bolsillo y sujeto con fuerza a Simone, preparada por si tiene que volver a intervenir y sacarme de cualquier peligro, a la par que abro la puerta con sigilo.

Me quedo quieta contemplando a las personas que se encuentran fuera. Una es, como esperaba, Vladimir. Permanece de pie tras el escritorio en una actitud amenazante, tiene los puños apretados sobre la madera, un tic en la mandíbula —le tiembla al apretarla con fuerza—, y los músculos de su pecho se expanden, protestando con liberar la tensión que le provoca quien está al otro lado.

—¿Tú desde cuándo andas? —pregunto con voz monocorde, aunque por dentro mi corazón lata descontrolado.

Solo hay una persona que saque de quicio a Vladimir, y esa no es otra que Yuri Novikov.

No debería estar tan sorprendida, ya que Pavlov mencionó que estamos en otro local llamado Mystral, pero he querido borrarlo de mi memoria, ya que la última vez que estuvimos en un club de estas características… Que Dios nos pille en su gloria. Siempre que Novikov anda por medio es mal augurio.

—Yo no diría que sostenerse sobre unos bastones ortopédicos sea sinónimo de andar. —Me dedica una mirada de arriba abajo demasiado lujuriosa y añade—: Un placer verte de nuevo, querida Isabella.

Escucho un gruñido a mi derecha y lo ignoro, centrándome en la sonrisa ladina que me dedica Yuri, la cual me provoca escalofríos. Es la persona más ambigua que he conocido en la vida. No sabes si decantarte por acercarte a él y caer bajo el embrujo de su fuerte magnetismo o, por el contrario, echar a correr y esconderte mientras rezas por no haber atraído su atención.

Observo la silla de ruedas tras él, y como si fuese algo de los más normal encontrar al jodido Yuri Novikov aquí, descarto si responder a su saludo y vuelvo a centrar mi atención en Vladimir, el cual me observa con una mirada tan helada que siento que me quemo.

—Necesito un teléfono —solicito.

Resopla.

—No creo que sea buena idea que llames a alguien hasta que tengamos más información. —Recoge su móvil del escritorio y siento la duda antes de ofrecérmelo.

—No me has entendido —digo, sin apartar mis ojos de los suyos —. Necesito. Un. Teléfono.

Nuestras miradas se baten, como si fuésemos dos enemigos a punto de enfrentarse en una lucha a muerte. Lo conozco lo suficiente para saber cuánto le cuesta a Vladimir ceder, pero no pienso ponérselo fácil. Vale que haya recurrido a él, era eso o involucrar a mi familia. Y tengo claro que me importan demasiado como para ponerlos en peligro por mi culpa. La única persona que sé que mantendría eso al margen de la Cosa Nostra es Vladimir, y

más si los que me han atacado son gente de su misma nacionalidad. Sabía que lo consideraría algo personal, aunque no tenga nada que ver con él.

—Dios, dejad que me siente y me ponga cómodo antes de que comencéis a hacer tiras con vuestra piel —oigo que dice Yuri—. Esto es mucho más excitante que cualquier sesión a la que asisto.

—¡Cállate, joder! —exclama Vladimir, dirigiéndose a Yuri y así cortando el contacto visual conmigo.

Cómo no, Yuri sonríe de esa forma tan espeluznante.

—¿Sabes por qué eres la Moretti que mejor me cae? —me dice, sin desviar sus ojos de Vladimir. No espera respuesta y continúa—: Eres la única persona que consigue que se le remueva la sangre en las venas a nuestro querido *pakhan* y se consuma.

Siento un pinchazo en la boca del estómago al escuchar la declaración, la cual no me creo en absoluto.

—¿Y el teléfono? —pregunto en su lugar, intentando por todos los medios que mi voz no tiemble.

Esta vez, cuando Vladimir me observa, ha desaparecido toda emoción de su rostro. Vuelve a ser el hombre frío, distante y en control que siempre he odiado.

—Pavel te conseguirá uno.

Estoy por rechistar que lo quiero ahora. Por suerte, me sereno y recuerdo que soy una mujer de treinta y cuatro años, adulta, que sabe refrenar sus emociones por muy difícil que resulte.

Asiento y tomo una respiración cuando me giro hacia Yuri, sentado ya en su silla de ruedas y quien no pierde detalle de nuestra nimia interacción.

—Así que Mystral, ¿eh? —Arqueo una ceja en su dirección—. ¿Te has cansado de tu fría y seria Rusia, que necesitas traer la depravación a mi preciosa tierra?

—¿Sabes lo sexi que suena la palabra «depravación» en tu preciosa boca? Me hace pensar en las tres ces: cuerdas, cera y cadenas.

—Fuera. Ahora —gruñe Vladimir, con un tono tan bajo e intimidante que hace que se me ponga el vello de punta.

A Yuri parece que no le importa la advertencia explícita que queda suspendida en esa orden, ya que levanta una mano, como si así pudiese controlar a la bestia en la que puede convertirse Vladimir de un momento a otro.

—Y hablando de sexi… —continúa hablando conmigo—. ¿Qué tal está nuestro *hacker* favorito?

—Aléjate de Marco —ordeno, demasiado sobreprotectora.

Fallo mío.

Si hay algo que no debes hacer frente a Yuri jamás, es que vea que algo te afecta. Se aprovechará de ello.

—No seas avariciosa y lo quieras solo para ti, querida Isabella. —Mira de soslayo a Vladimir y siento que sus siguientes palabras serán el toque de gracia—. Aunque, pensándolo bien, no me importaría volver a mirar y ver cómo mi querido *nerd* te posee.

Me quedo lívida por el fuerte impacto emocional que me suponen sus palabras, tanto que no soy consciente de cuándo ni cómo Vladimir se ha acercado, sacado su arma y apuntado al ruso con ella en la sien.

CAPITULO 6

Vladimir

Evito que las emociones rijan mi vida y tomen el control. Eso me lo digo todas las mañanas como si fuera un rezo, pero no hay oración que me salve de lo que Yuri acaba de decir.

—Me encantaría volver a ver cómo te posee… —susurra, estirando cada sílaba como un cuchillo afilado.

El instante se pliega sobre sí mismo. No hay oxígeno, no hay negocios, no hay más mundo que la imagen que me desgarra por dentro. Mi mano se mueve sola. El cañón de la pistola ya está contra su sien antes de que pueda pensarlo.

—Habla una vez más y la próxima bala te convertirá en un simple recuerdo —le gruño.

No se inmuta. Es más, el muy cabrón sonríe.

—Tranquilo, Vladimir. No todos los hombres soportan ver cómo otro disfruta de lo que ellos creen suyo.

—Yo no creo. Yo tomo.

—Claro, claro. Hasta que alguien más se adelanta.

—¿Os habéis cansado ya de parlotear? Estoy cansada —interviene Isabella, cruzada de brazos y sin esa palidez que segundos antes se había apoderado de su semblante.

Yuri aparta el arma con un gesto suave, casi íntimo, como si fuese él quien me perdonara la vida y no al contrario. Gira la silla de ruedas con un movimiento fluido y se dirige a la puerta.

—No tendré en cuenta este arrebato dadas las circunstancias. —Ojea en dirección a Isabella—. Y para que veas mi buena voluntad, investigaré lo que me has pedido. Nos vemos pronto…, socio.

—Desaparece antes de que te borre del mapa —mascullo entre dientes, guardando en la funda que tengo pegada al costado mi

pistola.

La puerta se cierra y el aire queda viciado. Giro la cabeza hacia Isabella. Está de pie con mi albornoz negro, su piel de mármol tostada me distrae. Por un instante parece frágil, luego sus ojos vuelven a ser puro acero cuando se centran en mí.

—No sabía que ahora Yuri y tú fuerais amigos —dice con un tono que huele a veneno.

—Él no es un amigo, es solo un socio.

—Ah, claro… Un socio al que apuntas a la cabeza por capricho. Los negocios te van a ir de puta madre, Pavlov.

—A la cabeza solo apunto por motivos serios.

—Supongo que debo agradecer que yo nunca te he dado uno… —Su boca dibuja una media sonrisa que no me gusta nada.

No contesto. Si lo hago, caigo en su juego.

Me giro y me siento tras el escritorio para enfrascarme en el trabajo.

Como digo, no suelo actuar movido por mis emociones, lo que sí resulta efectivo es el silencio. El silencio intimida y dice mucho más que cualquier palabra.

—Duerme.

—¿Me lo tengo que tomar como una orden o como un regalo? —pregunta, ladeando la cabeza.

«Maldita sea, aun tan magullada como está y con esa sombra bajo sus ojos debido al cansancio, sigue siendo preciosa», pienso al levantar la vista de los papeles que tengo ante mí. Puedo ver los huesos de su clavícula, que se asoman por el cuello del albornoz y…

Cabeceo y me centro.

—Tómalo como quieras, pero es lo que necesitas.

—No suelo necesitar nada de ti.

—Por lo visto, hoy sí.

Me lanza una mirada que podría rebanarme de arriba abajo.

Estoy tentado de sonreír para que se atreva a hacerlo.

Camina descalza y se sienta en el sofá, con una lentitud que parece calculada únicamente para provocarme.

—Nada que no me debieses —susurra este último comentario ácido, que dejo caer al vacío.

Sé que es de madrugada, pero mi vida nunca descansa. Entro en la rutina, hago llamadas, respondo a varios *e-mails*, pero esta vez es una cotidianidad incómoda. A pesar de que no vuelve a hablar ni la vuelvo a mirar, siento demasiado su presencia.

Poco a poco, sus párpados se cierran, y es en el instante que siento que su respiración se vuelve más profunda, que me permito mirarla. Es una maldita reina. Una bruja que, con solo una sonrisa, podría decidir si respiro o no.

Pocas cosas o casi ninguna me hacen perder el control, Isabella es una de ellas. Y detesto que Yuri haya sido testigo de ello. Lo conozco lo suficiente para saber que lo aprovechará a la mínima oportunidad en su propio beneficio. Sin embargo, nadie puede culparme, ha sido mencionar aquello y ver todo rojo de furia.

Recuerdo el olor a madera oscura, cuero curtido, perfume denso y algo más…

Algo que siempre me ha puesto en alerta, sentir cómo el poder cambia de manos.

Yuri nos esperaba en su trono de sombras tras una pared de cristal. Su silla de ruedas parecía parte de su propia anatomía, como si la estructura de aquel lugar hubiera nacido con él sentado en el centro. Una vez que cerramos la puerta a nuestra espalda, el cristal se oscureció, dándonos la falsa sensación de que estábamos solos.

Vi el reflejo de nuestras sombras recortadas. Éramos una especie de tríptico profano: Yo, el temperamento; Marco, la incertidumbre; e Isabella, el castigo.

Sabía que en Mystral nada se da gratis. Lo que nunca deseé es que en el pago se viesen involucradas Alina e Isabella.

Los cinco estábamos siendo su tributo. Si queríamos información en cuanto a las subastas, este era el precio.

Dos sesiones, dos habitaciones diferentes, un mismo juego.

La sala era pequeña, sin cámaras, sin testigos, excepto el cabrón de Novikov como un dios omnipresente. Solo cuero, acero y una luz cenital que nos colocaba a los tres como piezas en un tablero.

Yo no respiraba o, si lo hacía, era en un ritmo contenido que solo los hombres al borde del abismo conocen.

Isabella se mantenía de pie, en el centro, con esa actitud suya de mujer que no se somete a nada ni a nadie. «Excepto a ti», me recordó una voz en mi cabeza. «Pero ya no», le devolví en respuesta, acallándola.

Desde donde observaba Yuri, debió ver la tensión en mi mandíbula cuando ella levantó el mentón, orgullosa, como si toda esta situación no le afectara en absoluto, sin embargo, lo hacía, no me pasó desapercibida la forma en que sus pupilas se contrajeron cuando Yuri pronunció, inundando la sala con su voz:

—Tú decides, querida Isabella. Aprovecha bien mi regalo.

Tuve ganas de gruñir, de estampar mi puño contra esa pared de cristal negra, donde sabía que estaba regodeándose, y matarlo con mis propias manos. Sabía lo que estaba haciendo. Sabía que, cediéndole el control a ella, me quebraría. En su lugar, permanecí estoico. Con las manos metidas en los bolsillos, esperando mi penitencia.

Isabella tembló, fue algo imperceptible. Algo que para cualquiera que no la estuviese observando con atención hubiese pasado inadvertido, pero no para mí. Ninguno de sus gestos, por mínimos que fuesen, se me escapaban.

Me miró y me hundió con sus palabras:

—Él me tomará mientras tú me ofreces. No me tocarás, no participarás, solo guiarás cada uno de sus movimientos. Me entregarás a otro. Verás lo que se siente. Aunque sea por una noche. Aunque sea de mentira.

La quise estrangular en esos momentos.

Entendía lo que eso supondría para mí. Al igual que yo la conocí en el pasado, ella también lo hizo conmigo. Sabía de mi personalidad controladora, dominante. Me estaba otorgando ese poder, pero a expensas de que fuese otro quien le diese placer.

Marco la observaba con una mezcla entre nerviosismo y lujuria mal disimulada. Lo vi, la deseaba. Y ella… La muy bruja no lo detuvo.

Eso fue lo que más me dolió.

Podía decirme que lo hacíamos por información, por encontrar a Sheila, por proteger a mi hermana.

Podía pensar que todo era un juego, un papel, pero yo la conocía mejor que nadie.

Conocía cada gesto, cada suspiro contenido, cada manera que tenía de dejarse caer cuando alguien —yo— sabía cómo tocarla.

Me estaba castigando. Me estaba haciendo pagar mis pecados, y no tuve más remedio que aceptarlo porque era lo mínimo que merecía.

—¿Vas a decir algo? —preguntó Isabella.

Su voz era como una cuchilla suave.

Fingía calma, aunque yo escuchaba su pulso titubeante detrás de las palabras.

Me acerqué a ella y, como me pidió, no la toqué.

La miré como quien contempla un incendio que ya no le pertenece, pero que aún lo consume.

—Tú mandas, Vladimir —dijo Marco, incómodo.

—Por supuesto que sí —respondí sin mirarlo. Mis ojos no se apartaron de Isabella. Mi voz sonaba rasgada, como si cientos de cristales rotos se hubieran instalado en mi garganta—. Desnúdala.

Tras mi orden, el silencio se volvió denso. Isabella parpadeó una sola vez, como si no esperara que lo dijera en voz alta, como si pensara que me iba a echar atrás.

Lo cierto es que me rompí, aunque no por fuera.

—Hazlo —le dije a Marco sin alzar la voz.

Ella dio un paso atrás, casi imperceptible, cuando el *hacker* se acercó y la observó, como pidiéndole permiso. No me miraba, pero podía sentir cómo su cuerpo temblaba bajo la piel.

No lo hizo de miedo, sino de ese maldito reconocimiento que aún nos ata, incluso cuando queremos arrancarnos el alma.

—No volveré a repetirlo —dije con voz serena, pero autoritaria—. Quiero. Verla. Desnuda.

Marco tragó saliva y se le dilataron las pupilas.

«Interesante», pensé al ver que él reaccionaba a mi voz de dominio.

Ella se giró de manera lenta, con una soberbia que me hubiese encantado arrancarle con mi mano azotando su culo.

—Esto no es para tu disfrute.

Entrecerré los ojos y mis labios se retorcieron hacia un lado, mostrándole una siniestra sonrisa.

—Ya lo creo que sí.

El idiota la empezó a desvestir.

Primero la blusa, después la falda.

Dedicándole palabras de consuelo, disculpándose.

—No le hables —ordené, apretando los dientes.

Ambos se encogieron al escuchar mi voz.

Su espalda quedó desnuda, la piel marcada por viejas cicatrices invisibles que solo yo sabía leer.

El sujetador cayó, seguido de sus bragas, y allí estaba otra vez. Mi perfecta ruina. Mi maldita gloria.

Me senté en la butaca de cuero frente a ellos. Sintiéndome un espectador privilegiado del tormento que yo mismo me había buscado.

«Pero no me importa», me repetía. Si era lo que ella necesitaba, se lo daría. Aunque cada uno de sus movimientos me alimentara el rencor y el deseo.

—Excítala.

Marco se acercó de manera torpe. La tocó como quien no sabe si va a recibir una bofetada o una caricia.

Si por mí hubiese sido, habría recibido en ese momento una bala.

Ella no lo detuvo, pero tampoco se rindió como lo hacía conmigo.

No bajó la mirada, no se arqueó ni le ofreció su cuello.

Marco empezó a besarle el vientre y ella apenas se inmutó.

Me dolían las manos de lo fuerte que agarraba los reposabrazos. El muy idiota no sabía qué hacer, cómo manejar a una mujer como ella. Y por mucho que ella lo intentase, lo entendí. Estaba permitiendo el juego, sin embargo, no se estaba entregando.

Porque no podía.

Porque, aunque le jodiese, no era yo.

—Acaríciale entre las piernas. Quiero que me enseñes lo húmeda que está.

Ella me dedicó una dura mirada. Aun así, no rechistó. Era demasiado orgullosa para retractarse. Fue lo que había pedido. Quería que yo ordenase mientras que otro la satisfacía.

Los dedos de Marco bajaron entre sus muslos.

Ella dejó escapar un suspiro cuando los sintió, pero yo supe que no era placer. A pesar de los años, los reconocía demasiado bien.

Era de rabia contenida. Isabella era una bomba que solo yo sabía detonar.

Fue entonces cuando lo odié. No a Marco, sino a mí.

Porque yo era el que la estaba entregando, el que se había apartado y el que la había perdido.

Ella volvió a mirarme. Los ojos le brillaban, no por el deseo, sino por esa jodida certeza de saber que cada segundo que la veía con otro me estaba destruyendo por dentro.

—¿Quieres que siga? —preguntó Marco con voz ronca.

—Sí —respondí. Aunque quería arrancarle los brazos de cuajo.

—¿Y tú? —le preguntó a Isabella.

Ella titubeo.

Ver ese gesto a punto estuvo de hacer que me arrodillase pidiendo piedad. Me clavé los dientes en el interior de mi mejilla y sentí el sabor metálico de mi propia sangre.

—Claro… —musitó ella, como si con cada sílaba que pronunciaba perdiese fuelle.

La llevó hasta un diván y la sentó con una delicadeza que a ella se le escapó sin querer un sollozo mientras Marco se arrodillaba entre sus piernas.

Me puse de pie sin poder aguantar más tiempo sentado. Caminé hacia ella y me puse a su espalda. Marco retrocedió, como si sintiera el fuego en mis ojos. La tomé del pelo, apretando mi puño entre sus mechones, y la obligué a alzar la mirada.

—N-no me toques —masculló. La respiración le temblaba.

La solté de inmediato. Aunque mi cuerpo protestase por ello.

—¿Estás segura de que quieres continuar? —le pregunté.

Mi mirada suplicaba que se negase. Que pusiese fin a este calvario.

Vi las lágrimas acumularse en sus ojos, parpadeó alejándolas, y cuando volvió a abrir los ojos solo había determinación.

—Quiero continuar.

Di un paso hacia atrás, como si hubiese recibido el impacto de un disparo justo en el pecho.

Mi cuerpo se endureció como si me hubiese convertido en granito.

—Termina esto —le gruñí a Marco—, pero no la penetres.

—¿Por qué?

—Porque no es tuya.

Y nunca lo sería si yo podía evitarlo.

Me quedé a su espalda, flagelándome, viendo cómo otro la colmaba de placer con su boca.

Fue entonces cuando supe que acababa de firmar mi sentencia.

Porque esa noche, al verla rendirse sin llegar a hacerlo, desear sin terminar de entregarse, fingir que podía con todo mientras se consumía por dentro… Supe que aún era suyo y eso nos iba a matar a ambos.

Permanecí impasible, como si no me importara escuchar sus gemidos mientras que en mi interior se gestaba una tormenta que no tenía la menor idea de cuándo iba a descargar.

Sintiéndola tan cerca y tan lejos a la vez.

Yo siendo tan suyo y ella no siendo de nadie.

—Te odio —murmuró. Echó su cabeza hacia atrás para encontrarse con mis ojos mientras se sumergía en el clímax.

Me agaché, quedado a unos escasos centímetros de su cara.

—Yo también —murmuré, con mi aliento calentando sus labios.

Un temblor rompe el silencio, haciendo que vuelva al aquí y ahora. Luego, la explosión. El despacho tiembla, los cristales vibran como si fueran a estallar, pero sin llegar a hacerlo.

Me levanto de golpe y corro, bordeando el escritorio hasta llegar a ella. Sus ojos se abren de golpe, quedando totalmente alerta.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta, incorporándose.

Mi cuerpo se cierne sobre ella, intentando protegerla por si al lugar le diese por derrumbarse

—No lo sé. No te muevas —le pido.

—Pero…

Pavel abre la puerta de mi despacho sin llamar y entra con la respiración agitada.

—La entrada del club ha volado. Hay que evacuar ya, jefe.

Asiento y sostengo del codo a Isabella, que mira de uno a otro sin entender qué demonios pasa, para que se ponga en marcha.

—Vamos.

—Pero… ¡Estoy descalza, Vladimir! —exclama cuando atravesamos el pasillo y mi hombre abre una puerta invisible en una de las paredes.

—Da igual. Entra.

Viviendo en el mundo en que lo hago, nunca permanecería en un sitio en el que no hubiese construido una salida adicional.

Avanzamos por un estrecho pasillo, un giro a la izquierda, recto, dos giros a la derecha, y justo cuando aparece unas escaleras metálicas, Isabella se interpone en mi camino, apoyando sus manos en mi pecho.

—Mi bolso. Lo dejé en el despacho.

—¡Joder, Bella…!

En otras circunstancias le darían por culo al puto bolso, pero es suyo y no quiero que quien esté detrás de la explosión, si le da por entrar en el recinto, lo encuentre y la relacionen conmigo.

—Continuad hasta el punto seguro, ahora os alcanzo —le digo a Pavel.

Este me obedece y coge a Isabella del brazo para que lo siga.

—No, no. Yo voy contigo —dice, con el pánico apoderándose de su voz.

—No puedo garantizar que sea seguro —reconozco, mirándola—. Pavel, llévatela.

—¡No! —grita—. ¡Vladimir!

Pero yo ya estoy deshaciendo nuestros pasos.

No tardo en volver al despacho. No se ve movimiento cuando entro y encuentro el bolso de Isabella sobre el sofá. Justo cuando salgo, el ascensor del fondo se ilumina, anunciando que alguien está subiendo. Acelero mis pasos y me cuelo de nuevo en la salida

secreta, cierro a mi espalda y echo a correr cuando escucho el timbre de que hay alguien en mi planta.

Cuando elegí el local para montar el Mystral, compré también los edificios que lo rodean tanto a los lados como en la parte de atrás. Justo en ese hice construir varios pasadizos en diferentes plantas para tener una salida de emergencia en caso de que las cosas se pusiesen feas, como ha ocurrido.

Llego hasta las escaleras donde dejé a Pavel e Isabella y bajo trotando, incluso saltando dos o tres escalones a la vez. Una vez que llego al final, abro la puerta que da al garaje. Allí hay varios vehículos con las luces encendidas, esperando para ponerse en marcha.

Me dirijo al Mercedes GLS 350d en color negro y las lunas tintadas. Antes de subirme en el asiento del copiloto, miro al otro SUV parado al lado. En la parte de atrás, con la ventanilla bajada, se encuentra Yuri.

Me mira y, con una sonrisa, dice:

—Al fin el diablo ha pestañeado.

Asiento en su dirección, y tras un guiño por su parte, sube la ventanilla y se larga.

Debería estar feliz. Llevamos varios meses esperando recibir una respuesta que, para nuestra desesperación, no llegaba. El problema es que, ahora que ha llegado, no puedo disfrutar de ello debido a que nunca quise que Isabella Moretti se viese involucrada.

Y, sin embargo, aquí está, taladrándome con la mirada cuando me monto en el coche en silencio y nos ponemos en marcha dirección al refugio; no estoy preparado para compartir con ella las explicaciones que espera por mi parte.

No creo que le haga mucha gracia que le diga que vivo obsesionado con dar con el paradero de mi mujer y que, si mis fuentes no se equivocan, comparte con su hermana gemela. La que hace seis meses la abandonó a ella, a Sheila y a Alina a su suerte para que muriesen ahogadas.

No. La verdad es que no me siento preparado, y más cuando aún no sé si la explosión que acaba de suceder y lo que le ha ocurrido a ella en aquel polígono estén relacionados.

CAPITULO 7

Isabella

—¡¿Qué cojones ha sido eso?!

Paso detrás de él a ¿una casa, una mansión…? «Bah, qué más da las dimensiones de la infraestructura». Solo sé que el portazo que pego tras de mí seguro que se ha escuchado a kilómetros. Voy descalza, con un mullido albornoz y con mi bolso colgado del hombro, como si llevase el mejor *outfit* de la temporada. Lanzo el bolso al suelo, sin preocuparme dónde cae, y lo sigo como un huracán a punto de desatarse.

Me he mantenido en silencio, en el coche, los cinco minutos —¿o han sido quince?— que hemos tardado en el trayecto del club hasta aquí. Ha resultado todo tan rápido: la explosión, la huida, el traslado, que no me ha dado tiempo a despegar la lengua del paladar. Pero ahora me va a oír, vaya que si lo va a hacer.

Estoy que me salgo del pellejo de los nervios que acarreo.

—No ha sido nada —contesta Vladimir con voz dura y cortante, acercándose al mueble bar a servirse un vodka.

—¡¿Que no ha sido nada?! Que no ha sido… ¡Joder, Vladimir! Casi salimos volando en infinidad de pedazos. No me vengas con que no ha sido nada.

Me mira de soslayo, como si no tuviese a su lado a una lunática en albornoz a punto de saltarle a la yugular.

Porque eso es lo que soy en estos momentos: una desquiciada a la que le hierve la sangre.

«Y, por lo visto, no soy la única que está nerviosa», pienso al fijarme en cómo le tiembla el pulso cuando se lleva el vaso de vodka a los labios y acaba con su contenido de un solo trago. Se sirve otro y hace la misma operación. En el instante que va a por su tercer

lingotazo, me acerco, se lo arrebato y me lo bebo con la misma ansia que ha hecho él.

«Dios…».

El ardor que siento en el esternón, cuando baja el alcohol, hace que ahora no solo hierva por dentro, sino que ardo literalmente. Sin embargo, me veo estirando la mano y ofreciéndole el vaso para que vuelva a llenarlo. Lo hace, y él se apropia de la botella para beber a morro.

—Deja de alterarte. La explosión la esperábamos y estaba controlada.

—Ni siquiera se te ocurra tratarme con condescendencia porque no te lo permito. —Le clavo con fuerza un dedo en el pecho—. Esta noche casi muero dos veces. ¡Dos! —recalco por si no le ha quedado claro—. Así que, si quiero estar molesta, lo estoy.

—¡¿Qué quieres de mí, maldita sea?! —estalla, lanzando la botella al otro lado del salón, donde se hace añicos—. ¡Has sido tú la que me has llamado! —me grita a la cara—. Ni siquiera esperaba que te vieses envuelta con lo que ha sucedido en el club. ¿Qué quieres, Isabella? ¡Dime qué coño esperas que te diga! —exclama con la misma exasperación que siento yo.

—¡Nada! ¡De ti ya nunca espero nada! —le vocifero con la misma fuerza que él.

No sé quién se mueve primero, o si acaso lo hacemos alguno de los dos. Lo que sí sé es que, un momento estamos discutiendo como dos pitbulls rabiosos y al segundo tenemos las lenguas entrelazadas, como si se tratasen de espadas.

No es un beso tierno ni delicado. No, aquí hay mucha rabia, mordiscos y una intensidad que me deja mareada. Y, aun con todo eso, no quiero parar. Aunque lo más seguro es que ni siquiera pudiese si lo intentara.

De todas formas, no soy la única que ha perdido el control, cuando Vladimir me alza por los muslos para que enrede mis piernas en sus caderas y me estampa contra la mesa. Y sí, digo que me estampa porque ni me posa ni me apoya, que se lo digan a mis lumbares magulladas, que son la que se han llevado la peor parte con el golpetazo.

Gruño, no sé si de dolor o del placer que me produce sentir asomar a su bestia interior. Mi cuerpo se arquea al reconocerla, como si se despertase de golpe a un vago recuerdo que me obligué a enterrar.

Nuestras bocas pelean en una batalla por decidir quién toma el control. Conozco a Vladimir lo suficiente, y dudo que haya cambiado mucho, para saber que él no va a ceder, que luchará hasta que consiga rendirme. Lo que él ahora no sabe es que ya no soy aquella joven que disfrutaba llegar al momento de postrarme, que ahora yo soy tan dominante como él y no pienso concederle el triunfo.

Se lo demuestro mordiendo su labio inferior con tanta fuerza que noto en mi lengua el sabor metálico de su sangre.

—Animal… —brama con voz gutural, a la vez que me agarra de mi pelo y de un tirón me abre el albornoz.

Lo que se encuentra no es más que mi piel cubierta de algunos moratones que están adquiriendo un color violáceo.

Blasfema cabreado y lo vuelvo a besar, no quiero que se descentre al ver mi cuerpo convertido en un cuadro de Picasso.

Se me escapa un jadeo cuando me acaricia los muslos y los abre para hacerse hueco entre ellos.

Sé que tendría que haber ido al hospital, y no a causa de las heridas físicas que me haya causado el accidente. Debería haber ido a que me realizasen un TAC cerebral. Estoy segura de que padezco una conmoción o algo por el estilo me ha debido de pasar en la azotea para estar decidida a hacer lo que no me cabe duda que va a ocurrir.

Antes de que la voz de la razón se apodere de mí, arrastro mis uñas por la tela de su camisa y le pago con la misma moneda tirando de ella.

Los botones salen despedidos en distintas direcciones. Tampoco soy suave cuando desengancho la hebilla de su cinturón, le desabrocho el pantalón y cuelo mi mano en su interior, apoderándome de su miembro sin aviso.

—Esto no cambia nada —le aviso, con mis labios pegados a su dichosa boca mientras libero su longitud.

—No lo hace —concuerda él.

Percibo cómo el negro de su pupila casi se ha comido el azul de su iris.

—Es solo producto de la adrenalina —rebato.

Y tiemblo cuando noto la punta de su polla en mi entrada.

Creo que no va a encontrar mucha resistencia al entrar, ya que parezco un manantial.

—Solo para liberar tensiones —añade.

Asiento conforme.

Parece que, en cuanto a este asunto, hemos sintonizado la misma frecuencia.

Me siento embriagada por el deseo. Todo lo que quiero en este momento es a él, ahora.

Vladimir debe captar mi mensaje en mis ojos porque, sin previo aviso, me agarra del trasero para tenerme más sujeta y gimo en voz alta cuando se introduce en mi interior con fuerza.

No solo invade mi cuerpo, sino que siento cómo traspasa la barrera que he construido a lo largo de los años.

—Dios… —jadeo, echando mi cabeza hacia atrás.

Él me vuelve a agarrar del pelo y me coloca para que sigamos frente a frente.

—Mírame —me ordena—. Mírame mientras te follo.

Su exigencia me hace temblar, aunque lo achacaré a las duras embestidas que emplea cuando comienza a moverse.

No obedezco, desde luego. Lo que me limito a hacer es todo lo contrario a lo que demanda, y cierro los ojos.

—Mierda, Isabella… —gruñe, no sé si mosqueado por mi desobediencia o preso de la excitación—. Tú… Esto… Se siente increíble.

Tras su declaración, abro de nuevo los ojos, prendándome con la imagen de Vladimir rendido al placer.

Rota sus caderas y consigue llegar a un punto de no retorno, ese en el que me abandono al deseo, en la que mi visión se vuelve borrosa en los laterales y siento que solo puedo anclarme a él, a esos ojos tan helados que abrasan.

Noto sus manos en mi pelo, mis caderas, mis pechos… Es como si estuviese en todas partes, conquistando cada centímetro de mi ser

como si le perteneciese. Hubo un tiempo en que lo hice, que fui suya y le entregué todo cuanto tenía. Se adueñó de mi cuerpo, de mi corazón, y me sentí completa.

Cuando tu razón de ser depende de otra persona y decide desecharte como si lo vuestro nunca hubiese significado nada, algo dentro de ti muere.

Aprieto los ojos con fuerza, sin querer seguir viéndolo. Aunque, al privarme de la visión, todo se vuelve mucho más intenso.

El recuerdo me golpea con la misma crudeza con la que el mar arrastra a un náufrago hacia la orilla. Puedo sentir aún el eco de sus promesas, el calor de su aliento dibujando palabras que juraban eternidad. Sin embargo, esa eternidad se quebró como un cristal bajo un peso invisible. Me quedé sosteniendo los fragmentos, intentando recomponer algo que ya no tenía forma.

Abro los ojos apenas un instante y su silueta se difumina, como si no fuera del todo real, como si mi memoria lo hubiera tallado más perfecto de lo que fue. Me descubro temblando, no solo por lo que aún provoca en mi cuerpo, sino por la certeza de que, aunque me hirió, sigo buscándolo en cada rincón de mi piel.

Quisiera arrancar de raíz cada sensación que me ata a él, borrar la cartografía que sus manos dibujaron en mí, pero también temo quedarme vacía si lo hago, como si arrancar su huella fuera también borrar una parte de lo que alguna vez fui. Así que permanezco suspendida entre el deseo de huir y el anhelo de quedarme, atrapada en ese lugar donde el pasado sigue respirando, aunque yo intente silenciarlo.

Vladimir debe notar que mi mente ha desconectado, que me he ido a un lugar muy lejos del aquí y el ahora. Me sostiene de la cabeza y atrae mi rostro al suyo para besarme de nuevo.

Ese es el catalizador para que me precipite a un lugar sin retorno.

Comenzamos a movernos con más fuerza, con tanta que las patas de la mesa en la que estoy sentada chirrían contra el suelo de mármol. Siento un aumento dentro de mí tan intenso y potente que no podría pararlo, aunque quisiera.

Suelto un alarido tan alto cuando comienzo a correrme que no me extrañaría que superase los decibelios permitidos. Vladimir acelera sus acometidas y lo arrastro a ese estado extrasensorial cuando llegamos juntos al orgasmo.

Dicen que después de la tempestad llega la calma. No estoy del todo de acuerdo, puede que mi cuerpo esté indudablemente más relajado, pero mi interior… Una tormenta de remordimientos se fragua muy dentro de mí, amenazando con arrasarlo todo.

El momento postcoital es en el que las personas se sienten más vulnerables, como si al quedar expuesto con la respiración acelerada y el calor que aún vibra en la piel pudiera atravesarte cualquier mirada, exponerte a cualquier juicio y saber que no saldrás indemne.

Así que hago lo que cualquier persona temerosa haría, me coloco mi máscara de indiferencia y, sin preámbulos, espeto:

—Aparta.

La orden la acompaño con un empujón.

Cuando Vladimir sale de mi cuerpo de manera tan abrupta, me siento de nuevo vacía. Y no solo en el sentido figurado.

Pego un salto al bajarme de la mesa y recojo el albornoz. Mientras me lo coloco, veo por el rabillo de ojo cómo Vladimir se guarda el miembro en los calzoncillos y se abrocha la bragueta.

Lo detesto.

Detesto que me vuelva a poner cachonda ese simple movimiento. Y no ayuda que esté desaliñado, con la camisa abierta, mostrando su esculpido pecho.

—Isabella… —comienza. El tono de su voz bajo e íntimo hace que instintivamente necesite protegerme.

—Para —lo corto, y me entretengo en anudar el cordón del albornoz—. Esto no cambia nada —le recuerdo.

—No seas ingenua. —Me mira con dureza—. Esto lo cambia todo.

Alzo la cabeza y lo observo.

«¿Por qué todos los demonios son tan atractivos?», me quejo.

Compongo una sonrisa tan venenosa que incluso noto como yo misma me contagio de su veneno.

—No te confundas, Pavlov —menciono su apellido para marcar distancias. A él parece que le molesta y disfruto de esa sensación—. Ha sido una noche surrealista. Han sucedido demasiadas cosas y ambos necesitábamos desahogarnos de alguna forma. —Conforme hablo, él se cabrea más. Lo percibo en cómo se le endurecen los músculos de su mandíbula, por lo que me propongo dar la estocada final—: Ha sido contigo, pero si aquí hubiera habido otro, también me hubiese servido.

Sé que me estoy comportando como una auténtica zorra. Lo sé y lo asumo. Puedo vivir con ello. Con lo que no podría vivir es con que se vuelvan a despertar sentimientos por este hombre, la única persona que consiguió destruirme.

Avanzo, dando por concluida la conversación. Necesito salir de aquí, alejarme de lo que su sola presencia le hace a mi cuerpo y olvidar lo que ha ocurrido sobre esa mesa.

«Mentirosa», me dice una vocecilla. «Jamás podrás borrar de tu mente lo ocurrido. Igual que no has olvidado vuestro pasado». Pero lo intentaré, haré todo lo posible por ignorar que hace demasiado tiempo que no me sentía tan viva.

No conozco la casa, tampoco me importa. Deambularé hasta encontrar una habitación que parezca estar libre y me acostaré, poniendo todo mi empeño en que desaparezca esta noche de mi mente.

Al pasar por su lado, contengo el aliento al sentir cómo su mano me agarra con firmeza, aunque sin demasiada fuerza.

—Puedes decir lo que quieras, Isabella, pero ambos sabemos que es mentira.

Me revuelvo y me zafo de su contacto.

—¿De verdad? —pregunto, entrecerrando los ojos—. Si no recuerdo mal, no hace mucho tiempo permití que otro me poseyera mientras tú observabas.

Y tras esa declaración, me giro y me marcho.

Por nada del mundo admitiré que aquella noche, en el Mystral, el castigo no solo lo recibió él.

Cuando Yuri nos pidió el pago por la información que necesitábamos, algo se avivó. Se despertó un sentimiento de venganza que no creí que existiese en mí. Vi la oportunidad perfecta para causarle a Vladimir, aunque fuese, una ínfima parte de lo que yo sufrí en el pasado. Y no porque él pudiese albergar sentimientos hacia mí, yo sabía que eso era imposible. A fin de cuentas, fue él quien me abandonó. El que desapareció sin mirar atrás, con la confesión de que se iba a casar con otra, en el instante que yo más lo necesitaba.

Pero si algo sabía de un hombre como Vladimir es que detesta que lo releguen. Tanto él como mi hermano, o como los demás jefes de la mafia al completo, no soportan quedar en la sombra ni que alguien cuestione su autoridad. Para ellos, el respeto no es una cortesía, sino un tributo obligatorio, y cada mirada esquiva o palabra tibia puede convertirse en una afrenta. Prefieren el enfrentamiento abierto antes que la indiferencia, necesitan sentir que su poder es visible, palpable, evidente. Son hombres que viven de su reputación, que respiran a través del miedo que inspiran y que entienden el silencio de los demás no como prudencia, sino como un veneno lento que amenaza su autoridad. Por eso sabía que dejarlo como simple espectador, el que guiaría cada paso de Marco para que me proporcionase placer, sería un dulce castigo.

Con lo que no conté es que, en aquella sala de dominación y sumisión, la que saldría más magullada de como entró, sería yo.

Sí, recibí un orgasmo de la boca de Marco, pero odié cada maldito segundo. Me maldije a mí misma y, sobre todo, lo detesté a él. A Vladimir, por acatar mi orden y dejar que fuese otro el que me tuviese. Fue un mazazo a esa parte de mí que todavía creía poder controlar el juego.

Porque en cuanto vi su mirada, ese fuego helado, entendí que había cometido un error. Vladimir no había cedido por obediencia, sino porque había olido en mi orden una grieta, un temblor que yo creí haber disfrazado con autoridad. Y él, como todo depredador que se respete, jamás desaprovechaba el rastro de sangre.

Marco, ajeno a esa corriente invisible que se encendía entre nosotros, seguía con su tarea, minucioso, casi devoto, pero yo

apenas sentía sus manos, su boca. Todo mi cuerpo estaba concentrado en la quietud de Vladimir, en cómo ladeaba la cabeza, en la manera en que su pulgar recorría con lentitud la longitud de mi garganta, como si marcara el camino de mi final.

Fue entonces cuando comprendí que mi pequeño acto de rebeldía había dejado de ser un juego. El verdadero castigo no era el que yo había planeado para él, sino el que él estaba urdiendo para mí en silencio, con esa paciencia que da el saberse dueño de todos los finales posibles.

Y mientras Marco seguía, mientras la sala olía a sexo y vicio, yo sentí cómo mi respiración se encogía, cómo la vergüenza y el miedo se mezclaban con una excitación amarga, imposible de admitir. Porque esa era la otra cara del poder, su capacidad para convertir cualquier límite en un espejo donde uno termina viéndose más desnudo que nunca.

CAPITULO 8

Isabella

«Tres».

Esos son los días que he tardado en decidir que hoy es el día en el que me voy a escapar.

Nadie puede culparme.

Cualquiera en mi situación hubiese encontrado una forma de hacerlo mucho antes, pero si algo me ha enseñado la vida es a saber qué batallas puedo librar y salir victoriosa.

Cuando desperté en aquel despacho, sobresaltada, por un instante sentí que aún estaba dentro de mi coche mientras recibía el impacto por detrás. Una vez que apareció frente a mí la cara de Pavlov, alertándome para que me pusiese en marcha, me vino todo lo que había sucedido hasta ese momento.

Me sacaron del local en un simple albornoz y con la misma información que llegué, o sea, ninguna. Y así se han mantenido las cosas en estos tres días. La única diferencia es que me han proporcionado ropa.

¡Como si fuera una muñeca!

Salgo al fastuoso jardín y saludo con un ceño fruncido y la barbilla en alto al par de hombres que hay vigilando esa puerta. Lo mejor para llevar a cabo mi plan es actuar con la mayor naturalidad posible, que viene a ser comportarme como una cabrona malhumorada.

Si fuese toda sonrisas, creo que los llegaría hasta a asustar. Lo único que han recibido por mi parte han sido mil preguntas de qué hago aquí, dónde está su jefe y la amenaza: que, si no me dejan salir, les cortaré la garganta sin remordimientos y disfrutando con ello.

Promesas que, por desgracia, han caído en saco roto.

Puede que yo fuese quien recurrí a Vladimir Pavlov para saber quién me quiere hacer desaparecer —un error inmensurable por mi parte si me preguntas—, pero si se piensa que eso justifica el tenerme recluida, no me conoce en absoluto.

No sé en qué demonios estaba pensando.

Está claro que, ahora que no tiene a su hermana encerrada en su torre de marfil, necesita proclamarse mi protector. Siempre ha sido así, Vladimir Pavlov vive por y para proteger, y la única forma que sabe es manteniéndote apartada, relegada de los potenciales peligros que acechan.

Y lo siento, pero no. Puede que cualquier mujer se pueda sentir halagada por que luchen por ella, sin embargo, ha quedado claro que yo no soy ese tipo de mujer. Yo no agacho la cabeza si tengo que pedir ayuda. No me siento inferior, es puro pragmatismo. Aun así, cuando lo hago, es con la condición de aunar esfuerzos, ya que el convenio de la unión ofrecerá un mejor resultado.

Está claro que al *pakhan* de la Bratva no le ha quedado claro. A las pocas horas de llegar al «refugio», desapareció haciendo bomba de humo con una simple orden: «no saques de quicio a mis hombres».

Camino con calma, contando cada paso como si fuera un metrónomo interno que me mantiene serena. A mi izquierda, el seto altísimo que separa el interior de la mansión del mundo exterior. A mi derecha, los dos hombres trajeados, más pendientes de la nada que de mis movimientos.

Perfecto.

Es lo que tiene haber hecho el mismo recorrido día sí y día también, que al final han creído que no supongo ningún peligro.

Me agacho, fingiendo atarme el zapato, aunque llevo zapatillas sin cordones.

Meto la mano en el bolsillo y saco la cuchara de postre que he guardado del desayuno. Sí, una cuchara. Es ridículo, lo sé, pero es mi única herramienta. La uso como palanca y abro un hueco en la tierra al pie del seto. Lo suficiente para meter el pie, impulsarme y trepar como si fuera un gato desesperado por escalar.

Una vez que llego a la cima, con bastante esfuerzo, todo hay que decirlo, la tela de mis pantalones se engancha en una rama y suena un rasgado. Contengo la respiración al sentir el aire cálido en el trasero.

Uno de los guardias levanta la vista y abre los ojos, asombrado. O puede que esté entrando en pánico.

Sé de unos que van a desear desaparecer también antes de enfrentarse a la furia del *pakhan*.

El corazón me truena sin control cuando sonrío, ladeo la cabeza y le hago un gesto obsceno, enseñándole el dedo corazón, justo antes de dejarme caer al otro lado. Escucho cómo masculla un insulto en ruso y comienzan las voces. Creo que son amenazas, pero me siento tan eufórica por mi proeza que no me permito entretenerme en saber lo que estarán diciendo de mí. Nada bueno, seguro. Lo único que hago es echar a correr.

Mi pecho se infla con un aire distinto, un aire de libertad que sabe a gloria bendita por mucho que esté a punto de vomitar un pulmón. Sé que no tardarán en pisarme los talones, pero cuando, tras la explosión en el club, vinimos al refugio, no perdí detalle del trayecto y sé cómo despistarlos.

Crecer en una familia perteneciente a la mafia te enseña que tienes que ser observadora, nunca sabes cuándo te puede resultar útil cualquier detalle, por mínimo que sea.

Y hablando del refugio, como lo mencionó Vladimir, se trata de una espléndida mansión, que en otra circunstancia hubiese disfrutado, ubicada en el barrio de Parioli.

Es una zona cercana a la ciudad, hay unos cuatro o cinco kilómetros hasta el centro; conocido como uno de los barrios más elegantes y prestigiosos de Roma, donde predomina la presencia de villas de lujo y edificios de estilo histórico, con una atmósfera residencial y tranquila que estoy rompiendo con mi escapismo.

Llego hasta la Viale Parioli, una avenida principal, y me pierdo entre coches, turistas y estudiantes con mochilas. No miro atrás cuando paro a un taxi en la Piazza Ungheira y pido que me lleve a la estación.

Al tener programada mi huida, tuve en cuenta llevar conmigo el monedero con mi documentación y tarjetas de crédito. El bolso con el resto de mis pertenencias, nada de valor, se lo dejo a Pavlov de recuerdo si quiere.

El trayecto hasta Termini es un borrón de ruidos y calles que conozco de memoria. En la estación, me planto frente a la máquina de billetes y no me lo pienso dos veces cuando pido el siguiente con destino a Pisa. Es mi hogar, y aunque a veces me asfixie y necesite salir de allí, ahora es donde necesito estar.

La suerte me sonríe cuando descubro que el tren sale en diez minutos. Subo, me siento junto a la ventana y cuando se pone en marcha, dejo que la vibración del vagón me arrulle mientras la ciudad eterna se aleja ante mis ojos, con la sensación de que, con lo que acabo de hacer, he despertado a un león dormido. Me da que, cuando me vuelva a enfrentar a él, no va a estar feliz.

***

Horas después, al entrar a mi apartamento, el olor familiar a café me golpea. No he tenido tiempo ni de poner un pie dentro cuando Sheila aparece en el umbral de brazos cruzados y mirada fulminante.

—¿Se puede saber dónde diablos has estado cuatro días, Isabella? —Su voz corta el aire como una navaja.

Trago la sonrisa que me empuja los labios.

Sheila no es familia, pero he descubierto en estos meses que, cuando se enfada, es peor que una madre siciliana.

—Es una larga historia —respondo, entrando al interior y pasando por su lado.

«Hogar, dulce hogar», pienso, soltando un suspiro.

—¿Una larga historia? —repite—. Mira qué bien, resulta que tengo todo el tiempo del mundo. —Sus cejas se arquean por encima de esos preciosos ojos azules y rasgados que tiene—. ¡¿Y se puede saber por qué llevas medio cachete del culo al aire?!

Es en ese momento, al sentirme de nuevo a salvo en mi casa tras los días surrealistas que he vivido, que comienzo a reír de manera incontrolable.

La rubia platino me mira asustada. No soy de las que se ríen con facilidad, soy más de expresarme a través de silencios, o incluso gruñidos si me pillas de buen humor.

Aunque no se lo diga, adoro a Sheila, y eso que la mayoría del tiempo le taparía la boca con un esparadrapo para que deje de parlotear. Porque la española de rasgos exóticos, lo de hablar se lo toma como deporte olímpico.

Me desplomo en el sofá, agotada, y me cubro los ojos con el antebrazo, con la risa aún burbujeando en mi cuerpo.

—No empieces, Sheila. Si te lo cuento, no me vas a creer.

—Si lo intentas, a lo mejor te sorprendes. —Su tono es puro sarcasmo mezclado con preocupación.

Y aquí estoy, dudando si suelto todo por la boca. Porque contarle que he pasado tres días como rehén «consentida» en una mansión de Parioli, bajo la vigilancia de los hombres de Pavlov, haber salido ilesa de una explosión y de un intento de asesinato en el que me cargué a dos urkas rusos, lo cual aún no tengo ni puta idea de por qué lo hicieron, suena más a una mala telenovela turca que a la vida real.

Sin embargo, al centrarme de nuevo en Sheila, no soy capaz de empezar. Y no porque no confíe en ella, que lo hago, sino porque no se merece que comparta mi mierda. No después de lo que ella tuvo que soportar hace unos meses, cuando fue secuestrada por estar en el momento exacto y el sitio equivocado.

Ella es la mejor amiga de mi cuñada Alina. Más que amigas, ellas se tratan como hermanas. Se criaron juntas en un colegio interno en el sur de España y eso las unió de una forma inexplicable.

Tras lo que sucedió en Rỳsbink, estuvo unas semanas con Alina y mi hermano, pero no tardé en proponerle que, si le apetecía, en mi apartamento sobraba una habitación.

Alina aún no entiende que llevemos viviendo juntas tantos meses y, a decir verdad, yo tampoco lo hago. Sheila y yo somos el *yin* y el *yang*, aunque a ella le guste decir que es el Robin de mi Batman, sea lo que sea que signifique eso. El caso es que me siento cómoda con ella alrededor, da un poco de luz a mis días, por lo general, nublados.

Y sí, puede que me haya vuelto un poco sobreprotectora con ella, y como también dice mi cuñada, la haya adoptado y me la haya querido quedar para mí.

Yo la conocí en su peor momento, intentaron apagarla, y cualquier otra persona, tras lo que ella tuvo que vivir, se hubiese sumido en la oscuridad, pero ver su admirable proceso de reconstrucción ha sido como ver florecer la flor del cerezo, que simboliza la belleza de lo imperfecto y engrandece el concepto de la renovación y la esperanza.

—Lo que realmente necesito es una buena ducha —opto por decir al ponerme en pie.

No se me pasa cómo le cruza en la mirada cierta decepción y mi pecho se contrae al ser yo la culpable de esa emoción, pero no puedo hacerle eso. Sheila, sin proponérselo, se ha convertido en alguien demasiado importante para mí como para marchitarla involucrándola en asunto turbios de los que ni siquiera yo tengo la información. Y sé que así sería porque si de algo estoy segura, aunque no lo haya dicho, es que no dudaría en ponerse en peligro por mí al igual que yo ni pestañearía en hacerlo por ella.

Antes de entrar a la ducha, me acerco a ella y le doy un rápido abrazo para compensar mi falta de explicación. Dura lo justo, ya que la conozco y sé que es de las que se viene arriba y no me soltaría hasta que viese que comienzo a sudar debido a la incomodidad que me produce el contacto humano.

Las personas, por lo general, cuando me conocen, piensan que me caen mal; no es que sea del todo incierto, pero mi problema real es que padezco de fobia social, me cuesta relacionarme con los demás. Por norma, entro en un estado de ansiedad que con el tiempo he llegado a controlar, pero la sensación real es como si estuviese encerrada en mi propio cuerpo y no fuese capaz de escapar de él por más que grito.

Mi terapeuta dice que lo desarrollé a raíz del trauma que viví hace dieciséis años, yo opino que siempre ha estado en mí. Por eso suelo ser una persona tan obsesa del control y que me cuesta relajarme. Siento que, si lo cedo, todos los muros que tanto me ha

costado construir a mi alrededor se desmoronarán y no me quedará nada.

Hubo una época en la que fui capaz de bajar la guardia y ceder parte de ese control que a veces me asfixia, pero el resultado fue nefasto. Durante un tiempo me enseñaron lo que era respirar la paz para que, de golpe y porrazo, como si se tratase de un grifo, cortaran el flujo.

Por eso decidí que no volvería a cederlo por mi propia voluntad, porque volver a recoger las piezas y crear el armazón de protección es mucho más doloroso de lo que uno puede imaginar.

El agua me calienta el cuerpo y me desentumece los músculos. Por un instante echo de menos los lujos del refugio. Vladimir es muchas cosas, y una de ellas es que es un maldito sibarita y no se conforma con menos que la puta excelencia.

No me extraña que no deje de resoplar, debe resultar agotador ser él.

Cuando salgo de la ducha, me envuelvo en una toalla y aparto de mi mente todo lo que tenga que ver con él porque ya sabes lo que dicen: si piensas en el diablo, terminarás invocándolo.

Y justo eso es lo que ocurre. Suena el telefonillo del piso y, al entrar en el comedor, escucho decir a Sheila mientras mira la pantalla del interfono:

—Isabella, ¿me puedes explicar por qué está el hermano cañón de Alina en nuestro portal con ojos de querer calcinar a alguien?

CAPITULO 9

Isabella

Sheila observa la pantalla de telefonillo de brazos cruzados y con la mandíbula descolgada.

—¿Me puedes explicar —me pregunta, alargando cada sílaba— por qué está el hermano cañón de Alina en nuestro portal con ojos de querer calcinar a alguien?

«Qué suerte la mía…».

Cierro los ojos un instante y maldigo en silencio.

—No abras —le ordeno tajante, ajustándome la toalla sobre los pechos.

—¡¿Estás loca?! —me responde en un susurro nervioso, sin despegar los ojos del aparato. Me da que está evaluando si Pavlov sería capaz de atravesarlo con algún tipo de superpoder—. Después de lo que he vivido, no pienso morir joven. Soy una superviviente.

No le quito razón. Aun así, resoplo, me giro hacia ella y le alzo una ceja.

—No seas cobarde. Es un simple hombre.

—¿Un simple hombre? ¡Es un milagro de la naturaleza, Isabella! —Me lanza una mirada que dice: «me lo quiero comer a bocados y sin respirar, a poder ser»—. Peligroso, pero qué se le va a hacer… Algún fallo tendría que tener, si no, no sería justo para las «simples» —entrecomilla— mortales.

—No te engañes. Si de algo va sobrado Vladimir es de fallos.

Sonríe pícara.

—Aún sigo esperando la historia, ¿sabes?

—¿Qué historia? —me hago la loca. Aunque sé a la perfección a qué se refiere.

—La que seguro es épica. —Dirige una mirada de soslayo a la pantalla.

—Deberías dejar de ver tantas películas de superhéroes, te hacen difuminar la realidad.

—¡Jamás!

Pongo los ojos en blanco a la par que Sheila se encoge cuando vuelve a sonar el telefonillo.

—¿Qué hago, abro o voy buscando destinos para esconderme? Tiene pinta de estar cabreado.

«Él vive cabreado», me dan ganas de decir.

—Haz lo que quieras —mascullo en su lugar.

Me doy la vuelta y me encamino hacia mi habitación. No pienso enfrentarme a Vladimir Pavlov en una ridícula toalla que apenas cubre mi piel húmeda.

Cuando salgo enfundada en ropa cómoda, pero decente, me quedo parada al entrar en el comedor. Él ya está ahí, sentado en el sofá como si fuese su casa, su reino e incluso su territorio.

Tengo que admitirlo, este hombre corta la respiración. El porte, la mirada gélida, la mandíbula tensa… Todo en él grita peligro y deseo al mismo tiempo. No puedo culpar a Sheila de que se mantenga sobre un charco bajos sus pies por cómo babea al mirarlo.

Me obligo a recordarme que he permanecido tres días encerrada en su no tan humilde morada, tres, sin una sola explicación.

Una sola mirada suya dirigida a Sheila es suficiente para que ella levante las manos en señal de rendición.

—Vale, vale, lo capto, sobro.

Pasa junto a mí como un torbellino y yo, con una sonrisa sarcástica, le suelto:

—Gallina…

—¿Me ves negarlo? —responde antes de desaparecer en su cuarto.

El silencio que queda se vuelve pesado, se instala entre nosotros como una sombra con vida propia cargada de electricidad.

Respiro hondo y me cruzo de brazos, esperando a que se desate la tormenta que seguro está fraguada en su interior. Él no dice nada, solo me observa. Esos ojos tan azules terminan por arrancarme la

calma porque cada segundo sin palabras es un látigo invisible que me tortura.

—¿Qué? —espeto al fin, harta de tanta espera.

¿Contesta? Por supuesto que no.

Ese también es un método de tortura para sacar de quicio al oponente.

Después de lo que parece una eternidad, aunque seguro que han sido unos segundos, se pone en movimiento y se levanta.

Sus pasos son felinos, calculados y tan hipnóticos que no soy capaz de apartar la mirada. Cada centímetro que acorta consigue que se me acelere el pulso. Se detiene frente a mí, lo bastante cerca como para que note el calor de su cuerpo, pero sin llegar a rozarme. Y, por inercia, mi cuerpo, sin yo ordenárselo, se inclina, deseoso por tragarse la distancia.

—¿Sabes? He tenido que volar desde San Petersburgo y dejar lo que estaba haciendo —su voz es baja, grave y juraría que cargada de reproche— porque me han informado de la forma tan descarada en la que te has escapado.

—¿Qué querías que hiciera? ¿Agradecerte que me dejaras en tu casa? —Le sostengo la mirada, aunque la garganta me arde.

Apenas me muestra una imperceptible sonrisa que hace que el vello de mis brazos se erice.

—Otras, en tu situación, hubiesen encontrado formas ingeniosas de agradecérmelo, sí.

Sexo. Sexo sucio y salvaje es en lo único que puedo pensar con sus candentes palabras.

«Fuera», le grito a mi mente calenturienta para que aleje ese tipo de pensamientos intrusivos.

Analizo la situación como si lo hiciese con un sistema de seguridad encriptado.

Mi reacción es pura química. Es algo normal tras llevar varios meses sin ningún tipo de diversión. Soy una mujer de treinta y cuatro años con una excesiva carencia sexual temporal frente a un hombre. ¿Cómo lo ha llamado Sheila? Ah, sí. Un milagro de la naturaleza. No tiene nada que ver con que se trate explícitamente de él.

—Bueno, yo no soy otras. —Me encojo de hombros con indiferencia.

Me observa. Me mira un largo tiempo, hasta que noto cómo me arde la piel bajo su escrutinio.

—Por supuesto que no —dice al fin, tras humedecerse los labios.

Mis ojos se desvían hasta ellos.

«¿Desde cuándo tiene una boca tan mullida?», pienso, recordando lo que es capaz de hacer con ella.

«¡Para ya, joder!», le grita mi parte racional a mi yo libidinoso.

Por suerte, Vladimir tensa la mandíbula, ajeno a la guerra interior que estoy sufriendo a causa de su presencia.

—Espero que seas consciente de que con tu huida has hecho que mis hombres sufran un castigo.

Me estremezco, aunque intento que no se note, porque me lo creo a pies juntillas. El *pakhan* no pasa por alto que se cometan errores. Por un momento, me siento responsable del destino de esos hombres, pero no pienso caer en su manipulación.

—Ni se te ocurra culparme a mí de tus métodos medievales —respondo con veneno.

Él sonríe apenas, un destello peligroso en sus labios.

—Recuerdo que ciertos artilugios de tortura nunca han supuesto un problema para ti.

«Maldito… Así que sacando la artillería pesada de los recuerdos, ¿eh?».

—Sí, sobre todo la guillotina. Y, a poder ser, con tu cabeza en ella.

Si vamos a jugar a este juego, espero que también recuerde que yo soy toda una experta.

Resopla.

Y adopta una actitud más seria y mucho más distante, a pesar de que lo tengo casi pegado a mí.

—Eres imposible.

—Y tú un tirano —le replico, clavando un dedo en su pecho duro como la piedra.

El aire se espesa todavía más. Sus ojos bajan a mi boca por un segundo y siento cómo un calor traicionero me recorre el cuerpo.

Me odia. Le odio. Y, sin embargo, hay una fuerza invisible que tira de nosotros como un imán que no admite resistencia.

—No deberías provocarme, Isabella —murmura tan cerca que cada palabra roza mi piel.

—Ni por asomo es lo que pretendo. —Pero mi actitud dice todo lo contrario.

Él inclina la cabeza, sus labios apenas a un suspiro de los míos.

—Me alegro, porque si no deberías estar preparada para quemarte.

El calor de su proximidad me nubla la cabeza y, cuando siento que las cosas pueden descontrolarse, doy un paso atrás.

La mejor victoria es una buena retirada a tiempo.

Cuando consigo aclarar mi mente, reconduzco la conversación.

—Te pedí ayuda para averiguar quién mandó a aquellos urkas que quisieron acabar conmigo, Vladimir —esputo con la voz cargada de rabia—, pero eso no te da derecho a encerrarme como si fuera una damisela en apuros.

Alzo la barbilla.

—Pretendía mantenerte a salvo.

—No es necesario, joder. También soy hija de la mafia, ¿recuerdas? —Me exaspero—. Necesito saber qué está pasando.

Su mandíbula se marca aún más, un músculo latiendo en su sien.

—Eso es justo lo que estaba haciendo. Investigar. Pero claro, doña impaciencia no sabe esperar ni un maldito día sin buscarse problemas.

—¿Perdona? —Doy un paso hacia él con el pulso acelerado. Hablar con Vladimir es como chocarse contra un muro constantemente—. No estaba buscando problemas, estaba buscando respuestas. Algo que tú, con toda tu parafernalia de protector, no me has dado. Por lo que será mejor que las busque por mi cuenta, fue un error por mi parte involucrarte.

Noto que mis últimas palabras le molestan. Lo sé por cómo sus ojos se clavan en los míos mientras se le oscurecen de forma peligrosa.

—¿Respuestas? —repite, apretando los dientes con tal fuerza que los escucho rechinar—. ¿De verdad quieres eso, Isabella? —No comprendo por qué, cada vez que lo escucho pronunciar mi nombre, sigo estremeciéndome—. Porque tal vez no estés preparada para lo que he averiguado.

Se da la vuelta, como si necesitara poner distancia entre nosotros. Y sí, eso es lo que en realidad tendríamos que hacer. He dicho en serio que pienso que fue un error acudir a él. No sale nada bueno al remover el pasado. Llega hasta la mesa baja del comedor y recoge una carpeta de cartón que hasta ahora ni me había fijado en ella. Se da la vuelta para encararme de nuevo y la coloca sobre la encimera de la cocina, que tengo a mi derecha, con un golpe seco.

—Toma.

La miro, pero no la toco. Algo en mi instinto me grita que, si la abro, nada volverá a ser lo mismo.

En un movimiento tan rápido que apenas lo veo venir, su mano se cierra en torno a mi garganta. No lo hace con fuerza ni ejerce la suficiente presión para hacer daño, pero tampoco es una caricia. Su agarre es firme, un recordatorio del poder que ejerce sobre mí. Aun así, el pulso me martillea bajo sus dedos.

—¿Realmente quieres respuestas? —me pregunta.

«¡No!», grita mi cabeza.

—Sí —verbalizo.

Me observa y descubro que le cuesta compartir lo que sea que va a decir. No para de mirarme, de fijarse en cada uno de mis rasgos, por si encuentra duda en ellos.

No lo va a hacer. A pesar de que por dentro soy pura contradicción, he aprendido y soy toda una experta en disimular y tapar mis verdaderas emociones.

—Descubrí que Larisa no escapó sola —dice. Cada palabra retumbando en mi piel y odiando ese nombre salir de sus labios—. Todo este tiempo ha estado acompañada de Valentina.

«¿Q-qué?».

Mi mundo se detiene al sentir cómo ese nombre me atraviesa como un cuchillo. Valentina. La traidora. La gemela que intentó matarme sin un solo titubeo después de, por mi parte, no haber

parado hasta encontrarla. Una hermana que para mí está muerta desde ese instante.

Aun así, me obligo a no parpadear, a no dejar que vea el temblor que siento por dentro.

—Y… ¿Qué me quieres decir con todo eso? —pregunto, fingiendo desdén, como si no me importara en absoluto.

Él me estudia en silencio unos segundos, su mirada tan cortante que siento que me disecciona.

Al fin, habla:

—Dado que a cierta persona le entraron las prisas por volver a su vida como si no hubiesen querido acabar con ella hace unos días, no puedo estar al cien por ciento seguro de que ellas estén detrás de tu ataque, pero no me extrañaría. Larisa siempre te ha odiado y… —Guarda silencio.

—Puedes decirlo, por lo visto, mi hermana también.

Mi estómago se encoge, pero mi rostro permanece impasible.

Para mí, Valentina no era solo mi hermana gemela, era mi mejor amiga, mi refugio, mi otra mitad. Luché con todo lo que tuve por encontrarla, liberarla, y ella me abandonó a mi suerte sin tan siquiera pestañear.

—Lo que sí sé a ciencia cierta —prosigue, sin mencionar nada de Valentina. Él sabe exactamente lo que ocurrió, Alina se lo contó— es que Larisa provocó la explosión en el club.

—¿Por qué estás tan seguro en eso?

Me cuesta procesar que estemos manteniendo una conversación sin atacarnos de por medio. No es típico en nosotros, y me siento… ¿Cómo decirlo? Rara. Ya que a la vez me resulta peligrosamente familiar.

—Lo hizo porque yo la incité.

«Oh».

Mis labios se separan apenas, sin que entre aire suficiente para formar palabras.

—Piénsalo bien y detenidamente, Isabella —su voz baja se incrusta en mis huesos—. Si quieres involucrarte en este asunto, no habrá vuelta atrás. Permanecerás atada a mí hasta que descubramos la verdad.

Su pulgar roza mi garganta de manera lenta, un roce que me quema más que cualquier presión que pudiese ejercer.

Luego me suelta. El contacto se rompe y me quedo con la piel erizada, vacía de su calor y, al mismo tiempo, aliviada.

—¿Mi hermano lo sabe? —le pregunto, intentando recomponerme tras su contacto—. Lo de que permanecen juntas.

—Si lo hace, ha sido por sus propios métodos, no porque hayamos hablado de ello —me aclara.

—¿Cómo lo descubriste?

—Gracias a la ayuda de Yuri. —«Cómo no…»—. No fue fácil rastrear las cuentas que pertenecían a Dante. —Aún siento un agujero en el pecho al pensar que la mano derecha de mi hermano era la Sombra, a la vez que su medio hermano—. Utilizaba cuentas fantasmas que no dejaban rastro financiero. Era cuestión de tiempo que quien, tras su muerte, se hubiese apoderado de sus ganancias, diese un paso en falso. Y Larisa es muchas cosas, pero, sobre todo, es codiciosa, vanidosa, no predomina en ella la discreción. La muy perra ha estado haciendo un gran despilfarro recorriendo el mundo.

—¿Y ella? —Aún no soy capaz de pronunciar su nombre en voz alta, no obstante, Vladimir entiende mi pregunta.

—No sé cómo o cuándo sucedió, puede que Larisa, al tener esa especie de obsesión contigo, la extrapolase hacia Valentina mientras permaneció secuestrada. Lo que sí te aseguro, por las imágenes que he conseguido —señala la carpeta—, es que están juntas. Tanto en el sentido bíblico como en el figurado.

Me quedo impactada tras su insinuación.

«Dios… Todo esto me supera». Me froto la cara, sobrepasada.

—Llevo demasiados meses siguiendo los pasos de mi esposa.

—Creí que lo único que querías era verla muerta.

Odio sentir una punzada de celos cuando lo escucho llamarla «mi esposa». Han pasado dieciséis años, por el amor de Dios, es algo que superé hace tiempo como para seguir sintiendo esa quemazón en el pecho.

—Y lo hago. —Asiente mientras su tono de voz se recrudece—. Pero sería muy fácil darle caza y acabar con todo. Antes de llegar a ese punto, quiero que sea consciente de que voy tras ella, que no

pueda descansar ni un puto segundo de lo que le queda de vida. Que a cada momento mire por encima de su hombro, sintiendo el aliento de la muerte acechándola. Llevarla al límite, desquiciarla de tal forma que pierda la cabeza, y con el numerito que montó en el club, sé que estoy haciendo bien mi trabajo; cada vez está más cerca que llegue el momento de que esa zorra no haya querido haberse cruzado en mi camino. —Me observa con fijeza y añade—: Quiero que entiendas que, si aceptas involucrarte en esto, no me detendré ante nada ni ante nadie cuando llegue el momento de acabar con quien se ha atrevido a traicionarme.

De repente, tengo mucho frío porque, sin decirlo, me acaba de dejar claro que, si Valentina está de parte de su mujer, no le supondrá ningún problema acabar con ella también. Y lo cierto es que no sé qué sentir al respecto.

A veces se me olvida quién es en realidad Vladimir Pavlov. Es un hombre despiadado, calculador y que puede convertir tu vida en un auténtico infierno, y todo acabará tan solo cuándo y como él así lo desee.

Sin añadir nada más —creo que ha dicho suficiente—, se da media vuelta y se marcha, como si acabara de dictar sentencia.

¡¿Qué digo cómo?! ¡La ha dictado, joder!

Mientras tanto, yo me quedo en medio del salón, el eco de su presencia aún latiendo en el aire. La carpeta sigue sobre la mesa, como si se tratase de una bola de demolición, la cual sé que me hará trizas.

Sin embargo, cuadro lo hombros, recordándome que soy una Moretti y que, me guste o no, mis manos están manchadas de sangre.

Tras estar un rato observando las fotos y la documentación que me ha dejado Vladimir, tengo el estómago revuelto. Aún no soy capaz de procesar cómo mi propia hermana ha podido aliarse con una persona que siempre me ha odiado por el hecho de que a su marido y a mí nos unía un pasado demasiado doloroso juntos. Él la eligió a ella, ¿por qué siempre he sido el blanco de su ira?

Aunque, a decir verdad, no debería sorprenderme, he descubierto por las malas que no conocía a mi gemela tanto como

yo pensaba.

Me centro en varias imágenes de mi réplica en las que aparece siempre sola, y observo las fechas. Cada pocas semanas, siempre se la ve frente al mismo edificio. No aparece dirección, pero no es nada que no pueda averiguar por mi cuenta.

Al fin y al cabo, mi socio es uno de los mejores *hackers* del mundo. Y en el momento que le pido a Marco que me rastree la localización del edificio, sé que he aceptado la propuesta de Vladimir y me acabo de meter de lleno en la boca del lobo. Otra cosa es que acepte, como él ha dicho, que quede atada a él.

«Nunca más».

Lo que se me olvida es que la palabra «nunca» no encierra todo el tiempo, solo un eco prolongado del ahora.

CAPITULO 10

Vladimir

¿Qué me importa que en este momento haya más de seis billones de personas en el mundo si yo solo necesito a una? Lo más jodido de todo es que esa persona es la única a la que no puedo tener.

La vida me arrancó de su lado cuando más deseaba quedarme. Yo mismo reforcé esa distancia al creer que así la mantenía a salvo de los peligros que siempre me persiguen.

Isabella nunca supo la verdad ni el peso que cargué al negarme a enfrentarme a su mirada, al cerrar las puertas de aquel futuro que anhelábamos. Sin embargo, el destino es un tirano que juega con las heridas que uno cree tener cicatrizadas.

El problema es que hay cicatrices que, por dentro, aunque hayamos querido curarlas, siguen sangrando.

Después de tantos años, el maldito universo vuelve a ponerla frente a mí, cruzando nuestros caminos. Y lo hace en el peor momento. Justo cuando los peligros que juré mantener lejos de ella regresan con más fuerza.

Lo más probable es que no tenga derecho ni deba acercarme otra vez, pero sé que, si me alejo, si le ocurre algo ahora, todo lo que he soportado en silencio carecerá de sentido.

Eso es lo que me repito cuando recuerdo que he dejado asuntos importantes a medio atender en San Petersburgo solo para montarme en un *jet* privado y venir en su busca.

Sé que mi marcha va a traer consecuencias, tengo a la mayoría de los *vory v zakone* esperando como putos buitres a que falle, a que cometa un error para declarar un golpe de estado y emprender una guerra interna para sustituirme de mi cargo como *pakhan*. Lo

más alarmante es que yo les estoy dando gasolina para que prendan la hoguera.

Mientras salgo del bloque de Isabella, saco el teléfono móvil del interior de la americana. Entro al interior del coche en la parte trasera, y tras pedirle a Pavel que me lleve a casa de mi hermana, subo la pantalla separadora y marco el número de Dimitri.

Tras la muerte de mi padre, el anterior *pakhan*, Boris Pavlov, reestructuré la organización y me rodeé de hombres que tuviesen una visión de futuro similar a la mía. Creé una estructura jerárquica más moderna y menos tradicional.

Dimitri es el *sovietnik* o consejero. El segundo al mando. Es quien me asesora, ya que tiene buenos contactos con inteligencia, oligarcas, políticos… Es un *vory v zakone* de alto rango y una de las personas en quien más confío, o por lo menos todo lo que se puede llegar a confiar dentro de la Bratva.

A lo largo de los años, él me demostró que tenía la misma opinión respecto a mi padre que yo, a pesar de que era su primo. Él está de acuerdo en que las cosas tienen que cambiar, que no debemos estancarnos en pensamientos y acciones arcaicas.

El mundo está en continuo movimiento, y si no nos sumamos a su ritmo, desapareceremos.

—¿Has conseguido dar con la escapista?

Resoplo.

Dimitri puede ser mi consejero, pero la mayor parte del tiempo se pasa la jerarquía por el forro de los cojones y me habla sin ningún tipo de respeto. Quizá eso es justo lo que más valoro en él, su sinceridad aplastante.

—Es un auténtico dolor de cabeza.

—Las mejores siempre lo son, Vladimir.

«Ya…».

—Lo que tú digas —espeto sin darle más importancia, aunque no sea capaz de sacarlo de mi cabeza—. ¿Novedades?

—Has dejado muchos corazones rotos, sobrino.

Aunque Dimitri era primo de mi padre, conmigo siempre se comportó como un tío.

—¿Algo de lo que deba preocuparme? —pregunto, esperando que su respuesta sea afirmativa.

No hay nada que desee más que tener una excusa de peso para incrustar unas cuantas balas.

—Bah, nada que no pueda manejar. No están acostumbrados a que se les deje con la palabra en la boca.

—Una pena.

Escucho la risa de Dimitri al otro lado de la línea.

—Guarda el rifle, Clint Eastwood… Por muy molestos que sean, a veces sirven de ayuda, y ahora, más que nunca, debemos permanecer unidos.

Los viejos no me perdonan. Ellos crecieron con la sangre manchándoles los nudillos y la supuesta lealtad grabada a fuego en la piel. Para ellos soy un intruso, un heredero impuesto más por la sangre que por la tradición. No importa lo que haya hecho, las guerras que haya ganado o los cadáveres que cargue a mi espalda, para los *vory* antiguos sigo siendo el muchacho que no hizo lo suficiente para merecer este puesto.

Me observan como hienas hambrientas, esperando a que tropiece, que muestre un ápice de debilidad. Lo huelo en cada reunión. Creen que no me doy cuenta de que sus silencios no son de respeto, son desplantes mal disimulados. Y sus brindis con vodka esperan que sean de despedida adelantada, a poder ser, la mía.

No obstante, ninguno alcanzó en su vida lo que yo he logrado con tan solo treinta y seis años: abrir rutas al otro lado del Atlántico.

A causa de la compra de Costania, la empresa de transporte marítimo que conseguí hará un año, soy el mayor proveedor de armamento tanto en América central como en EE.UU., y eso es algo que no deben olvidar. Gracias a mí, nuestra Bratva se ha vuelto poderosa. Los rivales nos envidian a la par que recelan de ocupar nuestro territorio.

Nadie llega a la cumbre sin dejar a su paso la huella amarga de sus enemigos.

Y hablando de enemigos…

—Quiero que se siga vigilando a Ramminov.

—Después de lo que le has hecho, ¿aún crees que está al tanto de las locuras de su hija?

—Nunca se sabe. Larisa actúa con tal descaro que eso no puede sostenerse solo. Alguien la respalda, y si no es su familia, entonces es alguien mucho más peligroso.

—¿Estamos vigilando, entonces, al enemigo equivocado? —plantea.

—No hay equivocaciones si hay una única grieta de sospecha.

—Lo capto. Ramminov seguirá en nuestro radar, aunque dudo que salga durante unos días de su casa. —Puedo apreciar la burla en su voz cuando añade—: No recordaba que fueses tan… artístico a la hora de sacar información.

—Vete a la mierda.

Lo último que escucho antes de colgar son las carcajadas de Dimitri.

Lanzo un suspiro, cierro los ojos y apoyo la cabeza en el respaldo del asiento.

Estos tres días que he pasado en Rusia no han sido del todo improductivos.

Lo primero que hice nada más aterrizar en San Petersburgo fue dirigirme al casino *Schastlivchik*, que significa «El Afortunado», y es propiedad de mi queridísimo suegro.

Tras mi enlace con Larisa, la fortuna sonrió a los Ramminov, les resultó ventajoso unirse a los Pavlov y consolidó su posición en el país. La familia se transformó en una estirpe pudiente y respetada dentro de nuestro círculo, sin embargo, de vez en cuando me gusta recordarle que, al igual que fue gracias a mí por lo que consiguieron ese estatus, puedo arrebatárselo en un abrir y cerrar de ojos si así lo deseo.

Llegué con Pavel y varios hombres de Dimitri, el cual también se unió a la visita.

Decir que nuestra presencia alteró a los hombres de seguridad de Iván Ramminov es quedarse corto. Las miradas entre ellos eran de absoluto pánico, y lo peor es que no tuvieron tiempo de avisar a su jefe.

—¿Dónde está? —pregunté a uno de ellos, que se encontraba cerca de la zona de ruletas, sin molestarme en saludar siquiera.

—Buenas tardes, señor Pavlov. El señor Ramminov se encuentra en la *suite* presidencial.

—Estad pendiente de que nadie le avise —les ordené a mis hombres, y me dirigí junto a Pavel y Dimitri a los ascensores.

Una vez salimos en la planta superior, dos guardias se encontraban custodiando la única puerta de doble hoja que había en el pasillo. Por puro instinto, fueron a echar mano de sus armas.

—Yo que vosotros no lo haría. Siempre y cuando queráis seguir conservando el trabajo y la vida, claro —les aconsejó Dimitri con su particular tono distendido.

Los años me han enseñado que no hace falta perder la compostura ni abrirse paso con un fuerte estrépito. Al final, el miedo y el respeto se inclinan mejor ante la quietud.

—*Pakhan*… No lo esperábamos —respondió uno de ellos.

—Abrid.

Por la cuenta que les traía, obedecieron de inmediato.

Al internarnos en la *suite*, el olor a cuero, alcohol y sexo no fue lo único que nos dieron la bienvenida. Iván Ramminov se encontraba de rodillas sobre la cama mientras follaba por detrás a una joven a la par que esta saboreaba el coño de otra chica. Por lo tersas que tenían sus pieles, esperaba que por lo menos hubiesen cumplido la mayoría de edad.

—¿Señoritas? —irrumpió la voz de Dimitri—. Se acabó la fiesta. —Eso hizo que Iván fuese consciente de nuestra presencia.

—¡Vladimir! —Debo reconocer que escuchar cierto pánico en su voz me satisfizo.

Ramminov es un hombre listo y sabe que no hago visitas de cortesía, sobre todo, después de la traición de su hija.

Se apartó con rapidez de las jóvenes y se tapó su polla, ya flácida, con una sábana mientras Pavel se encargaba de sacar a las chicas y dejarnos a mi consejero, mi suegro y a mí solos en la habitación.

—No esperaba tu visita.

—No creo que necesite invitación para venir a verte.

—Por supuesto, somos familia. —Sonrió con cierto nerviosismo, poniéndose en pie.

—Por tu bien, espero que esas muchachas estuviesen aquí por su propia voluntad —comenté con seriedad—. Hace años que en nuestra mafia no trabajamos el proxenetismo.

Mi padre fue un verdadero hijo de puta, pero una de las cosas que erradicó cuando se convirtió en *pakhan* fue la trata de blancas. Pasaba el rato y pagaba por los servicios de prostitutas, yo también lo he hecho, pero nunca hemos traficado ni nos hemos lucrado de mujeres a cambio de sexo.

—Estaban aquí libremente, lo juro. —Levantó sus manos, como si así fuese más inocente que un hombre de más de sesenta años se estuviese follando a unas chicas que podrían ser sus nietas.

—No he venido aquí para juzgarte. —Lo cual, por supuesto que hacía—. Solo vengo a charlar.

Notaba sus estremecimientos ante mi actitud calmada.

—Claro, si dejas que me vista, seré todo oídos.

—Siéntate.

Ni siquiera me hizo falta levantar la voz para que mi orden quedase clara. No pensaba hacerlo sentir cómodo. Si hubiese sido más listo y no hubiese estado pensando con la polla, estaría preparado para cualquier tipo de imprevisto.

Por la cuenta que le trajo, obedeció y tomó asiento en una silla que le señalé.

Me paseé por la estancia y sonreí al apreciar todo el arsenal de juguetes sexuales que tenía a su disposición. Era un mundo que no me resultaba desconocido, estaba familiarizado con ellos y se me ocurrió darles un buen uso.

Alcancé un par de cuerdas y probé su resistencia dando un par de tirones. Me di la vuelta y el rostro de Iván se volvió cerúleo cuando me vio con ellas y dirigirme hasta él.

—¿Qué vas a hacer con eso, Vladimir? —Alcé una ceja, y ese gesto fue suficiente para que rectificase—. Quise decir, *pakhan*. —Tragó saliva y vi cómo su nuez se movió, marcándose en su garganta.

—Por lo que he podido ver, estás un poco disperso y tienes un poco abandonado tu negocio.

—Yo no…

Fue a levantarse, pero Dimitri se lo impidió, apoyando una mano en su hombro. Iván le lanzó una mala mirada de soslayo. Mi suegro era unos diez años mayor que mi tío y no era un secreto que nunca se habían tragado mutuamente. Sabía que Dimitri estaba disfrutando con todo esto. Mi padre tenía un acuerdo tácito con Ramminov y hasta ahora se había sentido intocable.

—Yo también voy a abrir un club, ¿sabes?

Le pasé las cuerdas a mi asesor. Este le quitó la sábana, dejándolo desnudo, y procedió a atarle las manos detrás de la espalda y los pies juntos para mantenerlo inmovilizado.

Tuvo la inteligencia de no oponer resistencia.

—Seguro que te va de maravilla. Siempre has tenido buen olfato para los negocios.

—Sí, bueno. —Cogí otra silla y la coloqué frente a él—. El problema es que voy a tener que posponer la apertura —comenté, sentándome—. Anoche, alguien voló la entrada del local y me va a llevar más tiempo de la cuenta la reforma. —Me encogí de hombros, como si no fuese importante.

—¡No he tenido nada que ver! —exclamó, tirando de las ataduras.

—Tú no. Pero ¿y tu hija?

Si antes ya estaba cerúleo, en ese momento había perdido toda la sangre de su cara y quedó pálido.

—Sabes que, desde que te traicionó, no he tenido contacto con ella —musitó, siendo consciente de que las cosas iban a ponerse complicadas.

—No seas condescendiente, Ramminov. Tanto Viktor como Larisa no solo me traicionaron a mí cuando quisieron matar a mi hermana, lo hicieron a toda la organización. ¿Y sabes por qué? Porque yo soy la Bratva.

El primer corte en uno de sus muslos le hizo soltar un alarido de dolor.

—Vamos a jugar a un juego. Por cada mentira que me digas, yo te haré un corte. —Le mostré la pequeña guadaña que sostenía en una de mis manos—. Así que medita detenidamente tus respuestas.

El sollozo que se le escapó de sus labios incluso me avergonzó. Los más sádicos luego siempre eran los que menos soportaban el dolor.

—¿Desde cuándo tienes contacto con Larisa?

—N-no… Ya te lo he dicho. No sé nada de ella.

Corte. Esta vez observé cómo la sangre le manaba de la pantorrilla.

—Inténtalo otra vez. ¿Desde cuándo?

Negó mientras se mordía el labio inferior. Los cortes de la guadaña eran profundos. Se le apreciaba la piel lacerada.

—E-es Olga la que está en contacto con… con ella.

«Maldito cobarde». Un par de cortes eran suficientes para vender a su propia esposa.

—Bien —le concedí—. Sigamos. ¿Cómo te enteraste de que iba a abrir el club?

—No…

Ni siquiera le dejé que elaborase la mentira y le corté en la otra pierna, cerca de la ingle. Bajo sus pies se iba formando un charco con su propia sangre.

—Lo supiste porque yo quise que así fuese —le informé—. Debes recordar que tus hombres, antes que a ti, me deben lealtad a mí.

—¡Tú calcinaste una de sus casas con ella dentro! ¡Se salvó de milagro! —gritó, y sonreí porque era cierto—. No puedes culparla de que intentase hacer lo mismo.

Le hago otra incisión en la pierna derecha. En esta ocasión, en vertical en el gemelo. Solo para equiparar ambas piernas y por puro placer.

—Ya sabes que recitamos unos votos: hasta que la muerte nos separe —teatralicé—. Solo estoy intentando acelerar el proceso.

—Eres un necio si siquiera la subestimas. Mi hija es demasiado ambiciosa, y recuerda lo que te digo: conseguirá hacerse con tu puesto.

—Estoy deseando que lo intente —le dije, poniéndome en pie—. Una última pregunta. —Le pasé la guadaña por el torso, haciéndole un corte debajo del pecho. Por un segundo, temí que se desmayase, a causa del grito que pegó, y acabase toda la diversión—. ¿Desde hace cuánto tiempo los Ramminov tienen tratos con los urkas?

Observé cómo Dimitri, postrado a la espalda de mi suegro, frunció el entrecejo. Incluso a él le había pillado desprevenido esa pregunta.

—M-mi familia nunca ha hecho tratos con esa sucia basura —dijo, y lanzó un escupitajo sobre la moqueta, como si la sola idea le asquease.

Le creí que él no tuviese nada que ver con el ataque a Isabella.

No porque Iván fuese la persona más sincera del mundo, sino porque él no era un *vory v zakone*. Él siempre había sido un antiguo político venido a menos con aires de grandeza. Supo que aliarse a la Bratva le haría formar parte de la élite. Ofrecer a su hija en matrimonio con el futuro *pakhan* era un negocio asegurado, pero siempre había considerado inferiores a los verdaderos «ladrones sin ley», que es como se les conoce a los *vory v zakone*.

—Más te vale no tener secretos para mí… —le dije mientras limpiaba en su mejilla el arma que había usado, antes de guardármela de nuevo en el bolsillo interior de la chaqueta—. Creo que, después de que tu hija sea la causante del retraso en la apertura de mi club, me debes un regalo de inauguración.

Me acerqué hasta un cuadro abstracto que había en una pared y lo descolgué. Volví al lado de Iván y lo dejé frente a él, apoyado en la silla en la que había estado sentado.

—Ya que te gusta usar tanto la polla, utilízala para algo útil. —Y mirando a Dimitri, le dije—: Suéltalo y que use su propia sangre para pintarlo. Me da igual que no sea capaz de que se le ponga dura. Que no acabe hasta que cree una obra de arte.

La carcajada que soltó Dimitri hizo que Iván se revolviese en su sitio y me gritase mientras salía de la *suite*:

—*Sukin syn, pridet tvoye vremya, i ya stantsuyu na tvoyey mogile.*[1]

Salgo del recuerdo cuando traspasamos los muros de la vivienda. Cuando el coche se para, me bajo y, mientras Pavel se marcha al garaje para aparcar, yo voy hacia la casa donde ahora vive Alina.

A pesar de que han pasado unos meses, aún no me acostumbro y se me hace raro que esté con un Moretti. Y mucho más que vaya a tener un hijo con él.

Me paso la mano por el pelo, intentando alejar el pensamiento de que la historia se repite. Si depende de mí, esta vez haré lo posible para que no tenga el mismo trágico final. Al fin y al cabo, Alina, por mucho que le pese, siempre será la Matrioska de la familia Pavlov.

Antes de que termine de subir los escalones que dan a la puerta principal, esta se abre.

En vez de encontrarme a mi hermana pequeña, el que me recibe no es otro que su pareja, Adriano Moretti, y por la cara de cabreo que tiene, sé que la visita no va a ser placentera.

—Me he enterado de que han querido hacerte a la barbacoa —comienza con esa voz que destila veneno.

—Parece que las noticias vuelan, «cuñado» —recalco esto último, llegando al último escalón y quedando a su altura.

—Lo que va a volar es esto. —Sin que lo vea venir ni que me dé cuenta, mi cara se encuentra con su puño—. Dame una buena razón y dime por qué demonios Isabella se encontraba contigo o juro por Dios que te mato en este instante.

—No es asunto tuyo.

—Joder que no…

Justo en el momento que va a lanzarme otro puñetazo contraataco, le placo el golpe y le asesto uno en el estómago.

La puerta se vuelve a abrir y, entre golpes y codazos, diviso un cabello rubio.

—¿Otra vez os estáis peleando? —escucho la voz hastiada de Alina.

—Hola, hermanita —la saludo con una sonrisa mientras me limpio la comisura del labio.

El muy cabrón de Moretti ha hecho que me sangre.

—Tranquila, p*rincipessa*, solo le estoy dando la bienvenida a tu hermano.

Adriano me hace un placaje digno de los mejores defensas de *rugby* y me saca el aire de los pulmones.

Antes de acabar con la espalda en el suelo, solo me da tiempo a ver cómo Alina pone los ojos en blanco, se da la vuelta y nos cierra la puerta para que continuemos con nuestro espectáculo.

No sé por qué, y a pesar de estar en desventaja en estos momentos, sonrío. Por mucho que no lo verbalice, ahora esta es mi familia. Y hacía mucho que no me sentía como en casa.

CAPITULO 11

Vladimir

—Podemos tirarnos aquí toda la tarde —gruñe Adriano.

—El agotamiento es sinónimo de tontos, capo. Y tú llevas la frente perlada de sudor, como si se tratase de un diploma —le respondo con la respiración jadeante.

—Ah, ¿sí? Pues si esto fuese una competición, tú ya habrías escrito toda una enciclopedia —me suelta él, sin darse tampoco por vencido.

La puerta de entrada se vuelve a abrir y ahí, de nuevo, está Alina, de brazos cruzados y golpeando con uno de sus pies el suelo.

—Prometo que he querido quedarme al margen, pero me resultáis tan ridículos que por vergüenza ajena tengo que intervenir. ¡Pasad para adentro, joder!

—Cuidado, *principessa*, ya sabes lo cachondo que me pone que te vuelvas soez.

Le lanzo a Adriano un último puñetazo al estómago que hace que se retuerza.

—¡Que es mi hermana, capullo!

Me alejo de él y por fin me acerco a mi hermana. No recibo abrazos ni sonrisas. Por lo visto, no está muy contenta con la demostración de testosterona que hemos dado. Así que me limito a dejarle un beso en la coronilla.

—¡Tú qué te crees, ¿que eso se le ha implantado con un simple chasqueo de mis dedos?! —Señala la incipiente barriga de mi hermana—. Sé que soy bueno, pero no mago. Además, la mejor parte es la de practicar. —Sonríe el muy cabrón, pagado de sí mismo.

—¡Adriano! —exclama Alina con las mejillas sonrojadas.

—¿Quieres que le vuelva a arrear? —le susurro al oído.

—Argh… Sois lo peor. Ya he guardado los cuchillos, así que pasad de una vez. —Se gira y se dirige al interior de la casa—. Malditos mafiosos engreídos que se creen el culo del mundo… —masculla, desapareciendo.

Ni siquiera espero a Moretti, cuando la sigo hacia la cocina.

—¿Estás de antojo, hermanita? —le pregunto al ver cómo unta una tira de *mozzarella* en chocolate y se lo mete en la boca, degustándolo como el mejor de los manjares.

—Está rico —dice, encogiéndose de hombros, con la boca llena —. ¿Quieres?

«Joder, no. Menudo asco. No quiero morir de una indigestión».

Niego con la cabeza y tomo asiento frente a ella, apoyando los antebrazos sobre la encimera.

—Te veo bien, Ali.

Alza la cabeza y me maldigo en silencio al ver cómo se le empañan los ojos.

—G-gracias… Lo estoy —susurra.

Es muy deprimente ser consciente de que mi hermana no está acostumbrada a recibir halagos por mi parte.

Siempre he sido una persona fría, una que marca las distancias. Es como me criaron.

El *pakhan* de la Bratva se encargó de moldearme a su imagen y semejanza. Me enseñó que la empatía es una grieta por donde se cuela el enemigo y que el afecto es un lujo que solo los débiles se permiten.

Desde niño aprendí a observar sin pestañear, a ejecutar sin cuestionar y a obedecer como si mi propia sangre dependiera de ello. No había espacio para dudas ni errores. Cada gesto debía ser calculado, cada palabra lanzada con un único propósito: recibir obediencia. Con el tiempo, ese hielo que me impusieron dejó de ser una máscara y se convirtió en mi propia piel.

Hubo una sola vez en mi vida en la que bajé la guardia. Permití que alguien atravesara la muralla de hielo que me protegía y, contra todo lo que me habían enseñado, amé. Amé con ese corazón helado que nunca debió latir por nadie, y el precio que pagué por dejarme

arrastrar por los sentimientos fue demasiado alto, casi insoportable. Descubrí que el calor de los afectos no abriga, sino que quema y deja cicatrices más profundas que cualquier herida de bala. Desde entonces, me juré no volver a cometer el mismo error. No mostrar afecto, no dar pistas ni dejar escapar ni un ápice de lo que en realidad me importa. Porque en este mundo, en mi mundo, lo que muestras se convierte en tu debilidad, y esa es la mayor arma con la que otros te pueden destruir.

Para que el momento deje de ser tan incómodo, añado:

—Me alegra que lo estés. Es lo mejor, ya que estás gestando al futuro heredero de la Bratva.

—¡Por encima de mi cadáver! —escucho que dice una voz gruñona y molesta a mi espalda.

—Dime lugar y sitio, Moretti, y lo convertimos en una realidad.

—No me retes, ruso —suelta esto último con tono despectivo—. Aún tengo guardada una bala grabada con tu nombre.

—Como vea una simple gota de sangre en la cocina, os vais a enterar —interviene Alina, echando fuego por esos ojos tan azules como los míos.

—Tranquila, *sestra*, aún dejaré que sigas jugando a las casitas. —Le guiño un ojo.

—Ella solo juega con esta —suelta Adriano, agarrándose con la mano el paquete.

—Menudos idiotas estáis hecho. —Se ríe Alina—. ¿Y se supone que vosotros sois los adultos?

La verdad es que razón no le falta. Por edad, deberíamos dar ejemplo de madurez, y aquí estamos, discutiendo como un par de adolescentes.

—Lo que yo veo es que vais a terminar siendo culo y mierda, que resuelven sus disputas a base de hostias. Mejor ni comentes —añade Alina, levantando la mano cuando ve que su pareja va a soltar un comentario—. ¿Me vais a explicar por qué os estabais peleando o es que se trata un nuevo saludo entre gilipollas? ¿Qué ha pasado?

—Nada —respondemos Adriano y yo a la vez, demasiado rápido para que no sea «nada».

Alina levanta ambas cejas, llegando a la misma conclusión, y yo, que por lo visto mi pasatiempo preferido es sacar de quicio al capo de la Cosa Nostra, sonrío y me oigo decir:

—Vaya, vaya, cuñado… Parece que no soy el único que guarda secretos.

—¡Adriano Moretti! ¿Qué me estás ocultando? —le cuestiona mi hermana.

—*Cazzo*… —suelta un exabrupto él—. Esto es entre tu hermano y yo.

—Y Bella… —añado yo, solo por meter cizaña. Si ha tenido los huevos de espiarme, que asuma las consecuencias.

—¿Qué ha pasado con Isabella?

No reconoceré que me jode que la mala cara de Alina sea dirigida a mi persona.

—No te metas, *principessa*.

—Déjate de «*principessa*» —lo descarta con la vista puesta en mí—. ¿Qué le has hecho a Isabella, Vladimir?

—Me ofende que tu primera suposición sea que yo le haya hecho algo —digo en un tono sereno que no concuerda con lo que en realidad siento—. Para tu información, fue ella la que recurrió a mí y…

—Fíjate que me extraña —me interrumpe Adriano.

—Me da igual lo que creas o no, es la verdad. Pero al margen de eso, le prometí que no te contaría nada cuando me lo pidió y no pienso faltar a mi palabra —digo, poniéndome en pie.

Debería haber sabido que era mala idea venir aquí, pero, tras los días que he pasado, me apetecía ver a mi hermana y empaparme un poco de su presencia.

Alina, a pesar de lo joven que es y de la vida de abandono que ha tenido, desprende luz. Y solo quería contagiarme un poquito de ella. Gran error, no puedo olvidar que comparte techo con un zorro astuto y a Moretti siempre le gusta ir un par de pasos por delante.

—Partiendo de la base que no me hace ni puta gracia que haya un «vosotros», dime, ¿en qué cojones andáis mi hermana y tú metidos?

—Si quieres saberlo, tendrás que preguntárselo a ella.

Sé que no lo hará. Conozco lo suficiente a Adriano para saber que incluso él sabe que su hermana se lo comería vivo si descubre que ha estado espiándola de alguna manera. No hay nada que valore más Isabella que su independencia.

—Vlad…

—Solo he venido a saludar —corto a Alina, y me dirijo a la salida.

Escucho los pasos de ambos tras de mí.

—Perdón por haber supuesto lo peor.

Me giro y quedo frente a ellos, pero mis ojos están fijos en mi hermana.

—Nunca he dado motivos para que no lo hicieses —reconozco, dándole un beso de despedida en la frente.

—Sabes que, de una forma o de otra, al final me enteraré de lo que está sucediendo, ¿verdad? —espeta Adriano cuando me separo de Alina.

—Cuento con ello. —Sé que así será. Para Adriano Moretti no hay nada más importante que la familia—. Pero no habrá sido porque yo haya faltado a mi promesa.

A pesar de que me observa con una dura mirada mientras salgo de la vivienda, sé que me entiende. Ahora él tiene una persona por la que daría su vida. Y por mucho de que lo que hubo entre Isabella y yo sea cosa del pasado, que lo nuestro esté más que enterrado, sabe que nunca me permitiría traicionar su confianza.

CAPITULO 12

Isabella

—Recuérdame por qué estás aquí —le pregunto a Sheila, quien está tras el volante.

—Porque soy una entrometida y espié toda la conversación con el hermano cañón. —Sonríe la muy descarada sin un ápice de vergüenza en su menudo cuerpo.

Gruño y miro el paisaje a través de la ventanilla.

—Lo que me gustaría saber es por qué estoy yo aquí —me llega una voz desde los asientos traseros del coche.

—Porque lo digo yo —espeto sin dignarme a mirar hacia atrás a Marco.

—Sí, señor. Una explicación para nada autoritaria —comenta, cargado de sarcasmo.

Eso hace que al final me gire y se me escape una sonrisilla.

—Y también porque eres el único que dispone de coche.

—El cual ni siquiera se me permite conducir, si se me permite añadir —masculla por lo bajo, centrado en la pantalla de su ordenador portátil.

—Vamos, Marqui —interviene Sheila, sin desviar sus ojos de la carretera que tiene enfrente—. Tómatelo como una aventura. Nuestra misión es ayudar a nuestra querida Bella. —Le guiña un ojo a través del retrovisor—. Es como si viviésemos nuestro particular *Caso Bourne*.

Por suerte, no lo ha comparado con una de sus queridísimas películas de Marvel.

—Ya me sé yo cómo terminan las misiones de los Moretti. ¡Con alguno de nosotros muerto!

—Oh, por favor…, no seas tan dramático —se queja la rubia platino.

—Lleva razón —manifiesto, estando totalmente de acuerdo con mi socio—. Por eso no es buena idea que hayas venido, Sheila.

Miro a mi amiga barra compañera temporal de piso, esperando que descubra que todo esto es una mala idea y decida volver ella a Pisa.

—Claro, ella no debería haber venido y a mí un poco más y me sacas a rastras de mi casa. *Capiche, cara*. Acabas de dejar claras tus preferencias sobre quién de los dos es el que debe morir.

—Espero que ninguno de los dos muera.

—Así me gusta, amiga, esa es la actitud —grita Sheila, eufórica, mientras levanta la mano derecha para que se la choque.

¿Lo hago? Por supuesto que no.

—No sé si se te ha pasado por alto que la clave está en la palabra «espero», loca del demonio —le rebate Marco.

Pero Sheila lo ignora de forma deliberada.

Una vez que se marchó Vladimir de mi apartamento y le envié por *e-mail* a Marco la imagen para que encontrase la localización del edificio que suele frecuentar Valentina, salió Sheila de su habitación.

—He querido darme un tiempo prudencial para procesar todo cuanto te he escuchado hablar con Vladimir…

—¿Me has estado espiando? —la acusé.

—Total y rotundamente sí.

Intenté mostrarle lo molesta que me encontraba por lo que había hecho, pero ella alzó su mano para que guardase silencio. Por norma general, no soy muy ducha en recibir órdenes y mucho menos en acatarlas, sin embargo, vi algo en su mirada, por lo normal chispeante, que me hizo mantener la boca cerrada.

—Sé que no eres propensa a compartir tus emociones o sentimientos, que atesoras los silencios más que el mejor de los discursos, por muy elaborados o elocuentes que sean, pero tú estuviste ahí cuando más lo necesité.

—Solo hice lo que cualquiera en mi situación hubiese hecho…

—No, déjame acabar —me interrumpió cuando hablé, incómoda, para que no continuase—. Me molesta que menosprecies lo que hiciste. —Cabeceó negando—. Lo que haces —enfatizó— por mí. Me salvaste la vida, Isabella. Me ayudaste a salir del infierno cuando a mí ya no me quedaban fuerzas. —La humedad que brillaba en sus ojos era un reflejo de la mía propia—. Luchaste por una auténtica desconocida cuando te asestaron el mayor palo emocional que alguien puede recibir.

Tragué saliva, intentando desentumecer el nudo que tenía alojado en la garganta.

»Y no solo con eso, después fuiste la única que me trató de manera natural y no me hiciste sentir una víctima.

—Tú no eres una víctima, eres una superviviente —rebatí.

—Lo sé. Ahora lo sé. Y eso fue gracias a ti, Bella. Bien sabe Dios, el cosmos o el universo que estaré eternamente agradecida a Alina por luchar como lo hizo por encontrarme. Si no hubiese sido por ella y ese afán de no decaer en la búsqueda, no sé qué me hubiese sucedido, pero me sentía asfixiada viviendo con ella y tu hermano.

Se restregó una lágrima que se le escapó y me miró con atención, la misma que yo le dedicaba. Era lo mínimo que podía hacer cuando estaba derramando sus sentimientos.

Me suelen catalogar de persona arisca, distante, o como bien dice Sheila, «a la que le cuesta expresar sus emociones». El problema no es que me cueste, sino que siento demasiado y no sé cómo ordenarlas para que no terminen desbordadas.

—No sé cuál es tu historia, y cuando estés preparada para contármela, si alguna vez lo haces, será todo un placer escucharla. Aun con no tener ese grado de confianza, te considero parte de mí —«Dios…», sentí cómo se me oprimía el corazón al escuchar sus palabras— y donde tú vayas, yo voy —ratificó—. A veces no hace falta pedir ayuda para saber que a una la necesitan.

—Es muy peligroso. No quiero… —Negué cuando se me rompió la voz por esas dichosas emociones que no soy capaz de verbalizar.

—No te estoy pidiendo permiso. Solo decirte que, por Alina y por ti estaría dispuesta a entregar mi vida —dijo, ofreciéndome su corazón de sus propias manos—. Ya sabes que no tengo a nadie,

hasta hace poco solo tenía a Alina y el destino fue generoso conmigo y ahora te tengo a ti. Déjame decidir cómo, cuándo y de qué manera lucho por aquellos a los que quiero.

Tras aquella declaración, a ver quién era la guapa que le negaba algo. Yo no pude. Y me apuesto lo que sea a que cualquiera de vosotros tampoco lo hubiese hecho.

Y aquí estamos, metidos en un coche ella, mi socio Marco y yo con destino a lo incierto. Porque no tengo ni idea de qué o a quién encontraré cuando llegue al lugar que mi hermana frecuenta.

Lo que sí puedo asegurar es que no queda ni pizca de la Sheila que fue capaz de conmoverme en mi apartamento, ahora es todo entusiasmo, como si fuese directita a Disneyland en vez de a… Ni puta idea, la verdad.

Por el contrario, Marco no ha parado de manifestar su descontento en el viaje. Y tampoco puedo culparlo al pobre, sabe que, siempre que le pido un favor, sale escaldado.

—Cállate, Marco, este es tu castigo por haberme mandado a las puertas de la muerte.

—Sí, sigue hurgando con el dedo en la llaga. No tenía ni idea de que el supuesto cliente era realmente una emboscada.

Me vuelvo a girar y le saco la lengua.

—Sabes que estoy bromeando. —Y lo digo en serio. Nunca culparía a mi socio por lo sucedido. Cuando visitamos a un potencial cliente, investigamos de manera minuciosa la empresa. Y quien esté detrás de mi ataque se tomó muchas molestias para que no viésemos nada inusual—. Estás aquí porque eres el único de los tres que es una verdadera hacha en las tecnologías.

—Sí, ahora no intentes comerme la oreja.

—Bueno, tú me comiste el coño, qué menos, ¿no?

—¡Hostia puta! —exclama Sheila, frenando en seco.

Me agarro al salpicadero antes de terminar traspasando de nuevo el parabrisas. Ya sé lo que se siente y no es agradable.

—¡¿Estás loca?!

—¡Mi coche!

Gritamos Marco y yo a la vez.

Sheila ni se inmuta por nuestras voces, solo me mira con esos ojos azules a punto de salírseles de las cuencas.

—¿Te comió el conejo? Eso necesito que me lo cuentes.

—No seas vulgar, Shei —le digo, intentando que mi pulso vuelva a la normalidad. Solo doy gracias por que vamos por una carretera comarcal que está intransitable.

—«Vulgar» me dice la que ha soltado la palabra «coño» con la boca llena.

Me río porque algo de razón lleva.

—Podemos hacer como que aquello nunca sucedió, por favor —se lamenta Marco.

—No.

—Ya lo has oído, Sheila. Ahora conduce.

—Mala amiga… —Me lanza una mirada, lo que vendría a ser amenazante, con esos preciosos ojos claros rasgados y frunce los labios cuando se pone de nuevo en marcha—. Apuesto a que me estás privando de un recuerdo sexi.

—No te creas… —musito. Aunque mi interior grite que es mentira. Que estar bajo el domino de Vladimir hizo que, por un instante, se prendiese una chispa en mi interior.

—Si el programa no falla, quedan trece kilómetros hasta la ubicación —nos dice Marco, centrado en su pantalla.

No puedo negar que al escucharlo me entran nervios. Siento un hormigueo en la boca del estómago que hace que me lleve la mano a ese punto de mi anatomía.

—¿Tenéis familia en Nápoles? —me pregunta Sheila cuando coge un desvío dirección al municipio de Cimitile.

—Que yo sepa, no. De hecho, nunca he visitado la ciudad.

Cuando Marco me dijo anoche que había coincidencias con una fachada en la zona de Nápoles, lo cierto es que me sorprendió bastante que mi hermana visitase de forma asidua una ciudad tan al sur del país. Aunque no debería extrañarme, he asumido que Valentina me es una total desconocida.

De las dos, ella siempre fue la más aventurera. Desaparecía largas temporadas, se internaba en lugares que nadie de la familia sabía ubicar en un mapa y regresaba con historias imposibles de

comprobar. Sus ojos brillaban con una intensidad que parecía alimentarse de secretos, y en cada silencio suyo yo percibía una frontera invisible y la certeza de que había vivido algo que jamás compartiría conmigo.

Nunca la instigué a que profundizase en sus explicaciones, al fin y al cabo, yo tampoco me desahogaba con ella y me sinceraba de lo que sentía en mi interior. Había entre nosotras un pacto tácito, una especie de acuerdo silencioso que nos permitía mantenernos unidas sin necesidad de exponernos del todo. Tal vez por eso nuestra relación se sostenía, porque ambas sabíamos guardar distancia sin que se rompiera el hilo invisible que nos ataba. A veces me pregunto si esa prudencia fue lo que nos protegió o, por el contrario, lo que terminó por separarnos y convertirnos en desconocidas.

—Gira a la derecha —comunica Marco a Sheila.

Las indicaciones que ofrece hacen que me centre en el aquí y el ahora y que mi cabeza deje de atormentarme con según qué cuestiones relacionadas con mi gemela.

Voy comparando la imagen que llevo en las manos con cada fachada que vamos pasando.

Estamos en Cimitile, un municipio a veinticinco kilómetros al noreste de Nápoles. Por lo que he leído en la documentación que me facilitó Marco, tiene una demografía de unos siete mil habitantes. Está en plena llanura Campana, más concretamente, en la subzona de la llanura Agro Nolana. Es una zona agrícola, y la paleta urbana se caracteriza por los tonos cálidos y suaves de sus fachadas. Las viviendas en el casco antiguo suelen ser edificaciones de una o dos plantas en calles estrecha que desembocan en pequeñas plazas.

—Debe ser en esa calle —señalo una que tenemos a la derecha.

—No puedo acceder, es demasiado estrecha —me informa Sheila.

—Como me rayes el coche, te mato.

—Deja de quejarte, Marco. Soy una conductora de primera.

—Ya lo veo…

Pongo los ojos en blanco. Sheila y Marco siempre están como el perro y el gato. Por norma general, los ignoro, pero estar más de

cinco horas encerrada con ellos en el coche ha superado mi cuota de paciencia.

—Aparca ahí. —Señalo a la vuelta de la esquina—. Me acercaré caminando.

—No vas a ir sola.

—No seas mamá gallina, Shei. No me va a pasar nada. De todas formas, solo voy a echar un vistazo.

Mi amiga hace un mohín disconforme.

—¿Me puedo cambiar por lo menos al asiento del copiloto? Me siento como un detenido en la parte trasera.

—Joder, Marco, das más guerra que un político en campaña —se queja Sheila.

Salgo del coche y los dejo con su pasatiempo particular. Ambos me han pegado un viajecito de cuidado. Son como si tuviese una espina en el dedo y no pudiese sacarla: molestos, irritantes y, sobre todo, constantes.

Giro la calle y maldigo cuando me doy cuenta de que la mayoría de las fachadas de esta zona son iguales. Habrá por lo menos un centenar de casas similares. Podría ser cualquiera de ellas la que visita Valentina.

Me armo de paciencia y comienzo a observar los detalles de una en una. En la imagen no se aprecia la numeración, pero estoy segura de que hay algo que las diferencia.

No llevo recorrida ni un cuarto de calle cuando me vibra el teléfono en el bolsillo trasero del pantalón vaquero.

Sí, vuelvo a tener móvil. Y he descubierto que la sociedad se ha vuelto nomofóbica. Nos hemos vueltos dependientes del móvil por varios factores. Necesitamos la gratificación instantánea que nos ofrecen las redes sociales, nos urge estar constantemente conectados y lo sentimos como una válvula de escape para nuestros problemas emocionales. Cuando nos falta esa dosis nos entra ansiedad, lo que nos convierte en unos adictos tecnológicos.

Todo un drama, vamos.

Observo que se trata de un número desconocido; por norma general, no los cojo, ya que suele ser *spam*, otra pesadilla a la que

nos enfrentamos, pero puesto que he cambiado de terminal, no estoy segura de haber pasado todos los contactos de forma correcta.

—¿Dígame?

—¡¿Qué demonios estás haciendo?!

Me paro en seco.

No hace falta que se presente para saber quién está al otro lado de la línea. Su inconfundible acento afilado es suficiente para que mi pulso se acelere.

—¿Qué te pica ahora…?

—¡Tú, joder! Eres una como una pulga odiosa.

No sé qué le pasa, pero me hace feliz que, lo que sea, es suficiente para sacarlo de quicio. Por norma general, es tan sumamente controlado que me molesta.

—Eh… Gracias —respondo distraída mientras emprendo la marcha y sigo buscando mi destino.

—Déjate de agradecimientos y dime qué cojones haces ahí.

—No sé de qué me hablas.

—Ah, ¿no? Entonces debo estar confundido y no eres tú la que está dando un plácido paseo por una calle en Cimitile, ¿verdad?

Vuelvo a pararme y esta vez miro a mi alrededor. Sin embargo, solo encuentro la calle vacía.

—¿Me estás espiando?

—No me des ideas… Sabes perfectamente a quién estoy vigilando. Imagínate mi sorpresa cuando uno de mis hombres me comenta que Valentina ha aparecido y, al ver la señal en vivo, es a ti a quien encuentro.

—No sé cómo has podido estar tan seguro de que era yo.

Mi hermana y yo en el físico somos casi idénticas.

—Isabella, sería capaz de reconocerte en una habitación a oscuras rodeada de cien como tú.

Mi corazón hace un movimiento extraño al escucharlo. Me niego a llevarme la mano al pecho. No sé desde dónde está observando y no me apetece que piense que me han afectado sus palabras.

Porque: No. Lo. Hacen.

—Y ahora, responde, ¿qué crees que estás haciendo?

—Turismo, no te jode. —Me incomoda que pueda verme y yo a él no—. ¿Qué crees que hago? No puedes pretender pasarme información y que me quede de brazos cruzados. Es como enseñarle el capote a un toro y esperar que no embista.

—Dejé claras mis condiciones en caso de que quisieses involucrarte.

—¿En qué universo paralelo dedujiste que obedecería?

Lo escucho gruñir y se me escapa una sonrisa. Es alimento para mi alma.

—Maldita sea, Isabella… Vas a acabar muerta.

—Vaya por Dios, ahora resulta que mi supervivencia depende única y exclusivamente de ti, gran *pakhan* —suelto con sarcasmo—. Hasta donde sé, tengo treinta y cuatro años, y sigo vivita y coleando sin tu ayuda.

—Eres imposible.

Ya van dos veces que me dice lo mismo. Estoy por darle de nuevo las gracias, sin embargo, opto por aprovechar la llamada.

—El caso es que… ¡Anda, mira, ya estoy aquí! —Hago un aspaviento con el brazo que tengo libre al aire—. ¿Por qué no haces uso de tu particular Gran Hermano y me dices qué casa es la correcta?

—Espera que mande a alguien. No pienso dejar que te metas sola en la boca del lobo.

—Tú eres el lobo, Vladimir —susurro, bajando mi tono de voz.

«¿Qué coño hago? ¿Por qué, al no tenerlo de frente, me siento cómoda coqueteando?».

Él también debe de haber notado el cambio en mi voz, ya que permanece la línea en silencio, por lo que intento reconducir la conversación e ignorar mi última frase.

—Está bien, si no me vas a servir de ayuda, *ciao*. Ya me las apañaré por mi cuenta —digo justo antes de colgar.

Es extraño haber cortado la comunicación y saber que me sigue observando. Por más que me fijo en los enganches de los cables de corriente, no alcanzo a ver ninguna cámara, pero que no las vea no significa que no estén ahí.

Reanudo la marcha y justo me llega un WhatsApp:

«Es la casa 62. Más te vale salir ilesa».

Estoy por preguntarle: ¿O si no qué?

Sufro un escalofrío al recordar que hubo una época en la que disfrutaba demasiado de los castigos de Vladimir.

Por suerte, y por mi paz mental, solo le mando de vuelta un «Ok».

Con una ubicación exacta, no pierdo el tiempo y me adentro en la estrecha calle. Al llegar al número sesenta y dos, la observo desde la acera de enfrente, intentando captar algún tipo de peligro. No obstante, encuentro lo mismo que en el resto de casas: fachada en un tono ocre, ventanas con rejas de hierro forjado y en la planta superior un balcón con el mismo material forjado en la barandilla.

Las cortinas están echadas, lo que hace que no pueda captar el interior o saber si hay alguien o no.

No he llegado aquí para solo mantenerme merodeando. Así que suspiro, cruzo la calle y llamo al timbre.

Me vibra el móvil en el trasero, pero dejo que siga sonando. Sé que es él y no me apetece escuchar en este momento sus voces y sus órdenes de lo que puedo y lo que no puedo hacer.

Echo mano al otro bolsillo trasero y me tranquilizo al palpar el contorno de Simone. Esa es mi única garantía de que sé que, si la cosa se desmadra, podré defenderme.

El corazón me late descontrolado cuando escucho pasos al otro lado de la puerta de madera. No tarda en abrirse y aparecer una mujer de más o menos mi edad, alta, pelo oscuro y ojos del mismo tono.

—Ya era hora de que aparecieses.

En su expresión no hay preguntas, solo reconocimiento, y me sorprendo cuando me agarra de la muñeca y tira de mí, introduciéndome en el interior de la vivienda.

No me da tiempo a abrir la boca cuando la puerta de la entrada se cierra a mi espalda y soy asaltada por un cuerpo que se lanza contra mí.

No es la impresión del impacto lo que me deja sin respiración, sino sus palabras cuando dice:

—¡Has vuelto, mamá!

CAPITULO 13

Isabella

Hay momentos específicos en la vida de cada uno que nos cambian por completo.

Crecer siendo hija de la mafia significa que esos momentos llegan mucho antes de lo esperado. Percibes las miradas cargadas de miedo en la calle, los silencios incómodos cuando alguien susurra tu apellido, mantienes conversaciones en casa que nunca se podrían repetir afuera.

Desde pequeña aprendí que la lealtad no era solo un valor, sino una obligación. Que la familia lo es todo, aunque esa misma sea la que se convierta en tu condena.

Mientras otros niños soñaban con juegos y aventuras, yo crecía entendiendo códigos, secretos y un poder que, aunque sabía que me protegía, también me mantenía alerta.

La primera vez que mi mundo hizo su primer giro fue cuando vi al que creía que era mi padre golpear sin compasión a mi madre. Cuando un niño presencia un acto de violencia entre sus figuras de referencia, lo deja marcado, su cerebro no es capaz de procesar lo que ocurre, y el mío se aferró a un solo pensamiento: «si él podía destruir lo que yo más amaba, nadie estaba a salvo».

No entendía de jerarquías, de poder ni de negocios turbios. Solo sabía que el hombre que me debería enseñar a leer cuentos era el mismo que los convertía en pesadillas con un solo movimiento de su mano.

Me quedé paralizada, escondida tras el marco de la puerta con la respiración contenida y el corazón en un puño. Mi madre no gritó, apenas se le escapó un gemido de sus labios, como si hubiese aprendido que el silencio dolía menos que la resistencia.

Aquel instante me enseñó que el abuso de autoridad, fuese por parte de quien lo ejerciese, no está justificado.

—Maldito niño entrometido… Deja a tu madre tranquila. ¿No te he dicho que no debes salir de tu cuarto?

Me pica la mano con fuerza, deseosa de sentir el frío mango de Simone contra ella antes de clavárselo a esta puta en la carótida.

Unas manos diminutas se aferran a mis rodillas. Al ver cómo la mujer que tengo ante mí hace el amago de ponerle una mano encima al pequeño, enseño literalmente los dientes.

—Si quieres conservar la mano, ni se te ocurra tocarlo —musito para que sea la única que pueda escucharme.

—¿Apareces una vez al mes y pretendes ser la madre del año? —Se carcajea con inquina. Y, acto seguido, se cruza de brazos y añade—: Quiero mi dinero y largarme. Tras la salida de Vince de la cárcel, las cosas por aquí se están poniendo cada vez más chungas. No necesito a la Camorra pisándome los talones.

«¿Dinero, cárcel, Camorra? ¿En qué cojones anda metida Valentina?», pienso, intentando ordenar mi mente.

Apoyo las manos en los hombros del pequeño, siento cómo me tiemblan cuando intento apartarlo de mí y me agacho hasta quedar a su altura.

Si el sustantivo que ha utilizado no lo ha dejado claro, cuando quedo cara a cara con él se me corta la respiración. No tendrá más de tres, quizá cuatro años. Tiene la piel dorada y una mata de pelo azabache, sin embargo, lo que más me impresionan son sus ojos color miel con mezcla olivácea, como los de ella. Iguales que los míos.

—¿Por qué no vas a tu habitación y pintas un rato? Enseguida te alcanzo, ¿vale?

—¿Lo *pometres*? —pregunta dubitativo mientras alza el meñique de su mano derecha.

—Te lo prometo —vocalizo para que capte mejor la fonética de la palabra.

Algo se quiebra en mi interior cuando uno mi dedo al suyo.

«Tengo un sobrino, joder. Y toda su familia ha sido ignorante de su presencia».

Cuando veo que desaparece, me levanto y encaro a la mujer que tengo delante.

—Ahora sí. Explícate.

No tengo ni puta idea de qué relación tiene mi hermana con esta mujer. Lo mejor que puedo hacer es improvisar y hablar lo menos posible.

—¿No me has escuchado? La *nonna* lleva una semana sin poder venir a la casa. Tras la salida de Vince, no se fía de que alguien de la Camorra la siga. Ya sabes lo protectora que es con Adriano. —Cabecea en dirección a las habitaciones. Lo dice como si no entendiese eso de tener que proteger a un niño—. Sé que te dije que te ayudaría por un módico precio, pero se acabó, necesito que me pagues y te ocupes tú del crío. Se rumorea que el *Corvo* anda buscando algo y no me extrañaría que fuese a ti o a él.

«¡¿Pero qué coño me está contando?!».

—Entiendo…

—¿Que lo entiendes? ¡No creo que lo estés entendiendo, joder! ¿Qué narices te pasa? —Me pega un empujón en el hombro y le dedico una mala mirada. Como me vuelva a tocar, la voy a dejar calentita—. Fue tu culpa que haya estado cuatro años encerrado. ¿Qué crees que va a hacer? Ya sabes lo que dicen: quien se la juega al *Corvo*, no vive para contarlo.

Estoy tan alucinada que tengo la boca seca. ¿Y quién cojones es ese pajarraco?

«Piensa, Isabella, piensa. ¿Qué diría Valentina en esta situación?».

Maldita sea, ¿qué mierda voy a saber? Mi hermana, hasta donde la conocía, era todo sonrisas y picardía. En mi vida hubiese imaginado la doble vida turbia que lleva.

—Llegado el momento, yo me encargaré del *Corvo*. Al fin y al cabo, es lo que he hecho todos estos años, ¿no? —Sonrío con malicia, cruzando los dedos mentalmente y deseando que cuele.

—Espero que la suerte te siga acompañando. Eso sí, el crío se larga.

—Claro, claro. —«Ni loca dejaría a una criatura a cargo de esta tipa»—. ¿Te importa si me das algo de beber? Estoy seca.

Me estudia en silencio. Al fin asiente y se da la vuelta.

Al ver que se dirige a la cocina, suelto un suspiro nervioso.

Miro de reojo el comedor en el que me encuentro. Por lo menos, a simple vista, la casa parece acogedora. Me paseo, observando cada rincón, como si pudiese ver algo que me diese más detalles del berenjenal en el que anda metida Valentina.

No sé qué creía que iba a encontrar al venir aquí. Quizá encuentros con una pareja furtiva, un aquelarre de brujas que se dedicasen a conspirar contra el mundo… Pero ¿un niño? No. Eso ni en un millón de años se me hubiese pasado por la cabeza.

Es cierto que Valentina siempre ha ido un poco a su rollo. Siempre ha sido la más despreocupada de los tres hermanos Moretti, la que desaparecía largas temporadas sin dar explicaciones. No había motivo para hacerlo, nunca se ha metido en ningún lío y, hasta donde yo sabía, la mafia le interesaba poco o más bien nada.

Sin embargo, ¿ocultarnos la existencia de Adriano…? Si hasta se llama como nuestro hermano.

Me quedo quieta frente a la televisión apagada. El reflejo negro me devuelve una imagen distorsionada, podría decir que casi fantasmal. Eso no es impedimento para descubrir que no solo estoy yo, hay otra silueta que aparece a mi espalda.

El brillo metálico de un cuchillo asoma detrás de mi hombro y hace que toda la sangre de mi cuerpo se me hiele.

En un instante, por puro instinto, me giro y bloqueo con el antebrazo el movimiento descendente de la mujer. El cuchillo apenas roza mi piel, lo suficiente para sentir cómo el filo me hace un pequeño corte.

—¿Quién eres? ¡Tú no eres Isabella! —escupe entre dientes, con el rostro desencajado por la rabia, mientras me ataca.

—¡Joder, que no! —Mi voz sale áspera, más por la tensión que por la verdad que acabo de soltar.

Porque claro que soy Isabella, pero estoy cien por ciento segura de que a esta mujer no la he visto antes en mi vida. Lo que me hace deducir que, a ojos de esta realidad paralela en la que he entrado, no me queda más remedio que asumir que Valentina se hizo pasar por mí.

Sus ojos se entornan, analizándome.

—¿Es algún tipo de brujería? —me grita mientras vuelve a lanzarse contra mí.

—Sí, abracadabra, no te jode. —Me reiría si no estuviese concentrada en esquivar los golpes—. Soy Isabella, maldita sea.

Ni siquiera me preocupo por sacar a Simone. Ya perdí a uno, no me he apetece volver a reemplazarlo tan pronto.

Me lanza una patada que no veo venir y su pie me impacta justo en la boca de estómago. Eso hace que me incline y me retuerza de dolor.

Se acabó. He intentado mantener la calma y no liarme a hostias con esta desconocida, pero esto es algo personal. Al fin y al cabo, me está llamando por mi nombre, ¿no?

—¡Tienes su cara, su voz! Pero la Isabella que yo conozco jamás me habría pedido algo de beber con buenas palabras. Ella no solicita, ella exige. Ni mucho menos trataría al mocoso como lo has hecho.

«Menuda joyita de *alter ego* me ha creado mi gemela. Tiene narices que me haya delatado ser educada…».

Le asesto un codazo que termina chocando contra su pómulo.

—¡Serás perra! —exclama, tambaleándose hacia atrás, aturdida por el golpe—. ¡Te voy a matar!

«Ponte a la cola», me dan ganas de decir.

Nunca he sido supersticiosa, pero seguro que he debido cruzarme un gato negro, haber roto un espejo y pasado bajo una escalera abierta y no me acuerdo, porque no es posible que tenga últimamente tan mala suerte.

En menos de una semana me han querido matar de forma intencional dos veces. Sin olvidar que me vi envuelta en la explosión del club de manera indirecta.

El filo del cuchillo corta el aire a cada estocada y yo me limito a esquivar, a retroceder y golpear siempre que puedo. Voy sintiendo cómo el espacio poco a poco se reduce mientras su respiración se vuelve agitada y percibo el peligro que sostiene entre las manos.

De repente, mis dedos tropiezan con un jarrón pesado sobre un aparador auxiliar. Sin pensarlo, lo agarro con todas mis fuerzas y se

lo estampo contra la cabeza. El golpe resuena seco y brutal en el comedor. La mujer cae desplomada al suelo, con el cuchillo rodando a unos centímetros de su mano, y se queda inconsciente.

Le pego un puntapié al arma, que acaba bajo el sofá, mientras me inclino y me detengo a comprobar si tiene pulso.

Apoyo mis dedos índice y corazón en su cuello y no me cuesta encontrárselo. Lo tiene rítmico y constante. Sin pensarlo dos veces, corro hacia lo que deduzco son las habitaciones.

—Adri… —susurro al abrir la puerta, sin pretender alzar la voz y asustarlo.

Espero que no haya sido consciente de todo el alboroto que hemos montado ahí fuera.

El niño levanta la mirada, tiene un oso de peluche apretado contra el pecho, como si en él se refugiara del mundo exterior.

Detesto ver la incertidumbre en su tierna mirada. Él no saber qué esperar de la que se supone es su propia madre.

—¿Quieres venirte conmigo de viaje? —le pregunto con un tono de voz que apenas refleja la urgencia que en realidad siento.

«¿Esto podría considerarse secuestro? Porque como que me llamo Isabella, desde luego, este niño no se va a quedar aquí un segundo más».

Un sentimiento extraño se me instala en el pecho cuando su rostro se ilumina, como si todo el afecto que tiene guardado hubiera encontrado una rendija por donde poder escapar.

—¿De *veda*? —pregunta con una pronunciación propia de la edad y los ojos brillando de ilusión.

—De verdad. —Le sonrío—. Pero antes, ¿hay algo que quieras llevarte contigo? ¿Algo importante?

Sin dudar, corre hacia la cama y agarra una especie de manta diminuta y cabeza de animal de peluche, gastado y con una oreja medio descosida.

Lo abraza fuerte y ladea su cabecita.

—¿*Puero llevame* dos? —Me enseña dos peluches en cada una de sus manitas. Uno es el oso que tenía aferrado con fuerza cuando he entrado, el otro el que acaba de coger que… ¿Eso es la cabeza de una rata?

Bah, da igual…

—Por supuesto.

—¡Ya estoy! —Da un salto en el sitio para darle énfasis a que está listo.

—Bien. Estupendo —digo nerviosa, y le ofrezco la mano. Hace un poco de malabares para colocarse los dos peluches en un solo brazo y, cuando lo consigue, no duda en envolver su pequeña mano en la mía—. Vamos a jugar un juego, ¿vale? —Le sonrío, obligándome a mantener la calma. Él asiente con la cabeza, encantado—. Consiste en cerrar los ojos y tener que ir diciéndome lo que imaginas que ves mientras caminamos, ¿de acuerdo?

—¿Lo que yo *quera*?

Asiento.

—La imagen que tú creas que ves tras los ojitos cerrados —le recuerdo.

El pequeño obedece, divertido, sin percatarse de que lo hago para que no vea el cuerpo tendido e inconsciente de la mujer que hay en el salón.

—Venga, Adri, dime qué ves —le insto cuando salimos de su habitación.

—Veo… ¡Una *jidafa*!

—Guau, seguro que es muy alta.

—Y *gandeee*… —enfatiza.

—¿Qué más?

—Veo… ¡Una cantimplora!

—¡Vaya! ¿Y lleva mucha agua?

Mientras entretengo al pequeño haciéndole preguntas, salimos de la casa. En cuanto cruzo el umbral, lo cojo en brazos y apresuro el paso.

El aire tibio de la calle me golpea la cara, devolviéndome a la realidad.

No tengo dudas de que Vladimir estará vigilando a través de sus cámaras. Mi teléfono lleva un rato sin vibrar, pero justo en este momento vuelve a hacerlo. No lo cojo, sé que se trata de él. Lo que tengo claro es que, hasta que no estemos seguros, no pienso distraerme.

Al llegar al final de la calle, tuerzo la esquina y podría echarme a llorar al ver que el coche nos espera.

Sheila y Marco me miran desde el interior, expectantes.

Abro la puerta trasera y me deslizo dentro con Adriano en brazos. Ambos se quedan boquiabiertos, sus ojos oscilando entre el niño y yo, buscando cualquier tipo de respuestas.

—Eh… Isabella… —comienza Sheila, atónita.

—Conduce, por favor—le suplico.

Mira al niño, luego a mí y al final se acomoda frente al volante.

Mi móvil vuelve a vibrar y le hago un gesto a mis amigos para que esperen. Esta vez lo saco y directamente descuelgo.

—Dime qué diantres ha ocurrido y ¿por qué diablos llevas compañía? —En su tono de voz se nota la urgencia por recibir respuestas.

Agacho la cabeza y me topo con un cabello oscuro como la noche sobre mi pecho. Cuando su carita se mueve y sus ojos se encuentran con los míos, de manera automática me derrito. O puede ser que me haya enamorado a simple vista.

—Por lo visto, tengo un hijo —susurro sin desviar la mirada de mi sobrino.

La línea al otro lado permanece en silencio durante unos segundos; cuando Vladimir vuelve a hablar, lo hace con un tono de voz impropio en él.

—¿Me vas a contar qué ha ocurrido? —musita.

Y me sorprende que esta vez no ordene, no imponga y ni siquiera exija. Esta vez es mi elección hacerlo o no, por eso, y sin que sirva de precedente, me escucho decir:

—Claro. —Lo escucho soltar un suspiro y, antes de colgar, le digo —: Y, Vladimir, acepto tu oferta, pero esta vez las condiciones las pongo yo.

Cuelgo.

Sheila me observa a través del retrovisor con una sonrisa cálida en los labios.

—No te montes películas.

—¿Me has visto abrir la boca? —pregunta, toda inocencia fingida.

No hace falta, se lo veo en la cara.

—¿De verdad vamos a pasar por alto que llevamos un polizón a bordo? —comenta Marco sin dejar de mirar a Adri.

—Sí —afirmo, como si tener a este pequeño sobre mi regazo fuese algo natural.

Alza las manos en señal de rendición y se acomoda en su asiento. Yo hago lo mismo con Adri, lo coloco a mi lado y le abrocho el cinturón, recordando que lo primero que le tengo que comprar es una silla adaptada de seguridad.

—¿Adónde vamos? —pregunta Sheila, poniendo en marcha el coche.

—A Roma —digo sin dudarlo ni un segundo—. Al barrio de Parioli.

Porque en estos momentos ya no solo se trata de mí, y sé que donde puede estar más seguro Adriano es en el refugio.

La tensión dentro del coche se palpa, pero nadie se atreve a preguntar nada más. Marco me vuelve a mirar de reojo y luego baja la vista hacia el pequeño, que se aferra a sus peluches y me aprieta la mano con confianza ciega.

Y entonces vuelvo a sentirlo.

Ese sentimiento de que hay momentos que cambian una vida para siempre. Y este… Joder… Este es uno de ellos.

CAPITULO 14

Valentina

No sé cuándo empezó a dolerme respirar. Quizá siempre dolió, pero ahora lo siento más, como si cada bocanada de aire me arrancara trozos de mí ser, o de lo poco que queda por arrancar.

Estoy en medio de una multitud, las voces se mezclan y las risas estallan a mi alrededor, pero me siento como si estuviera encerrada en una pared de cristal grueso que me separa de todos. Camino, asiento con la cabeza, incluso sonrío cuando alguien me mira, no obstante, por dentro, el silencio pesa más que todo el ruido. Es extraño, cuanto más cerca tengo a la gente, más lejos me descubro de mí misma.

Los días se entremezclan con las noches, el tiempo se vuelve difuso, el brillo del oro se confunde con las sombras de mis dudas y los diamantes que cuelgan de mi cuello pesan más que cualquier culpa. Vivo entre copas de champán y risas huecas, rodeada de trajes a medida y perfumes que pretenden tapar la podredumbre. Creí que el lujo era un refugio, una coraza contra todo lo que dolía, pero en cada espejo me descubro más vacía, como si los billetes que guardo fueran hojas secas incapaces de apagar el incendio que llevo dentro. Me miro las manos, tan cuidadas, tan suaves y, aun así, siento que pertenecen a otra, a alguien que ya no reconozco. Pensé que el dinero me compraría poder, que me otorgaría reconocimiento, no obstante, nunca pude arrancar la voz que me recuerda, en cada suspiro, lo que de verdad perdí.

Me aferro al terciopelo de los sillones, al cristal tallado de las copas, como si en esas texturas pudiera encontrar algún sentido. Sin embargo, cuanto más me rodeo de este esplendor, más siento que se abre un vacío bajo mis pies. Ya no busco escapar, solo me dejo

arrastrar. El lujo se convierte en una cárcel exquisita, donde cada banquete es un ritual de decadencia y cada joya un recordatorio de la farsa que sostengo. Sonrío en las fiestas, juego mi papel de reina entre reyes podridos y, al mismo tiempo, escucho cómo algo dentro de mí se marchita con lentitud.

No hay salida, lo sé. He cambiado demasiado, he cedido demasiado. La cruda realidad es que el dinero no me ha salvado, me ha corrompido hasta que ya no queda nada más que esta máscara brillante que todos admiran. Y, aun así, me sorprendo deseando más. Más luces, más halagos, más mentiras que me hagan olvidar, aunque sea por un instante, la herida que late en mi interior.

Siento una boca posarse en mi cuello, regalándome caricias envenenadas.

Mi cuerpo se estremece, la carne se me pone de gallina, no de placer, sino del asco que siento por mí misma.

—Estás dispersa. —Intento camuflar el escalofrío que me recorre el cuerpo a su susurro.

Me giro e imposto una sonrisa. Una que llevo practicando demasiado tiempo.

—Solo estoy cansada.

Centro mi mirada en los ojos de Larisa, unos que me devuelven deseo mezclado con un profundo odio irracional.

Lo sé.

Siempre he sabido que, cada vez que me mira, no es a mí a quien ve, sino a ella. A una persona que tiene mis mismos rasgos, pero que en el interior no podemos ser más opuestas.

Isabella nunca ha tenido que esforzarse para encajar, para que los demás le prestasen atención. Por mucho que tuviese una personalidad de mierda, que más que palabras soltase ladridos, ella era la que recibía todo el interés.

Desde el primer aliento somos las dos caras de una misma moneda.

Valentina la complaciente, la extrovertida. La niña, chica y mujer que no paraba de llamar la atención para que la tuviesen en cuenta. ¿Y para qué? Para ser eclipsada por su réplica, una que se escondía,

que le incomodaba que se le acercasen y no se molestaba siquiera en encajar.

El primer hombre que me robó fue a nuestro padre biológico. Durante años me esforcé por destacar, por conseguir su cariño de forma exclusiva, pero él se dedicó a luchar por el aprecio de la adolescente retraída.

Recuerdo el momento en que sentí el verdadero rencor por mi gemela.

Yo los espiaba desde la ventana de mi habitación. Observé cómo él le ofrecía un arma y cómo ella se negaba y temblaba. Pude apreciar la complicidad que existía entre ellos dos. En cómo los ojos de mi padre se iluminaron cuando ella reunió el valor y disparó. Y que fue recompensada con un regalo.

No sé por qué me molestó tanto, a mí siempre me agasajaban. Tanto Bianca como Giancarlo Moretti, mis padres, sabían de mi personalidad hedonista y entusiasta. Puede ser que fuese porque percibí en el rostro de mi progenitor una expresión que jamás me había dedicado a mí. No era la mirada cálida de un padre orgulloso ni el gesto satisfecho con el que solía aprobar mis caprichos. Era otra cosa. Era un destello oscuro, un reconocimiento que parecía reservado solo para ella, como si en ese instante hubiese descubierto en Isabella algo que yo jamás podría ofrecerle. Ese brillo me perforó el pecho y me hizo comprender que, en la balanza de su afecto, yo no pesaba lo mismo.

Intenté convencerme de que era una exageración, un malentendido nacido de mis celos, pero la imagen quedó grabada en mi mente.

Desde aquel momento empecé a notar señales que antes ignoraba. Cómo sus conversaciones se volvieron más comunes, que comenzaron a tener más salidas repentinas juntos. El modo en que ella parecía cada vez más segura bajo su tutela.

La estaba guiando por si decidía hacerse un hueco dentro de la mafia. Mientras tanto, yo quedaba reducida a un simple espectador, sentía cómo mi lugar dentro de esa familia se volvía cada vez más frágil, como si fuese un adorno que podía ser reemplazado en cualquier momento. Ahí fue cuando decidí que yo también podría ser

igual de poderosa que ella, que no sería la segunda o tercera opción, y que, si para alcanzar la gloria tenía que buscar aliados fuera de nuestro círculo, lo haría. Así me convirtiese en silencio en una rival.

—Ven. Sé lo que te animará…

Larisa me sostiene de la mano, sacándome de mis pensamientos, y tira de mí, mezclándonos entre la multitud.

El olor a cuero, sexo y sudor se entremezcla con el aroma del dolor y la sumisión.

Me lleva hasta una cruz de San Andrés al final de la sala. La mujer atada en ella tiene la cara llena de manchurrones, producto del rímel y sus propias lágrimas.

Va totalmente desnuda, a excepción de los verdugones que le cubren la piel, producto del látigo que porta el Amo que hay frente a ella.

Debería sentir algún tipo de repulsión por la escena violenta que tengo ante mí. No hace muchos meses, durante unas semanas, fui esa chica. Yo era quien experimentaba el sadismo en su máxima potencia, sin embargo, lo que siento es todo lo contrario.

Una atracción irrefrenable me arde en la piel, como un eco visceral que despierta en lo más profundo de mí. Cada gemido ahogado de la mujer me recuerda la mezcla de dolor y placer que tantas veces me arrancó el aliento. El crujido del látigo contra su espalda retumba en mi pecho, y en lugar de espantarme, me estremece con una nostalgia oscura.

Larisa lo nota. Su sonrisa, apenas perceptible, me dice que ha leído en mis ojos la confesión que no me atrevo a pronunciar en voz alta porque una parte de mí ansía con desesperación regresar al filo de ese abismo.

Estos meses junto a ella no podría calificarlos como malos. Disfrutamos de más lujos de los que alguna vez hayamos podido imaginar.

Aún me cuesta procesar que Dante de Luca, el hombre por el que una vez perdí la cabeza, hubiese creado toda una organización secreta dedicada a hacer realidad las fantasías más crueles y depravadas de unos pocos y que estuviese valorada en millones;

tantos que no tendré suficientes vidas en gastar ni una cuarta parte de lo que Larisa y yo nos apoderamos.

Cada día comprendo más por qué llegué a enamorarme de él. Ambos éramos personas ambiciosas, las cuales nos reivindicamos de alguna forma para obtener lo que creíamos que merecíamos.

El mayor problema para mí, sin embargo, se llama «conciencia». Es algo que aparece cuando nadie la espera, y no es bien recibida.

Noto cómo Larisa cuela su mano por debajo de mi vestido y me dedica una caricia en el muslo en sentido ascendente. Al llegar hasta mi sexo, tiemblo. Sé lo que encontrará cuando aparte la tela de mi ropa interior.

—Estás tan mojada que me vuelve loca que reacciones tan bien ante mí —me murmura al oído mientras aprisiona mi clítoris entre sus dedos, al punto de hacer que suelte un grito de dolor.

Siempre he asociado que el placer es sinónimo de dolor. Puede que se trate de las parejas que he tenido y por eso mi cuerpo, en estos momentos, se encuentra excitado. Mi mente asocia una situación que le suele excitar y reacciona, pero lo cierto es que no soy capaz de disfrutarlo.

—Sigue… —jadeo, pendiente de la escena que tengo frente a mí.

Y lo hace. No sé si me ve a mí o a quien ella más odia cuando me entrega lo que demando. Introduce dos dedos de golpe, sin ceremonia, en mi interior y bombea con insistencia. Sus uñas largas raspan mis paredes vaginales. Las caderas se me contonean en un vaivén rítmico buscando el placer, persiguiendo el dolor que soy incapaz de alcanzar.

Mis remordimientos se han convertido en una losa que no me deja respirar. Es algo que, por mucho que lo intente, cada día me cuesta más ignorar.

Una vez que he alcanzado mi propósito, que tengo la vida que siempre he deseado entre mis manos, descubro que nada de lo que poseo puede silenciar las voces del pasado. El lujo, el éxito, las sonrisas fingidas que me rodean, todo se vuelve hueco frente a lo que hice para llegar hasta aquí. Es como si el destino me recordara a cada instante que la factura aún está pendiente de pagar. Y lo peor es que, en lo más profundo, sé que, tarde o temprano, el karma

reclamará lo suyo, arrancando de mí aquello que durante años me he dedicado a ocultar.

—Recuérdalo siempre. Me perteneces —escucho decir a la rusa —. Eres mía para hacer lo que me venga en gana. Cada uno de tus orgasmos son míos, aunque te los proporcionara otro. Cada una de tus lágrimas llevan mi nombre. Vas a pagar por lo que tuve que soportar en silencio por culpa del fantasma de tu recuerdo.

Y ahí, mientras suelto un alarido al llegar al clímax, entiendo que, haga lo que haga, venda mi alma al diablo o no, los errores se acabarán pagando.

***

Me limpio los labios con el dorso de la mano, como si con ese gesto pudiera borrar la marca invisible que deja cada caricia de Larisa. No lo logro. Jamás lo conseguiré. Su perfume me invade los pulmones, una mezcla de vodka caro y maldad. Cada vez que lo respiro, siento que me adentro más en un laberinto sin salida.

El bullicio del salón nos envuelve de nuevo cuando dejamos atrás la cruz de San Andrés. Copas alzadas, voces graves que negocian entre risas, mujeres adornadas como trofeos, hombres que disimulan su crueldad bajo trajes de seda. Este es el imperio en el que habito, la fortaleza donde cada ladrillo está hecho de secretos y cadáveres. Un imperio que no me pertenece, aunque todos crean lo contrario.

Mis pasos me guían, casi de manera automática, hacia el ventanal que da al jardín. Afuera, la noche parece infinita. Las luces de la mansión iluminan la hierba húmeda, pero más allá reina la oscuridad. Y yo me siento igual. Soy un resplandor superficial que esconde un abismo imposible de medir.

Recuerdo cuando solía soñar con escapar. Con huir de todo esto, aunque fuese descalza, aunque no llevase más que mi piel desnuda y herida. Pero ya no. Ahora la jaula no es solo de oro, la he pintado yo misma con mis propias manos, con cada decisión tomada, con cada alianza forjada en la penumbra. Y lo peor es que, aunque la puerta estuviese abierta, no tendría a dónde ir.

—Valentina. —La voz de Larisa me devuelve a la realidad.

Me giro y me encuentro con sus ojos claros, fríos como el hielo de Siberia. Me observa como si fuese un espejo en el que reflejar su odio, un lienzo sobre el que descargar todo lo que Isabella le arrebató sin proponérselo.

No la culpo. Yo también la usé a ella, la elegí como refugio cuando Dante me dejó en ruinas. Nos unió el rencor, nos ató el deseo retorcido de vengarnos del pasado, pero la venganza nunca es suficiente, es un hambre que nunca se sacia.

Me acerco más de lo que debería. Le acaricio la mandíbula con una delicadeza fingida, la misma con la que acariciaría el gatillo de un arma. Y cuando sus labios rozan los míos, lo único que siento es vacío, un vacío tan vasto que temo ahogarme en él.

Cierro los ojos. En la penumbra de mis párpados no es a Larisa a quien veo, es a él.

Dante.

El hombre que convirtió mi corazón en cenizas y mis deseos en cadenas. Su sombra me sigue a todas partes, incluso cuando me hundo en otros brazos. Incluso ahora, cuando debería odiarlo con la misma intensidad con la que lo amé.

El murmullo de la multitud se vuelve un rumor lejano. Oigo las palabras que una vez me susurró al oído, la promesa de poder, de eternidad, de un amor que nunca sería limpio, pero sí absoluto. Y me pregunto en qué momento dejé de luchar por él y empecé a luchar contra mí misma.

El cristal del ventanal refleja mi rostro. Veo una máscara perfecta, sonrisa ensayada, el maquillaje impecable, pero detrás solo queda la sombra de la mujer que soñó con ser reina. Ahora no soy más que un peón disfrazado de soberana, condenado a jugar una partida que no puedo ganar.

Mi teléfono móvil vibra en el bolso de mano, lo saco y leo el mensaje que acabo de recibir por parte de Livia. Mis peores temores se reflejan en esas simples cuatro palabras.

«Se lo han llevado».

Me aparto de Larisa y me sirvo otra copa. El champán burbujea con arrogancia, como si quisiera recordarme que todo en mi vida es

efímero. Lo bebo de un trago. El ardor en mi garganta me reconforta más que cualquier caricia.

Mientras dejo que el líquido me queme por dentro, entiendo algo con claridad brutal. Todo lo que me rodea, el lujo, el poder, las miradas codiciosas, no es más que un escenario, un teatro macabro donde todos interpretamos papeles prestados. Y yo, Valentina Moretti, he aceptado el papel de villana sin saber si alguna vez seré capaz de sostenerlo hasta el final.

Porque, tarde o temprano, las máscaras se rompen. Y cuando la mía caiga, no quedará nada. Solo la certeza de que siempre fui y siempre seré la sombra de Isabella.

CAPITULO 15

Vladimir

Ocultarse en la belleza, a la vista de todos, es la forma más sutil de volverse invisible.

No elegí esta ubicación por puro azar, lo hice por estrategia. Todas mis propiedades están en zonas residenciales donde el lujo, la privacidad y la ostentación priman. En mi mundo es mucho más complicado recibir un ataque donde haya testigos, ya que las fachadas elegantes son muros invisibles que nos protegen mejor que cualquier guardaespaldas.

Es cierto que, quienes formamos parte de la mafia, vivimos al margen de la ley, creamos nuestras propias normas, pero no somos estúpidos. Si fuésemos causando estragos a simple vista, dejando por el camino una multitud de ojos, sería imposible que las autoridades hiciesen la vista gorda. Tarde o temprano, tendrían que intervenir. Y yo no puedo permitirme ese lujo. Ni ahora ni nunca. Tengo un imperio que manejar, no solo el que yo he creado, sino el que también me han legado.

Tanto en lo bueno como en lo malo, muchas vidas dependen que sea un buen *pakhan*.

El comedor principal de la casa de Parioli luce impecable, aunque hay algo en el aire que lo vuelve pesado, cargado de una electricidad que me resulta molesta. Los ventanales abiertos dejan pasar el olor dulce, casi empalagoso, de los jazmines del jardín. El mármol claro refleja la luz tenue de las lámparas y, aun así, no consigo librarme de la sensación de que algo acecha desde cada esquina.

Será producto de la compañía nada agradable que tengo.

—¿Cuántos llevas? —cuestiona Yuri desde el otro lado de la estancia, con esa calma irritante que parece reservada solo para quien sabe que nadie se atrevería a matarlo sin que hubiese consecuencias.

Me detengo un instante solo para mirarlo. Está sentado con una copa de vodka en la mano, tan relajado que podría pasar por un invitado cualquiera en una cena elegante si no fuera por la de veces que me he imaginado pegándole un tiro.

—¿Cuántos qué? —pregunto malhumorado, consciente de que mi paciencia está a punto de agotarse.

—Kilómetros —responde, señalando el suelo con su copa—. No has parado de dar vueltas de un extremo al otro. No me extrañaría que hayas desgastado el mármol.

—Recuérdame otra vez por qué narices te aguanto.

Yuri se reclina hacia atrás en su silla, apoya un codo en el respaldo y, con un gesto lento, con la mano que tiene libre, cruza sobre la otra una de sus inservibles piernas. El movimiento tiene algo de teatral, como si lo hiciera solo para recordarme que, aunque su cuerpo lo traicione, su mente sigue siendo un arma demasiado letal.

—Bueno, teniendo en cuenta el odio que sienten hacia ti los *vory v zakone*, dudo que te ofrezcan sus recursos —su voz es suave, pero la ironía se aprecia en cada palabra—. Por lo que, la única opción que te queda en la cruzada que has emprendido contra tu queridísima esposa, soy yo.

Maldito cabrón…

No puedo negar que tiene razón. Lo más jodido es que lo sabe. Noto cómo disfruta con mis problemas de imposición de liderazgo y en cómo se alimenta de mi rabia contenida.

—Cómeme la polla —escupo sin detenerme a pensar, solo para evitar darle el gusto y admitir su triunfo.

Él sonríe. Es muy jodido que a mí, que he matado a sangre fría a multitud de personas, consiga erizarme el vello. El muy hijo de puta ensancha el gesto y añade:

—Estimado Pavlov, mejor no hagas propuestas que luego no puedas cumplir.

Yuri Novikov es la persona más desesperante, ambigua y difícil de descifrar que he tenido el disgusto de tratar. No sabes si considerarlo aliado o, por el contrario, un enemigo. Quizá sea ambas cosas a la vez, y eso lo hace más peligroso que cualquier asesino desconocido con un arma en la mano.

Mis ojos se desvían, de manera involuntaria, hacia la puerta del pasillo. Isabella debería haber llegado ya. Cada minuto que tarda en aparecer, abre un agujero más profundo en mi pecho, uno que no puedo rellenar con amenazas ni con planes estratégicos, como estoy acostumbrado. Me obligo a respirar despacio, a no mostrar la inquietud que me carcome por dentro.

—Si sigues así, Pavlov, cuando ella llegue, te encontrará con el ceño tan fruncido que creerá que la odias.

—Ya lo cree —le recuerdo.

Yuri me ignora mientras deja su copa sobre la mesa que tiene enfrente, divertido.

—Si algo me ha enseñado la experiencia es que las mujeres no suelen responder bien a ese tipo de bienvenida.

Lo miro sin responder. No entiende, o quizá lo entiende demasiado bien, que no es solo una cuestión de apariencia. Isabella está en medio de un juego que ni siquiera ella sabe que existe. Quiero pensar que estoy a su lado para mantenerla con vida, aunque eso implique ocultarle verdades y tenga que convertirme, una vez más, en el villano de su historia.

El discreto chirrido de la reja exterior me arranca de mis pensamientos y enderezo la espalda de forma instintiva. La tensión en mi cuerpo es inmediata; como un acto reflejo, me llevo la mano al interior de la chaqueta, donde reposa mi arma siempre cargada. Tal vez sea ella, o tal vez no. En mi mundo, cada llegada trae consigo la posibilidad de un fin.

Un portazo suave, seguido del eco de pasos sobre el mármol, nos distrae del silencio que hemos creado Yuri y yo.

La puerta doble del comedor se abre despacio y aparece Pavel. Lo primero que veo tras él es a Isabella.

Su figura ocupa el umbral con esa seguridad que siempre me desconcierta, aunque su mirada, por un instante, deja entrever algo

que no suele mostrar. Parece agotada, desubicada y un tanto perdida.

Esa sensación desaparece en cuanto sus ojos se encuentran con los míos; vuelve a reflejar la actitud desafiante que tanto me irrita y excita a la vez.

Me encantaría poder sacar a flote mi lado dominante y convertir su desafío en deseo, como tantas veces hice en el pasado.

A su lado aparece Sheila, con ese pelo platino tan suyo, sus ojos azules y su personalidad apabullante de siempre. Unos pasos por detrás está Marco. El *hacker* mantiene la vista fija en el suelo, aunque no puedo evitar notar cómo, al cruzarse con los ojos de Yuri, su gesto se tensa. El ruso lo observa con descaro. Aprecio un destello lascivo en sus ojos grises, que hace que Marco se incomode y desvíe la mirada con torpeza. El intercambio no me pasa desapercibido, y me apunto mentalmente preguntar a Yuri por qué diablos disfruta tanto incordiando al tipo. No seré yo quien tire una lanza a su favor. Debe agradecerme el estar vivo después de tocar lo que siempre he considerado mío, pero me pica la curiosidad de qué ocurre entre ellos.

Eso deberá esperar porque, justo entonces, mi atención se centra en lo que Isabella sostiene de la mano. Se trata de un niño de ojos grandes y de cabello oscuro que se aferra a ella con la timidez de quien no entiende del todo dónde está.

—Adriano —«Joder», se me escapa el aire cuando ella lo menciona y se agacha ante él con suavidad. Actúa como si temiese que, de un momento a otro, esa personita pudiese evaporarse frente a sus narices—, ¿por qué no acompañas a Sheila arriba? No tardaré en subir contigo, ¿de acuerdo?

Su tono dulce contrasta con el filo que suele esconder su voz cuando hablamos, o más bien discutimos, que es lo que hacemos todo el tiempo.

El pequeño niega y le echa sus pequeños brazos al cuello, escondiendo su rostro sin decir palabra.

—Vamos, peque, vayamos a inspeccionar esta impresionante casa —intervine Sheila—. Seguro que hay muchos tesoros escondidos.

El crío, al escuchar esta última parte, se aparta unos centímetros de Isabella y la observa con curiosidad, tentado.

Isabella le sonríe, animándolo. La estampa que ofrecen me golpea con fuerza el estómago.

—Pavel, acompáñalos y que cada uno se acomode en un dormitorio —ordeno a mi hombre.

El pequeño sigue a Sheila escaleras arriba mientras Marco duda unos segundos, como si quisiera quedarse. Isabella le lanza una mirada firme que hace que sus dudas se disipen y vaya detrás de los demás.

Cuando la puerta vuelve a cerrarse, nos quedamos Yuri, ella y yo. El silencio que permanece entre nosotros se siente casi físico.

—Ahora —gruño. Aprieto la mandíbula sin poder disimular el enfado que me hierve por dentro—. Explícame qué demonios ha ocurrido. Y no intentes adornarlo, que te conozco.

Ella levanta el mentón con ese gesto altanero que me desarma y me irrita a la vez. Sus labios dibujan una media sonrisa que me encantaría borrarle a lametazos.

—Antes que nada, relaja el tono, Vladimir. No eres mi dueño. —«Por desgracia»—. Puedo ir donde quiera y hacer lo que me plazca.

Su altivez es un látigo que me atraviesa el pecho y me endurece la polla.

—No —replico, acercándome un par de pasos. Es tal la cercanía que acorto entre nosotros, que consigo oler su perfume con aroma a canela. Inspiro como un maldito depravado, intentando drogarme de su esencia—. No, si con ello puedes acabar muerta.

El aire entre los dos se vuelve denso, cargado de la química que siempre hemos compartido, esa mezcla de ira y deseo que amenaza con devorarnos en cada enfrentamiento. Ella no retrocede, aunque puedo ver cómo su respiración se acelera.

—Recuerda con quién estás tratando, Pavlov —responde, su voz baja, casi como si sonase a un desafío—. Te repito: yo no soy Alina. No soy una de tus muñequitas de cristal.

Por supuesto que no. Isabella Moretti es como una yegua salvaje, que solo se puede dominar siempre y cuando ella así lo

quiera.

Cierro los puños, intentando contener las palabras que se agolpan. No puedo permitir que piense que todo esto es un simple capricho del control que me gusta mantener, no cuando mi preocupación por ella es lo único que me ha mantenido cuerdo durante todos estos años.

Tomo una respiración y suelto el aire, comedido. Lo que menos necesito en este momento es perder la paciencia. La conozco lo suficiente para saber que, si lo hago, se cerrará en banda.

—Cuéntamelo —exijo al fin con un tono más sereno, aunque el veneno sigue latiendo en mi interior.

Isabella suspira y aparta un mechón de cabello de su rostro de forma distraída. Posee una elegancia innata que no tiene nada que ver con joyas o ropa de marca. Podría llevar una bolsa de basura envolviendo su cuerpo, que la luciría con el mismo estilo que lo haría con un vestido de firma.

Noto cómo mi polla se irga aún más, tanto que me roza la bragueta. Me muevo hacia un lateral y apoyo una mano sobre el respaldo de una silla, como si necesitara anclarme a algo antes de dejarme en evidencia, y me acomodo el miembro con disimulo.

—Hola, Yuri.

«¿Por qué me cabrea tanto que salude al ruso?», me pregunto, viéndolos interactuar.

—Preciosa…

«Ah, porque Novikov es un puto baboso», me respondo al observar cómo babea.

—¿Y bien? —me entrometo para que dejen de mirarse.

Lo sé, los celos solo conllevan inseguridades, pero en todo lo que respecta a Isabella Moretti, no soy alguien demasiado racional.

—Eres un incordio. —Me lanza ella una mirada molesta—. Está bien, por dónde empiezo…

—Lo más lógico sería por el principio —intervengo, mostrando mi enfado—. Pero ya que has dejado claro que haces lo que te sale las narices, mejor dime qué ocurrió cuando me colgaste.

Si antes estaba molesta, ahora su estado ha aumentado a cabreo. Me alegro, ya somos dos.

—Llegamos a ese pueblecito de Nápoles sin problemas —comienza mascullando—. Pero eso ya lo sabes —me suelta, acusadora.

—No pienso disculparme —le hago saber sin remordimientos—. Eres tú la que no deberías haber estado allí.

—Al parecer, no es del todo cierto. —Alzo una ceja, cuestionando sus palabras—. Cuando llamé, me recibió una mujer. No dijo su nombre, pero al verme se creyó que era Valentina y lo aproveché para entrar. —Mi estómago se contrae. «Esta mujer va a acabar conmigo. ¿Es que no tiene ni un maldito gramo de instinto de supervivencia en su cuerpo?»—. Sin embargo, me llamó Isabella. —Frunzo las cejas—. Por lo visto, Valentina utiliza mi nombre para lo que sea que esté tramando —nos aclara.

Hace una pausa. Sus ojos buscan los míos, tal vez para medir mi reacción y descubrir si yo estaba al tanto de ello.

—En esa casa estaba el niño. —Cabecea hacia la salida, por donde han desaparecido el resto—. Cuando me vio, corrió hacia mí, me abrazó y me llamó «mamá». —Su voz titubea un poco, pero enseguida recupera el control—. No sabía cómo reaccionar tras aquello. Intenté seguirle el rollo, pero algo la hizo darse cuenta de que no era la Isabella que ella conoce, peleamos y tuve que noquearla para escapar con el pequeño.

—¿Por qué no me extraña…? —Me pinzo el puente de la nariz.

—Eres mi heroína, Gemela malvada —la alaba Yuri.

—No me llames así —masculla ella entre dientes.

—¿Por qué? Solo resalto lo evidente, eres una mujer de acción, *milaya*.

«Algún día. Algún día le incrustaré una bala al maldito Novikov», me repito.

—¿Supiste el nombre de la mujer antes de dejarla fuera de juego? —pregunto, cortando por lo sano la interacción entre ellos. Lo que menos necesito es que Isabella le rebane el cuello a Novikov. No porque no sea algo que desee, pero, por ahora, lo necesito a mi lado.

Ella niega, sin despegar sus ojos del ruso.

—¿Algo que nos sirva de ayuda? —insisto.

—Mencionó…

Justo en el momento que comienza a hablar, la puerta se abre y noto cómo, a mi lado, Isabella palidece al ver quién aparece bajo el umbral.

—Te dije que tenía mis métodos para conseguir lo que quiero, cuñado.

Me cago en la puta… El que faltaba.

—¿Lo has avisado? —cuestiona Isabella, desviando sus ojos hacia mí, sintiéndose traicionada.

—¡No, joder!

Maldigo en voz alta al tener frente a mí a Adriano Moretti.

—Claro, por eso está él aquí, ¿no?

El fuego que se refleja en su mirada podría calcinar varias hectáreas sin inmutarse.

El silencio que sigue a su frase es tan cortante que casi puedo sentirlo arañándome los tímpanos.

Isabella avanza un paso con la barbilla alta. Su mirada se vuelve un dardo dirigido contra mí.

—¿Qué demonios significa esto, Vladimir? —Su voz suena grave, más cargada de furia que de sorpresa—. ¿Acaso te has vuelto loco trayendo aquí a mi hermano sin tan siquiera advertírmelo?

No llego a responder porque Adriano se adelanta, pasando el quicio de la puerta con la seguridad de quien nunca duda de su lugar en una habitación. Sus ojos, claros y encendidos, recorren a cada uno de nosotros como si ya nos hubiera evaluado, y eso que acaba de llegar.

—Basta de circo —espeta, clavando su mirada primero en ella y luego en mí—. Quiero saber, ahora mismo, qué demonios está ocurriendo.

Su tono no admite réplica. En otra circunstancia, me habría resultado casi divertido lo mucho que se parece a Isabella cuando se enfada, pero aquí no hay espacio para ironías.

Isabella se gira hacia él, los hombros tensos, y deja escapar una carcajada breve, cargada de rabia.

—No es asunto tuyo.

—Por supuesto que es asunto mío, joder. Eres una Moretti y exijo…

—Claro, cómo no. Tú exigiendo respuestas —se encara—. Siempre apareces cuando te conviene, Adriano. Ni siquiera sabes por lo que he pasado estas últimas semanas y ya quieres dar órdenes.

—Que tú crees que no lo sé, aunque no sea porque me lo cuentes —rebate él, avanzando otro paso—. Maldita sea, Isabella. Te empeñas en manejar todo sola. Y, mientras tanto, me entero de que alguien quiere tu cabeza, que andas involucrada con gente como ellos… —Su mirada se clava en mí, hostil—. Y, para colmo, arrastras a un niño que ni siquiera sé quién es.

—¿Me has estado siguiendo?

El dolor en los ojos de Isabella hace que me apetezca pegarle una paliza, de nuevo, al imbécil de Moretti.

—No me dejas elección, *cazzo*…

—Cuando papá era el Capo siempre me dejó elegir, incluso tú también lo hiciste —le escupe llena de rabia—. Sin embargo, ahora demuestras que no eres mucho mejor que él. —Me señala a mí con desprecio.

Noto que la comparativa le hace daño a Adriano, aunque intente no dar muestra de ello.

Yuri, sentado en su rincón, observa la escena con un brillo divertido en los ojos, aunque percibo que está atento, preparado para intervenir si la discusión escala demasiado.

—Si vais a pelear —interrumpe con su voz grave, sosteniendo de nuevo la copa—, al menos hacerlo sentados. Sería un desperdicio que manchéis el mármol con sangre familiar.

Isabella lo fulmina con la mirada, buscando quizá otro adversario.

—Esto no tiene ni puta gracia, Yuri —dice, luego se vuelve a girar hacia su hermano, su voz ahora más baja, pero todavía afilada —. Adriano, no te metas.

—¿Has estado a punto de saltar por los aires en el jodido club de estos dos y quieres que no me meta? —suelta él sin pestañear—. No me moveré de aquí hasta que alguien me explique qué cojones ha sucedido. Y si seguís callando, te prometo que moveré cielo y tierra

hasta saberlo por mi cuenta —declara—. ¿Por qué estabas con él? —finaliza, señalándome.

Observo cómo Isabella cae en la misma cuenta que yo de que Adriano no sabe nada del ataque que sufrió a causa de los urkas.

Algo en el rostro de ella se relaja, pero la mirada calculadora que me dedica me hace ponerme en lo peor. No sé qué puede estar pasando por esa cabecita.

Lo que suelta a continuación es lo último que hubiese esperado escuchar en la vida.

—Vladimir y yo nos estamos viendo.

La miro, sin dar crédito a lo que dice.

—Define «viéndoos».

El tono de Adriano es lo suficiente bajo para saber que la respuesta de su hermana le ha pillado tan fuera de juego como a mí y está calibrando si molerme a palos o directamente pegarme un tiro y acabar cuanto antes con esta pantomima.

Mientras tanto, Isabella se cruza de brazos con chulería y, por la sonrisa que muestra, sé que con sus siguientes palabras está cavando mi propia tumba.

—Estamos follando.

Las carcajadas que suelta Yuri no hacen más que caldear el ambiente.

—*Proklyatiye*… —maldigo en mi idioma.

Miro a Adriano, midiendo cada gesto. Hay demasiadas piezas sobre la mesa: el ataque a Isabella; Larisa; el niño; Valentina… Demasiadas posibilidades de que todo vuele por los aires y ahora se le ocurre a ella soltar esa perla para echar más gasolina a todo.

No me hace falta mirar hacia Adriano para saber que va a estallar de un momento a otro.

—Está bien —digo, adelantándome, con el tono controlado que utilizo cuando necesito que todos me escuchen—. Nuestra vida sexual —echo un vistazo a Isabella— no creo que sea asunto de nadie.

—¡Te voy a matar! —declara Adriano, su rostro endurecido por la cólera que le recorre el cuerpo.

—Lo mismo te dije cuando te acostaste con mi hermana y, por lo que veo, aún sigues respirando.

—Maldito hijo de puta…

Justo en el momento que se lanza contra mí, estoy preparado, sin embargo, no llega muy lejos cuando el cuerpo de Isabella se interpone entre los dos.

—¡Deja de defender mi honor, joder! Me lo follo porque quiero, no es que me vaya a volver a enamorar. No soy tan kamikaze.

Sabía que entre ella y yo nunca habrá una posibilidad. He tenido demasiados años para hacerme a la idea, pero eso no quita que, al escuchar la seguridad con la que salen sus palabras, escueza.

—¿Te has vuelto loca? ¿No recuerdas lo qué pasó la última vez que «solo» ibas a follar con él?

—Esto es diferente. Ya no soy aquella chica ingenua.

—¡Pues lo pareces, joder! —vocifera. Me está costando todo mi control no intervenir, sobre todo, por alusiones, pero lo que menos necesito en estos momentos es que ella descubra por qué me alejé en aquel entonces—. No pienso volver a recoger tus pedazos.

A ella se le humedece la mirada. No sé si de indignación o recordando tiempos pasados.

Estoy a punto de mandarlo todo a la mierda cuando se repone y la veo alzar la barbilla, orgullosa.

—No lo pedí antes y no pienso hacerlo ahora.

—¿Mamá?

Escuchamos una vocecilla y todos nos giramos hacia la entrada. La cara de Adriano es todo un poema cuando se fija en el pequeño. Nadie puede negar que ese niño no sea de su familia, ya que tiene los mismos ojos que las gemelas Moretti.

—Adri, ven aquí, tesoro. Lo siento, se me ha escapado —se disculpa Sheila seguida de…

—Mierda, ¿tú también aquí, *sestra*? —me quejo al ver a Alina, que tiene los ojos enrojecidos, como si hubiese llorado.

—Cuida tu vocabulario, Pavlov —me amonesta Isabella, lanzándome una mirada de advertencia mientras se acerca al crío y lo coge en brazos.

Moretti sigue estático, como si el tiempo se hubiese detenido para él y solo existiese ese pequeño frente a él.

Mi hermana, al ver a su pareja tan desubicado, avanza hasta él y lo abraza por la cintura.

—Cariño, creo que deberías conocer a tu sobrino Adriano.

El silencio que se forma en el comedor se siente asfixiante.

—Me parece que, tras esto, sí que necesitáis hablar de todo lo que está sucediendo, ¿no creéis? —interviene Yuri.

Y, por primera vez, estoy de acuerdo con él.

Adriano asiente conforme mientras Isabella, aunque sigue con los labios apretados, también accede y se acerca a su hermano con el niño en brazos.

Él, sin decir una palabra, envuelve a ambos entre sus brazos y murmura con voz rota:

—Bienvenido a la familia, Adriano.

Sé que, tanto él como Isabella, están sintiendo que, a pesar de todo, de alguna forma tienen con ellos un pedazo de pureza que pueda quedar de Valentina.

Y yo, en lo único que puedo pensar, es en que la tormenta apenas empieza a formarse y, una vez liberada, ninguno de nosotros saldrá ileso de ella.

CAPITULO 16

Vladimir

—Sabía que tarde o temprano acabaríais follando. Os vi las ganas que os teníais, aquella noche, hace meses, en el Mystral.

—Cállate la boca, Yuri, a no ser que quieras que te la cierre yo —espeto cansado, antes de terminar mi copa de un simple trago y volviéndome a servir otra.

Hace una hora que Isabella junto al pequeño y Adriano se fueron a otra sala para hablar con más privacidad.

Una hora esperando lo mucho que ella aún tiene que explicar con lo sucedido en Nápoles. Nadie se lleva a un niño sin permiso y espera que no haya represalias. Sin embargo, incluso yo entiendo que esta conversación entre los Moretti es necesaria.

No me gustaría estar ahora mismo en el pellejo de Adriano. Lleva meses buscando a Valentina, dividido entre qué hacer cuando la encuentre. Yo tengo claro qué haré llegado el momento. Intentó matar tanto a Isabella como a Alina, para mí no existe redención respecto a ella, pero para él es otro cantar, al fin y al cabo, también es sangre de su sangre.

Cuando descubra que llevo tiempo siguiendo sus pasos, al igual que los de Larisa, tendrá muchas más ganas de matarme.

¿Cómo se le ocurre a Isabella contarle que hemos follado?

«Porque la alternativa es explicarle que tiene una diana en su precioso culo, y lo dejó claro: Quiere las narices de su hermano fuera de ese asunto».

Lo cierto es que yo tampoco lo quiero husmeando en ese tema que involucra a criminales rusos.

—¿Y tú qué demonios te traes con el socio de Isabella? No creas que no me he dado cuenta de cómo lo miras.

—¿Ahora mirar es un crimen?

—Nos conocemos desde hace años, Novikov, no eres de los que les gusta solo observar.

—Con vosotros lo hice y no he vuelto a disfrutar de ese digno espectáculo.

Aprieto los dientes, furioso, recordando aquella noche.

—Solo fue un pago por la información que necesitábamos.

—Información que hizo que salvaseis a las chicas, si no recuerdo mal. —Sacude su copa, haciendo girar el líquido de su interior.

—A todas no.

—No es culpa de nadie que tanto Valentina como Larisa sean unas zorras codiciosas.

Asiento con un gesto duro.

—¿Por qué haces esto, Yuri? —cuestiono, realmente interesado —. Yo tengo mis propios motivos personales, pero tú no ganas nada con todo esto.

Él deja el vaso sobre la mesa que hay a un lado y, agarrando las muletas que lleva colgadas en la silla de ruedas, se pone en pie con cierta dificultad.

Joder, no me acostumbro a verlo en posición vertical. Yuri es un hombre alto, y a pesar de que desde hace casi veinte años que lo conozco, siempre lo he hecho sentado en esa silla; se nota que se mantiene en forma.

—De una forma u otra, todos hacemos las cosas por algún motivo, Vladimir. Puede que tú me recuerdes a una versión más joven de mí mismo —reconoce—. Yo también tuve trabas cuando mi padre fue asesinado y heredé todo lo que dejó a medias —termina, con un hilo de voz que apenas logra disimular la amargura. Se endereza un poco más, apoyando el peso en las muletas, y sus ojos, grises y cortantes, se clavan en mí—. Un imperio podrido, socios que deseaban verme muerto y una familia que no sabía si venderme o protegerme. Yo estaba ahí cuando explotó aquella bomba. Intenté sacar a mi padre de aquella casa, Vladimir. Yo también perdí mucho aquella noche —concluye, señalando sus piernas.

Permanezco en silencio. La imagen de Yuri en pie, tan poco habitual, añade un peso extraño al aire. Hay algo en su tono que no

oía desde que lo conocí. No es sarcasmo, no es la indiferencia que usa como armadura, es otra cosa, casi suena a rencor.

—No te confundas —continúa, recuperando la máscara habitual, aunque tarda un segundo en recolocarla y puedo apreciar que lo domina la rabia de los recuerdos—. No hago esto por ti, ni siquiera por Isabella, lo hago porque alguien tiene que poner orden en Rusia.

—Y ese quieres ser tú, claro.

Se encoge de hombros.

Recoge su vaso, bebe lo que queda en su interior y lo deja con un golpe seco sobre la mesa.

—¿Por qué no? Además —añade, y la sombra de una sonrisa torcida cruza su rostro—, admito que me divierte verte perder los papeles.

Resoplo y me sirvo otro trago. El líquido me quema en la garganta, pero lo prefiero al silencio por parte de los Moretti, que amenaza con tragarme.

—Dime entonces, ¿qué opinas que hará Adriano cuando salga de esa sala? —pregunto, inclinándome hacia él al ver que pierde por un momento el equilibro.

No le ofrezco ayuda, aunque me mantengo cerca por si la necesita.

—Supongo que lo que siempre hace —responde sin dudar—. Intentará proteger a todos y terminará destrozando lo poco que aún funciona. Por eso siempre os fue bien en el pasado juntos, Vladimir. Tú siempre fuiste el punto calculador y paciente que le falta al capo italiano.

No respondo porque lleva razón. Adriano y yo no podríamos ser más diferentes en nuestros métodos. Él siempre ha ido arrasando todo a su paso, sin meditar las consecuencias, mientras que yo disfruto analizando y planeando la mejor forma de ataque.

Miro hacia la puerta cerrada a la vez que Yuri vuelve a sentarse con movimientos casi elegantes pese a la torpeza forzada de sus piernas. Enciende un cigarrillo y, tras la primera calada, deja escapar el humo despacio, dibujando círculos en el aire.

—Cuando cruce esa puerta —dice—, tendrás que decidir si sigues su juego o el tuyo, pero no olvides, Vlad, que incluso los

planes mejor trazados se desangran cuando entra la familia de por medio.

Lo sé, en esta historia, la sangre y los sentimientos siempre terminan ganando. Por eso trataré que ni lo uno ni lo otro se entrometa, ya que puede hacer que acabemos todos muertos.

Mantenerse con una actitud fría y distante salva vidas.

Por suerte, el resto del tiempo que tardan en aparecer los dos hermanos, Yuri se mantiene en silencio. El tipo tiene una extraña habilidad de hurgar en la cabeza de los demás y no me gusta.

Cuando entran, Isabella lo hace con los ojos hinchados y Adriano me lanza una mirada con la que otro se echaría a temblar. A mí solo me hace gracia.

—Dime dónde está Valentina.

Alzo una ceja y bebo con parsimonia a la vez que digo, solo mirando a Isabella:

—Vaya, parece que solo cuentas la información que te interesa. —Sonrío al verla apretar los labios. Sé que debe estar mordiéndose la lengua para no soltar cualquiera de sus lindezas—. Bueno —retomo el tema que nos atañe—, ¿qué más te dijo la mujer que cuidaba del crío?

—Maldita sea, Pavlov. Ni se te ocurra desviar el tema. ¿Qué demonios sabes de Valentina y por qué no me has informado?

La tensión en Adriano es palpable.

—El paradero de tu hermana me ha sudado los cojones, la verdad —lo enfrento—. Mi objetivo principal siempre ha sido Larisa. No es mi culpa que Valentina estuviese involucrada con ella.

—¡Deberías haberme informado, maldito cabrón! —exclama cabreado, directo a por mí.

Isabella intercepta su avance, poniendo una mano sobre el pecho de su hermano.

—¡Ya basta! —alza la voz—. Creo que, por ahora, ese tema queda relegado. Lo importante es la aparición de ese niño. —Y mirándome a mí, retoma la conversación—. Por lo visto, ella no era quien lo suele cuidar, habló de una tal *nonna*, pero que llevaba días sin poder aparecer y hacerse cargo de Adriano. Luego ella empezó a

hablar nerviosa de un tal Vince, y de algo que llamó *Il Corvo* Parecía realmente asustada.

—¿El Cuervo de Sangre? —cuestiona Adriano, sosteniendo a Isabella por el codo para que le preste atención.

—¿Te suena de algo? —le pregunto, al ver su semblante serio.

—Sí. Mi padre mencionó a los Cuervos de Sangre cuando me estaba formando para ser el futuro capo de la Cosa Nostra.

—¿Papá?

Adriano asiente.

—Dicen que todo empezó en 1860, en Italia. Cuando aún no se había disipado el humo de la guerra y los discursos de la unificación, en Sicilia surgió algo que ni los soldados ni ningún rey podían controlar. Era la mafia. Años después de aquel parto, nacieron criaturas mucho más peligrosas, los Cuervos de Sangre.

»No eran matones comunes. Mataban para heredar el trono de sus víctimas. Cada golpe era un movimiento para eliminar a un capo. Borraban su estirpe y, antes de que el cadáver se enfriara, ya presidían su organización. Dejaban siempre la misma firma, un cuervo pintado con la sangre del caído. Con esa táctica tejieron un imperio silencioso, extendiendo sus alas de Sicilia a Nápoles, a Calabria, incluso se dice que llegaron a cruzar fronteras hasta Nueva York —narra—. El resto de mafias y capos, amenazados, se unificaron hasta que acabaron con aquellos sicarios y se pudo restaurar los clanes tal y como los conocemos hoy en día.

—¿Y? Eso no nos dice nada nuevo. Nuestro mundo es así, siempre hay alguien que desea ocupar nuestro lugar y hará lo necesario para conseguirlo.

Adriano me lanza una dura mirada por interrumpirlo. Sin embargo, quien toma la palabra en esta ocasión es Yuri.

—Yo también he oído esa historia y sé a dónde quieres llegar, Moretti.

—Habla.

Yuri levanta una de sus cuidadas cejas al escuchar la orden implícita en mi tono. Sé que está tentado a guardarse lo que sepa para él. Es sabido que Yuri Novikov no obedece ante nada ni ante

nadie y que toda información tiene un precio. Por suerte, esta vez lo deja estar y prosigue:

—Hará una década, en Nápoles hubo una oleada de crímenes en distintos grupos dentro de la Camorra. Capo tras capo caía, y en la pared de cada una de las viviendas de esos jefes siempre aparecía el mismo cuervo pintado en rojo. —Miro a Adriano, que asiente, afirmando sus palabras—. En menos de dos años, tenía bajo su mando a casi toda la Camorra y su nombre se pronunciaba en voz baja, como si se tratase de un espectro.

—¿Sabes ese nombre? —le pregunto.

—*Pakhan*, deberías recordar que yo lo sé todo. —Sonríe vanidoso.

—Ni que fueses la *mafiapedia* —bufa Isabella a mi lado.

—Lo que me extraña es que tú no estés al tanto —me reprocha Adriano.

—En esa época, llevaba años combinando mi residencia entre Rusia y España. Es cuando expandí mi negocio de venta de armamento. Perdonad por estar centrado en construir un imperio en vez de estar pendiente de chismes italianos.

«Cómemela», gesticulan los labios de Moretti mientras se agarra la bragueta, dándole mayor énfasis a su acción.

—Si has terminado de enumerar tus logros empresariales, Vladimir, prosigo. —Pongo los ojos en blanco ante el sarcasmo de Yuri—. El poder no es eterno, ni siquiera para los cuervos. Hace cuatro años, Vincenzo Februcchi, que así es como se llama el jefe de la Camorra, fue arrestado en una operación que sacudió media Italia. No lo atraparon por asesinato ni por trata de blancas, eso habría sido demasiado fácil de encubrir, sino por algo más torpe y humano. —Sonríe y me dan ganas de pegarle un puñetazo. Yo no le encuentro la gracia a nada de lo que está narrando—. Alguien lo delató con detalles imposibles de obtener si no es desde dentro.

—¿Lo traicionaron? —cuestiono.

Yuri asiente.

—Lo acusaron de robar un cargamento de armas al Ejército. Las autoridades lo tomaron como un triunfo histórico y sus enemigos lo

celebraron en silencio, creyendo que así terminaría el reinado de Februcci.

»A día de hoy cumple condena, pero cuando alguien encuentra un cuervo rojo pintado en un muro de Palermo o Nápoles, la gente agacha la cabeza, temerosa, sintiendo que las alas de sangre del Cuervo nunca han dejado de batirse y temen que el encarcelado vuelva a reclamar lo que los Corvi siempre consideraron suyo.

—Pues me parece, por lo que comentó la mujer de aquella casa, que el pajarraco vuela libre.

«Me cago en la puta».

—Por lo que comentan varios capos, es cierto, Februcci ya ha salido de la cárcel —declara Adriano.

—¿Crees que el tal Vince que mencionó esa mujer puede tratarse de ese mafioso?

Observo cómo Isabella se estremece, esperando la respuesta de su hermano. Me jode tener que controlarme y no envolver mis brazos alrededor de su cuerpo y prometerle que, mientras yo respire, nadie la tocará.

—No solo lo creo, Bella. —El tono de voz en Adriano ha cambiado, y eso me alerta—. Me apostaría lo que tengo a que se trata del mismo —le reconoce.

—Hay más —anuncia ella mientras se muerde nerviosa el labio inferior—. La mujer me exigía un dinero que se supone que Valentina le prometió. Quería cobrar y largarse, estaba segura de que ese Vince, ahora que está fuera, intentará dar con ella porque Valentina se llevó algo suyo.

«No puede ser…».

—Adriano.

—¿Qué? —pregunta Moretti.

—Tú no, joder —espeto—. Lo que ese tipo está buscando es a Adriano, el crío. Su hijo.

El silencio que se hace en el comedor, tras la conclusión a la que llego, solo es cortado por las carcajadas de Yuri.

—Si eso es cierto, perdonad que sea yo quien os lo diga, pero estáis jodidos. He escuchado hablar de Februcci. Los métodos que

lleva a cabo para liquidar a sus enemigos, hasta a mí me hace replantearme estar en su punto de mira.

—No tienes por qué involucrarte —le hago saber a Novikov.

—He dicho que me hace replantearlo, no que vaya a hacerlo. —Sonríe, sacando a relucir lo grillado que está de la cabeza.

—Ese niño no puede ser hijo suyo —suelta Adriano—. Me niego a pensar que la Valentina que yo conozco se involucró con alguien como Februcci. No le haría algo así a la *famiglia*.

—¿Estás seguro? —objeta Isabella—. Porque te recuerdo que esa Valentina intentó dejarme encerrada en una cámara sellada a punto de inundarse y la mujer a la que amas se sacrificó para que Sheila y yo saliésemos mientras ella sabía que moriría ahogada —masculla con la rabia desbordada—. Esa es la misma Valentina que nos ha ocultado que tenía un hijo de cuatro años. Así que perdona que me crea que nuestra hermana rompió las reglas y se alió con una mafia enemiga.

—¡Joder! —suelta Adriano un exabrupto mientras se frota la cara, sobrepasado.

Noto cómo Isabella rebaja el tono al ver a su hermano entre la espada y la pared.

—Sé que tu postura no es fácil, Adri, y nunca te haría elegir entre las dos, pero si todo esto es cierto, hay que proteger a ese niño. Él no es culpable de haber nacido en mitad de una guerra entre mafias. Debemos acabar con la amenaza que representa ese tal Vince.

—No es tan fácil acabar con un mafioso, y más si es cierto lo que dice Yuri de ese tal Februcci —rebate Adriano.

—Sería fácil si conseguimos atraerlo y engañarlo —expone Yuri.

—Claro, el tipo ese debe ser de lo más confiado… —resoplo. Al ver cómo intercambian miradas entre los tres, niego—: No, no, no. Ni de coña.

—Yo seré el señuelo —declara Isabella, lo que me temía.

—¡Vamos, no me jodas!

—Podría funcionar —dice Adriano.

—Es que esta especie de locura la lleváis en los genes, ¿o qué? —suelto exasperado—. Porque eso es lo que es, una puta locura.

—Que os acostéis no te da derecho a decidir por ella —me enfrenta Moretti. Lo que faltaba por oír…—. Tú decides, Bella.

—¡Estáis dementes! —exclamo al saber cuál va a ser la respuesta de ella—. ¿Queréis que os recuerde cómo acabó la última vez que usamos a Alina como señuelo? ¡Casi muere, maldita sea!

—Y deberías reconocerme el crédito de que eso no ocurriese. Gracias a mí y a Simone no terminó en tragedia —alega, sacando su dichoso bisturí.

—¡Deja de confiar tan ciegamente en esa jodida cuchilla! —vocifero, perdiendo los nervios. Se la arranco de la mano y la lanzo al otro lado del comedor—. ¡Parece como si te diese igual acabar muerta!

—¡A lo mejor es que no me importa! —me grita ella de vuelta—. ¡A lo mejor yo me siento muerta desde que perdí lo que más quería y tú me abandonaste en el proceso!

Sé lo que se siente al recibir el impacto de un disparo. Más de una vez he recibido un balazo en distintas partes de mi cuerpo y aseguro que es menos doloroso que percibir lo que ella siente en estos momentos.

Siempre he pensado que el tiempo lo cura todo, aunque no sé por qué lo he creído, ya que tomar la decisión de alejarme de ella en su momento sigue doliendo como el primer día. Sin embargo, iluso de mí, creí que en ella habría cicatrizado. Puedo tolerar que me odie, que sienta un desprecio visceral hacia mi persona, lo que no puedo soportar es ver lo destruida que está ante el sentimiento de pérdida. Una pérdida que sufrimos los dos y, de alguna forma, yo fui el causante.

Isabella se lleva las manos al rostro y respira hondo, intentando calmarse tras el estallido. Sin embargo, no logra esconder el temblor en sus dedos. Adriano la observa, dividido entre la rabia y el instinto de protegerla, aunque sabe que cualquier palabra que diga ahora será dinamita.

Yuri, por su parte, no se inmuta. Da otra calada a su cigarro, como si el aire cargado de confesiones le entretuviese. El humo forma una especie de velo entre nosotros. Es como un telón que apenas consigue amortiguar los latidos acelerados en mis sienes.

—No lo hagas, Bella —rompo el silencio, mi voz suena más grave de lo que pretendía—. No te conviertas en cebo para ese cabrón. Si algo le pasa a ese crío mientras tú te juegas el pellejo, jamás te lo perdonarías.

Ella baja las manos con lentitud. Sus ojos, rojos y cansados, se clavan en los míos con una mezcla de furia y determinación.

—¿Y qué sugieres? —escupe—. ¿Esperar sentados mientras Vince decide cuándo venir a quitárnoslo? Ese niño ya está marcado, Vladimir. Lo estará siempre que él crea que puede reclamarlo.

Adriano se adelanta un paso.

—A mí tampoco me gusta está situación, Pavlov, pero Isabella tiene razón. Si no lo atraemos nosotros, vendrá a su manera y será peor.

—Estaremos preparados —aseguro.

—¿Sí? ¿Hasta cuándo? No tenemos ni puta idea de cuándo piensa hacerlo.

—No pienso consentir que ese niño viva más tiempo escondido —rebate Isabella.

Resoplo al ver que Adriano parece igual de convencido.

—Necesitamos terreno, información. Tenemos que aprovechar la ventaja que hasta ahora tenemos.

—Eso es exactamente lo que digo —añade Yuri, golpeando con suavidad la ceniza contra el borde del cenicero—. No se trata de sacrificios, sino de controlar la partida. Ella —señala a Isabella— es la única que puede acercarse sin levantar sospechas.

Lo miro incrédulo. Todos parecen haber perdido la cabeza.

—¿Sois conscientes de que habláis de meter a Isabella en la boca del lobo? —recalco, con un nudo creciendo en mi garganta—. Por lo que decís, ese tipo no es un camorrista cualquiera. Si Februcci la huele cerca, no dudará en hacer lo necesario para llegar hasta su hijo.

—Tienes razón en algo —interviene Yuri, encogiéndose de hombros—. Necesitamos un plan B. Una red que la salve en cuanto ese cuervo decida ponerle sus garras encima.

Isabella asiente con lentitud y veo, por sus gestos, que su mente ya está dos pasos adelante. Siempre ha sido así. Nunca ha temido

lanzarse al fuego, aunque sepa que el incendio la consumirá.

—Habrá que preparar algo más sólido que un simple engaño —dice, su voz vuelve a sonar firme, casi fría—. Si Vince cree que puede tocar a ese niño, que al menos le cueste caro.

Adriano se inclina hacia ella, el ceño fruncido.

—Si lo haces, lo harás con escolta. Ni un movimiento sola, ¿me oyes? Yo mismo me encargaré de que nadie te pierda de vista.

Yuri suelta una carcajada seca.

—Adriano, querido, tu escolta será lo primero que detecte Februcci. Necesitamos discreción, no un desfile de gorilas italianos armados.

—¿Qué propones, ruso? —gruñe Moretti.

—Dejadme a mí manejar la logística —responde Yuri con una media sonrisa—. Si alguien sabe cómo despistar a un viejo cuervo, es otro que ya ha aprendido a volar sin alas.

Me paso una mano por la cara, intentando despejar el peso que se me clava en los hombros. No me gusta nada lo que oigo, pero también sé que el tiempo no está de nuestro lado.

—Si vamos a hacer esta locura —murmuro al fin—, que al menos lo hagamos bien. Voy a necesitar saber todo acerca de ese Vince: cada contacto, cada paso que pueda prever. E Isabella… —la miro, y dejo que mi voz se ablande apenas un segundo—, si algo sale mal, prometo que lo sacaré todo a punta de bala si hace falta, pero tú tienes que prometer que no vas a improvisar.

Ella no contesta de inmediato. Me sostiene la mirada, esa que tanto he echado de menos y que, al mismo tiempo, me recuerda cada error cometido.

Finalmente, asiente con un leve gesto.

Yuri apaga su cigarrillo, aplastando la colilla con un movimiento pausado.

—Bien —dice con un tono que suena casi satisfecho—. Ahora que tenemos claro que nadie piensa ser sensato, empecemos a trabajar. Seguro que la mujer que dejó inconsciente Isabella —le dedica una mirada divertida— ya habrá cambiado de bando y habrá informado al Cuervo. Estoy seguro de que este no va a esperar a

que terminéis vuestras discusiones familiares. Lo importante a saber es, ¿cómo lo atraemos?

—Una fiesta de La Sociedad de las Máscaras —anuncia Adriano.

—Dudo que, si organizas una y recibe una invitación, no imagine que es una trampa por tu parte.

—Por esa razón no la voy a organizar yo, sino tú. —Me señala mientras sonríe como el zorro astuto que es—. Lo harás, aprovechando la inauguración de tu nuevo club.

—Claro, ese que tiene la entrada totalmente calcinada, ¿no?

—Eso déjamelo a mí. Tengo los suficientes contactos para que en menos de una semana lo dejen todo como nuevo.

—Es…

—¿No era esto lo que viniste a pedirme? —me corta—. ¿Inmunidad para operar sin problemas en mi país?

Maldito Moretti…

Miro a Isabella, que espera con incertidumbre mi respuesta.

Sé que me arrepentiré de esta decisión. Lo sé, como también sé que por esta mujer haría cualquier cosa que me pidiese, incluso ceder a que se exponga frente al peligro.

Resoplo y, tras soltar el aire, grito:

—¡Pavel! —Mi hombre tarda apenas unos segundos en cruzar la puerta. Es como si todo el tiempo hubiese estado tras ella, velando por mi seguridad—. Manda invitaciones a los jefes de cada mafia, tenemos una fiesta que organizar.

CAPITULO 17

Isabella

—Maldito ruso insolente… —mascullo en el silencio de la noche, gateando por el suelo y con la linterna del móvil como única iluminación.

Tras aclarar los puntos claves de nuestro plan, me retiré y me fui a ver cómo se encontraba el pequeño.

Ver la alegría en sus ojos cuando entré en el dormitorio, donde estaba con Alina y Sheila, hizo que mi corazón se estrujase en mi pecho.

¿Cómo ha podido Valentina privarnos de conocerlo? Tengo muchas cosas por las que no perdonar a mi gemela, pero creo que esta ocupa el primer puesto.

La conversación que mantuve en privado con mi hermano Adriano no fue fácil. Le ha costado entender que no le hubiese puesto al tanto de cualquier tipo de pista del paradero de Valentina.

—Sé lo que sientes respecto a Tina —dijo.

—¡Tú no lo entiendes!

—¡Joder que no, Bella! Yo también cargo cada día con lo que sucedió. Casi te pierdo a ti y a punto estuvo de ahogarse la mujer de la que estoy enamorado —se sinceró—. Lo más jodido es que ambas cosas sucedieron a manos de alguien que he querido con la misma devoción que te quiero a ti.

En otras circunstancias me hubieran enternecido sus palabras, el problema es que estoy en un punto de no retorno respecto a lo que está sucediendo.

—Ese es el problema, Adriano, por eso justo no te conté nada —le confesé—. Entiendo que guardes algún tipo de sentimiento hacia

ella. Y no te juzgo. No obstante, para mí desaparecieron en el instante que nos encerró en aquel búnker.

—Se trata de un tema de la mafia. ¡Soy el capo, maldita sea! Deberías haberme avisado.

—Deja a la puta mafia al margen y el poder que ejerces en ella, joder. Esto es personal.

—¡Por supuesto que es personal, Isabella! Esto no solo te atañe a ti, sino a papá, a mamá, ¡a mí! Deja de comportarte como una egoísta —declaró.

No camuflé la rabia que sentí tras escuchar sus palabras.

—¿Egoísta yo? —salté, presionando un dedo en su pecho—. Siempre he apoyado cada decisión que papá o tú tomasteis a pesar de que en más de una ocasión no estaba de acuerdo —le recordé—. Lo hice sabiendo que velabais por los intereses de nuestra familia. Pero esto es distinto. ¿Qué harás cuándo la encuentres, Adriano? ¿Qué haría nuestro padre estando en tu situación? ¡Es su hija!

—Y tú, Isabella, ¿qué piensas hacer tú? ¿Matarla?

—Ni siquiera lo dudaría.

El dolor que vi en su mirada tras mi confesión me ha confirmado que él no actuaría de la misma forma que yo.

—No te creo.

—Bueno… —Se me formó una sonrisa triste en los labios—. Quizá Valentina y yo nos parezcamos más de lo que pensaba. Al fin y al cabo, compartimos útero.

—Sabes que no podría dejarte hacerlo.

—Ahí tienes tu respuesta de por qué no te he dicho nada —señalé—. Sé que ejercerías un castigo sobre ella, pero yo no podría seguir perteneciendo a una familia que acoge a alguien que intentó matarme.

Tras esa declaración de intenciones, no había mucho más que discutir. Él tiene su opinión de cómo manejar la situación y yo tengo la mía.

—No me conviertas en tu enemigo, Bella —dijo con una voz cargada de pesar.

—No es mi intención hacerlo. Solo te aviso de lo que ocurrirá si soy yo quien la encuentra primero.

—¿De verdad vas a ser capaz de dejar a un niño sin su madre?

Cerré los ojos. La venganza ni siquiera me ha hecho plantearme esa posibilidad.

—Adri no tiene nada que ver con esto —me excusé.

—¡Tiene todo que ver! Es su hijo, Isabella. No puedo pensar que Valentina haya cambiado tanto, si hasta le puso mi nombre al crío.

—Por lo visto, tú nunca has sido el problema. —Me encogí de hombros.

Sin embargo, las palabras de Adriano aún retumban en mi cabeza.

«Si se me presenta la oportunidad, ¿seré capaz de acabar con la vida de la madre de ese pequeño, aunque se lo merezca?».

No me da tiempo a responderme a mí misma la pregunta, pues me veo sorprendida por una voz a mi espalda.

—¿Qué demonios haces debajo de la mesa a oscuras?

«Auch».

Me llevo la mano a la coronilla tras el cabezazo que me acabo de dar al ser pillada, ni más ni menos, que por el puñetero Vladimir.

Reculo, arrastrándome por el suelo para salir de debajo de la mesa. Me quedo de rodillas, con el culo apoyado en mis talones, intuyendo la silueta del hombre que tengo ante mí.

Parpadeo.

Los ojos me escuecen cuando él se digna a encender la luz.

—Ni te imaginas la de veces que he soñado con volver a verte en esa posición —habla con un tono de voz tan insinuante que, por unos segundos, me hace juntar los muslos.

—Pues sigue soñando. Jamás volverás a verme así ante ti —suelto desdeñosa mientras me levanto con brío.

Apago la linterna del teléfono y me lo guardo en el bolsillo trasero del vaquero. Todo lo hago para entretenerme y no mirar directo en su dirección. No se me ha pasado desapercibido que lleva unos pantalones de deporte sueltos, que le caen justo por debajo de las caderas y sin nada que cubra su esculpido pecho.

—Jamás es mucho tiempo, Isabella —me susurra al oído—. Tampoco pensé que volveríamos a follar y míranos. Si incluso lo pregonas a los cuatro vientos.

Al escucharle decir eso, no me queda más remedio que levantar la cabeza y mirarlo. Permanece frente a mí con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y una ceja arqueada, esperando mi réplica.

—No lo vas a dejar pasar, ¿verdad?

—¿Por qué debería hacerlo? —cuestiona a su vez.

—Bah —descarto—. Fue lo primero que se me ocurrió para justificar por qué estábamos juntos en tu club y que así Adriano dejase de indagar.

—Claro, qué más da que tu hermano esté ideando mil formas distintas de cómo cortarme las pelotas —ironiza—. Que conste que me la suda que lo sepa, pero dada las circunstancias en las que nos encontramos, prefiero no tener que estar constantemente mirando a mi espalda. Tu hermano es de los que disparan y después preguntan.

Por un instante, estoy tentada a soltar una carcajada. Seguro que lo que dice es cierto. Por suerte, recuerdo que Vladimir me cae mal y las ganas que tengo de reírme se me pasan.

Él, al ver que no voy a comentar nada al respecto, cambia de tema.

—¿Qué hacías aquí a oscuras? ¿Tengo que desconfiar de ti, Isabella?

Ahí está otra vez ese tono bajo que hace que mi cuerpo se estremezca.

—Punto uno —enumero, levantando un dedo—, no estaba a oscuras, me alumbraba con la linterna del móvil. Punto dos —alzo el siguiente dedo—, que yo recuerde, no te he jurado lealtad, así que, sí, deberías desconfiar de mí.

Chasquea la lengua.

—Lo tendré en cuenta, sobre todo, ahora que ambos dormiremos bajo el mismo techo.

Debería de dejar de soltar todas esas insinuaciones, o mejor, que alguien le corte las cuerdas vocales, ya que lo que más me afecta es escuchar el sonido ronco y demasiado excitante de su voz.

—Que no se te olvide. Ahora, si me disculpas, me voy a la cama.

Doy un par de pasos y, al pasar por su lado, noto cómo su mano en mi brazo corta mi huida.

Su agarre es delicado. Si quisiese, de un simple movimiento me podría deshacer de él. Por qué no lo hago, es todo un misterio. Puede que se deba a que mi parte masoquista necesite volver a disfrutar de su tacto, aunque sea un solo instante.

—Aún no me has respondido a qué hacías aquí —me susurra de nuevo al oído, y yo cierro los ojos, intentando no echarme a temblar a causa del deseo.

Es penoso que me excite con esta nimia interacción. Eso hace que recuerde que la última vez que tuve sexo fue con él.

El sexo, señoras y señores, es bueno para el organismo. Aporta múltiples beneficios físicos y emocionales. Reduce el estrés, del que yo últimamente voy sobrada, mejora el sistema inmunitario, el cual debo de tener por los suelos. Actúa como un analgésico natural gracias a la liberación de endorfinas durante el orgasmo.

Como veis, todo son ventajas y yo las estoy desaprovechando.

—Estaba buscando a Simone —confieso al fin.

Ojalá se dé por satisfecho y me deje marchar para poder satisfacerme a mí misma en la privacidad del dormitorio.

Negaré hasta la saciedad que siento cierta decepción cuando retira su mano de mi brazo y se aparta.

No sé por qué lo hago, pero me giro. El aire se me queda atascado en los pulmones cuando me fijo en su espalda, en su totalidad, tatuada.

Apenas registro cómo se acerca a la repisa que hay sobre la chimenea y coge algo de ahí. Mi atención no se puede despegar del diseño que le decora la piel.

Parece un cementerio de calaveras, que forman una alta montaña. Es tan tétrico como fascinante.

—Lo recogí cuando te marchaste —dice, girándose y privándome del arte que tiene grabado en su piel—. Siento mi comportamiento anterior. Parece que es importante y simboliza algo para ti. —Me tiende el bisturí—. Aunque sigo opinando lo mismo. Llegará un día en el que necesites algo más poderoso para protegerte.

Alargo la mano y lo cojo de manera automática. Sé que debería rebatirle y defender que Simone es más leal que cualquier otra arma, sin embargo, tengo un batiburrillo en la cabeza, por lo que me decanto y suelto lo que en estos momentos no para de iluminarse en mi mente.

—No sabía que te gustasen los tatuajes.

Me pone nerviosa que me mire con fijeza con esos ojos tan azules y que tanto me gustaba, en el pasado, perderme en ellos.

—Los gustos cambian, y más habiendo pasado dieciséis años.

Me muerdo los labios y asiento.

Es cierto, ninguno de los dos somos los mismos después de todos estos años.

La vida nos presiona para que estemos en constante movimiento. Lo que un día te apasionaba, por una razón u otra, quizá ahora lo detestes.

Por un instante, no sé si responder o dejar que el silencio haga su trabajo. Mis dedos juegan distraídos con el bisturí. Acaricio el filo sin llegar a tocarlo del todo, como si con ese gesto pudiera encontrar todas las respuestas que tanto necesito.

«¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué me abandonaste? ¿Para ti lo nuestro no significó nada? ¿No sufriste ni un poco lo que perdimos?».

Tantas preguntas se me agolpan, las cuales me prohíbo pronunciar.

—Dieciséis años… —suelto en su lugar, con la mirada perdida en algún punto del suelo.

—Demasiado tiempo para cualquiera —responde Vladimir, con ese acento que, aunque intente suavizar, siempre arrastra una cadencia áspera y peligrosa.

No sé si me reconforta o me incomoda que lo diga con tal naturalidad, como si esos años no hubiesen sido un abismo para mí.

—¿Qué hiciste en todo ese tiempo, aparte de casarte con una zorra? —me atrevo a preguntar, sorprendida de escuchar mi propia voz.

Él ladea la cabeza, divertido. Durante unos segundos parece debatirse entre hablar o quedarse callado. Termina por encogerse de

hombros, como si la respuesta le resultara obvia.

—Intentar sobrevivirte —dice con un tono tan simple que es imposible saber cuánto dolor oculta detrás.

Un escalofrío me recorre la espalda. Sus palabras me golpean con más fuerza de la que esperaba porque, al final, eso mismo he estado haciendo yo desde que desapareció.

—No fui yo la que se alejó —le digo casi en un susurro.

Una chispa se enciende en sus ojos, aunque no sabría decir si es enojo o reconocimiento.

—Lo sé. Y cargaré con esa decisión toda mi vida.

No estoy preparada para desempolvar el álbum de los recuerdos. No lo estoy ahora y creo que no lo estaré nunca. Y sí, sé que es la opción más cobarde, pero cambio de tema.

—Visto la que se nos viene encima, creo que deberíamos firmar una tregua —propongo.

Vladimir apenas parpadea por el giro tan brusco en la conversación. Ese es el único gesto de que no se lo esperaba y que se recompone de inmediato.

—La última vez que firme una tregua con un Moretti casi acaba muriendo mi hermana —comenta con ironía.

—Suerte que ahora la *principessa*, dado su estado, vaya a permanecer en una urna de cristal, como a ti te gusta.

—Esta vez no es Alina la que me preocupa.

No sé cuándo se ha acercado tanto, o quizá he sido yo la que lo he hecho, arrastrada por ese hilo invisible que se empeña en unirnos. El caso es que siento su aliento en mi cara cada vez que respira. Mi cuerpo hormiguea en el momento que su mano se posa en mi nuca; con firmeza, me sostiene del cabello de esa zona.

—Isabella… —pronuncia mi nombre despacio, casi como si lo pudiese saborear en sus labios—. Deseo besarte.

Su confesión me desarma porque lo peor es que yo anhelo que lo haga.

—No puedes.

Una cosa es que follásemos en un momento puntual, sin embargo, esta situación parece mucho más íntima.

Él sonríe, apenas una curva se le forma en sus labios. Es una sonrisa cargada de entendimiento, como si hubiese esperado esa respuesta. Ver ese gesto es suficiente para que algo dentro de mí tiemble.

—Lo sé. Aunque tu cuerpo me grita lo contrario.

«Sí, ese traidor…».

Da un paso más hacia mí, lento y calculado. Noto cómo mis músculos se tensan. No sé cómo actuaría si no respeta mi decisión, ¿lo aceptaría o le pegaría un rodillazo en lo huevos? Debería retroceder. Soy consciente de que estamos sobrepasando una línea demasiado peligrosa. Esto es una estupidez, una locura. Sin embargo, tengo la absurda necesidad de quedarme quieta.

—¡No deberías mirarme así! —acierto a decir, nerviosa, buscando refugio en el enfado.

Es de la manera que mejor me muevo a su alrededor. Si bajo mis barreras, si me rindo al deseo, las consecuencias pueden resultar catastróficas.

—¿Así cómo? —pregunta, inclinándose apenas, lo suficiente para que su aliento roce mi mejilla.

—Como si… —Trago saliva, odiando el temblor en mi voz—. Como si fueras capaz de leerme por dentro.

Porque lleva razón. Mis labios dicen «no» mientras todo mi cuerpo se rebela por caer en picado.

Vladimir suelta una carcajada breve, tan grave que resuena demasiado cerca.

—Tal vez lo hago —responde—. Tal vez tú eres el espejo donde mirarme. —«Cállate y bésame de una maltita vez», tengo la necesidad de gritar. Por suerte, mantengo la boca cerrada y no me pongo en evidencia—. Lo que veo es que, por mucho que lo deseemos, ninguno de los dos estamos preparados.

—¿Y eso por qué? —susurro hipnotizada, resiguiendo el movimiento de sus labios cuando habla.

«¿Qué demonios hago?». He sido yo la que le ha dicho que no podemos. ¿Por qué le pido explicaciones cuando él está de acuerdo?

Loca. Este hombre me va a volver total y absolutamente loca.

—Si lo hago, Bella, si cedemos, sé que, por mi parte, no seré capaz de parar.

¿Habéis sentido en alguna ocasión la necesidad de cometer una locura? ¿Una que sabes que te arrepentirás con todas tus fuerzas? ¿No? Qué suerte la vuestra. Porque yo, lo único que quiero en estos momentos, es lanzarme a sus brazos y dejar que me devore. No quiero pensar en el pasado ni en el futuro, solo centrarme en el presente para que calme el fuego que amenaza con consumirme.

Estoy a un suspiro de chillar un lamento cuando da un paso atrás, y otro, hasta que se termina apartando y dejando una distancia prudencial entre nosotros.

—Cuando cedamos, Isabella, cuando al final estemos preparados, te advierto que será solo el principio —sentencia, y… Se marcha.

Él, muy dueño de su control, coge y se larga cuando yo estaba a un chasquido de rendirme.

Aprovecho su retirada para intentar recomponerme, pero mis dedos siguen aferrados al bisturí, como si se tratase de un ancla que me conecta con la realidad.

Me doy cuenta, con un peso incómodo en el pecho y, por qué no decirlo, un fuerte ardor entre las piernas, que la verdadera batalla no será atrapar al Cuervo de Sangre. Ni siquiera rendir cuentas con Larisa y Valentina. Lo que más difícil me va a resultar es sobrevivir a este hombre que insiste en colarse entre mis grietas y despertar los recuerdos que creía haber enterrado cuando se alejó.

CAPITULO 18

Isabella

—¡Eres una *pincipessa*!

—No, cariño, esa es tu tía Alina.

Me giro con una sonrisa en los labios y le guiño un ojo al pequeño Adriano.

—¡¿De verdad?!

Suelto una carcajada al ver cómo abre tanto sus preciosos ojitos que consigo verle la esclera en su totalidad.

Asiento.

Me recojo el bajo del vestido y me agacho para quedar a su altura.

—Pregúntale a tu tío si quieres. Ya verás qué te dice.

—¡Vale! —exclama encantado, y se da la vuelta rápido para ir en busca de Adriano.

Antes de salir por la puerta, se para, gira la cabeza y me dice:

—Tú también eres una *pincipessa*, igual que mi otra mamá.

Cuando desaparece, permanezco quieta, todavía en cuclillas y con una sonrisa triste en los labios.

Este niño es demasiado listo para lo pequeño que es.

Ha pasado una semana desde que está con nosotros. Siete días en los que ha conseguido conquistar el corazón de todos los que están bajo este mismo techo.

A la cuarta noche de llegar y leerle un cuento antes de irse a dormir, me dejó asombrada cuando dijo:

—Tienes la misma cara, el mismo pelo… —me acarició un mechón con sus deditos—, pero eres *ota* mamá.

Fue tal el impacto que sentí por su confesión que me costó un buen rato encontrar las palabras.

—¿Por qué lo dices?

—La *ota* mamá no me daba *abazos* ni me contaba cuentos —dijo, como si con eso lo explicase todo.

Sentí cómo se me partía el corazón. Y tenía claro que no pensaba agenciarme un título que no me correspondía y mentirle.

—¿Cómo era la vida con mamá?

Me costó mucho formular esa pregunta. Por nada del mundo quería convertir a mi sobrino en una fuente de información, sin embargo, tenía la necesidad de saber si mi hermana era una buena madre.

Él se encogió de hombros y simplemente alegó:

—Me traía *jubetes*.

—Juguetes —le corregí.

—Sí, *jubetes* —repitió, como si lo mío fuese una pregunta y no una corrección.

Sonreí y le revolví el pelo.

—Entonces, ¿jugabais?

—¡No! —Rio con un movimiento de cabeza, como si mi pregunta fuese tonta—. *Jubaba* con *nonna*. —Se puso de rodillas y sostuvo mi cara entre sus manitas—. ¡¿Puede venir aquí *nonna*?! Porfi, porfi, porfi… ¡*Quedo* verla! —Frunció el ceño y añadió—: Pero Livia no. Livia no me gusta.

El gesto asqueado en su rostro lo dejó más que claro.

—¿Livia es la *signora* que estaba contigo cuando llegué?

Movió su cabeza, afirmando.

—Ella no *jueba* conmigo. Solo habla, habla y habla por *tedefono* —me explicó, como si hasta él mismo se cansase de decirlo.

—Se dice ju-e-ga y te-lé-fo-no.

Tras repetirlo varias veces, chocamos las manos cuando por fin pudo pronunciarlas bien.

—¿Sabes por qué mamá te dejaba con ellas? —tanteé.

—*Tabaja* mucho —dijo, como si fuese obvio.

Aunque de obvio no tenía nada.

Valentina, que yo recuerde, no ha dado un palo al agua en su vida. Se denominaba a sí misma «una artista». De joven, le empezó a apasionar el mundo del modelaje. Participó en varias sesiones

fotográficas para campañas publicitarias, pero lo que en realidad hacía era disfrutar de la fortuna que le daban mis padres mientras viajaba de desfile en desfile.

En casa, ese siempre fue un tema de discusión. Cuando alguno le decíamos que debía centrarse, ella desaparecía enfadada una temporada. Para mi madre, sus ausencias suponían un disgusto, y a papá siempre le ha costado negarnos cualquier capricho. Puede que se deba a que se siente culpable por los años que se perdió y lo que tuvimos que vivir al lado de Ángelo de Lucca.

—Entonces, ¿puedo ver a *nonna*? —volvió a preguntar Adriano.

—Veré qué puedo hacer —dije sin comprometerme—. ¿Sabes su nombre?

—*Nonna* —afirmó, y se me escapó la risa.

—¡Eso no es un nombre!

El pequeño hizo una mueca, como si para él sí lo fuese. Lo dejé estar.

Después me puse seria cuando le hice la siguiente pregunta:

—¿Y a mamá?

Adriano frunció el ceño, como si no entendiese lo que le estaba preguntando, así que se lo aclaré:

—¿No quieres ver a mamá, Adri?

Mi hermano tenía razón. Después de unos cuantos días al lado de este niño, había descubierto que, por mucho que odiase a Valentina, no podría hacerle daño, no por ella, evidentemente, por mí como si se pudría en el infierno, sino por el pequeño. Sería una carga con la que no podría vivir.

—Ya veo a mamá —dijo, tocando mi cara.

Cerré los ojos, presa de la tristeza. ¿Qué relación tenía con Valentina para que él no notase la diferencia y solo reconociese a su madre por un rostro?

—Pero sabes que no es lo mismo, ¿verdad?

—¿No quieres ser mi mamá?

Tragué saliva, intentando que no se me quebrara la voz.

—Claro que quiero estar contigo, Adri —susurré, acariciándole la mejilla, sin mencionar el título que no me correspondía apropiarme

—. Pero mamá sigue siendo mamá. Aunque no esté aquí ahora mismo, seguro que te quiere mucho y está deseando volverte a ver.

—Creo que no le gusto mucho.

—¿Por qué lo dices?

Se encogió de hombros. Un movimiento que había notado que era muy propio de él.

—No pasa mucho tiempo conmigo.

—Quizá su trabajo, como dices, la mantenga muy ocupada. —No sé por qué diablos la estaba excusando. No pasar tiempo con tu propio hijo y delegar su crianza en otros no tiene justificación. Puede que lo hiciese por él. Nadie se merece sentirse abandonado, y menos un ángel como él—. ¿Ibas al cole, Adri?

Solo de pensar que lo hubiese mantenido encerrado sin pisar la calle, se me instalaba un deseo asesino de encontrarla y replantearme mi decisión de no acabar con ella.

—¡Claro! Soy mayor. Tengo *cuato* años. —Estiró su espalda.

—Por supuesto que lo eres.

Él ladeó la cabeza, observándome con una mezcla de inocencia y lógica que solo los niños poseen.

—Entonces…, tú podrías ser mi mamá de los cuentos —dijo, como si acabara de resolver un acertijo.

No pude evitar sonreír. Qué manera tan simple y a la vez tan certera de describir lo que sentía por él.

—Eso suena bien —admití, bajando la mirada para ocultar la emoción que me nublaba los ojos—. Puedo ser tu mamá de los cuentos si quieres.

Adriano asintió con una seriedad impropia de sus cuatro años y me abrazó con fuerza, enterrando la cabeza en mi cuello. Sentí su calorcito, su olor a colonia infantil y a las galletas que había comido después de cenar, y juré que nada ni nadie le haría daño si yo podía evitarlo.

El reloj del pasillo marcó las ocho con un suave repique. Afuera, la luz del atardecer se filtraba por la ventana, tiñendo las paredes de un tono dorado que hacía brillar aún más su pelo negro. Pensé en Valentina, en su eterna necesidad de escapar, de brillar a costa de lo

que fuese. Esperaba que hubiese sido capaz de quererlo, aunque fuese a su manera.

Adri se separó apenas lo suficiente para mirarme de nuevo.

—¿Podemos cambiar de cuento? —preguntó con esa esperanza que deshace cualquier coraza.

—Por supuesto —contesté sin dudar—. ¿Cuál te apetece?

En estos días habíamos abastecido al pequeño de todo lo necesario, y de lo innecesario también.

Alina fue la encargada de comprar ropa, enseres y todo tipo de juguetes que un niño de su edad necesita. Supongo que lo tomó como una especie de prácticas para la llegada de su propio bebé.

Adri saltó sobre la cama, feliz, y se acomodó de nuevo bajo las sábanas.

—Hoy quiero que leas el del zorro —pidió bostezando.

Me aclaré la garganta y comencé a leer. Mientras pasaba las páginas, noté cómo sus párpados se volvían pesados. Modulé cada palabra, como si con ellas pudiera coser las grietas que alguien hubiese podido dejar en su gran corazón.

Al terminar el capítulo, ya dormía, con una mano aferrada a mi muñeca, temeroso de que me fuese a marchar en mitad del cuento. Me quedé observándolo un buen rato, preguntándome cuánto tiempo podría mantenerlo a salvo de los peligros que acechaban.

Nacer en el mundo de la mafia hace que tu vida esté marcada para siempre.

Le besé la frente con cuidado y, antes de apagar la luz, susurré:

—Te prometo que tu mamá de los cuentos hará todo lo posible para espantar tus pesadillas.

Salí de la habitación en silencio, con una determinación que no recordaba haber sentido antes. Quizá no podía cambiar lo que Valentina había hecho ni borrar su ausencia, pero sí sabía que mi hermano, mis padres y yo podríamos ofrecerle algo al niño. Una familia donde siempre se sentirá querido.

Después de todo, es un Moretti.

***

—¿Vas a cagar? Porque te recomiendo que por lo menos te remangues el vestido. Sería un desperdicio llenarlo de mierda —escucho que dice Sheila, entrando en el dormitorio.

—¡Tú eres tonta! —exclamo, poniéndome en pie.

—Sí, sí, pero no era yo la que estaba agachada a punto de que le asome la tortuguita.

—La tortug… Bah, déjalo… —Me giro para quedar frente al espejo.

—Vaya, nena… ¡Estás buenísima! No me extraña que Vladimir te evite como la peste, de lo contrario, se lanzaría a por ti y no pararías de practicar cómo se hacen los bebés.

Sé que es un simple comentario, uno de los tantos y disparatados que tiene Sheila al cabo del día, sin embargo, a través del reflejo veo cómo la sangre abandona mi rostro y palidezco.

—Oye, ¿estás bien? —me pregunta Sheila cuando su reflejo aparece por encima de mi hombro—. Era solo una broma —añade, acariciando mi brazo.

Suspiro e imposto una sonrisa para nada creíble.

—Lo sé. No es…

Antes de que la palabra «nada» escape de mis labios, me callo. Estoy cansada de mentir, de ocultarle a los demás cómo me siento en realidad.

Es Sheila. Una persona que nunca ha tenido una familia a la que aferrarse y, aun así, nunca se ha victimizado por ello. Tampoco lo ha hecho tras estar semanas secuestrada, recibiendo vejaciones, agresiones y usada a su antojo por monstruos que, por tener mucho dinero y poder, se creen con el derecho de hacerlo. Una chica que, en seis meses, me ha demostrado su fortaleza y me ha otorgado el mejor regalo que alguien puede recibir: su amistad.

Me doy la vuelta y la observo. La miro como lo que realmente es, una persona en la que confiar.

A lo largo de mi vida no he tenido muchas de esas. Puede que sea por mi carácter arisco o mi fobia social. Creí tenerlo con Valentina, pero por lo visto solo fue algo unidireccional.

—Y-yo… —Se me atragantan las palabras—. Yo no puedo tener hijos, Sheila —le confieso.

Ella se lleva la mano a la boca. Sus ojos azules, por lo general risueños, se vuelven tristes.

—Lo siento. Soy una bocazas.

—No tienes por qué disculparte. No lo sabías.

«Porque tú no has vuelto a hablar del tema con nadie», me amonesta mi voz interior.

—Aun así, no debería haberlo dicho. Sor Victoria siempre decía que debía pensar antes de hablar, que las palabras que soltamos pueden meternos en más problemas que nuestros actos.

—Una mujer lista esa Hermana —le sonrío—, pero no es culpa tuya que me haya afectado lo que has dicho, sino que, sin saberlo, has acertado de lleno.

La veo fruncir sus cejas oscuras, tan diferentes a su color de cabello platino, y reúno el valor de confiar en ella.

—Hace muchos años estuve embarazada y el padre de ese bebé era Vladimir.

Si el tema no fuese tan doloroso para mí, me reiría por la cara de asombro que se le queda a Sheila. Me recuerda a un personaje de Manga con sus ojos medio rasgados abiertos de par en par.

—¡Lo sabía! Sabía que la química y tensión que desprendéis no era casual. —Se me queda mirando unos segundos—. Una pregunta, ¿nos cae mal?

Ahora sí es inevitable que no se me escape una risa. Y qué coño…

—Sí, nos cae mal —declaro sin una pizca de remordimientos.

«Entonces, ¿esto es la amistad? Hacer tuyos los sentimientos ajenos, como si hubieran nacido en tu propio corazón».

—No es que pretenda ser una chismosa… ¡Qué demonios! Pues claro que lo soy. Y no sé…, si te apetece contarme qué ocurrió… —Me divierte ver a Sheila titubear, pocas veces tendré la oportunidad de verla así. Ella suele ser una deslenguada—. También entenderé que no lo hagas… Solo…

—En verdad no me apetece. —Percibo la comprensión en su cara —. Pero quiero hacerlo. Quiero contarte algo de lo que nunca he hablado con nadie más.

—Es todo un honor que me elijas a mí —dice con la voz tomada por la emoción y los ojos húmedos mientras me sostiene de las manos.

—Todavía lo recuerdo todo como si no hubiese pasado el tiempo, aunque a veces desearía que mi mente lo borrara. Apenas tenía dieciocho años cuando Vladimir y yo empezamos a salir.

—¡Lo sabía! Sabía que había pasado algo entre vosotros. Eso se palpa.

—Es que tú eres muy lista, me parece a mí. —Le dedico una mirada cómplice y continúo—: He de decir que cuando lo conocí, también lo odiaba. Aunque, poco a poco, ese desprecio se convirtió en algo más. Primero lo mantuvimos en secreto, era más bien algo carnal, pero cuanto más nos liábamos, más nos enganchábamos el uno del otro.

Mi mente se transporta a aquellos momentos, a cómo Vladimir comenzó a pasar más tiempo en Italia que en Rusia. Cómo por las noches me escapaba de la casa de mis padres y él me esperaba con el motor encendido de su coche.

En cómo las habitaciones de hoteles pasaron a convertirse en nuestro refugio, en nuestra propia pequeña burbuja, alejados de la vida a la que ambos pertenecíamos.

—Ya conoces a mi hermano, Sheila. No se le escapa una —le declaro—. Y en una de nuestras escapadas nos pilló. —La veo volverse a tapar la boca con la mano—. Hasta ese momento no había presenciado el lado oscuro de Adriano, y tampoco el de Vladimir, la verdad.

—Vamos, que se hostiaron…

—A base de bien —concuerdo, recordando aquello—. Siempre había sabido que tentaban el peligro, eran herederos de la mafia, sin embargo, verlos pelear de aquella manera me impactó. En cierto modo, temí que se fuesen a matar. Y lo peor de todo es que descubrí que no sabía con cuál de los dos posicionarme.

—Averiguaste que estabas enamorada. ¡Qué romántico! —suelta soñadora, acto seguido, se endereza y añade categórica—. Pero lo seguimos odiando.

No me puedo resistir y ocurre algo inaudito en mí, me acerco y la envuelvo en un abrazo apretado.

—¡Maldita sea, Shei! No cambies nunca. No permitas que nada ni nadie apague esa luz que desprendes.

Ella se aferra a mí con las mismas ganas. Estoy convencida de que, por mucho que lo intente esconder, también lucha contras sus demonios.

—¿Qué pasó, Bella? No fue un aborto espontáneo, ¿verdad?

Me retiro, solo un poco, sabiendo que ahora viene la parte más difícil de contar.

—Iba caminando despacio, con la mano sobre la barriga. Era algo que hacía constantemente. Estaba ya de cinco meses y empezaba a sentir sus pequeños movimientos. —Trago porque, por extraño que parezca, es una sensación que no he podido olvidar, que atesoro en mis recuerdos—. No vi venir el coche, solo escuché el chirrido, sentí el golpe y después todo fue un vacío. —Siento que una lágrima me resbala por la mejilla y cómo Sheila me la limpia con cariño—. Cuando desperté en el hospital, lo primero que hice fue buscar mi vientre con las manos. A pesar de que permanecía hinchado, ya no estaba igual. Fue el momento más angustioso que he vivido jamás. Nadie tuvo que contarme qué había pasado, yo lo supe. Me sentí vacía, tan vacía que, si hubiese muerto en aquel momento, no me hubiese importado.

—Dios, Isabella… Lo siento tanto —se lamenta, acariciándome el pelo y limpiando la humedad de mi cara.

—Cuando vino el médico y se sentó a mi lado, su voz era suave, pero cada palabra las sentía como piedras. Me explicó que el impacto había sido demasiado fuerte, que había perdido mucha sangre. Tuvieron que operarme de urgencia. Intentaron salvar lo que pudieron, pero me dijeron que mis trompas de Falopio estaban destrozadas, que tuvieron que quitarlas para que yo siguiera con vida.

En este punto, Sheila se une a mi pena al derramar sus propias lágrimas.

—No solo perdí a mi bebé ese día, también perdí la posibilidad de volver a ser madre. Sentí que todo mi futuro se había quedado

en esa calle, entre el asfalto y el maldito cabrón que me atropelló y se dio a la fuga.

—¿No te auxilió? —pregunta entre espantada y llena de rabia.

Niego.

—Fueron los demás transeúntes quienes llamaron a la ambulancia —le hago saber.

—¿Qué ocurrió con Vladimir?

—Se presentó en el hospital al cabo de los días. Yo estaba destrozada, no quería ver a nadie ni hablar con nadie. Y mucho menos estaba preparada para enfrentarme a él. ¿Cómo lo miraba a la cara y le decía que no había sabido proteger a su hijo?

—¡No fue tu culpa! —exclama indignada.

—Lo sé. Ahora lo sé, pero en aquel momento era lo que realmente sentía —confieso—. El atropello no solo me dejó secuelas físicas, Sheila, también dejó destrozada mi salud mental.

—Entonces lo apartaste y no le sentó bien.

—Quizá más bien fue una liberación para él. A la semana, cuando recapacité de mi error de alejarlo, descubrí que se había prometido con Larisa —digo, formando una mueca en mis labios.

—¡Será cabrón! —Se levanta Sheila como un resorte—. Me lo cargo. Ni Bratva ni *pakhan* ni leches en vinagre… —suelta en su acento malagueño y que tanto me gusta oír—. Te cambió a ti, un filete *gourmet*, por… por ese trozo de chóped.

—Uhm… ¿Soy un filete *gourmet*? —cuestiono, intentando apartar los malos recuerdos.

—Déjate de rollos, Moretti. Sabes que sí. —Se pasea cabreada—. No hay más que verte. —Me señala—. ¿Y no le sacaste los ojos?

—¿A quién?

—¿Pues a quién va a ser? ¡A los dos!

Me río porque verla tan irritada, por muy mal que suene, me hace sentir querida.

—Ella, al fin y al cabo, no tenía la culpa. Aunque lo cierto es que, a pesar de que no hemos tenido trato, siempre que hemos coincidido en fiestas de La Sociedad de las Máscaras, ha saltado a mi yugular.

—Larisa es una zorra, te lo digo yo. Le ha hecho la vida imposible a Alina. Ojalá encuentre una muerte lenta y dolorosa. No se merece menos —reconoce—. Y Vladimir… —Aprieta los puños—. Joder… Y pensar que sentía por él un amor platónico —murmura más para ella que para compartirlo conmigo—. Pero tranquila, Isabella, estoy en tu equipo. Esa escoria de ruso va a saber lo que es capaz un frente unido.

—Es agua pasada, Shei —digo. Me pongo en pie y me aliso el vestido—. Tú no tienes que hacer nada.

—¡Joder que no! Qué suerte que hoy sea su pareja en la fiesta —comenta con una mirada cargada de maldad—. Verás el infierno que le voy a hacer pasar.

—Respecto a eso, no creo que…

—¡Para! Voy a ir, Isabella. Ya lo hemos hablado. Alina no puede, y por nada del mundo, menos ahora, te dejaré al lado de ese *pakhan* de pacotilla.

—Sabes que voy con Adriano, ¿verdad? No es como si fuese sola con Vladimir.

—Bah, Adriano es otro capo de pacotilla —descarta—. Debes llevar a una verdadera mente pensante a tu lado. Nunca se debe subestimar a una mujer, y menos cuando va a luchar por los que quiere con uñas y dientes.

Descubro que Sheila es alguien muy importante para mí cuando sus palabras me enternecen, a mí, que me cuesta registrar muchas veces las emociones.

—¿Sabes qué, Sheila? A veces me he preguntado si alguna vez podré mirar atrás sin que todo aquello duela tanto, pero al haber confiado en ti, quizá pueda aprender a aceptarlo. Y ahora, querida Geisha, vayamos a enfrentarnos a un puñado de mafiosos —le digo, ofreciéndole mi mano.

CAPITULO 19

Vladimir

He intentado guardar la compostura, pero al tercer pisotón entiendo que es intencionado.

—¿Te pasa algo conmigo, Sheila? —le pregunto entre dientes mientras nos vamos acercando a los invitados para darles la bienvenida.

La máscara de raso negro me molesta en el rostro. Solo deseo arrancármela o mandar a tomar por culo a todo el mundo. No puedo quitarme de encima la sensación de que algo malo va a suceder esta noche.

—No sé de qué me hablas… ¿Acaso debería pasarme algo? —cuestiona ella de vuelta. Y por la mirada que me lanza a través de su antifaz tan blanco como su pelo, sé que está cabreada y yo soy su problema.

—Dímelo tú —murmuro, asintiendo a un jefe de la mafia vietnamita que pasa por mi lado—. En el rato que llevamos aquí, me has regalado tres pisotones y una patada mal disimulada en la espinilla, por no hablar de los pellizcos que he recibido en el antebrazo.

Nos quedamos quietos, recojo un par de copas de champán de la bandeja de uno de los camareros que circulan por la sala principal del Mystral y le ofrezco una a Sheila.

—Meras caricias bien merecidas —susurra antes de dar un sorbo.

—¿Qué diablos te pasa?

Por mucho que Sheila sea la mejor amiga de Alina, nunca nos ha unido una estrecha relación. Siempre he opinado que es demasiado irresponsable, pero Alina la ha defendido con uñas y dientes, tanto que incluso recorrió el infierno por encontrarla cuando desapareció.

En verdad, eso hizo que comenzase a sentir cierto aprecio por ella. Por eso me extraña que, ahora que soy más tolerante a su alrededor, ella no pare de apretarme las tuercas.

Alzo las cejas, esperando a que continúe con su explicación, pero nos vemos interrumpidos.

—*Konbanwa*[2].

—Vaya, el perro de Takana. —Sonrío cínico—. ¿Tan desagradable ha sido la invitación para tu amo que te ha mandado a ti?

—Deberías ser más educado con tus invitados, Pavlov, tus palabras podrían ser tomadas como una afrenta. Y por lo que se comenta, no estás en posición de acumular más enemigos —suelta Takeshi, intentando despertar alguna emoción en mí.

—Ambos sabemos que no debes fiarte de lo que oyes.

—Será cosa de las malas lenguas, entonces. —Sonríe—. ¿No me vas a presentar a tu nueva acompañante? —me cuestiona, centrándose en Sheila. No puedo evitar tensarme.

Lo conozco.

Sé lo hábil que puede llegar a ser jugando con la mente de las personas. Kuni Takeshi es la mano ejecutora de Takana Haito, jefe de la Yakuza. Se dice que, para sus tan solo treinta y dos años, ha dejado más cadáveres a su paso que algunas mafias completas.

—Cuidado, Kuni —pronuncio su apellido en tono amenazante—. Recuerda dónde estás. No me gustaría tener que romper la regla de alianza que existe en estas fiestas.

Takeshi alza las manos en un gesto conciliador que, viniendo de él, nadie se cree. Cuando vuelve a posar su mirada en Sheila, entrecierra sus ojos plateados y rasgados y la escruta con detenimiento.

—Kuni Takeshi. —Le hace el típico saludo japonés: junta sus piernas e inclina la cintura—. ¿Nos conocemos?

Estoy por darle la espalda y alejarnos de él. Si no lo hago es por no crear más mal rollo con la Yakuza. Takana no está contento con que yo sea el nuevo *pakhan* de la Bratva; él, al igual que la mayoría de los *vorys*, es de la vieja escuela y tiene pensamientos arcaicos.

—Créeme que, si lo hiciésemos, te acordarías —suelta con desaire la amiga loca de mi hermana.

Estoy seguro de que no le hablaría con esa altivez si supiese el tipo de persona que tiene ante ella.

Maldigo al ver cómo Takeshi sonríe de medio lado.

—No lo pongo en duda. Será que me ha recordado a alguien, señorita…

Noto como mi pareja de esta noche se envara a mi lado e inconscientemente se pega más a mi cuerpo, acción que no pasa desapercibida para el nipón, que consigue que su sonrisa se ensanche.

—Ella es Sheila García, amiga de la familia Pavlov —intervengo para presentarla y que entienda que es mejor mantenerse alejado de ella.

—Sheila… —repite con una caída pronunciada en su acento, de un tono agudo a uno más grave.

No me agrada que la rubia haya captado su atención. Y por cómo la observa tras su máscara con forma de tigre, parece receloso a la par que fascinado, sobre todo, cuando Sheila apoya su mano en mi pecho en un gesto de familiaridad que jamás hemos tenido.

—Si me disculpan, seguiré confraternizando con los demás asistentes. —Hace un barrido del local con su astuta mirada y añade, ejecutando de nuevo una reverencia—: Espero que nos veamos más tarde en un lugar más íntimo, Sheila…

—Espera sentado, Doraemon.

La mato. O quizá no haga falta y sea Kuni quien haga el trabajo.

Me preparo para lo peor al ver como a él le vibra la mirada, convirtiéndola en un río de mercurio, ante la desfachatez que acaba de oír.

—Soy un hombre paciente. No me importará permanecer sentado si al final de la noche es a ti a quien tengo sobre mi regazo.

Tras decir esto último, se gira y se mezcla entre los invitados.

Escucho un sonido ahogado a mi izquierda y me fijo en cómo la loca del demonio da un paso hacia delante dispuesta a enfrentarse, ella sola, a uno de los asesinos más crueles dentro de la mafia.

—¿Dónde crees que vas? —La sostengo del brazo antes de que genere más problemas de los que tenemos entre manos.

—¡¿Lo has oído?! Japo engreído…

—¡Lo has llamado Doraemon, Sheila! —exclamo por lo bajo, poniéndonos en marcha y alejándola de su objetivo—. ¡Es un puto asesino, joder! Da gracias a que no te ha hecho desaparecer con un simple chasqueo de dedos —escenifico frente a su cara.

—Me toca el coñ…

—Baja la voz, *sumasshedshiy ot d'yavola*.

—¡Loca del demonio será tu madre! —Sabía que no era buena idea que Sheila viniese. No se puede encerrar a un dragón en una caja de música—. ¿Y tú? Se supone que soy tu pareja y ni te has inmutado mientras otro me follaba con la mirada.

—No me toques los huevos, Sheila. No me apetece aguantar tus dramas. —Me sostengo el puente de la nariz, hastiado.

—Oh, claro. El *pakhan* huye. ¿Eso es lo que le dijiste a Isabella en su peor momento? —Mi humor cambia al escucharla—. No, claro que no. Preferiste desaparecer para esquivar cualquier tipo de drama, ¿no?

Doy un paso en su dirección, invadiendo su espacio personal.

—No tienes ni puta idea de lo que realmente ocurrió, así que te recomiendo que cierres la boca.

—¿O qué, Vladimir? —cuestiona envalentonada—. Yo no soy Alina, yo nunca te he tenido miedo. Me da igual lo que me suceda, para mí eres escoria —me espeta a la cara.

—Por mucho menos he estrangulado a personas —le advierto.

—Atrévete si quieres…

—Me importa una mierda que seas la mejor amiga de mi hermana, si vuel…

—Menos de una hora y ya has conseguido sacar de quicio a tu pareja. Todo un récord, Pavlov.

Me giro y me encuentro con Adriano, que nos observa a Sheila y a mí divertido. Sin embargo, mis ojos no están en él, sino en una despampanante Isabella a su lado.

Ha venido arreglada para torturarme.

Lleva un vestido blanco estilo romano, el cual se amolda a su figura, marcando sus espectaculares curvas. Se sostiene por uno de sus hombros, dejando al aire el otro para mostrar su piel aterciopelada. En el pelo, medio recogido, porta una corona de laurel, dándole el aspecto de una reina. Sabe perfectamente el efecto que causa. Lo muestra en la mirada astuta que se aprecia tras su antifaz nacarado.

El murmullo general se atenúa cuando Isabella cruza la sala como si todo el lugar se inclinara hacia ella, como si el Mystral entero contuviera el aliento solo para admirarla. Cada paso suyo es calculado, pausado, como el de alguien que conoce el poder que ejerce sin necesidad de pronunciar palabra.

Y, maldita sea, yo no puedo apartar la mirada.

—Veo que alguien acaba de ver a su fantasma favorito —murmura Sheila con una risita amarga, echando sal a la herida.

—Cállate —mascullo entre dientes, incapaz de fingir indiferencia.

—¿Ha llegado Vince?

Eso es lo primero que sale de esa boca hecha para pecar. Y me jode. Me molesta más que cualquier otra cosa, que mientras yo solo deseo arrancarle el vestido y dejar grabadas mis huellas en su piel, ella se muestre tan indiferente y de sus labios salga el nombre de otro hombre.

—No —suelto el adverbio más brusco de lo habitual.

—¿Creéis que aparecerá? —vuelve a cuestionar, y con un movimiento elegante intercepta una copa de champán.

—Lo que yo creo es que este plan es una puta mierda —espeto cabreado, tirando de los puños de mi camisa.

Desde el principio no estuve de acuerdo. Sigo pensando que tiene lagunas por todas partes. Si yo fuese ese tal Vince, no sería tan estúpido de acudir a la invitación de La Sociedad de las Máscaras sin antes haber investigado sobre el tema.

—Me encanta tu optimismo, cuñado.

—Vete a tomar por culo. —Le lanzo una mirada dura a Adriano.

Noto cómo sus ojos se vuelve burlones.

—¿Dónde está Yuri? —pregunta de vuelta.

«Me la suda dónde esté el *micromachine*», me dan ganas de soltar, agobiado con toda esta situación.

Lo único que quiero en estos momentos es largarme de aquí y llevarme a Isabella conmigo. No soporto que sea el señuelo, sobre todo, cuando tengo un mal presentimiento con toda esta situación.

—Está haciendo de anfitrión perfecto, no como otros —deja caer Sheila, observándome de soslayo.

—Tampoco te he visto a ti muy predispuesta en hacer nuevas amistades.

—¡Ese japo ha sido un insolente! —se defiende ella.

Adriano nos observa, cuestionando nuestra interacción.

—Kuni Takeshi está aquí —le aclaro.

—¿Ha venido Takana? —Niego—. ¡Mierda!

«Exacto».

Que el jefe de la Yakuza no haya acudido, y envíe en su lugar a su asesino más leal, me confirma que no confía en mi posición como nuevo *pakhan*.

—Deberías mandar a Dimitri a hablar con él —me sugiere.

—Métete en tus asuntos, Moretti.

—Alina es vuestra Matrioska, por lo que comprenderás, es asunto mío —alega, desapareciendo cualquier rastro de diversión en su tono—. Tanto tú como yo sabemos que el que Takana no te reconozca como *pakhan* es un problema.

«Lo sé, maldita sea», pienso, acumulando más dolores de cabeza.

—¿Quién es ese tal Takana? —pregunta Sheila, interesada.

—El jefe de tu amigo —mascullo.

—Sheila… No.

Observo la preocupación grabada en la cara de Isabella y cómo la rubia platino le rehúye la mirada. Me fastidia no saber qué esconden esos gestos, pero lo dejo pasar cuando de lejos veo aparecer a Dimitri seguido de otro de mis asuntos por resolver, los *vory v zakone* al completo.

—*Pakhan* —me saluda Dimitri con respeto—. Un placer acompañarte en este nuevo proyecto.

Asiento, agradeciendo sus palabras. No obstante, el saludo se me agria cuando veo aparecer a mi suegro.

—Iván, te veo… recuperado —lo saludo, recordando que durante mi última visita no quedó en las mejores condiciones.

—Lo estoy —afirma y, apretando la mandíbula, añade—: Gracias por la invitación.

Saludo al resto de *vorys*, a cuál con más cara de desagrado que el anterior. Les jode que invierta mi dinero en negocios fuera de su preciada Rusia.

Lo que no espero y me pilla desprevenido es cuando Nadia, la hermana pequeña de Larisa, se acerca sinuosa.

—Como siempre, es un placer vernos de nuevo, cuñado —murmura lo bastante alto para que los presentes se enteren.

Si con sus palabras no hubiese dejado claro que nuestro trato va más allá que de simples parientes, sus actos lo confirman.

Arrastra sus uñas pintadas de rojo por mi pecho y deposita un beso, cargado de dobles intenciones; siento su lengua recorrer el borde de mis labios.

Suena un resoplido a unos pasos de mí y, acto seguido, escucho a Isabella murmurar:

—Me largo.

«Mierda», blasfemo, apartando a Nadia mientras le dedico una mirada reprobatoria.

Iván agarra a su hija y le dice algo al oído. Esta, molesta, se gira y desaparece.

Mejor. Que hayamos follado en alguna ocasión en estos años no le da derecho a aparecer y querer marcar territorio. Ya tuve suficiente con una Ramminov loca por esposa, no necesito una versión rejuvenecida de Larisa pululando a mi alrededor.

—Espera, Bella, te acompaño —comenta Sheila, yendo tras la dueña de mis desvelos. Cuando pasa por mi lado, me llevo uno de sus preciados pisotones, que consigue machacarme el dedo meñique del pie—. Cretino.

Puede que, después de todo, Sheila lleve razón. Porque cuando observo a Isabella alejarse, tras presenciar cómo Nadia me ha besado, es justo como me siento.

Dicen que los errores del pasado afectan a nuestro presente y ponen en serio peligro nuestro futuro, dejan huella en nuestra memoria, moldean nuestras decisiones y, a veces, determinan cómo enfrentamos a las nuevas oportunidades.

Y yo, en estos momentos, las tengo más que jodidas.

CAPITULO 20

Vince

Desde el interior del vehículo, observo el trasiego en la entrada del club llamado Mystral.

El barrio de Trastévere se ha engalanado esta noche para recibir a la *crème* de la *crème* de la mafia mundial. Los callejones adoquinados, normalmente húmedos y oscuros, brillan ahora bajo la luz dorada de las farolas antiguas y las limusinas negras se alinean una tras otra como buitres acechando. La brisa nocturna trae consigo el olor mezclado de vino caro, perfume importado y muerte.

Sería una oportunidad única para unirme a ellos, a los hombres que dirigen imperios desde las sombras, para ocupar de nuevo el lugar que tanto me costó conseguir como líder de la Camorra napolitana.

Pero no he llegado hasta aquí siendo un ingenuo. La única vez que bajé la guardia, terminé pagando con cuatro años de encierro entre muros húmedos y sentencias de muerte escondidas en el pan.

Cuatro años.

Noventa y seis malditos meses en los que cada noche repetía el mismo recuerdo como una plegaria invertida. Su rostro, sus ojos llenos de mentiras disfrazadas de amor. Mi Bella Donna. Mi perdición. Mi traición.

Aprieto los puños sobre las rodillas, la piel de los nudillos tensándose hasta ponerse blanca. La fiesta de La Sociedad de las Máscaras no solo es mi regreso oficial al tablero, es también el escenario perfecto para empezar a ajustar cuentas.

—Jefe —murmura Viatore desde el asiento delantero, girando apenas el rostro—. ¿Quiere que dé la orden?

—Aún no —respondo sin apartar la mirada de la entrada—. Que esperen. Quiero observar primero.

El Mystral es un club exclusivo, pero hoy ha sido transformado en un escenario cargado de peligro. Cada invitado lleva una máscara distinta; un símbolo, un escudo, una amenaza velada. Aquí nadie es del todo amigo. Y todos, sin excepción, tienen sangre en las manos.

Lo que no esperan es que yo tengo a mis propios polizones caminando entre ellos. Nadie resulta leal si se le ofrece la cantidad exacta de dinero.

El poder es un vicio que adormece la memoria y distorsiona las jerarquías. Quien lo posee, olvida con facilidad que no todos fueron invitados al banquete. Y los que se quedaron con las sobras, tarde o temprano, desarrollan hambre. Hambre y rencor. Una mezcla deliciosa que, bien alimentada, se convierte en traición.

—¡Ahí está! —exclama la mujer sentada a mi lado, señalando hacia el local. La mujer que acudió hace unos días a mí con información interesante—. Es ella.

No hace falta que me la señale. En el instante que baja del coche, mis ojos se adhieren a su figura como si el mundo entero se hubiese desvanecido en una única imagen.

La reconozco al instante. Su elegancia es innata, insolente. la misma que una vez me cegó, pero hay algo nuevo en su porte esta noche. Se trata de la seguridad que nunca antes mostró. Una arrogancia casi palpable que estaré más que dispuesto a arrebatarle a base de golpes con mi cinturón.

Eso me enciende una chispa que había permanecido dormida. Una violencia que ruge con fuerza para despertar.

Como si intuyese mi presencia, se queda parada unos segundos y mira a su alrededor. Sus movimientos son calculados, pero sé leer más allá de la superficie. Hay tensión bajo esa piel perfecta. El instinto animal no miente, en el fondo, sabe que algo la acecha.

Tantos años emulando su recuerdo no le hacen justicia a su belleza actual. El tiempo no la marchitó, la ha refinado, como el veneno que se destila gota a gota hasta volverse mortal.

Mis labios se curvan apenas en una sonrisa torcida.

No por ternura, sino por el gusto anticipado de verla caer.

El sonido amortiguado de la música dentro del club se filtra por las puertas dobles como un murmullo oscuro que acompaña mis pensamientos.

Mi mente repasa, una por una, las piezas que he dispuesto para esta noche. Camareros comprados, puertas traseras sin vigilancia, rutas de escape falsas, pasillos que conducen a trampas. Cada movimiento medido, cada una colocada en el lugar correcto.

Esta velada no será recordada por los pactos ni por las máscaras, lo será por el momento en que comprendan que nunca se puede cazar a un cuervo, ya que vuela más rápido que ellos.

—Viatore —le digo con calma, sin apartar los ojos de la entrada —. Avisa a los camareros para que se preparen.

«Es hora de recordarles quién es *Il Corvo di Sangue*».

CAPITULO 21

Isabella

—¿Estás bien? —pregunta Sheila, viniendo tras de mí.

«No», pienso, buscando como una desquiciada una barra para que me sirvan algo más fuerte que ese carísimo, a la par que insípido, champán.

—Perfectamente —contesto en su lugar.

—Bella… ¡Isabella! —Me desentiendo de lo que tenga que decir, dejándola unos pasos por detrás—. ¿Quieres parar? Al final conseguirás que me parta la crisma por culpa de estos altísimos tacones.

Bufo y accedo a su petición.

—¿Qué? —la enfrento.

Lo que menos necesito en estos momentos es que alguien termine con los huesos rotos.

—Es un idiota.

—Lo sé.

Me cruzo de brazos.

Sheila me observa y ladea la cabeza.

—Es lógico que te haya jodido ver cómo otra lo besaba. Os une un pasado.

—No me psicoanalices.

Me pongo a la defensiva. No me gustaría tener que arrepentirme de haber confiado en ella, pero si lo va a utilizar en mi contra, lo haré.

—Si te sirve de consuelo, él la ha apartado en cuanto ha sido consciente de lo que estaba sucediendo.

—No necesito consuelo. Me da exactamente igual. —Me doy la vuelta y deshecho la simple idea de que me afecte—. ¿Y dónde

demonios está la barra en este maldito lugar?

«Oh, ahí está», la vislumbro al fondo y me encamino con un claro objetivo: beber hasta aplacar el fuego que me quema por dentro.

No me ha dolido ver cómo una versión más joven de Larisa le comía la boca con puro descaro. ¿Por qué debería de dolerme? «Porque, desde que os volvisteis a liar, no eres capaz de sacarlo de tu cabeza», me responde una irritante voz interior.

Alcohol. Eso es justo lo que necesito para matar cualquier tipo de pensamiento intrusivo.

—Aquí está mi Moretti favorita.

Veo a Yuri, que viene hacia mí arrastrando su silla. Cuando llega hasta donde me encuentro, lo esquivo, paso por su lado y lo ignoro.

—Discúlpala, Yuri —escucho decir a Sheila—. Hoy no tiene el chichi para farolillos.

«Qué burra es…».

Pongo los ojos en blanco. Me reiría de su ordinariez si no tuviese la imperiosa necesidad de recurrir a Simone y ponerme a rebanar cuellos. No es mala idea. Quizá lo haga y comience por cierto ruso rubio de ojos azules e insolente que, con su sola presencia, me convierte en una desquiciada.

Me apoyo en la barra como si se tratase de un bote salvavidas.

—Un *whisky* doble —demando al camarero.

—No le hagas caso. Échale dos dedillos como mucho, guapo —rectifica ella por mí—. ¿Por qué todos en este lugar están buenísimos? —pregunta, dándole un repaso de arriba abajo al camarero.

—Me caes fatal.

—Yo también te quiero, perra del infierno. —Y tiene el descaro de sonreír—. Si quieres, podemos criticarlo juntas.

—¿A quién, al camarero macizo?

—No. A ese lo lamería hasta que le borrase todos los lunares —comenta, y le dedica al susodicho una caída de pestañas—. Hablo de Voldemort.

—¿Te han dicho alguna vez que eres demasiado molesta?

—Constantemente —suspira teatral—. Es un don que me ha costado perfeccionar. —Se toquetea coqueta su máscara.

«Puñetera rubia…».

Cómo me molesta que, incluso cabreada como estoy, consiga sacarme una sonrisa.

El camarero llega con mi bebida y, al ser un mísero sorbito, me la bebo de un trago.

Toso al sentir la quemazón arrastrándose por mi garganta.

—¿Y qué me dices de ti? —La señalo con el vaso.

Noto que al hablar me raspan las cuerdas vocales, por lo que pido un botellín de agua.

—¿Yo qué?

—Ah, claro. Cuando la inquisición llama a tu puerta no interesa, ¿verdad?

Me observa y su rostro se vuelve serio.

—Entiéndelo. Ese hombre es el único que puede facilitarme algún tipo de información respecto a mi madre. —Me suplica con la mirada.

—Acercarte a Takana es peligroso, Sheila. —Bajo la voz—. Has conocido a su ejecutor. —Siento un escalofrío al pensar en Kuni Takeshi.

Por muy desligada que haya pretendido estar de los asuntos de la mafia, hasta yo soy conocedora de las atrocidades que ha cometido ese hombre.

—No me da miedo. Ni él ni veinte como él. —Alza la barbilla, obstinada.

—Pues deberías. Ten cuidado, Shei. He escuchado hablar de él y las cosas que hace… —Niego—. Es mejor que ni se reproduzcan en tus peores pesadillas.

—¿Tan malo es? —cuestiona.

Asiento mientras sorbo un trago de agua.

—La Yakuza no es una mafia como las occidentales, Sheila —murmuro, evitando oídos indiscretos—. Ellos se rigen por otros códigos basados en una estructura jerárquica demasiado rígida para la época en la que vivimos. Tienen rituales de lealtad y un sentido del honor muy particular —le cuento—. Además, siguen normas

internas conocidas como *ninkyō dō*: «camino del caballero». Enfatizan la disciplina, el respeto a la jerarquía y la protección del grupo. Si ofendes a uno de los suyos, estás muerta.

A pesar de la tenue iluminación, veo cómo le brillan los ojos. Me temo que, en vez de disuadirla, estoy alimentando su curiosidad.

—Lo digo en serio, Shei, aléjate de esa familia.

Ella cierra los ojos y sé que cualquier cosa que le diga es una batalla perdida.

—No puedo —susurra compungida.

—¡Niñata obstinada! —la reprendo—. ¿No recuerdas lo que te sucedió la última vez que quisiste seguir una pista de tu pasado? ¡Te secuestraron, joder!

Miro a mi alrededor, esperando que nadie nos esté escuchando.

—Pero sobreviví. Eso debe ser algún tipo de señal, ¿no crees?

Maldita sea, es como chocar contra un muro de cemento.

—Lo que yo veo es que la vida te brindó una segunda oportunidad. Si sigues aferrada a esa obsesión, puede que la siguiente vez que busques respuestas no tengas tanta suerte.

Durante estos últimos meses he tenido la oportunidad de conocer bastante bien a Sheila, y si algo tengo claro es que, cuando se le mete una idea en la cabeza, no hay fuerza humana capaz de detenerla. Es como un sabueso tras un rastro, y no descansará hasta desentrañar cada detalle, aunque hacia donde la dirija no sea agradable.

Esa determinación a veces roza la terquedad, pero, siendo sincera, no puedo reprochárselo. Al fin y al cabo, yo no soy justo un ejemplo de flexibilidad. En eso somos almas gemelas.

La siguiente media hora la dedicamos a recorrer el club con calma. Aunque he estado aquí hará poco más de una semana, mi visita anterior se limitó al despacho de Vladimir, así que esta vez lo observo con otros ojos. Por mucho que me cueste reconocerlo, me sorprende gratamente el resultado. El lugar desprende una mezcla envolvente de intimidad y expectación, como si cada rincón guardara un secreto dispuesto a revelarse solo a quienes sepan con qué tipo de mentalidad mirar.

La iluminación es tenue, los detalles cuidados y la distribución de los espacios logran crear un ambiente perfecto para un club de prácticas BDSM. Elegante, sin perder el toque provocador; sugerente, sin resultar vulgar. Se nota que detrás de cada elemento hay una intención clara, casi emocional, de provocar sensaciones y despertar la curiosidad.

—¿Tú has practicado la dominación y sumisión en el sexo? —cuestiona Sheila.

No encontramos observando, desde un rincón, cómo una chica le realiza una felación a un hombre mientras otro la embiste por detrás.

—¿Qué pasa, Shei…? —Empujo su hombro con el mío de forma juguetona—. ¿Tienes ganas de que te toquen la pandereta?

Doy un azote al aire y suelto un «zas» por la boca. Alargo la onomatopeya para darle más dramatismo a la acción.

—¿Quién sabe? Sería cuestión de probar. La última vez que me sodomizaron fue en contra de mi voluntad —comenta distraída, aunque sé que es solo una fachada. Se me despierta el instinto asesino, deseando encontrar uno por uno a quienes le hicieron daño cuando se la llevaron. Simone disfrutaría ejerciendo justicia—. Y deja de hacer lo que siempre haces, no esquives el asunto. ¿Tú lo has practicado?

Cabeceo, intentando aplacar los pensamientos que se me reproducen en mi cabeza de cómo vengaría a Sheila por lo que pasó. Lleva razón. Soy de las que prefieren desviar el foco de atención en otra dirección.

—Me apasionaba… —confieso con cierto deje de melancolía.

—¿En pasado?

Asiento.

—Para otras personas no lo sé, pero para llevar a cabo este tipo de práctica yo necesito tener cierta complicidad y sentimientos hacia la otra persona.

—¿Fue con Vladimir? —pregunta con tiento.

—Sí.

De qué sirve negarlo. Ya le he contado mi peor momento.

—Por favor, dime que tú eras la dominante y conseguiste ponerlo de rodillas —suplica, juntando sus manos, como si se pusiese a rezar un Padre Nuestro.

Me tapo la boca cuando se me escapa una carcajada.

—Siento defraudarte, pero no —niego divertida—. Conoces a Vladimir. Dudo que no haya una parte dominante en él.

—Cierto. El ruso es un hijo de puta controlador —masculla—. Que se lo digan a Alina, si no.

Giro con lentitud la copa entre mis dedos, viendo cómo el vino tinto que me he pedido hace un rato se desliza por el cristal como una caricia lenta. La luz del club se refleja en la superficie, tiñendo de rojo los bordes. A mi lado, Sheila me observa con esos ojos enormes, ávidos de curiosidad. Conozco a la perfección esa mirada, yo también la tuve alguna vez.

—La sumisión no es lo que la mayoría imagina —digo con la voz tranquila, casi suave, aunque dentro de mí se agita una verdad que pocos comprenden—. No se trata de obedecer sin pensar ni de arrodillarte como si no tuvieras ni voz ni voto.

Observo cómo se arrima más a mí, fascinada. El murmullo del club nos envuelve como un manto discreto. La música suave, las conversaciones murmuradas y los jadeos flotando en el aire crean un clima seductor.

—¿De qué se trata entonces? —pregunta en un susurro, como si lo que hablásemos fuese pecado.

A veces se me olvida que Sheila es demasiado joven y se crio rodeada de monjas.

Sonrío. No es un gesto burlón, sino más bien de reconocimiento.

—Se trata de confianza —respondo sin dudar—. De ceder el control por un instante. No porque seas débil, sino porque sabes exactamente a quién se lo entregas y por qué.

Apoyo la mano en su espalda para que me acompañe. Recorremos distintas salas abiertas y es imposible no notar cómo el ambiente está cargado de una electricidad invisible.

—En este mundo nada se deja al azar —continúo para que se fije en las prácticas. Quiero que entienda que nada tiene que ver a cómo la trataron a ella—. Antes de cualquier sesión se habla, se

pacta, se trazan límites y se eligen palabras de seguridad. Si digo «rojo», por ejemplo, todo se detiene. Sin discusión —le aclaro.

»El BDSM no es caos, es organizado. *Bondage*, dominación, disciplina, sadismo, masoquismo… —enumero despacio, observando cómo cada palabra despierta algo en sus ojos—. No es violencia, Sheila —enfatizo con un nudo en la garganta—. Es poder cuidadosamente construido.

—Pero, ¿el dominante no es quien manda? —pregunta, genuinamente confundida.

Niego.

—No —respondo, dejando que la palabra caiga entre nosotras con contundencia a la par que suave—. El verdadero poder lo tiene quien se somete.

La veo fruncir el ceño, intrigada. Me encanta ese momento en que la idea empieza a girar en su cabeza, rompiendo viejos prejuicios.

—Los sumisos somos los que decidimos hasta dónde, cuándo y cómo llegar. Nosotros fijamos los límites y con una sola palabra podemos detenerlo todo. Los dominantes actúan dentro de ese marco. Así que dime… —inclino la cabeza, bajando la voz—, ¿quién crees que tiene realmente el control?

Observo cómo se estremece. No por miedo, sino por la comprensión súbita de que rendirse, en estas circunstancias, puede ser la forma más poderosa de dominar.

—No es una rendición ciega —añado—. Es una entrega consciente. Y cuando confías así, cuando sueltas el control sabiendo que estás segura… —Cabeceo—. El placer se vuelve algo que no se puede explicar con palabras. Es intenso, crudo, tan íntimo que hace que todas las experiencias anteriores carezcan de sentido.

A nuestro alrededor, la fiesta sigue su curso, evidenciando que quien se está sometiendo tiene el poder de elegir cómo rendirse y a quién.

—¿Cómo descubriste que podías confiar en Vladimir y cederle el control?

Medito mi respuesta, o quizá la sé con seguridad y lo que me cueste sea reconocerlo. Al final, claudico. Si hoy es el día de las

confesiones, por qué guardarme algo.

—Me enamoré —confieso, sintiendo cómo me duele el corazón al decirlo en voz alta—. Realmente no me rendí a las primeras de cambio —le revelo—. Siempre he sido una persona con un fuerte carácter. Nunca en mi vida hubiese imaginado que cedería el control en cualquier aspecto de mi vida —reconozco. Tras ver a mi madre sometida a Ángelo de Luca, ni se me hubiese pasado por la cabeza —. Pero Vladimir supo ver que el peso que cargaba me asfixiaba y me hacía más irascible. Cuando consiguió que me rindiese a él por propia voluntad, descubrí lo que es sentir la libertad. No como algo físico, sino más bien metafórico.

—¿Has vuelto a compartir algo así con alguien después de él?

Y ahí está la pregunta del millón.

—No —declaro con cierta añoranza y amargura—. Después de estar con él, no me he sentido así jamás.

Observo a Sheila abrir los labios, pero lo que quiera que fuese a decir queda aplazado al escuchar cómo nos llega alboroto de la zona principal del club.

Mi cuerpo entra en alerta de forma inconsciente y mi mano va directa a la ranura de mi vestido para sacar a Simone.

Echamos a andar con premura. Al llegar al lugar de donde proviene el bullicio, me detengo en seco, intentando procesar lo que veo ante mí.

La sala principal del Mystral se ha convertido, de repente, en un aviario donde revolotean, sembrando el caos, una bandada de cuervos.

Los gritos y el zumbido del batir de las alas camuflan el sonido envolvente de la música que hasta hace unos segundos se escuchaba en el local.

—¿Qué coño es esto? —grita Sheila, un paso detrás de mí.

A pesar de que me he visto envuelta en más de un peligro en los últimos días, hacía mucho que no percibía la sensación de verdadero pánico. Puedo enfrentarme a un par de urkas dispuestos a aniquilarme. También presentarme en una ubicación sin saber qué voy a encontrarme cuando llegue. Sin embargo, esto es algo que se escapa fuera de mi control.

Hago aspavientos con los brazos para esquivar a las aves que intentan picarnos, a la par que mi mirada se desplaza rápido por todo el entorno para averiguar cómo escapar de esta maldita jaula.

De repente, algo llama mi atención. Como si de un espectro se tratase, en lo alto de la escalera, veo una figura que reconozco de inmediato.

Valentina.

Llevo varios meses pensando en cómo actuaría y qué sentiría si volviese a encontrarme cara a cara con mi gemela. Y ahora que se me presenta esa oportunidad, mi mente se queda en blanco.

—¡Putos pajarracos! —vocifera Sheila, evitando que los cuervos se le acerquen—. Tenemos que salir de aquí. —Tira de mí.

Es en ese instante que los ojos de Valentina conectan con los míos a través de su máscara y forma una sonrisa en sus labios, justo antes de girarse.

«Y una mierda», pienso al ver que intenta escapar.

Sin tiempo que perder, me recojo el bajo de mi vestido, dispuesta a correr en dirección hacia las escaleras.

—¿Dónde vas? Tenemos que marcharnos —vuelve a repetir Sheila, sosteniéndome del brazo.

Tan concentrada estoy en ir tras Valentina que me he olvidado por completo de ella.

—Busca a mi hermano —le ordeno, zafándome de su agarre.

—Isabella, no…

Pero yo ya no la escucho. Subo los escalones lo más rápido que me permiten las sandalias de tacón.

Ni que el mundo se haya convertido en una película de terror conseguirá que deje escapar a la persona que una vez intentó acabar conmigo.

CAPITULO 22

Vladimir

No sé cuánto tiempo ha pasado desde que Isabella se marchó, pero lo siento como si alguien hubiese arrancado una parte de mí y la hubiese dejado vagar sola por ese maldito club.

Cada carcajada que escucho en la distancia, cada tintineo de copas me recuerda que hoy ella es un objetivo.

Debería estar pendiente de las palabras que sueltan cualquiera que se me acerca. En este tipo de fiestas, antes de abandonarnos al placer, se abren o cierran negocios ventajosos, pero hoy me encuentro disperso. No hoy. No con todo lo que hay en juego.

Aquí estoy, con la mirada perdida hacia el pasillo que da a las salas privadas como un idiota que espera que aparezca de nuevo, envuelta en ese vestido blanco que se me ha grabado en la retina como una maldición.

—Vladimir —me llama Yuri en voz baja, sacándome de mis pensamientos.

«Joder, el que faltaba».

—¿Ya te has aburrido de socializar? —suelto, tomando un sorbo de mi vodka. Que le den por culo al champán, necesitaba algo más fuerte.

—Solo hago mi trabajo. A fin de cuentas, estos locales son mis obras maestras. —Abarca el Mystral con un ademán de su mano, orgulloso.

—¿Qué pasa? —gruño más seco de lo que pretendía.

Yuri ladea la cabeza hacia el grupo de hombres que se ha ido formando cerca de la zona de las jaulas colgantes, al fondo de la sala, donde esperan un grupo de unas diez personas, compuesto de sumisos y sumisas.

Los jefes de las diferentes organizaciones han ido llegando uno a uno y ahora esperan expectantes, aunque algunos disimulan muy bien detrás de sus máscaras lo impacientes que están por dejarse llevar por el mundo de la dominación.

—Creo que les deberíamos poner un babero, ¿no crees?

—No estoy para tus idioteces, Yuri —le advierto, terminando el contenido de mi vaso.

—Vince no ha aparecido —murmura Adriano, acercándose hasta nosotros sin apartar la vista del conjunto de figuras trajeadas—. Todos los demás ya están aquí y empiezan a impacientarse.

Asiento despacio, conteniendo la frustración que me arde en el pecho.

Claro que Vince no vendrá. Si fuera yo, tampoco lo haría, aun así, parte de mí esperaba que lo hiciese para acabar con ese inconveniente.

Respiro hondo y me enderezo. Es hora de comportarme como un verdadero *pakhan* y tratar con los jefes de las distintas mafias.

—Bien —mascullo, ajustándome el cuello de la camisa—. Que tus hombres estén alertas y no le quiten de encima los ojos a Isabella.

—No hace falta que me recuerdes cómo debo proteger a mi propia hermana. No se han separado de ella desde que vio tu numerito —rezonga—. Con tu propia cuñada, ¿en serio? —apostilla.

Lo ignoro. Es lo mejor que puedo hacer dada las circunstancias. Aunque por dentro maldiga a mi polla por meterse donde no debe.

Camino con paso firme hacia el centro de la sala, alzando la voz para que mis hombres cercanos me escuchen:

—Reúne a los jefes y llévalos al salón principal —ordeno con tono autoritario—. Es hora de comenzar.

Pavel, que ha permanecido a una distancia prudencial guardándome las espaldas, asiente sin demora y desaparece entre la multitud con la eficiencia de siempre.

En cuestión de segundos, mis hombres se esparcen como una red tejida a la perfección, avisando de forma discreta a los invitados importantes. Las máscaras de látex, cuero y terciopelo se mezclan con trajes a medida y miradas cargadas de ambición.

—Al resto me los llevaré para que disfruten de nuestras instalaciones —añade Yuri, mirando a los miembros menores de las organizaciones y a los acompañantes que se han dejado llevar por la atmósfera decadente del Mystral—. Puede que incluso juegue un rato con la preciosa Nadia.

«Toda tuya», me dan ganas de soltar, por el contrario, solo cabeceo.

Desde mi posición, alcanzo a ver a dos ejecutivos rusos acercándose al pasillo que lleva a las mazmorras privadas del piso inferior, seguidos de un grupo de mujeres envueltas en corsés de satén y tacones imposibles. Un grupo de italianos ya han tomado posesión de una de las salas de juegos y las risas cargadas de vicio se mezclan con el crujido de látigos y cadenas.

Pero yo no puedo concentrarme en nada de eso. Mi cabeza sigue dándole vueltas a la imagen de una emperatriz romana alejándose con paso firme sin mirar atrás.

—Vladimir —la voz grave de Adriano me alcanza por la espalda —, no perdamos más tiempo.

Me obligo a encaminarme hacia el salón privado donde tendrá lugar la reunión. Las luces son más bajas allí, la decoración más sobria; un contraste calculado respecto a la orgía de libertinaje del exterior.

Uno a uno, los jefes de las distintas mafias van entrando. Algunos me observan con curiosidad. Otros con desconfianza abierta, como es el caso de Kuni Takeshi.

—Bienvenidos un día más a la reunión de La Sociedad de las Máscaras. Es un honor convocar y tener bajo el mismo techo a nombres que hacen temblar al mundo —tomo la palabra, iniciando la tediosa reunión que nos espera por delante—. Es momento de que los relojes se detengan, las deudas queden aplazadas y los pactos se sellen con las copas alzadas. —Miro uno a uno, que asienten, afirmando mis palabras—. Así que, señores, señora —me centro en la única mujer presente. Una jefa de la mafia escandinava—, no se pongan demasiados cómodos, esta reunión va a ser corta. —Tomo asiento y añado, más distendido—: Saben que la verdadera fiesta está por comenzar fuera de esta sala.

La mesa larga está rodeada de rostros tensos, todos ocultando con dificultad la desconfianza que hierve bajo la superficie. El humo de los cigarrillos forma una neblina espesa sobre nuestras cabezas, como si la habitación misma se hubiese convertido en una cúpula que, al más mínimo movimiento, pueda estallar.

Frente a mí, Adriano tamborilea con los dedos sobre la madera, un gesto que conozco demasiado bien. Está midiendo a cada uno, esperando el primer error para tomarlo en su propio beneficio.

—No hay territorio que discutir —dice finalmente, con voz baja, pero firme—. El trato que acordé con Pavlov es sencillo. Él me abre las fronteras de España y yo vía libre en mi territorio para que monte negocios. —Señala a su alrededor—. O colaboramos o cortamos alianzas.

Un murmullo recorre la mesa. Los italianos se miran entre ellos; los serbios evitan mostrar emociones. Yo mantengo la mirada fija en Dimitri, que juega con el anillo de su dedo meñique como si nada de esto le importara. Aunque sé que es mentira, está pendiente de la reacción de los *vorys*, la cual no se hace esperar.

—¡Eso es inadmisible! —estalla Vasili, íntimo amigo de mi padre y el más detractor a que yo haya ocupado su lugar—. No podemos abrirle el Atlántico para que exporte sus armas al otro lado.

—¿Qué pasa, Vasili, tienes miedo a un poco de competencia? —se burla Adriano, encendiendo al anciano.

—La porquería de tus materiales no puede compararse a nuestra materia prima —escupe, despreciando al capo de la Cosa Nostra.

Levanto mi copa, interrumpiendo la tensión.

—Colaboración suena elegante, pero todos sabemos que aquí nadie comparte nada sin esperar un precio —digo, dejando que mis palabras corten el aire—. Por mucho que no me agrade, Moretti es la pareja de nuestra Matrioska y forma parte de la familia Pavlov. Que le abra rutas no significa que se apropie de nuestros clientes. —«Por ahora», escucho mascullar por lo bajo al idiota de Adriano—. Son solo cuestiones tácticas.

Se hace un silencio breve y denso. Vasili no está de acuerdo con mi decisión, pero, por jerarquía, no le queda más remedio que

aceptarla.

—Como tú digas, *pakhan* —suelta el título como si le atravesasen cristales por la garganta.

La reunión avanza entre amenazas veladas, pactos a medias y tratos que no van conmigo y no me importan una puta mierda. No es hasta que escucho una sucesión de gritos que todos los presentes nos alertamos.

Suena lejano, ahogado por la música del club, pero lo bastante claro como para que se me erice la piel.

Me tenso de inmediato y a mi mente solo viene un nombre.

«Isabella».

No debería estar aquí, no tan cerca de esta gente, no en una noche como esta y menos ser el jodido cebo. Me levanto sin dar explicaciones. Adriano me lanza la misma mirada de advertencia, pero la ignoro. Salgo de la sala privada, avanzando por el pasillo iluminado con luces rojas que laten igual que mi corazón desbocado.

Se oye otro grito, esta vez más cerca.

Al doblar la esquina, el espectáculo que tengo ante mí hace que me detenga en seco.

—¿Qué cojones es eso? —Escucho a Takeshi soltar una carcajada—. ¿Has recreado la película de Hitchcock?

Lo ignoro, aunque tenga razón. El Mystral se ha convertido en la icónica secuencia de la película *Los pájaros*.

En la sala principal del club, el techo parece haberse abierto a otra dimensión. Decenas de cuervos revolotean enloquecidos sobre los asistentes, chocando contra lámparas, mesas y cuerpos desnudos. La música electrónica sigue sonando, pero la escena es un puro caos. Algunos invitados corren cubriéndose la cabeza; otros, en medio de sus prácticas sexuales, no saben si cubrirse o seguir follando sin control.

—Siento decírtelo, Vladimir, pero esto no ayuda para que te ganes el respeto de los *vorys* —me advierte Dimitri al llegar junto a mí.

—Sácalos fuera de aquí. Ya me encargaré de eso.

Él obedece sin cuestionarme, pero sé que esto cavará aún más mi propia tumba en la Bratva.

El aleteo ensordecedor llena el lugar. Un cuervo se estrella contra un espejo y lo hace añicos mientras otro se posa sobre una barra y lanza un graznido que hace vibrar los cristales.

—¡Vladimir! —grita Adriano, empujando a un par de tipos que se apartan con más miedo que orgullo—. No encuentro a Isabella.

«Me cago en la puta».

—Búscala por allí —señalo el extremo oeste del club.

Mi corazón martillea descontrolado dentro de mi pecho cuando me dirijo a la zona este. La presencia de estas aves no es casual. Nada en este mundo lo es, maldita sea.

Nosotros hemos alentado al Cuervo y él ha respondido queriendo picarnos.

A lo lejos veo el inconfundible pelo platino de Sheila. Mientras me acerco, observo cómo Takeshi la protege con su propio cuerpo de los picotazos de los cuervos.

Es en ese entonces, entre el torbellino negro de alas y los gritos, que distingo ver una silueta que llama mi atención.

Vince. *Il Corvo di Sangue*.

Ese maldito fantasma con nombre de leyenda que deja plumas negras y cadáveres a su paso. Si los cuervos están aquí no es coincidencia. Esto es un puto mensaje. Uno que ha dejado claro.

El ambiente se vuelve pesado, y no es solo por el caos, sino al ver que desaparece hacia la planta superior. Me quedo sin aire al distinguir que arrastra consigo a una mujer vestida de blanco.

Corro, empujando a cualquiera que se interponga en mi camino y ese cabrón. El suelo resbala a causa de las copas rotas y alcohol derramado. Estoy a punto de caerme, pero me aferro a la barandilla y sigo subiendo. El corazón me retumba como si se tratase de un tambor de guerra.

—¡Isabella! —grito. Mi voz se escucha ahogada por el sonido infernal de los cuervos y los chillidos histéricos de los asistentes.

Nada.

El pasillo que me recibe está desierto, la iluminación es tenue, casi inexistente. El eco de mis pasos se mezcla con el batir de alas abajo. Recorro las puertas una por una, todas vacías. En un par de habitaciones aún hay parejas que ni siquiera se han detenido a mirar

el desastre; demasiado drogados o demasiado excitados para percatarse del infierno que se está reproduciendo abajo.

La paranoia se me clava en la nuca. Si Vince la ha tocado, si consigue llevársela, no me lo perdonaré jamás.

Doblo la esquina hacia otro pasillo. Este está al aire y tiene vista a la sala principal. Desde aquí, la escena es aún más surrealista. Una nube oscura de cuervos girando sobre la multitud como un presagio apocalíptico. Algunos clientes han sacado armas; otros simplemente huyen gritando. Entre todo ese desorden veo a Yuri, sonriendo como un lunático mientras golpea con una de sus muletas a cada cuervo que vuela sobre su cabeza.

—¿Qué demonios? —susurro para mí con el pulso acelerado.

La visión da escalofríos. Él parado sobre su silla de ruedas bateando a los pajarracos.

De repente, noto una corriente de aire frío que entra por una puerta lateral entreabierta al final del pasillo. Una que no debería estar abierta. Es la salida que da al callejón trasero.

Desenfundo mi arma y corro hacia ahí sin pensarlo.

La puerta golpea la pared al abrirla de par en par. Afuera, la noche está extrañamente quieta. Ni un solo coche ni un puto sonido. Solo la quietud de la brisa y un par de plumas negras flotando en el suelo empedrado.

—No… —susurro, cortando el silencio.

Bajo las escaleras de incendios escrudiñando cada rincón.

El callejón se extiende oscuro, con la única iluminación de un foco tembloroso. En el centro, sobre el suelo húmedo, hay el cuerpo tendido de una mujer. Mi corazón se detiene y me tiemblan las manos cuando le doy la vuelta al cuerpo inerte.

Un jadeo de alivio corta el aire al verle la cara y descubrir que no se trata de Isabella. El vestido blanco que lleva se tiñe de rojo a la altura del estómago a causa de la sangre que brota de la herida que le causa el cuchillo que la atraviesa.

Frunzo el ceño al fijarme en el sobre negro que tiene sujeto.

Observo los ojos sin vida de la mujer y desclavo el cuchillo para poder hacerme con él.

Su cuerpo aún está caliente, lo que significa que la acaba de matar.

Las manos, húmedas a causa de la sangre, aún me tiemblan cuando saco la tarjeta del sobre.

Es un mensaje. Uno que hace que apriete la mandíbula.

"No habrá segundas oportunidades. La próxima vez tomaré lo que me pertenece"

Firmado: Il Corvo de Sangue.

La rabia me sube como un incendio por la garganta. Solo se aplaca y siento que vuelvo a respirar cuando escucho abrirse una puerta en la primera planta y ante mí aparece una ilesa Isabella.

CAPITULO 23

Vladimir

Verla ahí, de pie, sana y salva, hace que la parte que sentí fracturarse al pensar que el cuerpo sin vida era el suyo se recomponga.

Observo cómo baja las escaleras con rapidez mientras me acerco a toda velocidad a su encuentro. Sé que no debería, que nuestra situación actual se sostiene con pinzas, pero no puedo evitar envolverla entre mis brazos cuando nos encontramos a mitad de camino.

La noto temblar. Tiene la cara pegada a mi pecho y la respiración acelerada. Incluso puedo sentir cómo le bombea el corazón a gran velocidad, en estado de alerta.

Me separo unos centímetros de su cuerpo para comprobar que no se trata de una ilusión y que sigue entera.

Apoyo mi frente sobre la suya y respiro por primera vez en minutos, con un alivio tan profundo que casi me duele, mientras le acaricio las mejillas con mis pulgares.

—Estás bien —susurro, como si decirlo en voz alta pudiera hacer que la realidad no cambie.

Sin embargo, ella da un paso atrás, se recompone y se recoloca la máscara que enmarca su mirada con ese halo de misterio que me enerva y me atrae al mismo tiempo.

—La he visto —declara. Se cruza de brazos, tomando distancia, como si mi presencia la incomodara.

—¿A quién?

—A Valentina.

—¿Qué? ¿Dónde?

Saco mi arma, lista para disparar a cualquiera que en estos momentos suponga una amenaza.

—Dentro del club. Le perdí el rastro en la primera planta y… ¿Cómo se supone que consiguió entrar siquiera? ¡Esto está lleno de guardias, joder! —estalla nerviosa, dándome la espalda.

Esa misma pregunta me la hago yo. No solo por Valentina, sino cómo fue posible que Vince accediese al local y no me avisasen. Solo llego a la conclusión de que hay traidores en nuestro círculo, y no es algo que me haga especial gracia.

—Debemos regresar al interior y avisar a tu hermano, si Valentina sigue ahí, vamos a encontrarla —declaro, comprobando que mi pistola esté cargada.

Si tengo que convertirme en el verdugo y acabar con la vida de un Moretti, que así sea. Se acabó. No pienso permitir que esa mujer se vuelva a acercar a Isabella, me da exactamente igual lo que opine Adriano al respecto.

—Vamos —apremio para que me siga.

Al ver que no lo hace, me giro.

Observo a Isabella avanzar con pasos trémulos al cuerpo sin vida tendido en el suelo.

—¿Quién es?

—No es nadie.

«No eres tú», pienso. La sensación de vértigo que tuve al imaginarla muerta aún me crea una punzada en el pecho.

—¡Es Livia! —menciona en un jadeo ahogado.

Me acerco a ella.

—¿La conoces?

Me sorprendo al ver cómo, a través de la máscara, sus ojos se humedecen.

—Es quien cuidaba a Adriano.

—¿Estás segura?

Guarda silencio, como si tuviese que pensarlo. Espero paciente, aunque en estos momentos lo que menos tengamos sea tiempo. Necesitamos entrar y dar con el paradero de Valentina antes de que se nos vuelva a escapar de entre las manos.

—Tú… ¡La has matado! —prorrumpe en un grito que me pilla desprevenido.

Lo último que me espero es que Isabella cargue contra mí y comience a golpear mi pecho.

—¿Por qué? ¡No tenías derecho!

La sostengo de los brazos para que no siga arremetiendo contra mí. Ella forcejea fuera de sí.

La miro alucinado, sin comprender su reacción. Que yo recuerde, fue ella la que noqueó a esta mujer y ni siquiera se inmutó por ello.

La giro, cruzo sus brazos para inmovilizarla y pego su espalda a mi pecho.

—Tranquilízate, maldita sea —le hablo al oído—. No fui yo, sino Vince.

Noto cómo se tensa al escucharme, pero al menos deja de luchar

—Prefiero que haya sido ella y no tú —añado en un tono más bajo, con mis labios pegados a su cuello—. Así que deja de lamentarte por desconocidos y volvamos de una puta vez dentro. Porque te aviso: si encuentro a la zorra de tu hermana, correrá la misma suerte que esta mujer.

Por fin la siento relajarse entre mis brazos. La suelto poco a poco, con cuidado. Ella se queda inmóvil con la vista fija en el suelo.

Parece abatida y me cabrea que tenga que haber pasado por esto. Sabía que todo sería un jodido desastre. Mientras ella permanece inmóvil, con la vista fija en el suelo, aprovecho, saco mi teléfono móvil y marco a Pavel.

—*Pakhan*, ¿dónde estás? Esto es el puto infierno —dice nada más descolgar.

—¡No dejéis que salga nadie del local!

—Pero…

—No me cuestiones y haz lo que te ordeno. Sellad todas las salidas. Que no salga ni una puta alma.

—La mayoría de los invitados ya han huido —me informa.

«Maldita sea», blasfemo en alto.

—Hazlo de todos modos —demando—. Y Pavel… Manda a un par de hombres al callejón de la zona este y que hagan limpieza. —

Cuelgo sin esperar respuesta—. Andando.

Esta vez no espero a que Isabella me siga. La sujeto de la mano y me acompaña sin oponer resistencia.

Entiendo que la situación se nos ha ido de las manos. Desde el principio sabía que este plan era una puta mierda, aun así, no es el momento para centrarse en los errores. Ya los evaluaremos más adelante y veremos quién o quiénes tienen que pagar por ellos. Ahora, lo que prevalece es encontrar a Valentina y librarnos de los pajarracos.

Nada más cruzar las puertas, el estruendo nos golpea de lleno. El interior sigue siendo un caos absoluto. Gritos y sombras negras revolotean por todas partes. Me cruzo con mis hombres, que tratan de acabar con los cuervos, y les ordeno que se deshagan del cuerpo y registren los alrededores. A otro de ellos le pido que se quede y vigile esa salida.

Cuando avanzamos hasta la zona principal, observo como Adriano y Takeshi —«¿qué cojones hace aún aquí él?»— intentan liquidar a los pájaros como pueden. Moretti ha debido de hacerse con palas que se usan en el *spanking* porque lleva una en cada mano y aporrea los cuervos como si no hubiese un mañana mientras que el nipón se ha decantado por un *flogger* de dieciocho cuerdas. Verlo utilizar el látigo podría suponer todo un espectáculo, sus movimientos parecen coreografiados, son ágiles y elegantes, pero no es momento para admirar las artes ajenas.

—Quédate aquí —le pido a Isabella, que, por extraño que parezca, obedece sin cuestionar mi petición.

Camino decidido hacia el centro de las escaleras y bramo:

—¡Apartaos!

Las pocas personas que aún se encuentran ahí, al verme apuntar el techo con mi arma, se ponen a resguardo.

Comienzo a disparar.

—¡Hijo de puta, casi me das! —se queja Adriano a voces.

—Te he dicho que te apartases.

Mi puntería siempre ha sido excelente, pero eso no quita que alguna bala rebote y pueda encontrar el blanco indeseado. Por

suerte, cada tiro que pego es certero. Uno tras otro, los cuervos van cayendo. Apunto y disparo hasta vaciar el cargador, pero sigue habiendo decenas de ellos.

Cuando sigo apretando el gatillo y no sale nada, suelto el arma y miro a mi alrededor, esperando encontrar algo. Es entonces cuando lo veo.

Hay un extintor colgado junto al pasillo. Lo arranco de la pared con un tirón que me hace tragar aire. Lo levanto, lo apoyo contra mi hombro y apunto al techo como si fuese un arma más. Presiono la maneta con toda la fuerza que tengo y una explosión de polvo químico sale proyectada en un arco blanco. La niebla se me mete en la garganta, me pican los ojos y apaga por un segundo los contornos del mundo.

Los cuervos se desorientan, chocan entre sí y empiezan a caer, como si de una lluvia oscura se tratase. Los demás, al ver que resulta efectivo, siguen el ejemplo. En un rincón más alejado observo a Sheila. La veo con la máscara torcida, los ojos duros, mientras sujeta la manguera con ambas manos y la descarga como si fuera un lanzallamas de humo. No hay teatralidad en su gesto, solo eficacia pura. Apunta, aprieta, barre con el chorro las últimas aves que aún intentan deshacerse del polvo. Su postura, recortada entre la neblina, tiene algo feroz. Es como si estuviese descargando una rabia que no se ve, pero que pesa en su interior.

En pocos segundos, el suelo está cubierto de plumas y cuerpos inmóviles.

Suelto el extintor con un golpe seco y me giro hacia Isabella, que permanece justo donde la dejé, quieta como una estatua y con los ojos abiertos de par en par. Esos ojos, grandes y brillantes, sin parpadear, me atraviesan. Veo en ellos sorpresa, culpa y, sobre todo, miedo, algo que no estoy acostumbrado a ver en ella.

Tiene polvo blanco pegado al pelo, a las pestañas, brilla como si la estuviera cubriendo de ceniza. Aun así, sigue tan preciosa como de costumbre. Mi cuerpo se ve arrastrado irrefrenablemente hacia ella; la necesidad de protegerla me golpea con la misma fuerza del primer disparo que pegué hoy.

—Ven —digo lo más calmado que me permite la situación.

Ella ni siquiera reacciona, sigue con la vista fija en un punto indeterminado. La atraigo hacia mí, envuelvo un brazo por encima de sus hombros y nos encamino a la planta inferior.

—¿Qué le has hecho? —me acusa Sheila mientras se acerca a nosotros.

—No le he hecho nada. Está en *shock*.

Ella me dedica una dura mirada, aparta a Isabella de mi lado y la envuelve entre los suyos.

Las dejo y me dirijo hasta Adriano. Su aspecto es como el de todos: cubierto de polvo blanco.

—Isabella ha visto a Valentina —suelto a bocajarro, sin ningún tipo de florituras.

—¿Qué? —cuestiona él, buscando con la mirada a su hermana.

En el instante que se dispone a ir en su dirección, lo paro.

—Déjala, ahora mismo está sobrepasada. Tenemos que peinar el club por si aún estuviese aquí.

—No me digas cuándo puedo o no acercarme a ella. ¡Es mi hermana!

—Por eso mismo tenemos que buscar a la otra. No me fio de sus intenciones.

Adriano endurece sus rasgos, disgustado con la situación.

Me la pela. Mi prioridad es Isabella y la suya, por mucho que le cueste reconocerlo, está dividida.

—Ni se te ocurra tocar a Valentina. Yo me encargo de ella.

—Ya lo veremos…

Me doy la vuelta y me centro en reunir a mis hombres. Les doy las directrices para que comiencen a buscarla.

—¿Dónde está Yuri? —pregunto a nadie en particular.

Pavel se acerca hasta mí y me da un cargador que coloco en mi Beretta M9, una pistola semiautomática de mi arsenal que normalmente utilizan militares estadounidenses.

—Si preguntas por el lisiado, lo encerramos en una de las habitaciones. Estorbaba más que aportaba —escucho que dicen a mi lado.

Me giro y me encuentro con Takeshi.

—¿Qué demonios haces todavía aquí?

—Me he visto envuelto en este asunto sin esperarlo. Lo mínimo es saber a qué es debido —comenta con esa sonrisa que genera escalofrío.

—No es de tu incumbencia. Puedes largarte.

—Me parece que no va a ser posible. —Chasquea la lengua.

—No me toques los cojones, Kuni. Mi paciencia está a un suspiro de resquebrajarse. Lo que menos necesitas en estos momentos es tenerme de enemigo.

Él alza las cejas, como si le divirtiese toda esta situación.

—Eres tú el que deberías recordar, después del numerito que has montado esta noche, que cualquier aliado es bien recibido. Dudo que el resto de organizaciones estén contentas con tu gestión.

«Maldito japonés de los huevos…».

Resoplo y me acerco hasta él, esperando no tener que arrepentirme de mi decisión.

—¿Ves a esa mujer de ahí?

Señalo en dirección a donde se encuentra Isabella sentada.

—¿Cuál? ¿La deslenguada de pelo blanco?

Resoplo de nuevo. Al final Alina va a llevar razón sobre que lo hago a menudo.

—¡No, joder! La otra. —Cuando lo veo asentir, prosigo—: Estamos buscando a otra mujer con su mismo aspecto. Si la encuentras, no dejes que se escape y tráemela inmediatamente.

Takeshi sonríe, y no de una forma agradable.

—Las rarezas de los occidentales… ¡Esto va a ser divertido! —concluye.

No tardo en arrepentirme al involucrarlo, al verlo desenfundar un pequeño sable de unos quince centímetros de longitud que llevaba escondido en el interior de su chaqueta y seguir a mis hombres escaleras arriba.

La siguiente hora, el club se convierte en una auténtica cacería. Registramos rincón por rincón, pero no hay rastro de Valentina. Cabreado, me acerco hasta Adriano, que grita órdenes a sus guardias.

—Esto es una pérdida de tiempo. Tuvo que haber huido con el resto de invitados —reconozco, sintiendo que la derrota tiene un

sabor amargo—. Deberíamos volver a Parioli.

El que un día fue mi mejor amigo, y ahora es pareja de mi hermana, asiente con una mirada angustiada. Se nota cómo la ansiedad se ha apoderado de cada poro de su piel.

Damos la orden de concluir la búsqueda.

—Espero que el siguiente paso sea más exitoso —oigo que dice el ejecutor de la Yakuza.

—La noche acaba aquí para ti —le aviso.

—Estarás de broma, ¿no?

—¿Cuándo me has visto a mí bromear? —cuestiono serio.

Yakeshi entrecierra, más de lo que están de forma natural, sus ojos plateados, tan poco comunes que lo hacen parecer mucho más peligroso. Por suerte, esta vez cabecea en un gesto afirmativo y lo deja estar.

—Tendrás noticias nuestras, Pavlov. No creas que la Yakuza olvidará lo que ha sucedido esta noche.

La amenaza implícita queda flotando en el aire cuando desaparece.

Nos dividimos en varios coches y ponemos rumbo al barrio residencial de Roma donde se encuentra el refugio.

CAPITULO 24

Vladimir

Lo primero que hago nada más llegar es acercarme al coche en el que ha viajado Isabella. No he tenido la oportunidad de hablar con ella, y es algo que me carcome por dentro.

Por lo visto, el trayecto no la ha ayudado y sigue poco comunicativa. En cuanto baja del vehículo, pasa por mi lado dirección a la casa sin dedicarme una mísera mirada. Sé que debería dejarle su espacio, pero necesito saber que se encuentra bien, o todo lo bien que pueda estar alguien tras la noche que hemos vivido.

—Isabella… —la llamo, olvidándome del resto y siguiéndola al interior.

Nuestros pasos alertan a Alina, que permanece acostada con el pequeño en el sofá.

Cuando se reincorpora y se restriega los ojos, observa nuestras pintas, asombrada.

—*Principessa*…

Adriano pasa por mi lado y, en un par de zancadas, llega hasta mi hermana. Se funden en un abrazo, seguido de un apasionado beso. Sé que no debería, pero reconozco que verlos me provoca cierta envidia.

—¿Qué ha pasado? —le pregunta Alina cuando se separan, sacudiéndole el polvo que lo cubre.

A Adriano no le da tiempo a responder cuando el pequeño, recién despierto y con una energía difícil de imitar, corre al encuentro de Isabella.

—Lo siento, insistió en esperaros conmigo —se disculpa mi hermana.

Nadie objeta y nos fijamos en cómo el pequeño se abraza a las piernas de Isabella. Esta, al procesar tal efusividad, da un paso hacia atrás, lo que consigue que él la suelte.

—Y-yo… Necesito una ducha —anuncia ella antes de desaparecer por el pasillo que conduce a las habitaciones mientras los demás observamos la tristeza que se refleja en el semblante del niño.

—Oye, Adri —se adelanta Sheila—, ¿qué te parece si hoy soy yo quien te acueste?

El pequeño la observa con la cabeza ladeada y después hace lo propio con el resto.

—¿Por qué estáis tan sucios?

Sheila lo sujeta de la manita y, mientras lo guía hacia los dormitorios, la escuchamos decir:

—¿Has oído hablar de la fiesta de la espuma? —El niño asiente, embelesado—. Pues nosotros venimos de la fiesta de la harina.

Tengo que reconocer que en ingenio no le gana nadie a la loca del demonio.

Espero a que desaparezcan y no los oigamos para que algo en mí se desate.

Voy hasta Yuri, lo agarro de la pechera y descargo toda la tensión que acumulo estampando mi puño en su delicado rostro.

—¡Vladimir! —grita alarmada mi hermana, pero yo estoy muy lejos de parar.

—Explícame cómo cojones se pudieron colar, no solo Vince, sino también Valentina, sin que nos diéramos cuenta. Además de que el local se convirtiera en un puto aviario. —Vuelvo a golpearlo—. ¡Se supone que tú te encargarías de la seguridad!

—Estoy tan sorprendido como vosotros —dice él entre jadeos a modo de excusa.

—No me vale, maldita sea.

Los nudillos me duelen cuando chocan contra el hueso de su pómulo.

—Para ya, Vladimir. —Me aparta Adriano de mi saco de boxeo particular.

Resulta paradójico que sea él quien tenga que retenerme, cuando en el pasado era yo quien siempre intercedía al verle perder

los papeles.

Me zafo de entre sus brazos y lo empujo, apartándolo de mí.

—Vince ha matado esta noche a una mujer—le hago saber—. Por unos instantes pensé que era tu hermana. Así que no me pidas que me calme.

Escucho un jadeo que proviene de Alina. Saco la nota arrugada del bolsillo interior de la chaqueta y se la lanzo.

Adriano la lee y la aprieta en su puño.

—Os avisé de que sería una estupidez intentar atraerlo. ¡Nadie se convierte en un jefe de la mafia siendo confiado! —vocifero—. Lo de esta noche ha sido un simple aviso. Hemos despertado a un dragón dormido. Y no sé tú, pero yo no pienso esperar de brazos cruzados a que la guerra llame a mi puerta.

—Si vamos a por él, las demás organizaciones desconfiarán de nosotros.

—¿Crees que me importan los demás jefes de la mafia? —me altero—. Mira lo que ha pasado esta noche —señalo, como si a través de la puerta se encontrase el Mystral—. Se correrá la voz de lo ocurrido. ¿Piensas que alguno confiará ya en mí?

Con lo sucedido esta noche, se ha puesto en entredicho mi liderazgo, oportunidad que aprovecharán los *vory v zakone* para quitarme el poder de *pakhan*. No obstante, no es algo que en estos momentos me inquiete, mi mayor preocupación es que Isabella deje de tener una diana apuntando a su precioso culo.

—¡Estamos hablando de la seguridad de tu hermana, Adriano! —exclama Alina—. Hay que hacer algo.

—No te metas, *principessa* —gruñe Moretti con los dientes apretados.

—Me meto si me da la gana —rebate ella, estoica, cruzándose de brazos.

—¡No te concierne, joder!

Me muevo tan rápido que Adriano no ve venir que le apoye el cañón de mi pistola bajo la barbilla.

—Vuelve a alzarle la voz a mi hermana y será lo último que hagas —amenazo.

El italiano tiene los huevos de mantenerme la mirada sin miedo.

—Vlad, baja la pistola —me pide Alina.

Reposa sus manos con suavidad en mi antebrazo, pero no hago amago de mover ni un puto músculo.

—¿Qué dices, Moretti?

—Vlad, por favor…

En otras circunstancias estaría hiperventilando al imaginar que Alina esté de acuerdo en desatar una guerra contra la Camorra. Ya se sabe que, si por mí fuera, estaría lo más alejada de toda esta mierda. Sin embargo, en estos momentos es nuestra única solución. Si no damos el paso primero, será Vincenzo Februcci quien lo haga. Y yo siempre he sido de los que prefiere anticiparme antes de que me pillen desprevenido.

—No es contigo con quien me debo disculpar. —Observo cómo centra sus ojos en Alina. Mi hermana aparta la mirada, seguro que luego mantendrán una conversación y espero que le rompa las pelotas.

Leer el más absoluto arrepentimiento en Moretti me basta para bajar la pistola.

—¿Dónde está Marco? —pregunto por el *hacker*.

—Supongo que en su dormitorio —contesta Alina.

—Hay que levantarlo. Ahora mismo es en el único que confío con dotes cibernéticas para que descubra qué salió mal. —Le dedico una dura mirada a Yuri.

—Te repito que no sé qué pudo pasar —replica Novikov, taponando su nariz.

«Hasta al sangrar es un puto sibarita», pienso al fijarme en el pañuelo de seda que utiliza.

Marco tarda menos de lo que esperaba en aparecer en el comedor. Tiene el pelo enmarañado y los ojos soñolientos. Sostiene su ordenador portátil contra el pecho como si fuese un trofeo. Tiene la mirada de a quien le han sacado de un sueño que no pertenecía a este mundo. Aun así, responde con la eficacia propia de los que viven entre líneas de código y paranoia.

—Pincha las cámaras de seguridad del Mystral —le ordeno sin rodeos.

Abre el portátil y enciende la pantalla con fluidez. Sus dedos vuelan sobre el teclado, la pantalla recibe luz y el cuarto se llena de letras que se mueven como un enjambre. Marco no es de los que hablan mucho, no hace falta. Solo necesito que sea eficaz.

—Necesito acceso al *router* y al sistema de seguridad vinculado al Mystral —dice, sin levantar la vista.

Le paso las claves y contraseñas. En pocos segundos se despliegan en la pantalla distintas ventanas con las grabaciones del club.

—Céntrate en esa —demanda Yuri, refiriéndose a la del acceso a la cocina.

Marco se tensa al sentir al ruso pegado a él, pero obedece y amplía la imagen.

Observamos el trasiego.

—¿Fueron los camareros? —pregunta Alina en voz alta cuando comprobamos que los pájaros iban escondidos en arcones.

—Llamaré a la empresa de cáterin y pediré un listado de los trabajadores que enviaron —anuncia Yuri. Echa a rodar su silla para salir del comedor con el teléfono ya en la oreja.

—Céntrate en las cámaras de la entrada y busca tanto a Valentina como a Vince.

—Me llevará un tiempo cotejarlo con el programa facial.

—No me importa esperar. Averigua cómo entraron sin ser vistos.

Marco asiente y se concentra en su tarea. Mientras teclea, siento que el tiempo juega en nuestra contra.

—¿Qué hacemos con el niño? —pregunta Alina a mi espalda; su voz baja denota la preocupación que siente por él—. ¿Creéis que está seguro aquí?

—Me he fijado en que la casa tiene demasiadas entradas visibles —comenta Marco distraído, concentrado en su tarea—. Me llevará horas, pero podría montar una red de alerta en el perímetro. Pinchar cámaras y crea una red móvil, cualquier cosa que nos avise si alguien se acerca. Puedo añadir un *firewall* que monitorice el sistema de seguridad de la casa y envíe cada cinco minutos el tráfico de la red a una cuenta segura.

—Hazlo —acepto.

Marco teclea mientras murmura algunas contraseñas que solo él conoce.

—Tendremos que cortar o limitar las comunicaciones con el exterior —añade Adriano con voz ronca—. Si Vince tiene ojos fuera, cualquier llamada puede ser interceptada.

—Corta líneas, pero deja una para emergencias —contradigo—. No nos podemos quedar incomunicados. Además, quiero que Marco haga una lista con todos los nombres que estuvieron anoche. Si hay un traidor, lo encontraremos por el patrón de contacto.

—Iré a ver cómo se encuentran Sheila y el pequeño. —Antes de salir, le dedica una mirada a Adriano. La situación entre ellos se nota tirante.

—Son demasiadas cosas y yo solo tengo dos manos —se queja Marco una vez que Alina se marcha—. Necesito que Isabella me ayude. Ella es tan válida como yo en cuanto a crear sistemas de seguridad.

—Se lo pediremos mañana. Dejémosla que descanse esta noche. Mientras tanto, tanto mis hombres como los tuyos —miro a Adriano — que se turnen para hacer guardias.

Este me mira y asiente. Sé que no le gusta estar bajo la punta de mis decisiones, pero tampoco me las cuestiona.

—Si todo está aclarado, voy a darme una ducha. —Mira en dirección por donde ha desaparecido Alina, muerto de deseo por seguirla—. Si descubrís algo importante, avisadme.

—Adriano —lo llamo antes de que se vaya—. Por muchos problemas que tengas, no sigas mis pasos y alejes a la persona que más quieres. Será un error que te pesará de por vida.

Sin responder a mis palabras, sale al pasillo con paso pesado. Su arrepentimiento cuelga en el aire como una correa a medio soltar.

A lo lejos, en la planta superior, escucho una puerta cerrarse con cuidado. Pienso en Isabella, en las ganas que tengo de ir a su lado y que hable conmigo. Conociéndola, sé que se estará culpando por que se le haya escapado Valentina. Quiero decirle que no se sienta así, que esta noche todos hemos fallado, sin embargo, sé que no puedo obligarla a hablar, no puedo empujarla y que confíe en mi

palabra. Lo que sí puedo hacer es preparar el mundo para que arda y sea un lugar seguro para ella.

—La empresa de cáterin dice que hace dos días alguien llamó y canceló el contrato —informa Yuri, entrando de nuevo—. De hecho, recibió una indemnización económica por los daños que pudiera ocasionar. —Entrecierro los ojos —. Yo no fui —se defiende.

—Marco…

—Ya, ya lo sé —se adelanta el *hacker*—. Queréis que investigue eso también…

—Bien.

Aprieto su hombro. Soy consciente de que tiene demasiado encima, pero es el único gesto de agradecimiento que me permito transmitir. Aún lo odio por lo que sucedió aquella noche en el Mystral.

—Espera… Creo que tengo algo.

Me cierno sobre su espalda mientras Yuri arrastra su silla hasta quedar a mi lado.

La pantalla está cortada en dos imágenes. En el lado izquierdo aparece un programa de reconocimiento facial con la foto policial de Vincenzo Februcci. Al otro lado, muestra en una imagen congelada la entrada del Mystral.

—Según el sistema, en esta imagen —señala la de la derecha—, a pesar de que va enmascarado, existe una coincidencia de un 89,3% con nuestro objetivo.

En ella se muestra a un hombre de traje negro y una mujer con vestido blanco.

Rechino los dientes.

—Son ellos —declaro—. Son las personas que perseguí en la fiesta.

Me enderezo y doy un paso atrás. Guardo mis manos en los bolsillos del pantalón antes de moler a palos de nuevo a Yuri.

—Si mostró su invitación, ¿por qué no nos avisaron los guardias de la puerta? —pregunta Novikov al aire.

—Dímelo tú. Te estoy otorgando el beneficio de la duda, pero esa zona la controlaban tus hombres.

Para que luego digan que no soy un buen *pakhan* y saco conclusiones precipitadas.

—Si ellos fueron culpables, te aseguro que no tendré piedad —suelta, como si recitase un juramento.

—Si eso es así, tampoco la tendré yo contigo, ya que tú respondes por ellos.

Puede que él no pertenezca a la Bratva, sin embargo, conoce los códigos. Si fallas, pagas con sangre.

—Un momento —interviene Marco, cortando este tenso momento—. ¿Conocéis a un tal Frank D'Amico?

—No, ¿por qué? —cuestiono.

—Porque es el nombre que pone en la invitación.

—No puede ser. —Me vuelvo a acercar hasta la pantalla.

Ni siquiera hace falta que se lo pida cuando Marco pone la imagen completa y hace *zoom*. En un primer momento aparece pixelada, pero poco a poco coge nitidez.

—Frank D'Amico puede referirse a dos personajes —dice Yuri, leyendo en su móvil—. El actor estadounidense que falleció en 2008 o el villano principal de la franquicia de cómics y películas Kick-Ass. Es el líder de una banda criminal, el cual quiere moldear a su hijo, Chris D'Amico, para que forme parte de la mafia.

«¡Maldita sea! La similitud con la realidad no puede ser más exacta».

—¡Joder! —blasfemo—. Se ha reído de nosotros desde el momento en el que apareció.

La rabia que siento en este momento es incalculable.

—Deja todo lo que te he pedido y busca su jodida localización. No voy a esperar ni un puto segundo más para acabar con él —le ordeno a Marco.

—Tranquilo, Pavlov. Las decisiones precipitadas solo conducen a errores que el tiempo revela con claridad.

—No me des sermones, joder.

—Solo digo que te serenes y te comportes como el *pakhan* que esperan que seas.

—¿Ves que me importe en este momento mi título?

Me meso el pelo, sobrepasado. No me gusta que jueguen conmigo, y ese Cuervo me ha dado un repaso hoy.

—Ve a cambiarte, Vladimir. Descansa un poco —propone Yuri, intentando calmarme—. Yo me quedaré con Marco y lo buscaremos hasta debajo de las piedras si es necesario. Esta noche me relegaron a un cuarto como si fuera un estorbo. —Se señala sus piernas—. Déjame, al menos, sentirme útil en algo.

Lo observo durante unos segundos. El habitual sarcasmo de Yuri, su aire desafiante y burlón se han desvanecido. En su lugar asoma algo distinto, una fragilidad apenas perceptible, pero que parece real.

—No confío en ti.

Creo que es lo más verdadero que he dicho jamás.

—Haces bien. Entre ladrones no existe la confianza, Vladimir, pero ese club lleva mi sello. Si lo mancillan como lo han hecho esta noche, el asunto deja de ser un negocio y se convierte en algo personal.

Estoy demasiado agotado para oponerme a su sugerencia. Por una vez en la vida, Yuri lleva razón, si voy en este momento tras Vince, lo más probable es que me encuentre de bruces con una muerte segura.

—En cuanto encontréis cualquier rastro, avisadme.

Me marcho sin esperar respuesta de ambos, ya con las narices pegadas en el ordenador.

La ducha consigue sacarme de encima la suciedad, no así el desasosiego que siento.

Me envuelvo una toalla en las caderas y, al salir del baño y entrar en mi habitación, el corazón se me acelera del susto que me llevo.

—¿Tú que haces aquí? —le pregunto a la silueta diminuta que permanece de pie a la parte inferior de mi cama.

La madre que parió al niño… Parece un espectro, ahí quieto en la oscuridad. No ayuda que vaya en pijama y sostenga un peluche costroso.

Parece sacado de una película de terror.

—No podía *momir*.

Enciendo la luz porque genera un poco de mal rollo hablar con su sombra.

—¿Dónde está Sheila? —le pregunto mientras me pongo unos calzoncillos debajo de la toalla.

Me acerco hasta el armario y saco una camisa y pantalones limpios.

—Se fue cuando *queyó* que me había dormido.

«Pequeño mentirosillo…», pienso, vistiéndome.

—¿Y por qué la engañaste? —Me abrocho los puños de la camisa.

Adri se encoge de hombros como toda respuesta.

—¿Tú no *muermes*? —curiosea, ladeando su cabecita.

—Yo soy mayor. Sin embargo, tú tienes que acostarte.

—¿Por qué?

«Preguntón es un rato…».

—Porque, si no duermes, te quedarás así de canijo el resto de tu vida —me invento.

Me saca una sonrisa la forma en la que abre asustado sus ojos.

—Yo *quero* ser tan *gande* como tú.

—Pues para eso tienes que dormir lo suficiente y comer toda la comida que te pongan.

—¿El *bócoli* también? —Hace una mueca de asco.

—El brócoli, sobre todo.

—Puaj…

—Por ahora nos podemos olvidar de las verduras si empiezas por irte a dormir, ¿de acuerdo? —negocio.

Él asiente, pensando que ha cerrado el mejor trato de su vida.

—¿Me lees un cuento?

Para cuentos estoy yo…

—Pero uno corto —accedo—. Es muy tarde. Mañana no habrá quien te levante —refunfuño, entretanto, me siento en la cama para calzarme.

—Mejor, así, cuando me *despiete,* ya habrá *degresado* mi mamá de los cuentos.

Alzo la cabeza y me fijo en el pequeño Adriano. Descifrar lo que dice este niño debería estar evaluado.

—¿Quién?

—Mi mamá de los cuentos —repite, como si yo tuviese que saber quién cojones es.

Como suelte que tiene un amigo imaginario, va a ser él quien se va a ir a dormir sin el dichoso cuento de los cojones.

Sí, soy mafioso y supersticioso. No hay algo que me dé más mal fario que el tema de los fantasmas. Y ya se sabe que lo niños tienen un jodido sexto sentido para presencias que a los adultos nos cuestan percibir.

Me pongo en pie y, acercándome a él, le sigo el rollo.

—¿Tienes una mamá de los cuentos?

—Claro. —Me mira como si fuese idiota. Y un poco en este momento, manteniendo una conversación con un crío de cuatro años, sí que me siento—. Isabella.

Sonrío a lo bonito que suena ese nombre en una vocecilla tan inocente.

—Isabella está en su habitación, Adri. Lo único que esta noche está un poco indispuesta.

Él niega y se para en seco antes de que salgamos de mi dormitorio.

—No. No ha venido. —Se cuadra, apretando con más fuerza el peluche.

—Está durmiendo.

—No. Esa no es mi mamá de los cuentos, esa es mi *ota* mamá.

Hay algo en la seguridad en la que lo dice que me hace prestarle atención.

—¿De qué otra mamá hablas, Adriano?

—Mi *ota* mamá, la de *siempe.* —Se me instala un nudo en el estómago cuando se me cruza una idea por la mente—. Y ella tampoco está. La vi *idse* por la ventana.

«No puede ser. No… ¡Joderrrr!», grito en mi mente.

—Adriano, quédate en mi habitación y no salgas, ¿quieres?

—¿*None* vas? —me pregunta cuando llego a la puerta.

—A traer de regreso a tu mamá de los cuentos —declaro, cerrando.

Nunca he corrido tanto como lo hago al cruzar el pasillo y dirigirme al dormitorio de Isabella. Sé que no estoy siendo cuidadoso cuando, por culpa de mis pasos acelerados, se abre la puerta de la habitación en la que se alojan mi hermana y Adriano y este último aparece en el pasillo.

—¿Qué pasa?

Pero no respondo y continúo corriendo.

—¡Vladimir! Maldito ruso de los cojones… —me insulta, persiguiéndome.

Una vez que llego a la puerta indicada estoy casi sin aliento, abro y suelto un grito que retumba en las paredes al verla vacía y la ventana abierta.

—¿Me quieres decir de una puta vez qué sucede? —Me gira para que lo encare.

—¡No era ella, joder! No fue Isabella quien regresó con nosotros.

Siento cómo las piernas me flaquean a causa de la desesperación que siento en este momento.

—¿Q-qué quieres decir?

Creo que nunca antes he escuchado titubear a Adriano como está haciendo ahora.

Lo miro directamente a los ojos. Los suyos transmitiendo el pánico que seguro que se refleja en los míos.

No hace falta que lo digamos en voz alta para que un nombre sobrevuele sobre nuestras cabezas.

«Valentina».

Sin embargo, en este momento es lo que menos me preocupa, lo que de verdad me importa es: ¿dónde demonios está Isabella?

CAPITULO 25

Isabella

Toso como si mi garganta estuviese cubierta de ceniza. La simple acción me produce un fuerte dolor de cabeza, tanto que a punto estoy de perder de nuevo el conocimiento.

—La zorra está despertando —escucho una voz con un extraño eco, como si se encontrase muy lejos de mí.

Al sentir que me agarran del pelo y tiran con fuerza, soy consciente de que quien sea que haya hablado está pegado a mí.

El tirón me arranca un gemido ronco. Intento abrir los ojos, pero solo consigo vislumbrar destellos borrosos, luces temblorosas, sombras que se mueven, una pared húmeda o quizá el suelo. Todo gira. El aire huele a óxido y a algo agrio, como sudor rancio.

Mi mente se aferra a la idea de mover las manos, pero los dedos apenas responden. Noto algo rodeando mis muñecas. ¿Metal? ¿Una cadena? No estoy segura.

«Bridas», pienso con esfuerzo al sentir el plástico duro lacerar mi piel.

Cada pensamiento llega con segundos de retraso, como si mi cerebro estuviese flotando fuera de mí.

—¿Dónde…? —intento articular, pero la palabra se me atasca antes de salir.

Una risa corta y seca responde sin humor.

—Mira eso, no puede hablar.

Siento el calor de una respiración demasiado cerca de mi oído. Retrocedo por instinto, sin embargo, el cuerpo no me obedece. Me invade una oleada de náuseas. El suelo parece inclinarse y durante un instante creo que estoy cayendo, pero no…, sigo en el mismo

lugar; ahora soy consciente de que, tirada sobre el duro cemento, el mundo se mueve sin mí.

Intento recordar cómo llegué aquí, qué ocurrió antes de despertar. Una imagen fugaz me cruza la mente, como si se tratase de una película distorsionada. El Mystral, ruido del batir de alas, un espejo proyectando mi reflejo y luego… nada. Un vacío tan denso que me aprieta el pecho.

No, no se trataba de un espejo. El aire se me atasca en los pulmones al acordarme.

Valentina. Y yo persiguiéndola.

Me obligo a abrir los ojos otra vez, pero solo consigo distinguir una silueta que se funde con la oscuridad. Voces lejanas, pasos, el eco de algo golpeando el suelo.

«¿Agua, quizá?».

Todo suena amortiguado, como si escuchara desde el fondo de un pozo.

Un zumbido comienza en mis oídos y crece hasta volverse insoportable. Cierro los ojos porque siento que otra vez me desconecto. Quiero gritar, pero no sé si la voz que oigo es mía o la de otra persona.

No puedo permitirme perder el conocimiento y quedar vulnerable. No quiero… No hay siguiente pensamiento cuando mi mente se apaga.

***

Una tromba de agua helada me despierta. Suelto un profundo jadeo, como si hasta ahora mi cuerpo no hubiese podido respirar con normalidad.

—¡Despierta! —me gritan, y la orden va acompañada de una bofetada que me cruza la cara—. Ya me has hecho perder demasiado tiempo.

Esta vez siento mi cabeza más despejada. Antes de abrir los ojos, evalúo mi situación. Ya no estoy tumbada en el suelo, ahora permanezco sentada en una silla incómoda con mis manos atadas detrás de mi espalda.

Muevo de manera imperceptible mis pies y compruebo que, por lo menos, esa parte de mi cuerpo no está amarrada. Me guardo ese descuido por parte de mis captores por si acaso puedo sacar ventaja más adelante.

—Solo podría tratarse de una perra como tú. —Río.

En cuanto ha hablado, al encontrarme más lúcida he reconocido su voz.

Larisa.

—No te conviene cabrearme dadas tus circunstancias.

Me agarra del pelo y tira, consiguiendo que mi cuello se mueva y mi cabeza caiga hacia atrás.

—Qué lástima —comento con sarcasmo—. En nuestra dinámica, es lo que mejor se me da hacer. —Formo un puchero.

Al abrir los ojos, veo a Larisa cerniéndose sobre mí. Su rostro demudado en el más puro de los desagrados.

En esta ocasión me espero la bofetada; eso no quita que duela menos.

Comienzo a reír a carcajadas, como si el tiempo que he permanecido inconsciente hubiese conseguido soltar algún cable de mi mente.

Sé que mi comportamiento no hace más que empeorar mi situación, no obstante, no puedo evitarlo.

Me río porque me cabrea haber sido tan estúpida, caer en la trampa y dejar que me atrapasen.

El sonido de mi propia risa resuena en la habitación como algo ajeno, distorsionado, casi histérico. Larisa me observa en silencio durante unos segundos que se estiran como una cuerda a punto de romperse.

—Sigues teniendo esa lengua, ¿eh? —murmura al fin. Su voz suena más contenida que antes, casi divertida—. Veremos cuánto te dura.

Se aparta unos pasos y escucho el repique de sus tacones sobre el cemento. No puedo verla bien. La única bombilla del techo parpadea, lanzando destellos irregulares que hacen que su figura se desdibuje entre sombras, pero reconozco su forma de moverse, es

tan precisa y calculada que denota que no deja ninguna acción al azar.

Me esfuerzo por mantener la cabeza erguida, aunque la nuca me late con un dolor pulsante. El agua fría continúa goteando desde mi cabello y se desliza por mi cuello hasta empapar mi ropa interior, pegándola a mi piel. Porque sí, otra cosa que he notado es que estoy desnuda, a excepción de mi tanga y mi sujetador sin tirantes. Un temblor involuntario me sacude, no obstante, intento controlarlo. Me niego a darle esa satisfacción.

—¿Qué quieres, Larisa? —pregunto, la voz aún quebrada, pero firme.

Necesito mantenerla entretenida mientras intento pensar en una forma de escapar, a pesar de que las probabilidades estén entre cero y menos cien.

—Oh, nada que no te hayas ganado tú misma —responde con una sonrisa apenas visible. Su silueta se detiene justo frente a mí y puedo ver cómo se acomoda unos guantes—. Pero si quieres respuestas, vas a tener que ganártelas.

Siento el roce del cuero sobre mi mejilla, es como la caricia de un amante, y después llega el golpe. Esta vez no me sorprende, y aunque me arranca un quejido, no desvío la mirada. La observo. Quiero que vea que no me va a romper con tanta facilidad.

Por un instante, algo cambia en su expresión. No se trata del odio que me profesa cada vez que coincidimos, es otra cosa. Obsesión, quizá. O anhelo mal disimulado.

—Siempre tan orgullosa… —dice con desprecio—. La distante Isabella Moretti. No sé si admirarte o arrancarte la lengua para que dejes de provocarme.

—Haz lo que te haga sentir más poderosa —respondo, escupiendo un hilo de sangre que me sabe a hierro.

Su sonrisa se ensancha.

—Yo ya soy poderosa —me susurra al oído, lo que me produce escalofríos. Da media vuelta, se dirige hacia algún rincón de la habitación y, sin mirarme, añade—: Quiero que estés bien despierta cuando empiece.

Las palabras se me clavan como agujas bajo la piel. «Cuando empiece». ¿Qué demonios va a comenzar?

A ver, sé que no me tiene maniatada para que solo charlemos, pero el desconocimiento de lo que vaya a ocurrir es la peor de las torturas.

Muevo las muñecas, intentando tantear las bridas. La fricción me corta la piel, no obstante, sigo. Necesito concentrarme en algo que no sea el miedo.

Pasada la histeria inicial, reconozco que ahora el pavor está apoderándose de mis sentidos.

El zumbido en mis oídos vuelve, un poco más leve que antes, como si me recordara que sigo viva.

Respiro despacio. Cada inspiración me duele, pero, al mismo tiempo, me mantiene anclada.

Larisa vuelve a acercarse, esta vez con algo en las manos. El sonido del cuero es inconfundible cuando corta el aire.

—Vamos a hablar tú y yo —dice con una calma que me hiela más que el propio agua.

Mueve la mano y siento cómo la piel desnuda de mi estómago arde al recibir el primer latigazo.

Y entonces lo entiendo, aparte de odiarme, está disfrutando con todo esto.

No sé cuánto tiempo ha pasado desde que desperté ni si alguien vendrá a buscarme, solo sé que, esta vez, dependo de mí misma si quiero tener alguna oportunidad de salir de esta con vida.

Me recuerdo que, a pesar de que nunca he querido pertenecer a este mundo, mi padre me entrenó bien. Si he sobrevivido hasta ahora, no ha sido por pura suerte.

Soy una Moretti, me guste o no, formo parte de la Cosa Nostra y no pienso dejarme doblegar por nadie

Levanto la cabeza, trago saliva y dejo que la voz me salga casi como un dardo envenenado.

—Entonces, empieza.

Lo que no caigo en la cuenta es que hay palabras que destruyen más que cualquier latigazo.

—Por dónde empiezo… —Acaricia mis piernas con sus manos enguantadas. Lo hace con una intención tan sexualizada que me produce náuseas— ¿Quieres que comience por cómo sufría Vladimir cada vez que tenía que follarme?

—Vuestra vida sexual me importa una mierda —escupo con voz dura.

Ella me observa con fijeza y sonríe.

—Oh, así que sigues sin saberlo… —Echa la cabeza hacia atrás y prorrumpe en carcajadas—. Pensé que habría aprovechado estos meses que yo no he estado. Sin embargo, tratándose de ti… Siempre tan honorable. —Aprecio cómo en cada una de sus palabras destila rabia

—Vladimir es muchas cosas, pero no honorable. —Y esa realidad me sigue doliendo.

—Dios… Lo va a destruir tanto haberte perdido. —Vuelve a acariciarme, como si venerase mi cuerpo—. Estaba tan enamorado de ti, que consiguió contagiarme ese sentimiento y me obsesioné contigo —reconoce, perdida en el movimiento de sus manos—. No entendía qué le diste para que, ni con el paso de los años, no consiguiese olvidarte.

Llega hasta mis pechos y los estruja con tal fuerza que esputo un alarido de dolor.

—No sé de qué diablos hablas —grito, removiéndome para que me suelte—. Él te eligió a ti —le recuerdo.

—¡¿Me eligió?! ¿Eso crees que fue lo que pasó? —Al fin me suelta, pero la alternativa es igual o más dolorosa cuando recaen en mi cuerpo un par de latigazos. Uno en la clavícula, que noto cómo me abre la piel, y el segundo en los muslos—. ¡Lo obligaron! Se lo impusieron, y eso condenó mi existencia.

Mi respiración sale acelerada, intentando controlar el escozor que me producen los verdugones.

—N-no. No —niego, y el esfuerzo de mover la cabeza me produce un mareo—. Él se sintió liberado cuando perdí al bebé y me dejó.

Larisa vuelve a engancharme por el pelo. Temo que, a este paso, consiga despegar los mechones de mi cuero cabelludo.

—Eso es lo único que salió bueno de todo aquello. Boris fue inteligente al dar la orden de que te atropellasen. El futuro *pakhan* nunca debía tener descendencia de sangre sucia.

Sus palabras duelen más que cualquier golpe que haya recibido hasta ahora.

—F-fue… Boris.

No puedo controlar que las lágrimas se me acumulen en los ojos.

Siempre pensé que el accidente fue fortuito, que el conductor, asustado por la situación, se dio a la fuga.

—¿Tampoco lo sabías? —pregunta con un deje burlón—. Y yo que pensaba que odiabas tanto a Vladimir por esa razón, que lo culpabas de lo ocurrido. —La diversión que reflejan sus ojos rayan la locura—. Mi amado suegro no estaba feliz con vuestra relación. Le exigió constantemente a Vladimir que cortase aquella pantomima. Él ya tenía planeada la vida de su hijo. Se había comprometido con mi familia y esa unión nos haría mucho más fuertes en Rusia, pero tuviste que aparecer tú y poner en peligro aquel acuerdo. Se lo advirtió. O se alejaba de ti, o que se atuviera a las consecuencias, pero él estaba tan embrujado por ti que desoyó sus exigencias.

Dios mío, la familia Pavlov estaba mucho más podrida de lo que siempre imaginé.

»Cuando llegó la noticia de que esperabais un hijo, mi suegro no dudó en hacer lo que era necesario. A él le hubiese gustado que aquel ataque no solo acabase con el bastardo, sino esperaba que tú hubieras muerto. —En este punto, las lágrimas, una mezcla entre pena y rabia, ya me caen por el rostro—. Así que no le quedó más remedio que amenazar a Vladimir y asegurarle que, si no desaparecía de tu vida, él se encargaría de que desaparecieses de este mundo. ¡Adivina qué eligió el honorable de mi marido! —cuestiona con amargura—. Aunque ya lo sabes. Prefirió sacrificarse, casarse conmigo y convertirme en una desgraciada, por ti. ¡Antepuso tu vida a todo lo demás! —grita a un palmo de mi cara, pero yo estoy más allá de que me importe.

Toda la vida odiando a Vladimir, pensando que era un ser despreciable y lo único que hizo fue protegerme.

No sé si sentirme halagada o rabiosa. Debió confiar en mí. Estoy convencida de que juntos podríamos haber acabado con la amenaza que representaba su padre.

Dieciséis años, demasiado tiempo engañada.

—¿Entiendes ahora que mi odio hacia ti esté justificado? ¡El fantasma de tu recuerdo me robó mi vida! —vocifera. «¡Y vosotros me robasteis la mía!», grita mi interior sin inmutarse—. Puede que Vladimir acatase las órdenes de su padre, pero le aseguró que, por su parte, no tendría un heredero. Me quitaste la oportunidad de ser madre, de engendrar a quien en un futuro gobernaría la Bratva.

El golpe que me suelta en esta ocasión hace que la silla se tambalee y caiga con fuerza al suelo.

Ni siquiera me muevo, permanezco en una posición incómoda sin importarme qué me pueda suceder. Mi cabeza solo repite una y otra vez el mismo pensamiento: «lo hizo para protegerme».

Ese nombre retumba dentro de mi cráneo como un eco maldito, más fuerte que el dolor, más cortante que el frío. El hombre que me tendió la mano cuando era joven, que me dio la seguridad en mí misma que tanto anhelaba. Quien me mostró las reglas de este mundo y me hizo creer que formaba parte de algo más grande que yo y, al mismo tiempo, me enseñó lo que era el amor. El que, durante muchos años, convertí de manera injusta en el verdugo silencioso que destruyó todo lo que alguna vez amé.

Qué equivocada estaba…

Larisa sigue hablando, su voz sube y baja con una cadencia casi hipnótica. No la escucho del todo, pero cada palabra me llega como una astilla. Está desahogando años de resentimiento, de humillaciones acumuladas, y yo soy su recipiente.

—Tú no entiendes lo que fue convivir con tu fantasma —repite, respirando con fuerza—. Cada vez que me tocaba, cada vez que decía mi nombre, sabía que pensaba en ti.

Sus palabras gotean veneno, pero debajo del odio hay una herida vieja y purulenta.

—¿Crees que, haciéndome esto, lo vas a curar? —consigo decir con voz ronca.

Larisa se inclina hacia mí, tan cerca que puedo oler su perfume caro mezclado con su propio sudor.

—No, pero te aseguro que me va a aliviar.

El sonido del látigo vuelve a llenar la habitación. Cada golpe es como si estuviera escribiendo su propia historia sobre mi piel.

Intento desconectarme del dolor, me concentro en un punto fijo frente a mí.

—Mírate —dice Larisa, con una mezcla de desprecio y fascinación—. Casi puedo entender por qué todos caen rendidos ante ti. Es delicioso intentar doblegarte.

Deja caer el látigo y se agacha a mi altura. Me levanta el mentón con un dedo enguantado.

—Nadie vendrá a buscarte, Isabella. Esta vez ni tu apellido podrá salvarte. Tengo planes para ti y el mocoso.

Al oír cómo se refiere a Adri, comienzo a acumular todas las fuerzas que me han abandonado.

—Eso ya lo veremos.

La frase me sale más débil de lo que quisiera, pero no retiro la mirada.

Se abre una puerta detrás de ella y reconozco a la mujer que aparece. Es Nadia, la hermana de Larisa, y ahora recuerdo que fue quien me drogó.

—Maldita sea, Larisa, te dije que no te cebases con ella —la regaña, entrando en el cuarto—. En cuanto Valentina traiga al niño, podremos avisar a Vince y, si se la ofrecemos inservible —me señala —, quizá no acepte el trato.

—¡No vais a tocar un pelo a Adriano, malditas putas! —Me revuelvo como si me hubiesen inyectado adrenalina en vena.

Sé que no me encuentro en el mejor momento de realizar promesas, pero si algo puedo jurar es que protegeré a mi sobrino con mi vida.

CAPITULO 26

Valentina

Los remordimientos son una inquietud o culpa interna que aparecen después de una mala acción, señalan los errores cometidos, fomentan la reflexión y conllevan al aprendizaje.

Nunca los he sentido, siempre he opinado que cada decisión que he tomado ha sido en beneficio propio. Sí, esa es una actitud egocentrista, pero ¿quién a lo largo de su vida no ha hecho algo sabiendo que, si conseguía un provecho, podría perjudicar a otros?

Todos. Nadie se salva.

Se denomina comportamiento competitivo. Y aunque sea justificado, sigue considerándose egoísta.

El caso es que jamás había sentido remordimientos hasta ahora. Es una sensación que, por más que intentes escapar de ella, te persigue hasta devorarte viva.

No importa cuánto intentes distraerte ni cuántas veces repitas en tu cabeza que hiciste lo correcto, esa voz, ese eco envenenado, se filtra entre tus pensamientos como una gota constante que termina por abrir grietas en la razón.

He intentado buscar la lógica detrás de mis actos, aferrarme a la idea de que el fin justifica los medios, pero cuando la noche llega y el silencio se vuelve más ruidoso que cualquier palabra, me descubro a mí misma repasando cada detalle, cada gesto, cada mirada que ignoré de forma deliberada.

El recuerdo no perdona, tiene la cruel habilidad de presentarse en los momentos más inoportunos: en medio de una conversación banal, en un trayecto sin destino o justo antes de dormir, cuando la mente se queda desnuda ante su propio juicio.

Y ahí es cuando lo entiendo, los remordimientos no aparecen por lo que hicimos, sino por lo que no llegamos a hacer, por las palabras que callamos, las disculpas que no pronunciamos y las manos que no extendimos. Es la deuda que te acompaña para que enmiendes tus errores.

Me gustaría decir que el tiempo lo cura todo, pero mentiría. El tiempo solo le da forma al dolor, lo moldea, lo hace más soportable a veces, más punzante otras. Lo transforma en una sombra que te persigue, incluso cuando crees haberla dejado atrás.

Quizá, al final, los remordimientos no vienen a castigarnos, sino a recordarnos que todavía tenemos conciencia, que en algún rincón de este ser egoísta aún queda humanidad suficiente para cambiar. Y en ese dolor, paradójicamente, se esconde la redención.

Esta noche yo tenía previsto alcanzar una meta, ser más inteligente que cualquiera y recuperar a mi hijo. No porque sea esa madre que sufre con su pérdida, nunca he sentido el instinto maternal, apreciaba a Adriano, pero nunca he tenido la conexión con él que sé que una madre debe tener con su propia carne.

Él fue un medio para un fin. A él siempre lo vi como un seguro de vida. Uno que, cuando llegase el momento, podría librarme de los errores que cometí.

Me relacioné con personas peligrosas y me mezclé en el núcleo de la Camorra solo para demostrar que yo también pertenecía a este mundo.

Me equivoqué.

Vincenzo Februcci resultó ser un demonio disfrazado de encanto. Caí en su trampa y, cuando quise darme cuenta, ya era demasiado tarde. Había entregado más de lo que imaginaba: mi voluntad, mi silencio, mi libertad. Vincenzo no pedía lealtad, la exigía a base de golpes. Cuando la obtenía, la corroía desde dentro hasta que una no recordaba quién era antes de conocerlo.

Durante meses viví a su sombra, obedeciendo órdenes que jamás habría pensado ejecutar. Aprendí a moverme entre mentiras, a sonreír mientras pensaba en escapar, pero no se huye de un hombre como él. Nadie lo hace sin pagar un precio.

Hasta que descubrí que, ganándome su confianza, llegaría mi oportunidad de deshacerme de él.

Soporté palizas, aguanté que me follará creyendo que mi cuerpo le pertenecía. Mi obediencia se convirtió en adictiva para él. Cuanto más me sentía bajo su yugo, más apreciaba que me necesitaba. Pasé de ser un simple juguete a convertirme en la mujer que adoraba.

Los hombres se vuelven descuidados cuando se obsesionan con un coño. Descubrí información importante de los tratos que cerraba y, cuando supe que estaba embarazada, la aproveché y di el chivatazo a las autoridades.

Lo condenaron a veinte años. Para mi desgracia, solo cumplió cuatro de ellos, y durante ese tiempo escondí del mundo a su hijo, sabiendo que llegaría el instante en el que me serviría como moneda de cambio.

La mayoría de personas que alcanzan el poder se vuelven unos dictadores por decreto, no soportan pensar que en algún momento alguien actúe como ellos mismos y quieran arrebatárselo. Son tan narcisistas que gobiernan infundado la ley del miedo y solo están dispuestos a ceder su legado a alguien que hayan moldeado a su imagen y semejanza.

Adriano es esa pieza fundamental en mi vida.

Siempre supe que la única forma que tendría de escapar de la furia del Cuervo de Sangre era ofreciéndole a su propio hijo.

En el instante que supe de su excarcelación, comenzó mi cuenta atrás. Sabía que me buscaría y, conociéndolo, que no habría posible escapatoria y me encontraría.

Lo que nunca esperé es que Isabella interceciese y truncase mis planes.

Sin Adriano al alcance de mi mano, tuve que idear una opción B.

Nadia, la hermana de Larisa, nos habló de la fiesta que se celebraría en el local de Vladimir y Yuri. Un club que, hasta donde sabía, se creó para atraer a mi compañera.

Larisa puede tener una mente perversa, pero nunca ha sido una mujer paciente. Vladimir la conoce lo suficiente para saber que la sacaría de quicio descubrir que su marido emprendía un negocio que

parecía fructífero. Es lo que conlleva tener un alma codiciosa, que, por mucho que tengas, nunca es suficiente. La llevaban los demonios al pensar que no va a sacar tajada de algo que le pertenece por derecho propio.

Por más que yo he intentado hacerle ver que se trata de una trampa para atraerla, no me ha hecho caso. La rabia la ciega hasta el punto de que, antes de su apertura, lo hizo volar por los aires.

No sirvió de nada y, a pesar de todo, el Mystral abriría sus puertas por todo lo alto, convocando una fiesta de La Sociedad de las Máscaras.

—No pienso permitirlo —adujo Larisa frente a su hermana cuando nos enteramos.

—Deja de comportarte como una esposa despechada —le reprochó Nadia—. Padre está muy disgustado contigo.

—Padre puede irse a la mierda. —Larisa se acercó hasta el mueble bar y se sirvió una copa de vino—. Debería agradecer a quien financia su casino y la vida de lujos que lleva.

Nadia se encendió un cigarro y soltó un suspiro mientras expulsaba el humo.

—Tu marido le hizo una visita. Y no fue de cortesía —informó—. Agradece que solo yo sepa vuestro paradero. —Nos señaló con el pitillo—. Si padre lo hubiese sabido, en estos momentos, ya estaríais bajo la bota de Vladimir.

Sonrió.

—Lo quiero muerto —declaro Larisa—. Y a la zorra de tu hermana también. —Me miró.

—Ten paciencia, Larisa —intervine.

—Conozco a mi esposo, tanto que sé que no descansará hasta encontrarnos y matarnos —declaró, tirando la copa y haciéndola añicos contra la pared—. Para el caso, no entiendo por qué estás tú tan serena. La puta de tu hermana nos jodió el intercambio con Vince al llevarse al mocoso. —Se acercó hasta mí y envolvió sus manos en mi rostro para acercarlo al suyo—. No pienso renunciar a ti, ¿me oyes?

Me besó con voracidad, con ira. Sentí cómo la bilis me subía hasta la garganta. Llevaba un tiempo que apenas soportaba el

contacto con Larisa.

—Voy a ir a esa fiesta —manifesté, apartándome de su lado—. Una vez allí, atraeré a Isabella y haremos un cambiazo entre ella y yo. Y tú me ayudarás. —Miré a Nadia.

—¿Crees que nadie sospechará? —cuestionó la pequeña Ramminov.

—No estaré entre ellos el tiempo suficiente para que así sea, solo lo justo para que me lleven hasta donde tienen a mi hijo y poder llevármelo.

—Está bien —aceptó Nadia—. Con una condición, quiero a Vladimir para mí.

Si a Larisa le importó el tono lascivo con que lo dijo su hermana, no lo demostró. En cambio, ella declaró:

—Y matamos a Isabella.

—¡No! —exclamé tajante—. Se me ocurre algo mejor… —Sonreí cuando se me formó la idea.

Sabía que Vince no aceptaría como único pago que le diese a su hijo. Él querría castigarme, y justo eso es lo que haría, pero no sería a mí, sino a mi hermana. Después de todo, para él siempre fui Isabella, su amada Bella Donna.

El plan estaba claro, nada más llegar y saludar, Nadia se fue hasta una salida trasera y comenzó a coquetear con el guardia que custodiaba esa entrada. Cuando consiguió ponerlo lo bastante cachondo y convencerlo de ir hasta unas salas privadas para continuar jugando, me avisó de que tenía vía libre.

Entré al Mystral junto a varios guardias contratados sin encontrar resistencia. Deambulé, mimetizándome entre las sombras, acechando a mi gemela sin que ella lo sospechase. Pensé que todo se iría al traste cuando el infierno se desató a nuestro alrededor, no obstante, resultó ventajoso, y entre el caos y el alboroto atraje a Isabella hasta donde yo quería.

Hice que me persiguiese, y cuando me escondí en una de las habitaciones, donde me esperaba Nadia y nuestros hombres, ella aprovechó y, cuando Isabella entró, le inyectó la dosis justa de midazolán para que perdiese el conocimiento.

Me cambié con su ropa y nuestros hombres la sacaron, mezclándose entre los invitados.

No me costó adoptar el comportamiento de mi hermana. Tras toda una vida juntas, me resultaba fácil de imitar. Lo que no esperé fue comprobar que aquel grupo tan dispar, con rencillas personales, se unió para solucionar el problema que se les presentó.

Me chocó la protección que profesaba Vladimir hacia la que creía que era Isabella, y cómo mi hermano, desesperado, ayudaba al ruso a acabar con los cuervos. Sin embargo, lo que más me impactó fue el dolor reflejado en Adriano cuando supo que yo había estado allí. Pude percibir que, a pesar de todo lo que había hecho hasta ahora, aún me quería.

Justo ahí me vi poseída por los remordimientos que con tanto ahínco había intentado esquivar, cuando el deseo de redención se instaló en mi interior, como si fuese lo único que precisase para seguir viviendo.

Es cierto que entré en estado de *shock*, pero no por lo que cualquiera pudiera pensar, lo hice porque yo siempre había ansiado tener el sentimiento de pertenencia que se respiraba entre ellos. Podían tener sus diferencias, podían no estar de acuerdo en cómo manejar según qué situación, no obstante, los vi como un equipo. Un grupo unido por las circunstancias en el que yo era una intrusa.

Después de pegarme una ducha, salí a hurtadillas por la ventana sin llevar a cabo lo que había ido a hacer esa noche. Hui de aquella casa más confundida que en toda mi existencia. Y ahora, aquí me encuentro, dispuesta a traicionar a quien una vez me dio una oportunidad y me salvó del infierno.

Porque los dichosos remordimientos perduran más que el placer que los engendra; se aferran al espíritu como una huella que ni el tiempo ni las justificaciones logran borrar. Son un eco persistente que nos devuelve, una y otra vez, al instante en que erramos y reaparecen cuando el silencio nos obliga a escucharnos.

CAPITULO 27

Isabella

Me despierta el sonido metálico de un cerrojo. El corazón comienza a latirme con rapidez al entender que debí de perder el conocimiento mientras Larisa se ensañaba conmigo y ponía en práctica sus dotes con el látigo. No sé cuántas horas o días llevo aquí; la noción del tiempo se ha vuelto un tanto difusa.

La puerta se abre con un chirrido lento a la par que entra una línea de luz amarillenta que corta la penumbra. Me fijo en que una silueta se recorta contra el marco y me tenso al reconocerla enseguida.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto a Valentina, con la voz áspera de lo seca que tengo la garganta—. ¿Has venido a rematar el trabajo que empezó la zorra de tu amiga? —suelto con desprecio.

Me fijo en que mi hermana me lanza algo que cae sobre mi regazo. Es un abrigo. Cuando la mezclilla me roza los verdugones del estómago y los muslos, siseo de dolor.

—Intenta no joderla y no hagas que nos descubran. Voy a sacarte de aquí.

«¿Cómo dice…?».

La observo en silencio mientras se acerca. Tiene el pelo pegado a la frente a causa del sudor, las manos temblorosas y la respiración entrecortada. Es como si hubiese llegado hasta aquí huyendo del mismísimo diablo.

Ha visto tiempos mejores.

No parece la misma Valentina que tan acostumbrada nos tenía. Siempre tan perfecta, impecable. Tampoco me atrevo a creerme sus palabras. Me engañó una vez y casi muero por su culpa, ¿por qué ahora debería confiar en ella?

Sus dedos buscan algo en la cinturilla de sus pantalones, se le cae al suelo y mis ojos se centran en el objeto, que reconozco como Simone.

Aprieto los labios, rabiosa al entender que se apropió de él cuando me dejaron fuera de juego.

Ya perdí un bisturí en una ocasión y me prometo a mí misma que este no correrá la misma suerte.

—¿Ahora quieres ser mi salvadora? —pregunto con un hilo de amargura en la risa.

Mi cuerpo reacciona cuando se posiciona a mi espalda. Me remuevo en la silla e intento huir de su contacto.

—¡Maldita sea! Deja de moverte si no quieres que te rebane las muñecas —me advierte, sosteniéndome de un hombro.

—Seguro que lo disfrutarías —mascullo, siendo consciente de que, por mucho que pelee, estoy a su merced.

—¿Quieres que te ayude o no?

—¿Estás de broma? Tú me trajiste aquí, joder. Tú me entregaste a Larisa.

Giro la cabeza y la observo por encima del hombro. Ella permanece quieta, con Simone en una de sus manos y los labios apretados.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? ¿No tienes más que decir? Esto es increíble. —Cabeceo, incrédula—. ¿Qué demonios te ha pasado, Valentina? ¿Tanto me odias para hacer lo que hiciste? ¿Lo que estás haciendo?

—Tú no lo entiendes —murmura.

Siento en mi piel el frío metal del bisturí cuando comienza a serrar las bridas.

—¡Pues explícamelo, *cazzo*! —grito.

Ella suelta un prolongado «shhh» para que baje la voz a la vez que añade entre susurros:

—¡Me opacaste, Isabella!

—¿Que yo qué…? —Niego, sin dar crédito a lo que dice.

—¿Ves? ¿Por qué debería de explicártelo cuando ni siquiera eres consciente de lo insignificante que siempre me he sentido a tu lado?

—No sé de qué demonios hablas… Tú siempre recibiste toda la atención, joder, y para mí estaba bien, que conste.

—Ese es el problema. Yo me tuve que esforzar en que se centrasen en mí porque fue lo que tú decidiste —rebate, alterada. Suelta un tajo con el bisturí y siento la herida que me hace en el antebrazo, que seguro que ni se ha dado cuenta—. Siempre fuiste a tu rollo, a tu aire. La gemela antisocial… —comenta con retintín—. Nunca te importó lo que opinaran de ti y era agotador ver que tu actitud de mierda siempre atraía a los demás. —Con cada palabra, corta las bridas con más brío. Mantengo silencio sin interrumpirla, temiendo que, en uno de los cortes, se le vuelva a ir la mano—. Primero me robaste el afecto de nuestro padre…

—¡Yo no hice tal cosa! —me defiendo.

—¡Lo hiciste! Él se centró en ti. Pasaba tiempo a tu lado instruyéndote, entrenándote para que formaras parte de la Cosa Nostra.

—Yo nunca quise involucrarme, y lo sabes.

—Y, aun así, él tenía puestas todas sus esperanzas en que recapacitases. Cuando yo sí estaba interesada.

Cada vez noto cómo mis muñecas se me aflojan.

—Deberías habérselo dicho.

—¡Lo hice! Solo sonrió, pensando que era un simple capricho.

—No puedes culparme a mí por que no te tomase en serio.

—Pero sí puedo culparte de robarme a Vladimir.

Es escucharla decir eso y girar de nuevo la cabeza.

—¿De qué cojones hablas? —La miro con fijeza, con todo el cabreo que me quema por dentro.

—Existía *feeling*. Sabía que tarde o temprano ocurriría algo entre nosotros, sin embargo, apareciste tú y lo deslumbraste con tu indiferencia.

—No estás bien, Valentina —le digo, siendo consciente del grado de locura que atraviesa mi hermana.

—Me alegré tanto de lo que te sucedió… Disfruté tanto viendo cómo quedabas destrozada cuando él te abandonó.

—Eso es muy cruel —le reconozco, sintiendo un nudo en la garganta.

—Cruel es cómo me hacías sentir a mí.

—¡Yo no sabía que mi sola presencia te afectaba!

—Y por eso merecías sentir parte de mi dolor.

Me resulta tan mezquino lo que dice que noto cómo algo dentro de mí se rompe.

—¿Por qué liberarme, entonces? —cuestiono a media voz—. Tienes la oportunidad perfecta para deshacerte de mí de una vez.

—La gente cambia. —La veo encogerse de hombros, concentrada en desatarme—. Y porque eso hará que, a los ojos de nuestro hermano y nuestro padre, quede como una heroína. Al fin verán que yo sí puedo formar parte de la mafia sin romperme.

Dios… Valentina está peor de la cabeza de lo que me esperaba.

—¿Y tu hijo? ¿No te importa lo que piense él de todo esto? —le pregunto, preocupada por el bienestar del pequeño—. Lo has tenido escondido, por el amor de Dios.

—Adriano… Él…

Hay algo en su voz, una grieta, pero la rabia me quema demasiado para escucharla del todo.

—Ese niño… Fue concebido con la semilla del diablo. —Forma una mueca en sus labios—. Quédatelo. Sé lo mucho que siempre has añorado tener uno y que lo tratarás como se merece.

—¡No es un juguete para que lo regales!

—Pensé que contigo estaría mejor. Aunque no lo creas, no le deseo mal a ese niño, sin embargo, solo con verle, me recuerda a una etapa oscura de mi vida que no quiero revivir —menciona—. Era mi moneda de cambio. Larisa se lo entregaría a Vince a cambio de mi libertad.

«Por encima de mi cadáver».

—Eres igual que ella —le escupo—. Te escondes detrás de tus excusas, fingiendo que no tienes elección.

—La diferencia entre ella y yo —responde. Me mira y sus ojos están llenos de humedad—, es que yo estoy intentando enmendar mis errores.

—¿Esperas que te dé las gracias?

El plástico cede, liberando la atadura de mis muñecas. El dolor me recorre los brazos, pero apenas tengo tiempo de sentir alivio.

Un ruido nos alerta. Apenas recupero la movilidad de mis extremidades cuando Larisa traspasa la puerta.

—Qué escena tan conmovedora —su voz corta el aire.

El brillo del arma que lleva en su mano me devuelve el miedo que apenas empezaba a desaparecer.

Valentina se levanta con tanta urgencia al verse sorprendida que Simone se le cae al suelo.

—Larisa, escúchame.

—¿Escucharte? —Ríe ella, despacio, lo que resulta un sonido escalofriante—. Después de todo lo que he hecho por ti, ¿ahora te apiadas de la rata que quisiste aplastar?

—No es lo que crees.

Podría decirse que es justo lo que parece, pero permanezco callada, pendiente de cada movimiento de ambas.

—¡Cállate! —interrumpe Larisa, alzando la voz—. Siempre supe que eras una blanda, Valentina. Intenté endurecerte. Mostrarte que, para dejar huella en este mundo, hay que ser despiadado, pero veo que no aprendiste nada estando a mi lado.

—Hablemos, Larisa —insiste Valentina, dando un paso y quedando a mi lado en la silla—. Olvidémonos de la venganza, larguémonos tú y yo juntas. Tenemos todo cuanto queremos…

—¿Crees que no te he escuchado? ¡¿Piensas que soy idiota?! —le grita la rusa, perdiendo la paciencia—. Quieres redimirte a ojos de tu familia liberando a esta puta. —Muevo imperceptible el pie. Si pudiera coger a Simone…—. ¡No te muevas! —Alza Larisa la pistola, apuntándome directa—. Nadia estaba en lo cierto. Llegado el momento, te pondrías de parte de tu familia y acabarías traicionándome.

—Tu hermana está equivocada. —Le tiembla la voz a Valentina —. Y-yo… Te quiero.

Puede que sea la conexión entre gemelas o el simple hecho de que siempre he sabido cuándo Valentina mentía. Y la declaración que ha hecho se nota a leguas que es totalmente falsa.

Larisa también debe percibirlo porque arruga sus labios con desprecio.

—Al final, la sangre manda, ¿no? Por eso yo sabía que solo podía confiar en mi hermana.

—¿Qué has hecho, Larisa? —cuestiona Valentina, alarmada.

—No hay mayor castigo para ti que entregarte a tu peor pesadilla. Te aseguro que disfrutaré al ser testigo de lo que Vince te haga cuando te vea. De hecho, debe estar a punto de llegar. —La cara de mi hermana palidece—. Pero antes de que eso suceda, te enseñaré una última lección. Te demostraré que puedo encargarme de lo que tú no tuviste el valor de hacer.

Todo pasa tan rápido y lento a la vez que siento como si el tiempo se hubiese replegado sobre sí mismo.

Me levanto de la silla y me abalanzo contra Larisa, Valentina intercede en mi movimiento y me empuja. Caigo al suelo en el instante que escucho cómo el disparo estalla en el aire.

El cuerpo de Valentina se arquea y el grito que escapa de su garganta es algo que dudo que alguna vez logre olvidar. Cae de rodillas frente a mí y me fijo que la sangre brota rápido, demasiado rápido, empapando su blusa.

Larisa se ve tan sorprendida como lo hago yo.

—¡No! —suelta un sonido agónico, como si se estuviese resquebrajando por dentro al haber fallado.

En el instante que sus ojos conectan con los míos, todo el dolor desaparece y es sustituido por un odio visceral.

Vuelve a levantar el arma para apuntarme, pero justo cuando pienso que este es mi final, que correré la misma suerte que mi hermana, Valentina la empuja, haciéndole perder el equilibrio. El arma resbala, cae al suelo y rueda hacia mí. Casi sin pensar, tumbada en el suelo como estoy, me estiro y la agarro, cambiando las tornas.

La incredulidad en Larisa dura solo unos segundos.

—¿Tú? —se burla al ver cómo me tiemblan las manos—. Ni siquiera tienes idea de lo que estás haciendo.

Miro a Valentina, que se agarra el costado por donde la sangre no para de manar. Cuando mis ojos vuelven a posarse en los de Larisa, sé lo que debo hacer.

—Sí. Sí que la tengo —respondo, y, sin pensarlo, aprieto el gatillo.

El disparo hace un efecto de retroceso y mi cuerpo se mueve de manera involuntaria, sin embargo, mis ojos se concentran en lo que acontece ante mí. El impacto da directo entre los ojos de Larisa y la derriba. Su cuerpo cae hacia atrás, de forma pesada, mientras el eco del disparo se entremezcla con mi respiración desbocada.

Ni siquiera soy consciente de que el silencio aparece de inmediato al arrastrarme hacia donde se encuentra Valentina. Tiene los ojos entreabiertos y el rostro pálido. Al tenerme frente a ella, la veo mover sus labios.

—No hables —le digo, presionando la herida con las manos—. No hables, por favor.

Ella sonríe, débil.

—Y-yo… la o-odiaba…

—Cállate —le susurro, con la voz quebrada—. Vas a salir de aquí, ¿me oyes? Vas a salir…

Noto que su respiración se vuelve irregular.

Le reviso la herida.

Siempre he tenido buena maña en lo que a curar heridas se refiere. Podría hacerle una pequeña incisión y extraerle la bala, el problema es que no tengo nada con lo que coserla y cortar la hemorragia.

Mientras la examino, la sangre mancha mis brazos, mis piernas, todo mi cuerpo semidesnudo. Por primera vez en mucho tiempo, no siento rencor por mi gemela, solo un dolor angustioso que me arde en el pecho.

La miro.

Esta es la mujer que hace seis meses me dejó a mi suerte. La que me ha entregado y ha contribuido a que permanezca prisionera, recibiendo castigos de su amante. Y ahora… Joder, ahora se muere entre mis brazos. Yo, que juré no sentir nada más que odio hacia ella, no puedo evitar que me tiemble la voz al decirle:

—Voy a sacarte la bala. Te pondrás bien.

Sus ojos se nublan y sus labios forman una sonrisa apagada.

—¿P-por qué lo h-haces?

—Shhh…

La coloco con delicadeza sobre el suelo.

—¿Por q-qué me a-ayudas?

La miro.

Me quedo fija en su rostro, tan similar al mío.

—La gente cambia —repito las palabras que hace un rato ella me dijo a mí.

Gateo hasta el centro de la habitación. Lo primero a por lo que voy es a por el abrigo y me lo pongo. Estoy tiritando, no sé si de frío o de nervios. Me anudo el cinturón, lo más apretado posible, para que el calor vuelva a mí con mayor brevedad.

Después busco a Simone; en cuanto lo localizo y lo recojo, lo beso, esperando que me dé el valor que necesito para lo que tengo que hacer.

Miro a mi alrededor y no hay nada que me sirva para taponar la herida.

El cuarto queda en silencio otra vez, salvo por el goteo constante de agua y mi respiración rota. Me giro hacia Valentina, que permanece tal y como la dejé. Observo su pecho y contengo el aliento. No lo suelto hasta que compruebo que, aunque de manera lenta, se mueve a causa de su respiración.

Miro el cuerpo inerte de Larisa. Sé que debería de afectarme haber matado de un disparo a bocajarro y sin dudar a una persona, pero lo único que siento es desprecio. Llego hasta ella y maniobro con su cadáver para quitarle la blusa de seda que lleva puesta.

—Esto ya no lo vas a necesitar.

Vuelvo a donde se encuentra Valentina, que entreabre los ojos al sentirme a su lado.

—Esto va a doler —reconozco, levantando su blusa.

Observo que tiene un orificio, debajo de las costillas del lado derecho, del cual no para de brotar sangre.

Alzo la mano donde sostengo a Simone y la vuelvo a bajar al ver que no para de sacudirse.

—¡Hazlo! —Para una persona que está al borde de la muerte, la orden le sale fuerte y contundente.

—Deberíamos salir de aquí y pedir ayuda —me acobardo.

Si corto donde no debo, si por mi culpa empeoro más su estado… No me lo perdonaré jamás.

—Deja de dudar y hazlo.

Tomo una respiración profunda, intentando serenarme, pero ¿cómo alguien puede mantener la calma cuando en sus manos tiene la vida de su propia hermana?

Puede que Valentina no merezca piedad, que no deba sentir misericordia hacia ella, sin embargo, en el último momento intentó redimirse. Es cierto que no por las razones correctas, pero volvió para liberarme.

¿Qué nos diferenciaría si yo no hiciese nada por ayudarla?

Intento dejar mi mente en blanco y concentrarme en lo que tengo entre manos. Acerco a Simone hasta la herida y hago un pequeño corte. La sangre sigue fluyendo cuando inserto la punta del bisturí y hurgo, buscando la bala. Al notar que choca contra algo duro, ejerzo palanca.

Me cuesta tres intentos conseguir extraer la bala. Nada más sacarla, cojo la blusa de Larisa y la presiono contra la herida. Me quito el cinturón del abrigo y lo enrollo, apretándolo con fuerza al cuerpo de Valentina para intentar cortar la hemorragia.

—Tenemos que salir de aquí. Esto no aguantará mucho —comento al observar que la sangre, aunque con menor intensidad, sigue saliendo.

Un ruido fuera del cuarto nos alerta.

Miro a Valentina y no hace falta que diga nada para leer lo que quieren decir sus ojos, aun así, la escucho decir:

—D-demasiado tarde. Vince ya está aquí.

CAPITULO 28

Vince

Toda acción tiene su repercusión. Unas veces puede resultarnos ventajosa; otras, por el contrario, puede ser perjudicial. Cara y cruz. Los dos lados de una misma moneda. En esta ocasión, la fortuna ha estado de mi parte.

Sabía que, tras el movimiento que he hecho esta noche en la fiesta de La Sociedad de las Máscaras, obtendría frutos. Lo que no imaginé es que fuesen antes de lo previsto.

—¿Confía en la palabra de esa mujer, jefe? —me ha preguntado Viatore tras ponerlo al tanto del siguiente movimiento.

—Yo no confío ni en mi propia sombra —he reconocido—. Pero si algo me ha enseñado la vida es a oler la desesperación.

Tras salir de la fiesta, se ha puesto en contacto conmigo la mismísima Nadia Ramminov, una princesa de la Bratva que me ha proporcionado información muy interesante.

Me han hablado del *pakhan*, un tal Vladimir Pavlov, el encargado de organizar la fiesta y amante de mi Bella Donna. Ojalá hubiese estado al tanto de esa noticia antes. No hubiese desaparecido del club sin haberlo eliminado antes. Nadie toca lo que me pertenece. También me ha contado que él y Adriano Moretti, hermano de Isabella, son quienes custodian a mi hijo, pero que esta noche alguien conseguiría hacerse con él.

Por eso me ha propuesto un trato que no he podido rechazar. Ella y su hermana, la esposa del ruso, me devolverán a mi hijo y a la traidora de su madre. A cambio, solo debo comprometerme a que dispongan y puedan hacer uso, una vez al mes, de las instalaciones de La Dalia Negra.

No he preguntado para qué necesitan mi prostíbulo, de eso me preocuparé llegado el momento. Lo que me interesa en este instante es que ellas cumplan con su palabra, recibir lo acordado y, una vez que lo consiga, procuraré sacar ventaja de ceder mi local.

No sé qué las motiva a aliarse conmigo, no obstante, la tal Nadia parecía ansiosa en que cerrásemos el acuerdo.

Llego al punto de reunión mucho antes de la hora acordada. Voy escoltado por varios de mis mejores guardias para revisar el perímetro.

La noche huele a gasolina, sangre y a promesas de muerte.

Roma tiembla bajo la llovizna que ha comenzado a caer.

Espero que Nadia Ramminov no falle y que mi Bella Donna se encuentre aquí; después de todo, nadie puede esconderse de mí por mucho tiempo.

El almacén en reconstrucción se levanta frente a nosotros como una mole de óxido en la periferia de la via Ostiense, a treinta kilómetros de la capital. Aguzo el oído, hay un silencio aparente, pero presiento que algo gordo no va a tardar en desencadenarse.

—Viatore —murmuro sin apartar la vista del edificio—, toma a dos hombres y rodead la parte trasera.

Él asiente y obedece, con la mandíbula apretada.

Me ajusto la chaqueta empapada y avanzo; el sonido de mis botas hundiéndose en el barro, mezclándose con el golpeteo de la lluvia, es el único ruido que me acompaña.

Intento mantener la calma al imaginar el reencuentro con mi Bella Donna…

Solo pensar en ella me remueve el pecho. No por amor, eso se acabó hace mucho, sino por esa rabia podrida que deja el deseo cuando se vuelve venganza.

Estos días he podido rehacer mis últimos pasos antes de que me encarcelaran y la única que tuvo acceso a la información del robo de las armas al Ejército fue ella.

Me traicionó. Me usó como a un títere y sus actos no quedarán impunes.

De nada van a servir esta vez sus súplicas. Voy a disfrutar viéndola romperse bajo mis manos.

—Avanzad —ordeno.

Los hombres que permanecen conmigo levantan sus armas, preparados para cualquier cosa que nos depare en el interior. La puerta cede cuando uno de ellos la abre de una patada y nos devuelve la mirada la más absoluta oscuridad.

—Jefe, tenemos compañía —me comunica Viatore por el pinganillo.

Miro a la zona portuaria, no muy lejos de nosotros, y veo la hilera de faros que se acercan a gran velocidad.

—¡Controlad las entradas! ¡Que nadie entre ni salga! —digo en voz alta, tanto para los guardias que van conmigo como para avisar a Viatore y su equipo.

En cuanto los nuevos visitantes son conscientes de nuestra presencia, los disparos no se hacen esperar.

El aire se llena de balas y gritos. Me agacho, rodando detrás de una pila de palés que hay postrados cerca de la entrada.

—¡Maldita sea! —grita uno de los míos.

Un cuerpo cae a mi lado y me fijo en que tiene el pecho abierto.

Asomo la cabeza justo en el momento que los coches paran, derrapando a unos cuantos metros de nosotros.

«No es posible. Maldita Nadia Ramminov. Pagará por esto», pienso al ver a Adriano Moretti resguardarse tras su vehículo y disparar en nuestra dirección.

Miro al coche que para a su lado y me fijo en el rubio que hace lo propio. Aprieto los dientes al reconocerlo como el hombre que esta noche siguió mi rastro en la fiesta y que seguro que se trata del maldito Vladimir Pavlov, *pakhan* de la Bratva.

La risa me sale sola, de una forma amarga y furiosa.

—¡Viatore! —grito entre el estruendo de las balas—. ¡Cúbreme!

——¡Jefe, no puede entrar! ¡La puta nos la ha jugado y es una trampa!

—¡He dicho que me cubras, joder!

Espero a que mi mano derecha aparezca por un lateral y los distraiga para intentar alcanzar el interior del almacén.

El fuego cruzado ilumina el lugar como un relámpago continuo. Viatore dispara hacia los rusos e italianos de manera indistinta,

dándome unos segundos que no desaprovecho. Me lanzo entre el humo, esquivo un cuerpo, salto por encima de una caja derribada y me cuelo en el interior, atrancando la puerta a mi espalda con una barra metálica.

Dentro, todo está desmantelado. Hay plásticos cubriendo el suelo, varias hormigoneras y andamios colocados de forma estratégica.

Avanzo, alejándome de los ventanales, de los cuales, algunos se han hecho añicos al recibir el impacto de las balas.

Me cuelo en un pasillo donde el silencio es amortiguado por la guerra que se está desatando en el exterior.

—Isabella… —Mi voz retumba en el eco del pasillo—. Sal, amor mío.

Una lámpara de obra es la única iluminación que guía mis pasos y hace que no vaya a ciegas.

—¿Dónde estás, mi Bella Donna? —continúo, caminando despacio, la pistola en alto—. Te prometí que, si me traicionabas, yo mismo te haría pagar. Y ya sabes que siempre cumplo mis promesas.

Siento la adrenalina corriendo bajo la piel. Cada sombra podría ser ella, cada ruido podría tratarse de su respiración contenida.

Esa mujer fue mi perdición. Yo seré la suya, ya sea viva o muerta.

Una ráfaga de disparos fuera me recuerda que el infierno sigue abierto. No tengo duda de que mis hombres estarán cayendo, pero no me importa. Sabía que algo así podría suceder y me he rodeado de bastante compañía. De todas formas, si logro encontrarla, todo habrá valido la pena.

El almacén se estremece por una explosión cercana. Cae polvo, humo y fragmentos de metal.

El punto de luz estalla, por lo que en esta ocasión avanzo a tientas, guiado solo por mi instinto y el odio que me quema por dentro.

—Esta vez —murmuro entre dientes— no vas a correr, Isabella. Por mucho que creas que te liberarán, no consentiré que nadie te salve.

La oscuridad me devuelve el eco de mi propia voz. Me doy la vuelta, me quedo quieto y sonrío.

El aire del almacén es denso, saturado de humedad. Cada respiración me quema los pulmones, pero el dolor solo alimenta mi propósito. Mis pasos resuenan en el suelo cubierto de polvo y escombros y el sonido se arrastra, se multiplica entre las paredes desnudas, como si el edificio respirara conmigo.

Una cadena colgante se balancea al paso de una corriente de aire, chocando con un sonido metálico que se clava en mis oídos, y el silencio que le sigue me resulta casi insoportable. Aprieto el arma con ambas manos y coloco el dedo rozando el gatillo, listo para presionarlo.

La oscuridad es tan espesa que parece viva.

El goteo constante que cae desde alguna tubería rota se entremezcla con el eco lejano de los disparos. Mis hombres siguen ahí fuera, matando o muriendo por mí, pero no me detengo a pensar en quién de ellos respirará mañana. La lealtad, al final, siempre tiene fecha de caducidad.

Camino entre sombras. Una lámpara parpadea a mi derecha, agonizante, bañando de luz intermitente un montón de herramientas de obra.

El ruido de una puerta metálica chirría a lo lejos. Me giro de inmediato y apunto. Nada. Solo el viento colándose entre los huecos del techo, aunque mi instinto no me engaña y percibo que no estoy solo.

—¿Me oyes, Bella Donna? —susurro, dejando que mi voz se mezcle con el silbido del aire—. Puedes esconderte todo lo que quieras, pero ya sabes cómo terminará esto. Siempre lo has sabido.

Un trueno retumba fuera y, por un instante, la lluvia golpea el edificio, como si el cielo intentara sepultar todo bajo su furia. La ráfaga de viento levanta el plástico que cubre las paredes, revelando sombras deformes y retorcidas que parecen moverse por su cuenta.

Mi reflejo aparece entre los plásticos sucios, distorsionado y grotesco. Apenas me reconozco, pero me gusta lo que veo. Soy la personificación del castigo que ella misma eligió.

Me interno por otro pasillo lateral y el suelo cruje bajo mis botas. Al fondo, algo cae, puede que sea un andamio, o tal vez alguien que intenta no hacer ruido.

Sonrío.

Si la gente prestara atención, descubriría que el miedo tiene sonido y que acaba de delatarla.

Compruebo que el seguro de la pistola esté echado hacia atrás.

—¿Sabes lo que más me duele de todo esto, Bella Donna? —murmuro, avanzando despacio, jugando con su miedo y con su desesperación de intentar huir de mí—. No solo se trata de la traición, es más tu cobardía. A mi lado podrías haber sido una reina, pero decidiste huir como una vulgar ladrona. Me robaste la confianza que deposité en ti… —suelto con amargura—. Ahora no puedes esconderte del demonio al que durante años has alimentado.

Mis pasos me llevan hasta una escalera que desciende a un sótano. Las paredes están húmedas, cubiertas de moho, y un frío espeso se arremolina ahí abajo.

No dudo.

Bajo un peldaño tras otro, despacio, disfrutando del sonido que hacen mis botas al tocar el metal oxidado.

Cada paso es una promesa. Cada una de mis respiraciones, una sentencia.

El eco de mis palabras se pierde entre los muros, veo una puerta entreabierta a mi derecha.

Me detengo y escucho.

Con la punta del pie la empujo, suena un leve crujido de madera y oigo el roce de tela.

Un nuevo estallido fuera hace temblar las paredes. Un resplandor anaranjado se cuela, iluminando los pasillos con un resplandor rojizo. La sombra de mi cuerpo se alarga en la pared como una bestia desfigurada.

Siento el calor del incendio mezclarse con el frío de la lluvia que entra por el techo roto. Dos mundos colisionando, igual que nosotros.

El caos afuera es música para mis oídos.

Cuando entro en la habitación, el corazón se me salta un latido al distinguir un cuerpo de mujer tendido en el suelo.

Me acerco sin prisa y, al agacharme, suspiro aliviado al descubrir que no es ella.

El agujero en su frente es perfecto. Un punto final para esta preciosa mujer que, a pesar de muerta, aún permanece con los ojos abiertos.

El olor a carne quemada comienza a colarse desde el exterior. A lo lejos, escucho gritos y un vehículo que explota. Viatore y los demás no importan. No soy tan imbécil para creer que saldré ileso de esta, pero antes de que la muerte venga a buscarme, pienso encargarme de ella.

Me levanto, dejando el cadáver tal y como estaba, observo a mi alrededor y sé, sin que nadie me lo confirme, que ella ha estado aquí.

Huelo su perfume en el aire. El mismo aroma que me perseguía cada noche, cuando aún creía en sus mentiras. Es un olor dulce, pero venenoso.

El sótano es una tumba a medio construir, hay cajas apiladas, un foco que parpadea, una silla derribada. Todo como si se hubiese desarrollado una pelea.

Me acerco hasta la silla y la enderezo.

—Oh, Isabella… —susurro, pasando la mano por el respaldo—. Te haré recordar cada palabra que dijiste, cada promesa que rompiste…

Un destello revela un charco en el suelo. Me agacho, paso los dedos por él y descubro que se trata de sangre. No sé de quién ni me importa, para mí significa que estoy en el lugar correcto.

Me incorporo al escuchar un quejido no muy lejos de donde me encuentro y sonrío otra vez.

La cacería acaba de concluir porque ya huelo más cerca el miedo de mi presa.

CAPITULO 29

Isabella

El cuerpo de Valentina pesa más de lo que imaginaba, no sé si por la sangre que empapa su camisa o es por el miedo que me paraliza las manos. La arrastro como puedo fuera del cuarto, con el corazón martilleándome en las sienes.

—Valentina… —le susurro, intentando no mirar la herida que tiene en el costado—. ¿Dónde estamos?

Ella, con su cabeza apoyada sobre mi hombro, apenas abre los ojos mientras que su voz sale en un hilo.

—E-en un almacén… a-abandonado, cerca del río Tíber. C-cerca de la vía Ostiense.

«Joder… Demasiado lejos de Roma».

—¿Cómo llegaste hasta aquí? —cuestiono para mantenerla espabilada y, de paso, para saber si disponemos de algún vehículo.

—C-cuando me e-escapé de v-vuestro fortín… Caminé hasta la a-avenida principal de Parioli y… pillé un taxi.

Si estuviese en una circunstancia más favorable, juro que bufaría.

Cuando estás en una situación tan peliaguda como en la que nos encontramos, tu mente te traiciona y piensa que todo es mucho menos mundano que la realidad. Pero, en serio, ¿algo tan corriente como un puto taxi…?

Adiós a nuestra huida de película.

El aire huele a humedad mezclada con humo. Las paredes están cubiertas de plásticos y las ventanas, rotas, dejan pasar el sonido de la guerra que se libra afuera.

En cuanto he escuchado el sonido de motores, seguido de disparos, juro que me he acojonado más de lo que ya estaba.

Avanzo a trompicones por un pasillo oscuro, apoyando su cuerpo contra el mío. Mis pies descalzos resbalan sobre el suelo cubierto de polvo y cristales. De repente, escucho pasos. Una voz grave que me hace temblar.

—Isabella… —Por mucho que mencione mi nombre, sé que no es a mí a quien en realidad llama, pero eso no hace que resulte menos escalofriante. El tono de Vince resuena como un trueno a lo lejos—. Sal, mi amor. No tiene sentido esconderte.

El corazón se me acelera. Busco con la mirada algún lugar donde escondernos. A la izquierda hay una especie de cuarto de mantenimiento lleno de cajas y una vieja estantería metálica caída. Empujo la puerta con el hombro y dejo a Valentina allí, apoyada contra la pared.

—Quédate aquí y no hagas ruido.

Valentina me agarra la muñeca con la poca fuerza que le queda y noto que su piel está helada.

—Bella… —susurra. Algo se estruja en mi interior al escuchar utilizar mi diminutivo—. ¡No vayas! Vince es un sádico. Él…

—No pienso permanecer escondidas las dos y darle una oportunidad de que nos encuentre. Y tú no estás en condiciones de continuar.

«Si tengo que morir, lo haré luchando», pienso para mis adentros.

Ella me observa. Percibo en sus ojos, tan similares a los míos, que se le cruzan una multitud de emociones.

—Y-yo. Lo siento… —La miro sin poder decir nada. «¿Ahora lo siente?»—. Por todo —continúa con la voz quebrada—. Siento lo que hice y… s-siento lo que no supe hacer. Adri… Él no tiene la culpa de nada. Cuídalo tú, por favor. Ya que yo… —cabecea— no he sabido ser madre.

La rabia que he contenido durante este rato me sube por la garganta, pero algo más fuerte la detiene. Me doy cuenta de que es el miedo de perderla. De perder a quien en estos últimos meses se ha convertido en mi verdugo.

—Cállate. No digas eso ahora —respondo, apretando los dientes —. No es el momento. Ya hablaremos cuando salgamos de aquí.

Pero en el fondo sé que, con toda probabilidad, no habrá un después. Lo noto en su respiración, en la forma en que su mirada se va perdiendo entre sombras.

—Podrías haberme abandonado junto a Larisa. Es lo que m-merecía…

—Esto no cambia nada, Valentina. Sigo sin querer saber nada de ti.

Por muy duras que suenen mis palabras, odio que no resuenen como tal cuando se me rompe la voz.

Valentina sonríe, apenas es un gesto.

—I-incluso al final… Sigues demostrando q-que eres la mejor de las dos. Eres más fuerte de lo que crees… —murmura, dejándose caer y quedando sentada en el suelo. Aún permanece agarrada a mi muñeca, como si eso fuera lo único que en este momento nos mantiene ancladas—. Aunque tú no lo sepas, eres justo lo que necesita mi hijo.

Una explosión retumba afuera.

—Traeré ayuda —le prometo, mirando por encima de mi hombro hacia el exterior del cuarto de mantenimiento.

—¿Me oyes, Bella Donna? Puedes esconderte todo lo que quieras, pero ya sabes cómo terminará esto. Siempre lo has sabido —grita su voz, cargada de furia contenida, más próxima ahora. Quizá se encuentre justo por encima de nuestras cabezas.

Trago saliva y con un movimiento dejo que la mano de Valentina se desprenda de la mía.

—No te muevas. Volveré a por ti —le hago saber, aunque no sé si podré cumplirlo.

—Llévatela. —Me tiende Valentina el arma.

—No —me niego—. Quédatela tú por si al final él consigue llegar hasta a ti.

—S-si él consigue llegar hasta mí… es porque habrá acabado contigo. ¿C-crees que servirá de a-algo que yo la tenga? ¡M-mírame! —exclama en mitad de una tos. Lo hago. Y creo que ella es mucho más consciente que yo de que su situación no es nada buena.

—Está bien —claudico.

Meto a Simone en el bolsillo del abrigo y recojo el arma.

Antes de irme, coloco varias cajas de forma que no se la vea. Sin pensarlo demasiado, me giro y cierro la puerta, con el pulso ardiendo y el alma hecha pedazos.

Escucho cómo el exterior tiembla bajo la lluvia y las balas mientras, con sigilo, avanzo hacia la voz de Vince.

El eco de sus pasos retumba por el pasillo superior, acercándose. Me aplasto contra la pared con la pistola en la mano. El corazón me late tan fuerte que temo que él pueda oírlo.

Baja las escaleras y cambio de escondite. Elijo un espacio diáfano, lleno de columnas y material de construcción, al otro lado del pasillo.

Me escondo tras una columna mientras él continúa hablando. Su voz arrastra mi nombre, como si lo saboreara, y yo tiemblo por enfrentarme a lo desconocido.

La silueta de su cuerpo aparece entre la penumbra. Es alto, no puedo verle bien el rostro, pero su tono no muestra ni un resquicio de humanidad. Avanza y entra en la habitación en la que estuve retenida, como un cazador que ya ha olfateado la sangre de su presa.

Maldigo al oír un gemido que proviene de donde se encuentra Valentina. Me dispongo a cambiar de escondite, pero justo en el momento que me muevo, me agarra por el cuello desde la espalda y me veo encerrada entre unos fuertes brazos sin opción a escapatoria.

Vince suelta una carcajada breve y seca junto a mi oído.

—Te pillé —murmura divertido—. Me parece que esto no lo vas a necesitar.

Con la culata de su pistola me golpea en los músculos lumbricales de la mano. El dolor que siento es tan intenso que me desarma sin que yo pueda hacer algo al respecto; de un puntapié, aleja mi pistola. Con su antebrazo contrario presiona con tanta fuerza mi tráquea que incluso me cuesta tragar.

Clavo las uñas, desesperada por intentar que afloje su agarre y encontrar un resquicio de aire para que entre a mis pulmones.

—Siempre tan combativa —susurra. Apoya la nariz sobre mi cabeza, inspirando sobre mi pelo—. Aún me sigue poniendo

cachondo que te resistas a mí —comenta, arrimando su entrepierna a mi trasero. Notar lo empalmado que le pone la situación hace que me suba una arcada y me asfixie más todavía—. Una pena que no tengamos tiempo para que vuelva a meterte en vereda… Pero eso no quita que mi recuerdo sea el que te lleves al más allá.

Forcejeo cuando siento cómo su mano libre, donde empuña la pistola, se cuela por el abrigo y llega hasta el vértice entre mis piernas.

—Te mataré mientras lleno tu codicioso coño.

Aparta la tela de mi tanga y las piernas me tiemblan al sentir cómo introduce el cañón de su pistola.

A pesar de que apenas puedo respirar, grito al sentir que el acero raspa mi hendidura.

—Guarda las fuerzas para cuando sea mi polla la que te desgarre. —Saca el arma y se me escapa un sollozo cuando la pone delante de mi cara—. Abre la boca —me ordena.

Niego, aunque el movimiento apenas se registra de lo sometida que me tiene por el cuello.

—¡Que abras la boca te he dicho!

Nunca he sido demasiado creyente, siempre he pensado que lo que nos depara la vida no está escrito en ningún sitio, sino que se va tejiendo con cada decisión, cada error y cada pequeña coincidencia que parece casual, pero acaba marcando el rumbo. Sin embargo, comienzo a rezar en mi mente cuando obedezco.

«Padre nuestro que estás en el cielo…», comienzo. No noto el frío del acero en mi lengua.

«Si hay un dios ahí arriba, este es buen momento para que me eche una mano», continúo.

Me concentro en el ruido del exterior. Pidiéndole a la divina providencia que alguien me salve de esta.

—Aún puedo sentir cómo tu boca lamía con voracidad mi polla. —Se le escapa un gruñido cargado de excitación—. ¿Eso también fue puro teatro, Bella Donna? Me hiciste creer que perdiste a la semilla de nuestra unión. —Me sobreviene otra arcada cuando siento el cañón de la pistola rozarme la campanilla—. No solo me traicionaste

consiguiendo que me llevasen preso, sino que creíste que podías salirte con la tuya y que no descubriese la existencia de mi hijo.

En las situaciones de más indefensión es cuando descubrimos la verdadera medida de nuestra soledad, y la voz interior es la única que nos sostiene cuando ya no queda nadie más.

»Puede que ese niño ya no pueda conocerme siquiera, pero me encargaré de que tú tampoco lo veas crecer.

Se me saltan las lágrimas, y creo que es de puro alivio cuando Vince saca el arma de mi boca.

Da un paso hacia atrás, llevándome con él, luego otro. Cuando está lo bastante concentrado y el arma no está rozando ninguna parte de mi cuerpo, no lo pienso y ataco.

Le clavo el bisturí en el muslo con toda la fuerza que soy capaz de reunir. Él gruñe, sorprendido, pero no retrocede. No pienso en las consecuencias, solo pienso en sobrevivir o morir intentándolo. Suelto un codazo en su costado. Eso sí que hace que se tambalee y me suelte, por lo que lanzo una patada a su brazo y su pistola rebota un par de veces por el suelo. Me lanzo a por ella, sin embargo, termina oculta bajo una de las máquinas.

Vince llega hasta mí y me golpea la mejilla, lanzándome contra la pared. Siento el sabor metálico de la sangre en la boca.

Intento levantarme, tambaleante, y le doy un cabezazo directo a la cara. Escucho el crujido de su nariz al romperse y un gemido gutural que me sacude hasta el alma.

—¡Hija de puta! —grita, retrocediendo—. ¡Estás muerta!

Aprovecho el momento y corro hacia el otro extremo del almacén, pero el suelo está húmedo y resbaladizo. Tropiezo con una caja rota y caigo de bruces. Noto el golpe en las rodillas y las manos a la par que el polvo pegado al sudor de mi piel.

Antes de que pueda incorporarme, él me atrapa por el pelo y me arrastra hacia atrás. Su respiración me roza el cuello, caliente, salvaje.

—¿De verdad pensabas que podrías escapar de mí? —vocifera con un tono que me hiela la sangre.

Lucho, le araño el rostro e intento zafarme de entre sus brazos. Me siento poseída, pero me tiene sujeta con la fuerza de un animal

rabioso y no lo consigo. Me empuja al suelo y me inmoviliza con su peso, aplastándome el pecho.

Por un instante pienso que todo termina aquí. Que no volveré a ver la luz del amanecer sobre el Coliseo ni escuchar la risa de Adri. Que no podré recuperar el tiempo perdido junto Vladimir. Y que… Valentina morirá sola, si no lo ha hecho ya, mientras yo lo hago a manos del monstruo que un día la destruyó.

Lloro por todo.

Rodeada del mundo al que pertenece mi familia siempre supe que no moriría por causas naturales, lo que nunca imaginé es que lo haría a causa de una equivocación.

Es en este instante, cuando sé que por mucho que luche no podré detenerlo, que un ruido seco rompe el silencio. Es apenas un crujido metálico que hace que Vince gire la cabeza, apenas un segundo, antes de que una sombra se abalance sobre él.

CAPITULO 30

Isabella

—¡Suéltala, maldito cabrón! —es la voz de Valentina. Una voz ronca, herida, pero viva.

No sé de dónde saca la fuerza, pero veo cómo lo empuja con el cuerpo entero y ambos se desplazan hacia un lado para caer sobre una mesa llena de herramientas oxidadas.

Todo ocurre en un solo instante y no me da tiempo a procesarlo. Escucho el estruendo del metal, el golpe y el gemido ahogado.

Una barra de hierro afilada, quizá un punzón largo de soldadura o una herramienta industrial, sobresale de la mesa.

Vince cae sobre ella primero. Se oye un sonido húmedo y horrible. Un sonido que dudo que alguna vez llegue a olvidar. Pero la inercia del empujón hace que Valentina también caiga sobre él, empalándose con la misma barra oxidada.

—¡No! —grito, arrastrándome hacia ellos.

El silencio después del impacto es insoportable. El cuerpo de Vince queda inerte, la sangre brotando bajo ellos como una mancha negra sobre el metal. Valentina tiembla a la vez que sus manos se alargan, buscando las mías.

—¿Bella Donna? —susurra Vince, apenas en un hilo de voz—. E-eres tú…

La afirmación va acompañada de la viva imagen de la angustia mezclada con la confusión.

—Sí —responde mi hermana, y, a continuación, añade—: Nos veremos en el infierno.

Observo cómo Vince suelta su último aliento y mi hermana alza la cara en mi dirección.

—Valentina… —susurro acongojada, intentando encontrar una manera de poder liberarla, pero el hierro sobresale por su espalda.

—Así e-es como debía acabar…

—No —le digo, negando con la cabeza—. No puedes hacerme esto. ¡No ahora!

Ella sonríe débilmente.

—Te lo dije… Eres la mejor d-de las d-dos. —Apenas la distingo a través de mis lágrimas—. C-cuida de Adri. Pro-prométemelo.

—Cállate, por favor —le suplico, apretando sus manos—. Vamos a salir de aquí, ¿me oyes? Aguanta.

Sus ojos se nublan. Su respiración se vuelve más lenta, más ligera, como si de alguna forma, por espeluznante que suene, se sintiese en paz.

—Prométemelo, Bella… —dice, apenas de forma audible.

Nunca imaginé que dolería tanto hacer una promesa.

—Lo prometo —murmuro entre sollozos—. Te lo prometo.

El aire del almacén huele a hierro, a sangre y lluvia. Roma sigue rugiendo allá afuera, ajena a lo que acaba de ocurrir.

Miro sus cuerpos entrelazados, la brutal quietud. El final de dos almas que nunca debieron mezclarse, pero crearon algo maravilloso y que ahora queda a mi cargo.

Jamás imaginé que, al ver morir a mi gemela, sintiese que algo dentro de mí también se ha apagado para siempre.

No sé el tiempo que permanezco en la misma postura, sosteniendo las manos heladas de mi hermana. Sin fijarme siquiera en el rostro del hombre que, aún después de muerto, la sostiene abrazada.

Parecería una imagen poética si no supiese la barbarie que hay detrás de ella.

Cuando vuelvo a ser consciente de lo que me rodea, me suelto uno a uno de los dedos ya medio engarrotados de Valentina. Bordeo la mesa metálica y desclavo a Simone del muslo de Vince.

—No te mereces llevarte más cosas —murmuro a la nada antes de disponerme a salir del almacén.

Hago el recorrido tambaleándome, con las manos aún manchadas de sangre.

Con esfuerzo, consigo subir las escaleras.

El aire del amanecer de Roma, que se cuela por los ventanales rotos, me golpea como una bofetada. Huele a pólvora, a humo y a tierra mojada.

El eco de los disparos resuena en la distancia, rápido y frenético.

Siendo consciente de que el caos sigue afuera.

Me cubro detrás de una columna mientras avanzo para echar un vistazo al exterior. Varios hombres que no conozco, y supongo que son de Vince, se encuentran desperdigados, respondiendo al fuego contra otro grupo que se mueve con precisión militar. Reconozco los acentos, las órdenes gritadas en ruso, la brutalidad contenida. Y sollozo al descubrir que son los hombres de Vladimir.

Entre ellos, una voz conocida corta el aire.

—¡A la izquierda! ¡No dejéis que escapen!

Adriano. Mi hermano.

Mi pecho se aprieta y espero sentada, en silencio y agotada, a que todo el desastre termine.

El ir y venir de balas dura apenas una eternidad, o puede que se trate de solo unos cuantos minutos más. El tiempo se desdibuja a mi alrededor. Por los acentos, sé que los hombres de Vince caen uno tras otro mientras los de Vladimir avanzan entre los cuerpos, verificando y asegurándose de que no quede nadie en pie.

El silencio que sigue tras los estallidos es irreal, solo es interrumpido por el goteo de la lluvia sobre el asfalto y el zumbido lejano del tráfico nocturno.

Cuando creo que todo se ha calmado, me pongo en pie como puedo y salgo de mi escondite con pasos inseguros. Mis pies desnudos se hunden en charcos mezclados con sangre.

De pronto, varios rifles se giran hacia mí.

—¡Quieta ahí! —grita uno de los hombres con acento ruso. Podría tratarse de Pavel, pero no estoy segura.

Me detengo. El haz de una linterna me deslumbra en el instante que escucho el clic metálico de los seguros liberándose.

—¡Las manos donde pueda verlas! —ordena otra voz.

—¡Dónde está Isabella! —vocifera otra que reconozco en el acto: «Vladimir»—. ¡Respóndeme, maldita sea!

Me quedo helada. No saben quién soy. Para ellos, soy Valentina.

—S-soy yo —balbuceo—. Soy Isabella.

Sin embargo, no bajan las armas. Entre las sombras puedo ver sus rostros tensos y los dedos sobre los gatillos.

—Ah, ¿sí? —replica, desconfiado—. Qué conveniente, ¿no? ¿Dónde está tu hermana?

Siento que el mundo se me cierra. No sé cómo demostrarlo. No sé cómo convencerlo.

Mis ojos buscan a Adriano entre el grupo, y cuando por fin lo veo, el alma se me encoge. Está cubierto de sangre ajena, el rostro endurecido por la refriega y también me apunta.

—¡Adriano! —grito—. Soy yo…

Él duda. Me observa, tenso, con el arma aún levantada.

—Se acabó, Valentina —musita entre dientes—. ¿Qué has hecho con Isabella? ¿Dónde está?

El dolor en el rostro de mi hermano me parte por la mitad.

Con las manos temblorosas, me abro el abrigo.

La herida del vientre todavía está ahí, la cicatriz que nunca dejó de doler, testigo del vacío que me acompaña desde aquel día en que perdí a mi bebé.

—¿Lo ves? —susurro con voz queda—. Nadie más la tiene.

El silencio se hace más pesado. Adriano da un paso al frente, su mirada se ablanda y su voz suena casi rota.

—Es ella… —dice con un nudo en la garganta—. Es Isabella.

—¡Bajad las armas! —ruge Vladimir delante del grupo—. ¡Qué las bajéis, maldita sea!

Su acento ruso corta el aire como si se tratase de una orden divina, y todos los hombres obedecen al instante.

—Id al interior y peinad la zona —establece.

No digo que no encontrarán a nadie con vida, ya que mis ojos están fijos en cómo se acerca. Sus botas chapoteando en los charcos y aplastando los casquillos vacíos. Cuando me ve de cerca, su expresión cambia. La dureza del *pakhan* desaparece y, por un momento, solo queda el hombre. Un hombre tan roto como lo estoy yo.

—Dios mío, Bella… —susurra, su voz ronca—. Pensé que te había perdido.

Escuchar el dolor con el que lo dice hace que mi cuerpo diga basta. Caigo hacia adelante y él me atrapa antes de que mis rodillas toquen el suelo. Me envuelve con fuerza entre sus brazos, su pecho presionando el mío, y, por primera vez en lo que parece toda una vida, dejo que el alivio salga en forma de lágrimas.

—Te estuve buscando por todas partes —dice con el aliento entrecortado—. No podía soportar la idea de que te hubiese pasado algo.

Puede que sea por lo que me desveló Larisa mientras me tenía a su merced, o que la sinceridad empaña cada una de sus palabras, que creo cada una de ellas.

—Bella… —nos interrumpe mi hermano, temblando.

—Adri… Y-yo…

—Ven aquí, *sorellitta*.

Escucharle llamarme «hermanita» hace que el dique en mis ojos aumente. Vladimir se aparta de mi lado y yo me lanzo, abrazándome con desesperación, al pecho de Adriano.

Él me mira, sus ojos azules llenos de un dolor que apenas disimula. Me acaricia el rostro con cuidado, como si temiera romperme.

—Ella… Tina…

—No me importa —declara. El dolor demudando sus facciones.

Niego. Y él se dedica a recoger con sus pulgares las lágrimas que no dejan de brotar de mis ojos.

—Ella… —Trago—. Al final se sacrificó y me salvó de Vince.

Observo la confusión en los ojos de mi hermano. Al leer en los míos que digo la verdad, los cierra. Al volverlos a abrir, se encuentran tan empañados como los míos.

—Nunca más —susurra, casi como una promesa—. No volverás a pasar por algo así —murmura, volviendo a abrazarme.

Le acaricio la espalda, intentando darle consuelo. Tanto él como yo, hoy lamentamos el recuerdo de una hermana que hace mucho tiempo que desapareció.

No sé el rato que mi hermano y yo permanecemos unidos. Cuando poco a poco nos retiramos, son otros brazos los que deseo que me sostengan.

—Larisa ha muerto —suelto a bocajarro.

Observo a Vladimir, que no me quita los ojos de encima.

—Bien —dice sin inmutarse.

—La maté yo.

—Vale.

—Le pegué un tiro entre las cejas.

—¿Esperas alguna reacción de mi parte, Isabella? —me pregunta, entrecerrando los ojos.

—¿No te molesta? —cuestiono, tanteándolo.

—¿La hiciste sufrir? —pregunta a cambio.

—Ni siquiera lo vio venir.

Desvía la mirada en dirección al almacén y resopla.

Un sonido tan suyo que, durante un tiempo ahí dentro, creí que no volvería a escuchar.

—Lo único que me molesta es no haberlo presenciado.

Hasta ahora, las cosas entre Vladimir y yo han seguido tensas, pero, tras mi cautiverio, algo ha variado. O más bien he sido yo la que he cambiado al descubrir lo que hizo por mí.

Me aparto de mi hermano y doy un par de pasos en dirección a Vladimir. Mi corazón responde a su cercanía como lo hace siempre, acelerándose sin remisión.

Apoyo mis manos primero sobre sus hombros y él me mira con fijeza, con la seriedad a la que tan acostumbrada me tienen sus ojos azules.

Mis brazos se aventuran y rodean su cuello. Cuando siento sus manos posarse en mi cintura, me abandono y apoyo mi cabeza en el hueco de su cuello.

—Gracias —musito tan bajito que solo me oye él.

A lo lejos, las luces de Roma parpadean entre la niebla y el humo.

—¿Por qué? —me cuestiona en el mismo tono, sintiendo cómo sus músculos se relajan ante mi contacto.

No le respondo. En este instante, en sus brazos, aunque rota y cubierta de sangre, solo quiero disfrutar de que, una vez más, he sobrevivido. Y que, gracias a eso, habrá tiempo para que responda a la pregunta.

—Siento romper este momento…. —escucho decir a Adriano, lo que hace que Vladimir y yo nos apartemos.

—Si realmente lo sintieras, no nos hubieses interrumpido —repone el ruso

Mi hermano frunce los labios.

—Llevas razón. Disfruto de haberlo hecho —reconoce—. Pero tenemos problemas más importantes. Por muy alejados que estemos de Roma, no tardarán en llegar los Carabinieri. Es mejor que nos larguemos de aquí. Matteo —llama al que pasó a ser su mano derecha tras la muerte de Dante—, quemad este maldito lugar, que no quede rastro de lo que ha sucedido esta noche aquí.

Observo a mi hermano, que tiene la vista fija en el almacén.

—Adri… —Gira la cabeza en mi dirección y soy testigo de su tormento interior—. ¿Estás seguro?

—No, pero es lo que hay que hacer.

En el instante que todo comienza a arder, se da la vuelta y se encamina hacia los coches.

—¡Isabella! —grita de espaldas—. Vienes conmigo. —Y por el tono de su voz, sé que la orden no proviene del capo de la Cosa Nostra, sino es más bien una súplica de hermano.

Miro a Vladimir.

—Ve con él.

—Tenemos que hablar —le digo sin realmente querer separarme de su lado.

—Lo sé, pero ahora necesita tenerte cerca.

Asiento y, refugiándome en el abrigo, sigo a Adriano.

Nos dividimos en varios coches, ya que algunos de los nuestros han terminado calcinados, al igual que un par de hombres de mi hermano y tres de Vladimir.

Es lo que conlleva el mundo de la mafia: si entras, asumes que puedes tener los días contados.

—Hay que avisar a papá y mamá —le digo a Adriano de camino a Roma.

Vamos sentados en los asientos traseros del coche, me fijo en cómo el sol se vislumbra tímido en el horizonte.

—Lo haré después de ver a Alina.

Lo veo pasarse la mano por la cara, agobiado. Estiro la mía, agarro la suya y le doy un apretón.

—Cuando lo hagas, no entres en detalles.

Mi hermano gira la cabeza y me observa. La claridad del amanecer se le refleja en el rostro. Me doy cuenta de lo demacrado que se ve, tiene una sombra oscura bajo sus ojos, producto del cansancio y las preocupaciones. Estoy segura de que yo estoy en peores circunstancias.

Ahora que el subidón de la adrenalina ha bajado, me duele todo el cuerpo. Desde los verdugones, productos del látigo, hasta los raspones en mis manos y rodillas. Por no hablar de que siento el cuello como si me lo hubiesen aplastado, aunque eso se deba a que es justo lo que intentó el maldito Vince.

—¿Qué quieres decir? —cuestiona, frunciendo el entrecejo.

—Me has entendido a la perfección. —Le sostengo la mirada—. Valentina no estaba bien mentalmente, Adri.

—¿La estás justificando?

—¡No, joder! No se trata de eso. Solo que… —Cabeceo—. ¿De qué sirve contarles a nuestros padres todos los detalles?

—No pienso beatificarla —gruñe—. Me extraña que digas eso, Isabella. ¿Dónde ha quedado «si la veo, la mato»?

Dios… Me llevo la mano a la frente, sobrepasada.

—Soy consciente de lo que dije, Adriano. Y no creas que alguna vez perdonaré a nuestra hermana por todo lo que me ha hecho —le reconozco—, pero creo que ha pagado por sus acciones y que no hay necesidad de empañar el recuerdo que tengan nuestros padres de ella.

—Ya veré lo que hago —dice sin comprometerse—. Y ahora, ven aquí y cuéntame todo lo que ha pasado. —Alza el brazo y yo me cobijo bajo él.

Puede que en algo Valentina llevase razón, y es que yo, a pesar de que no me gusta mucho tratar con la gente, siempre he tenido una conexión especial con mi hermano. Es de las pocas personas que me comprenden.

Le cuento todo de lo que me voy acordando desde que desperté en ese sótano. Salto de un tema a otro porque todo está demasiado reciente y me cuesta ordenarlo en mi cabeza.

—¿Le clavaste a Simone en la pierna?

—Te lo dije, *fratello*. —Le doy un codazo en las costillas—. Llegado el momento, Simone nunca me falla.

—Es una versión en miniatura de un cuchillo, Isabella.

Admiro el bisturí y lo acarició con reverencia.

—Puede ser…, pero es de los pocos utensilios que te ayudan tanto a salvar vidas como a quitarlas.

Lo beso y me lo vuelvo a guardar en el bolsillo del abrigo.

—Sabes que estás loca, ¿no?

Me dice, solo que me observa con una media sonrisa. Se la devuelvo y añado:

—Quizá lo esté —me encojo de hombros—, sin embargo, lo que no me cabe duda es que estoy viva —añado, devolviéndole la sonrisa.

Porque hacía muchísimo tiempo que no sentía ese deseo de aferrarme a la vida como lo tengo en este instante.

CAPITULO 31

Vladimir

Al alejarnos del almacén, el silencio dentro del coche se vuelve espeso. Solo se oye el ronroneo del motor y el golpeteo irregular de las gotas que aún caen sobre el parabrisas. A mi lado, Pavel conduce con la vista fija al frente, el gesto impasible de quien sabe que es mejor no hablar. A unos diez kilómetros, le indico con un movimiento seco que tome un desvío a la derecha.

La carretera se convierte en un camino de tierra maltratado por la lluvia. El coche salta sobre los baches y la grava resuena bajo las ruedas. Me apoyo en el reposabrazos, observando los árboles que se agolpan a ambos lados del camino, formando un túnel acuoso y oscuro, mientras la humedad se cuela por la rendija de la ventanilla, mezclada con el olor a tierra mojada y gasolina.

Me jode haber perdido a tres de los míos en el tiroteo, pero estoy aliviado de haber recuperado a por lo que vinimos.

Ver a Isabella sana y salva hace que cualquier muerte merezca la pena. Estas horas sin saber dónde se encontraría han sido un maldito infierno, en el cual me he prometido que no pienso perder más el tiempo.

La quiero a mi lado, empezar de cero. Ha llegado el momento de sincerarme, de poner las cartas sobre la mesa. Nos merecemos una segunda oportunidad, y eso es justo lo que expondré en cuanto la vuelva a ver.

—Más despacio —murmuro.

Pavel asiente sin hablar.

El camino termina en una explanada abierta, una especie de descampado rodeado por colinas bajas y vegetación descuidada. Hay un solo vehículo aparcado, un sedán gris que parece tan fuera

de lugar como nosotros. Le indico a mi hombre que se detenga junto a él.

—Estate atento —le ordeno antes de abrir la puerta.

El aire frío me golpea al salir. El hombre que me espera se mueve con nerviosismo, frotándose las manos, intentando aparentar calma, aunque no lo consigue.

—¿Dónde está Moretti? —pregunta, sin molestarse en saludar.

—Dadas las circunstancias, comprenderás que no haya venido, así que te tendrá que bastar conmigo —le respondo con tono severo.

Su mirada se enturbia.

—El acuerdo era con el capo.

—Me suda la polla con quién fuese —le corto, avanzando un paso hacia él—. O tratas conmigo o te largas. Tú decides.

Se pasa la mano por el pelo, intentando procesar la amenaza implícita. Lo veo dudar, calcular sus opciones, pero al final cede al no tener alternativa.

—¿Seguiré teniendo inmunidad? —pregunta con voz algo más baja.

Alzo las cejas y dejo que una sonrisa torcida se dibuje en mis labios.

—Creo que te estás confundiendo. Nadie habló de inmunidad.

—Pero Moretti dijo…

—Lo que Moretti dejó claro —lo interrumpo con firmeza— es que nadie interferirá en tus asuntos siempre y cuando esos no interfieran en los suyos.

Hago un gesto leve con la cabeza. Pavel entiende y se dirige al maletero. El hombre lo observa con inquietud, tragando saliva.

—Deberías agradecer —le digo mientras Pavel regresa con el maletín— que este coche no volase por los aires.

Se lo tiendo, lo toma con manos temblorosas, y en lugar de guardarlo, se dirige al capó de su coche, lo apoya y lo abre. Empieza a contar el dinero, billete por billete, delante de mí.

Pongo los ojos en blanco.

—No te ofendas —dice, lanzándome una mirada rápida.

—No lo hago —respondo, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón y observándolo con calma. Luego añado con cierta sorna—: ¿Algún problema?

Niega, cierra el maletín y levanta la vista.

—¿Dónde está el truco? Aquí hay el doble de lo acordado.

Sonrío despacio, sin apartar los ojos de él.

—Una compensación —le explico— para que no causes problemas.

—Sabéis que no lo haré —dice enseguida.

—Yo no sé una mierda, pero me parece una buena elección que lo tengas tan claro.

Permanezco quieto en mi sitio, observando cómo asiente, da la vuelta a su coche y abre la puerta del conductor. Antes de entrar, gira la cabeza hacia mí.

—¿Estás seguro de que está muerto? —El temblor en su voz delata lo acojonado que aún sigue.

Saco las manos de los bolsillos y me ajusto los puños de la camisa. La tela del traje está húmeda, arrugada, manchada de barro y humo. Nadie diría que, hace apenas una hora, el aguacero nos calaba hasta los huesos mientras las balas silbaban a nuestro alrededor.

—Te doy mi palabra —le aseguro con voz firme—. Dime una cosa —añado antes de que suba al coche—, ¿por qué nos avisaste de dónde estaríais?

Su mirada se dirige más allá de mí, hacia el horizonte. A pesar de los kilómetros, una nube de humo negro aún se eleva sobre el paisaje.

—Puede que nuestra organización se hubiese debilitado tras el encarcelamiento de Vincenzo —dice al fin—, pero el negocio fluía sin contratiempos. Todo estaba en calma. Al salir, Februcci quería volver a liderar él solo en Nápoles, y eso solo nos traería problemas.

Su voz se apaga. Lo observo en silencio.

—¿Fuiste tú quien lo traicionó hace cuatro años?

Asiente.

—No soportaba ver cómo la trataba. Yo…

—Estabas enamorado de ella —asumo.

Cierra los ojos con pesar.

—La Bella Donna podía ser una mujer muy convincente. —Sonríe melancólico—. Hizo que le consiguiese la información que Vince anotaba en su libreta, ella se la entregó a las autoridades y después desapareció.

—El niño, ¿es tuyo?

—No lo sé, ella jugó con todos.

Se me hace raro pensar que la Valentina que yo conocí, aquella muchacha extrovertida y pizpireta, pudiera poner de cabeza a toda una organización criminal. Aunque, si lo pienso bien, tampoco me sorprende tanto. A lo largo de la historia, las mayores guerras, los más feroces enfrentamientos y hasta la caída de imperios enteros han tenido como chispa inicial a una mujer. Ahí está Helena de Troya, cuya belleza fue suficiente para que miles de hombres cruzaran el mar Egeo y diez años de sangre tiñeran los muros de Ilión. O Cleopatra, cuya astucia y encanto dividieron a Roma entre Marco Antonio y Octavio, marcando el fin de una era. Incluso más cerca en el tiempo, Ana Bolena puso en jaque al mismísimo reino de Inglaterra, un amor prohibido que llevó a Enrique VIII a romper con la Iglesia y desatar una revolución religiosa que cambiaría para siempre el curso de Europa.

Así que, tal vez no sea tan extraño. Valentina no necesitaba ejércitos ni coronas, bastaba con su sonrisa y esa manera suya de mirar para que los hombres perdieran el juicio. Quizás no fue una guerra con espadas y armaduras, pero el caos que dejó tras de sí no tuvo nada que envidiarles a los campos de batalla de antaño.

Tras eso, no tengo mucho más que decir. Me acerco al hombre y, extendiendo la mano, me despido:

—Suerte, Viatore. Ahora La Dalia Negra y la Camorra son toda tuyas. Lidera con cabeza y no cometas los errores de tu jefe. El poder es dulce al principio, pero después quema. Los hombres te sonreirán mientras te clavan el cuchillo por la espalda y las mujeres te jurarán amor hasta que el dinero se acabe. No confundas respeto con miedo ni miedo con obediencia. Uno puede mandar a todos y, aun así, estar completamente solo. Espero que, la próxima vez que nos encontremos, sea en circunstancias más agradables.

—¿Una fiesta de La Sociedad de las Máscaras, por ejemplo? —deja caer, devolviéndome el apretón.

Se me curvan los labios, el tipo aprende rápido.

—Quién sabe… —digo, alejándome y volviendo a mi coche—. Después de lo que has hecho por nosotros, quizá hasta recibas una invitación —le hago saber—. Vámonos —le pido a Pavel.

Subo, cierro la puerta y, mientras el motor arranca, pienso que, en este negocio, las relaciones con otras mafias pueden cambiar en cuestión de segundos.

CAPITULO 32

Vladimir

El sol cae a plomo cuando regreso a la casa de Parioli mientras el aire vibra de manera espesa, como si aún estuviese en ese almacén reducido por las llamas. Apenas cruzo la puerta, las voces se vuelven más sonoras y los rostros se me difuminan entre las sombras porque no veo a nadie. Todo pierde sentido en el momento que mis ojos se clavan en ella.

«Isabella».

Permanece en el sillón, con el niño sobre su regazo, pero su cuerpo irradia una calma que es pura provocación. El movimiento leve de su pecho al respirar, la forma en que la luz se desliza por su cuello y el modo en que inclina la cabeza al mirarme. Cada detalle me golpea, robándome el aire.

Nuestras miradas se encuentran, se reconocen y, en este instante, siento cómo mi pulso se acelera y la sangre me burbujea por todo el cuerpo, empujándome hacia ella con una urgencia que me cuesta disimular.

Isabella no aparta los ojos, me observa con esa mezcla entre el desafío y el deseo que siempre me desarma. Sus labios se curvan en apenas una sonrisa, y ese gesto, tan mínimo, basta para incendiarme.

El resto del mundo se desvanece. No me percato de mi hermana abrazada a Adriano, como si temiese que se fuera a marchar a recorrer el infierno. Tampoco percibo los murmullos. Ni a Sheila ocupando la silla de ruedas de Yuri mientras este se encuentra de pie, sobre sus muletas, al lado del *hacker*, con aspecto exhausto. Todo se ahoga bajo el peso de lo que nos une a Isabella y a mí. No hay distancia real entre nosotros, aunque nos separen varios metros.

La deseo. Y ella lo nota porque no lo oculto. Estoy harto de camuflar lo que siento, lo que nunca dejé de sentir por ella.

El niño en su regazo la ancla al aquí y ahora, pero noto cómo su cuerpo me pertenece en la forma en que se tensa, en el modo en que su respiración se acelera, consciente, casi de forma cómplice de lo que se gesta entre nosotros.

No necesito tocarla para saberlo, ya que el aire entre los dos vibra con esa electricidad que solo existe cuando el deseo no encuentra salida.

No puedo soportar más su mirada, que me quema y me abrasa con el fin de consumirme.

Doy un paso atrás, apenas una excusa para romper el hilo invisible que me ata a ella, y, sin decir palabra, me dirijo a las escaleras. Siento el peso de cada respiración, el roce del sudor bajo la camisa, la urgencia de escapar antes de hacer algo que no pueda parar.

Subo como si llevase a cuestas el peso del mundo. El pasillo está en penumbra, solo unos pocos rayos de sol se cuelan. Empujo la puerta de mi habitación y entro, dejando que el aire algo más fresco me roce el rostro. Me paso una mano por la nuca, tratando de calmar la ansiedad que siento por pasar mis manos por su cuerpo para cerciorarme de que es real, que está bien, y prometerle que no permitiré que vuelva a vivir algo como lo que ha ocurrido hoy.

Un golpe suave de la puerta detrás de mí me saca de mis propios pensamientos.

Ella está aquí. A pesar de que está hecha un auténtico desastre, con el pelo enmarañado y la sangre seca que se le pega al cuerpo, yo la veo más preciosa que nunca.

Isabella se cuela tras de mí, sin pedir permiso, como si el derecho de entrar le perteneciera. Y lo hace. Todo cuanto soy, todo cuanto me rodea siempre le ha pertenecido.

Cierra la puerta con un leve chasquido y apoya la espalda en ella. Sus ojos verdosos, más oscuros ahora, me recorren con una mezcla de determinación y temblor.

—Tenemos que hablar —dice con la voz baja, ronca, como si cada palabra le doliera.

Intento mantener la distancia, aferrarme a ese control del que siempre he hecho gala.

—Deberías curarte las heridas y descansar un poco —le respondo, más para protegerla de mí en este momento que por pura preocupación.

La observo que avanza un paso, desoyendo mis palabras. La luz que entra por la ventana le dibuja el contorno de los pómulos, la curva del cuello, y sus labios tiemblan antes de murmurar:

—No quiero descansar ni tampoco curarme porque la mayor herida la tengo aquí —susurra. Se lleva una mano al pecho, justo sobre el corazón, y sus dedos se quedan ahí, presionando, como si quisiera contener algo que la desborda—. Y tú eres el único que puede cerrarla.

El aire entre los dos se vuelve casi tangible. Puedo oír el golpeteo de mi propio corazón, sentir cómo el deseo y la culpa se mezclan hasta no distinguirse. Ella da otro paso, tan cerca que puedo oler su piel, sentir el calor que emana de su cuerpo. Y, aunque sé que debería apartarme, no lo hago. No puedo por mucho quisiese. Ella me somete a su voluntad.

Su respiración está tan cerca que casi se confunde con la mía. Noto cómo la habitación se ha vuelto un lugar pequeño, demasiado para contener todo lo que flota entre nosotros. Intento hablar, decir algo que rompa el silencio que amenaza con devorarnos, pero Isabella me mira con esos ojos húmedos, brillantes, y sé que las palabras no van a salvarme.

—Larisa me lo contó todo —dice al fin, y el sonido de su voz me atraviesa, dejándome estático.

No necesito preguntar a qué se refiere porque ya lo sé. La perra de mi esposa me ha quitado la oportunidad de ser yo quien me sincere.

Isabella mide mi reacción, da un paso hacia mí y su temblor es una mezcla de furia, dolor y juraría que vislumbro amor contenido.

—¿Y qué es justo lo que te dijo esa zorra? —cuestiono, endureciendo la mandíbula.

—Lo que ocurrió hace dieciséis años —dice con la voz quebrada —. Sé que fue tu padre quien ordenó que me atropellaran. Que por

su culpa… —Se toma un momento y traga el nudo de emociones que se le agolpan en la garganta—. Él fue el causante de que perdiese al bebé. —Las lágrimas se acumulan en sus pestañas, pero parpadea, sin dejarlas caer—. También dijo que tu padre te obligó a casarte con ella y alejarte de mí. ¿Eso es cierto?

—¿Cambiaría algo si así fuese? —murmuro sin quitarle los ojos de encima. Formo puños con mis manos, ya que me hormiguean por poder acariciarla.

El silencio que guarda es insoportable y su mirada me desgarra. Es como si buscara en mí la confirmación de una herida que nunca cerró.

—Isabella… —añado, pero no llego a más.

Su mano vuela antes de que pueda reaccionar. La bofetada resuena en la habitación, fuerte, perfecta y necesaria. El golpe me arde en la mejilla, pero más me quema el temblor en su voz cuando susurra:

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué me dejaste vivir todos estos años sin saber la verdad?

No hay respuesta posible que le pueda dar. Solo alcanzo a mirarla, con el alma deshecha, mientras ella da un paso más; de pronto, me agarra por la camisa y me besa.

Es un beso furioso, desesperado, lleno de rabia y necesidad. Un beso que duele, que sangra y que dice más que cualquier palabra. La aprieto contra mí, incapaz de resistirme, y en ese contacto se mezclan los años perdidos, las noches en vela, todo lo que nunca le dije: que la amo con el mismo fervor que antes; que su recuerdo me ha perseguido como si de una enfermedad autoinmune se tratara y no tuviera cura.

Ella se separa unos milímetros, los labios aún rozando los míos, mientras respira sobre mi boca.

—Nos robaron tanto… —susurra entre lágrimas—. Dieciséis años, Vladimir. Una vida entera y, ¿para qué? ¿Para protegerme? Tú cargaste solo con todo aquello y a mí me destruiste.

El dolor que se refleja en sus ojos me resulta insoportable. Aparto mis manos de su cintura y la sostengo del rostro mientras apoyo mi frente contra la suya. Con un hilo de voz le murmuro:

—Lo sé, joder… Pero que te quede claro que repetiría una y mil veces el tormento de no tenerte con tal de saber que seguirías viva.

Ella me mira y su expresión se quiebra. Sus dedos tiemblan al imitarme y tocar mi rostro, y sus palabras llegan como una herida nueva, abierta.

—Dime qué vida, Vladimir. Desde que me dejaste, solo he sido un cuerpo vacío, respirando por costumbre y odiándote con cada aliento.

—Prefería tu odio a cargar con tu muerte.

—No sé si hacer uso de Simone y rajarte de arriba abajo por necio —comenta mientras acaricia mis facciones—, o besarte hasta apoderarme de todo el aire de tus pulmones.

—Siempre tan sanguinaria, mi preciosa Isabella.

El silencio que sigue a mis palabras me resulta todo un abismo.

Me la juego y la beso de nuevo, con más hambre, con más vida de la que creí tener jamás. Isabella responde con el mismo frenesí, con ese fuego que siempre me ha destruido y salvado al mismo tiempo.

La tomo de la cara, de la cintura, deseoso de incluso poder agarrar hasta su alma. Su cuerpo tiembla contra el mío, su lengua se enreda con la mía y la beso hasta que cumple lo prometido y consigue que me falte el aire.

En ningún momento me quejo. Sería la muerte más dulce que podría tener alguien como yo: entregarle a ella mi último aliento.

El abrigo resbala de sus hombros y cae al suelo con un susurro que me enloquece. Debajo, apenas un rastro de su ropa interior cubre su piel. Me mira, y ese gesto basta para romper toda mi contención.

—Me vuelves loco —gruño, lamiendo su cuello.

Sabe a sudor y muerte, y es el sabor más maravilloso que he probado jamás, ya que proviene de su piel.

—Vlad… —jadea, perdida en mis caricias.

La conduzco hacia el baño entre besos que son casi golpes de necesidad. Tropiezo con el marco de la puerta, la sujeto por la espalda e incluso soy capaz de sentir el latido de su corazón bajo la yema de mis dedos.

Isabella me arrebata la ropa, como si fuese una ofensa que aún la lleve puesta. O así, por lo menos, lo siento yo. Necesito estar piel con piel con ella, que su suavidad y sus curvas se fusionen con mis músculos y mi aspereza.

Abro el grifo y el sonido del agua nos envuelve; apenas lo percibo, solo existen sus labios, su respiración y el calor de su cuerpo, que me busca.

He estado tan perdido en las sensaciones que lo he pasado por alto, pero cuando mis manos rozan su vientre, me aparto y le veo las marcas; el corazón me estalla de rabia.

Está llena de latigazos y heridas recientes.

—¿Quién ha sido? —le pregunto con la voz gutural.

Ella niega con la cabeza, me acaricia los hombros.

—No importa.

«Joder, que no importa».

—Fue Larisa… —gruño. Y sé que estoy en lo cierto por su omisión. Siento un temblor en todo el cuerpo que se convierte en furia contenida—. Ojalá siguiera viva para acabar yo mismo con ella. Esa zorra no debió tocarte.

—Oye, mírame. —Isabella me obliga a que le preste atención para que vuelva al presente—. Ya no importa —repite, y sus dedos me buscan, los entrelaza con los míos y me anclan a ella.

Nos quedamos así un instante, respirando el mismo aire, sostenidos por el peso de todo lo que fuimos y lo que aún queda. Luego, sin mencionar palabra, tira de mí y entramos bajo la ducha.

El agua caliente cae sobre nosotros y la mezcla de vapor, piel y deseo nos consume. Nos tocamos con desesperación y ternura, como si quisiéramos borrar el dolor del otro a través del tacto. No hay distancia, no hay pasado ni heridas, solo lo compartido y la urgencia de volver a ser uno.

La beso con la devoción de quien reza esperando un milagro y la desesperación de quien sabe lo que es perderse en la vida. Cada movimiento, cada roce es una promesa y una nueva redención. La pasión, el dolor, la culpa y el amor se funden hasta que no queda más que el susurro del agua cayendo y dos cuerpos reencontrándose después de una vida entera.

El agua caliente resbala por nuestros cuerpos, creando una cortina de vapor que difumina todo menos a ella. Isabella me mira con esos ojos que siempre consiguen desmontarme.

—Eres lo mejor y lo peor que me ha pasado en la vida —murmuro, apenas rozando su boca.

La tomo por la barbilla, obligándola a mantener la mirada. Con el pulgar dibujo el contorno de sus labios, húmedos y temblorosos bajo el agua. Ella abre ligeramente la boca y deja que su lengua roce mi piel de manera lenta y provocadora, un gesto tan simple que logra incendiarme por completo.

—Toda una contradicción —susurra con esa voz baja y ronca que hace que mi polla vibre, firme entre nosotros—. ¿Por qué lo peor?

Mi respiración se entrecorta. Siento el calor de su cuerpo pegado al mío, el agua cayendo sobre nuestros hombros como una lluvia constante que no apaga nada, sino que aviva el deseo.

—Siempre has sido lo mejor —respondo, acariciando su mejilla— porque contigo aprendí lo que significa amar a alguien más que a uno mismo. No obstante, también aprendí lo que es sentirse vacío cuando te perdí.

Ella cierra los ojos y, durante un instante, el silencio que se impone solo es roto por el sonido del agua golpeando los azulejos. Mis palabras parecen calar en ella más que el agua tibia que nos cubre.

Entonces, sonríe, una curva leve que me desarma.

—Y, aun así, aquí estamos —susurra, acercándose hasta que sus labios casi rozan los míos—. Buscando perdernos otra vez.

Nuestros cuerpos se funden, como si el tiempo se disolviera junto con el vapor. Entre el calor, el deseo y la memoria, lo mejor y lo peor se confunden, hasta que ya no sé si estoy ardiendo por amor o por locura de volver a sentirla de esta manera entre mis brazos.

—No quiero hacerte daño, pero si no entro en ti, me muero —le reconozco, presionando con delicadeza mi dureza sobre su estómago para que compruebe lo que su presencia consigue.

—Parece que has olvidado que soy alguien que aguanta bastante el dolor.

Un fuerte gruñido sale de mi pecho cuando agarra mi miembro y es ella misma quien lo dirige a su entrada.

Flexiono mis rodillas mientras levanto una de sus piernas para enredarla en mi cadera y tener mejor acceso. En el momento que me deslizo en su interior, mis músculos tiemblan.

Su gemido me impulsa a avanzar el resto del camino.

—No sabes lo que me cuesta no perder el control cuando te arqueas para mí —murmuro, deleitándome en la expresión de placer que se refleja en su precioso rostro—. No es solo deseo, *koshka*[3], es puro hambre lo que siento por ti.

—No te contengas. Lo quiero todo —jadea.

Echa la cabeza hacia atrás y expone su cuello, una invitación que no desaprovecho. Me acerco y lo mordisqueo.

Cada vez que la toco, siento que el poder cambia de manos. Ella es mi dueña, aunque mi cuerpo sea el que la reclama.

—Está bien, *moya zhizn*[4]. Sujétate fuerte a mí, esta vez no pienso contenerme.

Sostengo su otra pierna para que quede totalmente enganchada a mi cintura y apoyo su espalda contra las baldosas.

El cambio de postura hace que la llene por completo. No quiero que este sea un polvo rápido y salvaje para descargar tensión, quiero que comprenda que, a pesar de la dureza con la que embisto su cuerpo, este soy yo haciéndole el amor.

Me besa con fuerza, con la misma desesperación con la que yo muevo mis caderas. Coloca sus manos en mis hombros y, a continuación, desliza sus uñas por mi espalda.

Ahora es mi turno de arquearme, porque eso es justo lo que necesito: que marque mi piel para saber que está aquí, viva y conmigo.

Nunca tuve razones para quejarme de mi vida sexual. No me avergüenza admitir que, aunque me casé joven, hubo una larga lista de amantes después. Fueron cuerpos, momentos, distracciones, nada más. Pero con Isabella es distinto. Con ella todo cambia. No se trata solo de deseo o placer, es algo que me consume y me completa al mismo tiempo. Cuando estoy dentro de su mundo, el

resto deja de existir. No hay pasado, no hay culpa, solo ella y yo respirando el mismo aire, perdiéndonos en esa burbuja que solo nosotros sabemos crear.

Justo en el instante que sus músculos internos me oprimen, siento un latigazo en la parte baja de la columna.

—Vladimir —gime, perdida en el clímax—. Oh, Dios…

—No cierres los ojos, Isabella —le ordeno cuando veo que lo hace—. Quiero que seas testigo de cómo me robas la cordura.

Aumento mis envites porque siento que estoy en el puto cielo. El orgasmo me atraviesa a la vez que ella. Su grito se entremezcla con el rugido que suelto cuando me libero.

Arrulla mi cara entre sus manos y, con una seriedad pasmosa, declara:

—Quiero que memorices cada toque, cada respiración, que lo aprendas de memoria, porque después de esto jamás habrá nadie más.

La posesividad con la que suelta cada palabra hace que esté a punto de postrarme de rodillas ante ella.

Es entonces cuando lo entiendo. No es que Isabella me pertenezca, soy yo quien le pertenece a ella.

Porque, cuando me mira, deja de ser una mujer y se convierte en mi destino.

Me inclino hacia su oído y, con la voz ronca entre deseo y verdad, le respondo:

—Mientras sea a tu lado, por mí como si arde el mundo.

CAPITULO 33

Isabella

El agua ha dejado de caer hace rato, pero seguimos ahí, envueltos por el vapor y nuestros pensamientos. Vladimir me sostiene todavía, como si temiera que, al soltarme, todo volviera a desaparecer. Me aferro a su cuello con los ojos cerrados, intentando recordar cómo se siente respirar sin que duela.

Hay un vacío que se cuela en mi pecho, uno que ni siquiera el calor que desprende su cuerpo puede disipar.

—Shhh… Estoy contigo.

No es hasta que escucho el sonido de su voz que soy consciente de que estoy llorando.

Me refugio entre sus brazos y descargo todo lo que tengo.

—Ha muerto —hablo al fin.

Mi tono de voz sale trémulo, como si al decirlo en voz alta fuese más real.

—Lo sé.

—Yo… No sé cómo sentirme al respecto.

Aunque, en realidad, sí que lo sé. Me embarga tal tristeza en mi interior que me culpo por ello. Después de lo que Valentina me hizo, no debería apiadarme de lo sucedido. Me obligo a que me invada el rencor, a que no me importe, pero por mucho que lo intento, por más que pongo de mi parte por hacerlo, la pena pesa cada vez más en mi pecho.

—La dejamos allí… —se me quiebra la voz al recordar el almacén en llamas.

—*Chyort vozmi*[5], Isabella. No soporto verte así.

Pero yo soy incapaz de parar de llorar. Vladimir me aprieta más contra su cuerpo, sus manos acarician mi espalda, el pelo. Entre

nosotros se instala el silencio, aunque no es el de antes, cargado de deseo; este es distinto, se siente purificador.

No sé cuánto tiempo pasamos así; cuando me aparto despacio, su mirada me persigue. Tiene los ojos enrojecidos, el cuerpo tenso y esa manera de observarme que siempre me ha hecho sentir mitad reina, mitad herida. No dice nada. Y eso, en él, es peor que cualquier palabra.

Tomo una toalla y la rodeo con torpeza alrededor de mi cuerpo. Noto su respiración a mi espalda, contenida, como si quisiera hablar, pero no supiera por dónde empezar.

Yo tampoco sé cómo hacerlo. ¿Qué se dice después de todo lo que ha sucedido? Después de dieciséis años de odio, de un amor reprimido a base de omisiones, de culpas que se convirtieron en losas.

—No quiero que te arrepientas de lo que ha ocurrido —susurra en un tono suave.

—No podría —respondo, aunque mi voz suena rota.

Me vuelvo hacia él. Está recostado contra el marco de la puerta, con el cabello enmarañado de recién salido de la ducha. Tiene los brazos cruzados y los hombros vencidos. Por primera vez en mucho tiempo, Vladimir parece humano. No el hombre que todos temen, no el que levanta muros y dicta órdenes a diestro y siniestro. Solo él. El que me amó y me perdió.

—No digas nada —añado, y salgo a la habitación sin mirarlo—. Porque, si dices algo ahora, puede que lo estropeemos todo.

Recojo del suelo el abrigo, que huele a humo y está manchado de sangre. Me tiembla el pulso cuando lo aprieto contra mi pecho. Cada gesto me recuerda lo que ha pasado esta noche, y no sé si aferrarme a ello o huir para olvidarlo.

Observo de soslayo que da un paso hacia mí.

—Quédate. —Una súplica que le nace desde el pecho—. Permíteme creer en la ilusión de que nada existe fuera de aquí.

Cuando al fin me atrevo a levantar la vista, lo encuentro mirándome con una mezcla de ternura y resignación.

—El niño…

—Sabes que Adri está bien cuidado por mi hermana y Sheila.

—Pero…

—No puedo perderte otra vez, Isabella —dice con esa voz baja que se me mete debajo de la piel.

Me acerco lo suficiente para poder tocarle el rostro, con los dedos aún húmedos.

—No puedes perder lo que inevitablemente ha sido tuyo —respondo con un hilo de voz—. Ni siquiera yo me pertenezco, Vladimir. Por mucho que me resistiese, siempre he sido tuya.

Lo beso en los labios, apenas un roce, como si sellara un pacto que ninguno entiende, pero ambos aceptamos.

Él no se conforma con esa simple caricia, las toallas caen al suelo a la vez que nosotros lo hacemos sobre la cama. Esta vez, cuando se cuela en mi interior, creo que tenemos la intención de recuperar los años perdidos. Nos tomamos nuestro tiempo, saboreando cada caricia, cada movimiento, cada gemido y cada latido.

Al culminar, apoyo la cabeza sobre su pecho. Siento el cansancio morderme los huesos, pero no se trata solo del físico, es el agotamiento de haber sostenido durante tantos años un corazón que solo sabía resistir.

Sin embargo, algo dentro de mí late distinto. No se trata de esperanza, es otra cosa. La certeza de que lo que acabamos de vivir no ha sido redención, sino que se trata de un preludio. El inicio de algo que voy conservar con uñas y dientes.

Amar a Vladimir nunca ha sido un acto de consuelo, más bien se ha tratado de una guerra. Y, esta vez, ninguno de los dos saldrá ileso porque no pienso renunciar a un futuro juntos.

Antes de caer rendida, hablamos mucho, demasiado, de asuntos importantes, hasta que mi cerebro no resiste más y se apaga, abandonándome a los brazos de Morfeo.

***

Despierto con un sobresalto tras revivir en mis sueños que Vince terminaba lo que empezó.

Lo primero que siento es dolor por todo el cuerpo. El simple gesto de darme la vuelta en la cama es toda una hazaña. Cuando lo consigo, me encuentro con unos ojos azules que me miran con fijeza.

—¿Una pesadilla? —cuestiona Vladimir con preocupación.

No quiero hablar de ello. No quiero verbalizar lo vejada que me hizo sentir. Tampoco pensar en lo que tuvo que vivir en su día Valentina a manos de ese sádico. Por eso, en su lugar, pregunto:

—¿Tú no duermes? —Intento mover las piernas, que tengo entumecidas.

—Descanso solo con mirarte. —Se le curvan los labios.

Me quedo quieta y lo observo con el ceño fruncido.

—Estás de coña, ¿no?

—¿A qué te refieres? Verte dormir me resulta revitalizante.

Madre mía…

—Dime que en estos años no te has vuelto así de…

—¿Romántico? —me interrumpe.

—De gilipollas, Vladimir. Dios, si es que hasta da grima. —Me recorre un escalofrío.

Eso hace que él suelte una carcajada.

—Otras, en tu posición, hubiesen quedado encantadas.

Arqueo una ceja y saco los brazos, que me pesan una tonelada, para cruzarlos por encima de las sábanas.

—¿Hemos llegado al momento en el que comenzarás a recitar tu lista de conquistas? —cuestiono, cabreándome—. Porque si es así, avísame y me largo.

Vuelve a reír, y es un sonido tan extraño en él que no puedo evitar quedarme prendada. Tiene una risa ronca, como si le costase salir de apenas usarla.

—No he podido pegar ojo por sentir tu culo rozando mi polla —declara divertido—. ¿Mejor así, *koshka*?

Frunzo los labios y asiento:

—Sí. Eso suena más a ti.

—Me alegro.

Me guiña un ojo y siento cómo mi vientre hace un espasmo.

—¿Qué hora es? —le pregunto para evitar lanzarme a por él. Aunque mi cuerpo protesta, agradece que le dé un respiro.

Vladimir se da la vuelta y observa el reloj que hay sobre su mesita.

—Las cinco y veintiocho de la tarde.

«Dios… Con razón estoy tan cansada. He descansado una mierda».

—¿Cuándo te hiciste el tatuaje? —me intereso, acariciando su espalda antes de que se vuelva a apoyar en el colchón.

Repaso con las yemas de mis dedos el intricado diseño, él aprovecha y se coloca boca abajo para que lo recorra a placer.

Si cualquiera viese al *pakhan* en una postura tan cómoda y relajada, se sorprendería. Cruza los brazos sobre la almohada y apoya la cabeza de lado en ellos para poder mirarme antes de hablar:

—Me lo hice el día después de mi boda. —Mis dedos se paralizan en su espalda y desvío mis ojos hasta encontrarme con su mirada—. Veintitrés horas sin parar y dos tatuadores hicieron falta para completarlo.

Me quedo impactada tras su confesión.

—Vaya… —Me aclaro la garganta—. Unos se van de luna de miel y tú te tatúas —comento, intentando romper el hielo.

—No estaba yo para muchos viajes…

Aparto la mirada y me concentro en el diseño. La primera vez me impactó, pero verlo ahora, con más detenimiento, es incluso más fascinante.

—¿Te dolió? —le pregunto tan bajito que no estoy segura de que me haya oído.

Pero lo ha hecho porque responde:

—Menos de lo que me merecía. —El corazón se me encoge. Llego a la conclusión que esta fue su penitencia. Este fue su autocastigo por lo que sucedió—. He visto la cicatriz, Isabella —dice con una seriedad que me cala—. Nunca me perdonaré por lo que tuviste que pasar.

Puede que esté dispuesta a darnos una segunda oportunidad —después de todo, fuimos unos simples peones en el tablero de Boris

Pavlov—, eso no significa que me sienta cómoda hablando del tema.

Me aparto y me siento en la cama, dándole la espalda.

—¿Por qué nunca has tenido hijos? —le pregunto en lugar de hablar de mí—. Pensé que eso es lo que realmente esperaba tu padre de tu unión con Larisa.

Lo escucho moverse y miro por encima de mi hombro.

Sale de la cama y observo su trasero prieto, producto de un exhaustivo entrenamiento. Vladimir es como el vino que se elabora en Moretti Vini: el proceso de maduración le ha sentado de vicio e indudablemente ha mejorado con el paso de los años.

Veo que saca un pantalón suelto de la cómoda y me priva de las espectaculares vistas de su cuerpo.

—Soy estéril, Isabella —declara, rodeando la cama hasta llegar a mi lado, ofreciéndome una camisa suya.

Frunzo el ceño mientras me coloco la prenda.

—Eh… Remitiéndome a los hechos —me señalo la barriga plana, esa que una vez albergó vida creada por los dos—, pongo en duda que lo seas.

Vladimir apenas curva sus labios. Si supiese lo devastador que se vuelve cada vez que muestra una sonrisa, lo haría mucho más. Aunque quizá sea buena idea que no lo sepa, Vladimir Pavlov es lo suficiente varonil y arrollador de por sí. Siempre me ha recordado al actor Jessie Pavelka, por lo que creo que os podréis hacer una idea de su físico, y sobran las palabras.

—Después de tatuarme, me realicé una vasectomía irreversible. —Parpadeo impactada.

—Parece que estuviste entretenido tras casarte —atino a decir.

Me levanto y me concentro en abotonarme la camisa.

Vladimir me toma de la barbilla para que alce la cabeza y me encuentro con el océano de sus ojos.

—El muy cabrón ya obtuvo suficiente de mí, no estaba dispuesto a cederle más.

—Y condenaste a Alina a que os diese un heredero.

Resopla.

—Mi hermana estuvo condenada desde el día que nació, Isabella.

—Un poco extremistas, ¿no crees?

Me suelta y se aparta. Mi piel se enfría al privarme de su toque y su cercanía.

—No pretendo que entiendas los designios de la Bratva.

—¡Son arcaicas, Vladimir! —me exaspero.

—¿Crees que no lo sé? —lanza de vuelta, malhumorado.

Me acerco y apoyo mi mano sobre su espalda.

—Ahora eres el *pakhan*, Vladimir. Puedes cambiar las cosas.

—No es fácil —musita abatido—. Tengo a los *vorys* observándome con lupa, esperando a que cometa un error para derrocarme.

—Las tradiciones solo perduran mientras se tema desafiarlas. A veces basta con que uno solo crea que las cosas pueden ser distintas para que el resto empiece a verlo también.

Sin añadir nada más, me dirijo a la puerta del dormitorio. Al abrirla, me doy de bruces con Sheila, que permanece al otro lado del pasillo con el puño en alto.

—Vaya sincronización… —comenta, tan sorprendida como yo—. Hola, *Bella* durmiente —añade, mostrando una sonrisilla en sus labios.

—¿Sigues con tu pasatiempo de permanecer escuchando a escondidas detrás de las puertas? —le suelto, arqueando una ceja.

—Punto número uno: esta vez ha sido pura coincidencia. —Alza un dedo—. Y punto dos —levanta el siguiente—: mi infancia estuvo rodeada de monjas cotillas, ¿qué esperabas?

—¿Que no siguieses su ejemplo?

Ella descarta mi comentario con un ademán de mano, como si se tratase de una mosca que le molesta.

—Por cierto, ¿no quedamos en que lo odiábamos? —Cabecea en dirección al interior de la habitación.

Por instinto, entorno la puerta.

—Lo hacemos —manifiesto seria, aunque por dentro esté sonriendo.

Sheila es un soplo de aire fresco. Siempre sabe cómo sacarme una sonrisa, aunque me esfuerce por no mostrarla.

—A ver… Siento tener que ser yo quien te lo diga, Isabella, pero dudo que se queje mucho de que lo castigues a base de polvos.

Noto cómo el calor se acumula en mis mejillas. Entre las virtudes de Sheila no entra la discreción, y seguro que Vladimir la ha oído.

—¿Deseas algo, Sheila? —interrumpe la voz de Vladimir a mi espalda y cierro los ojos, abochornada.

Escucho a mi amiga, que suelta un suspiro. Abro los ojos cuando me cuchichea:

—¿Sabes? Es muy probable que recuerde esa voz cuando me encuentre sola en mi habitación.

—Y tú sabes que tengo adiestrado a Simone y que lo mismo se cuela en esa habitación, ¿verdad?

Sheila entrecierra sus preciosos ojos rasgados en mi dirección.

—Qué amiga más territorial… —Esta vez no lo puedo evitar y le muestro una sonrisa—. ¡Y haz el favor de darle unas vacaciones al pobre Simone! O yo qué sé, úsalo para untar la mantequilla en el pan. ¡Lo tienes sobreexplotado!

Se me queda atascado en la garganta algún comentario ingenioso al notar abrirse la puerta y sentir un calor corporal en mi espalda.

—¿Qué quieres?

Sheila observa a Vladimir por encima de mi cabeza como si se tratase de un mísero insecto a su lado.

—No me vengas con tu actitud de macho alfa, Rasputín. —«Adjudicado, mi amiga quiere morir joven»—. Por muchos gritos que le arranques con tu arma de destrucción masiva —«Perfecto. Seré yo quien la mate», pienso al sentirme mortificada por la situación—, te odiamos.

No puedo ver la expresión de Vladimir, lo que sí puedo sentir es cómo da un paso adelante y se acopla más a mi cuerpo.

—Lo que tú digas, *sumasshedshiy ot d'yavola*[6]. —Sheila lo taladra con la mirada—. ¿A qué has venido? —vuelve a preguntar.

Mi amiga desengancha la mirada del hombre que tengo pegado como una lapa y se concentra en mí con seriedad.

—Venía a avisarte de que acaban de llegar tus padres.

Me enderezo de repente.

—¿Y me lo dices ahora? —le recrimino por haber estado perdiendo el tiempo.

—Solo quería relajar el ambiente. —Se encoge a modo de disculpa—. Tu madre ha llegado bastante afectada.

«Dios…».

—Te acompaño —declara Vladimir.

Al fin me giro para quedar frente a él. Aún continúa con el pecho al descubierto y los pantalones sueltos, marcando los músculos conocidos como «cinturón de Adonis».

—No. Deja que vaya yo antes —le pido. Él endurece la mandíbula, pero asiente y se mete en su habitación, cerrando la puerta—. Iré a cambiarme —digo a Sheila.

Me giro y me dirijo a la habitación que he estado ocupando en esta casa.

—Isabella —me llama ella. Llega hasta mí y me envuelve entre sus brazos—. Lo siento. Sé lo que hizo Valentina, yo estuve allí. —Hace referencia a cuando nos dejó a nuestra suerte a ella, a Alina y a mí—. Aun así, lo siento.

A pesar de que Sheila es mucho más menuda que yo, su abrazo resulta reconfortante.

—Gracias —musito.

Y me aparto, decidida a enfrentarme a un momento de lo más dolorosos para la familia Moretti.

CAPITULO 34

Isabella

El encuentro con mis padres fue todo menos agradable. Mi padre arremetió contra Adriano por haberlo mantenido al margen de todo lo relacionado con Valentina. Sin embargo, mi hermano no se dejó intimidar y le recordó que ahora él era el capo, el responsable de tomar decisiones en nombre de la *famiglia*, incluso cuando eso implicara castigar a uno de los suyos por sus actos.

Mi madre, en cambio, pasó todo el tiempo llorando en silencio por la pérdida de Valentina y rompió aún más en llanto cuando le presentamos al pequeño Adri. No sé si le sirvió de consuelo, pero parecía encontrar en él un pedazo de nuestra hermana, aferrándose al niño como si temiera perderla de nuevo.

Pero, sin duda, el peor momento fue aquel en que tuve que despedirme de él.

Lo había temido desde que desperté, y, aun así, cuando llegó la hora, sentí que ninguna preparación habría bastado.

—Serán solo unos días, peque —le prometí, tratando de sonreír mientras él se aferraba con fuerza a mi cuello, como si su abrazo pudiera evitar lo inevitable.

—Tú también te vas, como mi *ota* mamá —murmuró con la voz rota y los ojos llenos de una tristeza demasiado grande para su corta edad.

Y entonces sentí que algo dentro de mí se rompía. Porque tenía razón. Estaba repitiendo justo lo mismo que Valentina: me iba, dejándolo atrás con la promesa de un regreso. Solo que, esta vez, la promesa la hacía yo y no sabía si podría cumplirla.

—Serán solo unos días —insistí, acariciándole la cabecita con suavidad, intentando convencerlo, o tal vez convencerme a mí

misma—. Pero ahora tienes que ir con los *nonni*, ¿sí?

—No *quero* —gruñó con esa testarudez que era marca registrada de los Moretti.

No pude evitar sonreír, aunque tuviese el corazón encogido.

—¿Sabes que viven en un viñedo enorme? —le dije, buscando despertar su curiosidad—. Allí podrás correr todo lo que quieras hasta cansarte.

Eso pareció llamar su atención. Alzó la cabeza despacio, despegando su carita de mi cuello, y miró hacia mi padre, que nos observaba en silencio, con el semblante serio, pero los ojos brillantes de emoción contenida.

—¿Y *poré jubar* al fútbol? —preguntó con timidez.

—¡Claro que sí, tesoro! —respondí, aliviada por ese pequeño resquicio—. El abuelo conoció a Maradona cuando jugó en el Napoli.

Sus ojitos se abrieron de par en par, redondos de asombro. Habiendo nacido en Nápoles, dudaba que no conociese a esa leyenda del fútbol.

—¿De *veda*?

—Sí —intervino mi padre, aclarándose la garganta antes de hablar, con una sonrisa apenas visible—. Comíamos a menudo en el bar Nilo.

Esa simple frase bastó. Vi cómo el niño se soltaba de mis brazos y daba unos pasos hacia él con la fascinación pintada en el rostro.

—¿Tú también *jubabas* al fútbol? —le preguntó con una admiración tan pura que me conmovió.

—No tan bien como él, pero algo podremos hacer juntos —respondió mi padre, y en su voz había un matiz de ternura que hacía años no le oía.

Mi madre, que había permanecido en silencio hasta ese momento, intervino con la voz entrecortada:

—Y, si quieres, yo te prepararé de comer lo que más te apetezca, *piccolo*.

El niño se giró hacia ella, pensativo unos segundos, antes de preguntar con entusiasmo:

—¿Puede ser *macarones* a la boloñesa?

Vi cómo los ojos de mi madre se humedecían de inmediato. Y, sin embargo, por primera vez desde que había llegado, le dedicó una sonrisa plena, tan cálida y viva que supe que el pequeño Adriano sería el consuelo a su pena.

—¡Precisamente, esa es mi especialidad! —exclamó, extendiendo los brazos para recibirlo.

El pequeño corrió hacia ella y, en ese instante, supe que estaría bien, que entre ellos encontraría refugio, amor y una rutina que no dependía de mis ausencias.

Aun así, despedirme de él fue más difícil de lo que jamás hubiera imaginado. Solo habían sido unos cuantos días, pero bastaron para que me rindiera por completo a su encanto, a su risa, a esa manera suya de llenar el espacio con inocencia y vida.

—Nos vemos en Pisa —intervino mi hermano. Alina y él, escoltados por sus guardias, acompañarían primero a mis padres hasta los viñedos sobre las colinas de Artreci, al sur de Florencia, antes de regresar a nuestra ciudad—. No me gusta que te quedes sola con él, *sorella* —murmuró, estrechándome entre sus brazos.

—Estaré bien —dije, devolviéndole el abrazo.

—Más le vale que lo estés. No me gustaría que la *principessa*, en su estado, tenga que organizar un funeral.

Puse los ojos en blanco y él atrapó mi nariz, dándole un tirón a modo de despedida.

Cuando al fin los vi marcharse, no despegué los ojos del pequeño, tomado de la mano de mi madre, con su pequeña mochila colgando, y comprendí que no hacía falta demasiado tiempo para amar a alguien; a veces, unos pocos días bastan para que un corazón sepa que ha encontrado su hogar.

Tras ellos fue el turno de Yuri y su séquito. El ruso se marchó con su cara hecha un mapa. Entre las conversaciones que mantuve con Vladimir entre las sábanas, me puso al tanto de lo ocurrido en las horas que estuve ausente. Una de ellas, la paliza que le dio a Novikov.

***

Han tenido que pasar dos días para que el resto decidamos dejar la casa de Parioli y regresar a nuestros hogares.

Entro en la cocina tras ducharme. Vladimir se encuentra sentado a la mesa. Tiene una taza de café en la mano mientras lee el periódico. Este par de días apenas se ha apartado de mi lado, se ha tomado en serio eso de protegerme a toda costa. No es que me queje, sobre todo, durante las noches, que siento su calor envolverme. Sin embargo, es momento de regresar a la cruda realidad.

Veo a Pavel de pie frente a la encimera del desayuno, me acerco a él por la espalda y envuelvo mis brazos en su cintura.

—Buenos días —saludo en tono meloso.

Desde mi posición, tengo una vista privilegiada de la mesa del comedor. Me fijo en Sheila, que abre tanto sus ojos por mi atrevimiento que a punto estoy de soltar una carcajada. Marco, por el contrario, aparta la mirada y se recoloca sus gafas de pasta, que se le resbalan por el puente de la nariz. Pero la reacción que más me interesa es la del ruso.

Vladimir me observa impasible con su taza a medio camino de tomar un sorbo.

Noto cómo Pavel se tensa ante mi contacto y tose:

—Mmm, señorita Moretti…

—Uy, disculpa, Pavel —teatralizo—. No te había reconocido. Al verte por detrás y fijarme en el pelo rubio, no podría haberte distinguido de Vladimir.

El hombre, incómodo, hace un asentimiento con la cabeza antes de marcharse.

—Y-yo iré a recoger mis cosas —musita Marco, siguiendo los pasos del guardia de Vladimir.

En el momento que me siento a la mesa y comienzo a prepararme un café con leche, escucho la voz de Vladimir:

—No lo vas a dejar pasar, ¿verdad?

—No tengo ni idea de qué hablas. —Le sostengo la mirada a la par que recojo una uva y me la meto en la boca.

—Tienes que comprender que Valentina y tú…

Golpeo la mesa y me pongo en pie.

—Lo que yo comprendo, es que ninguno —los señalo, alzando la voz— os disteis cuenta de que no se trataba de mí.

—Bella… —se adelanta Sheila—. Debes entender que regresamos muy alterados. Veníamos de cometer un *cuervigidio* y…

—No estoy para bromas, Sheila. ¿Tan sustituible soy? —les digo, dolida.

He necesitado dos días hasta que he estallado. Al principio tenía tantas cosas que procesar que lo pasé por alto, pero con el paso de las horas era algo que, si no soltaba, acabaría enquistándome.

—Sheila, déjanos solos un momento —pide Vladimir, doblando con parsimonia el periódico.

—No, Sheila, quédate. —Me cruzo de brazos, desafiándolo.

Mi amiga nos mira de uno a otro, sin saber a cuál obedecer.

—Como desees —objeta él.

Vladimir se levanta con esa calma suya que tanto me irrita. No dice nada más, solo se pone en pie, deja el periódico perfectamente doblado sobre la mesa y se encamina hacia la puerta.

—¿Qué haces? —pregunto sin disimular mi sorpresa.

—Ya que no quieres que Sheila se vaya, me iré yo —responde con voz grave, sin mirarme siquiera.

Me da un vuelco el corazón. No sé si de rabia o desconcierto, pero cuando su silueta desaparece por el pasillo, algo en mí estalla.

—Pero ¿qué coño…? —murmuro, empujando la silla con brusquedad.

Sheila abre la boca para decir algo, no obstante, levanto una mano.

—Mejor no digas nada.

Ella hace un gesto de cerrar su boca con una llave imaginaría.

—Lo que tú digas, jefa… —Apenas la oigo.

No pienso quedarme aquí quieta mientras él me da la espalda como si nada.

Salgo tras él. Mis pasos resuenan en el suelo de mármol. Lo encuentro en el comedor, junto al ventanal que da al jardín. La luz de la mañana dibuja su silueta, acentuando la tensión de sus hombros y el brillo de su cabello rubio.

—*Cazzo*, Vladimir —le espeto, temblando de ira—. Te marchas, dejándome con la palabra en la boca. ¿Así solucionas tú los problemas? ¿Huyendo?

Él se gira despacio. Su mirada se clava en la mía de una forma tan intensa que me obliga a tomar una respiración profunda.

—No estoy huyendo —dice.

—Ah, claro. Solo te retiras con elegancia, ¿no? —Me cruzo de brazos.

Da un paso hacia mí y mi traicionero cuerpo reacciona. Puedo oler su colonia, ese aroma oscuro me vuelve loca y me hace olvidar, por un instante, por qué estoy enfadada.

—Isabella… —pronuncia mi nombre como una advertencia.

—¿Qué? —lo desafío, dando otro paso hacia él. Estoy tan cerca que siento el calor de su cuerpo filtrarse en el mío—. ¿Qué vas a decirme ahora? ¿Que fue un malentendido? ¿Que confundirme con ella fue un accidente?

Un músculo le tiembla en la mandíbula.

—Intenté hacer lo correcto —dice al fin, casi en un gruñido—. Después de lo del Mystral, decidí que lo mejor era dejarte tu espacio. No quería presionarte. Pensé que, si me mantenía lejos, te sería más fácil procesar lo que había ocurrido.

Me río sin humor.

—Deja de decidir por mí. A la vista está que, cada vez que lo has hecho, no ha salido bien. —Le lanzo la pulla—. Solo sé que, en tu afán por «darme espacio», no notaste que regresó con vosotros otra mujer y ni os percatasteis.

Vladimir da otro paso, y ya no hay más espacio entre nosotros. Puedo sentir cómo su pecho roza el mío cada vez que respira. Su mirada baja a mis labios y mi cuerpo responde antes que mi mente.

—Si hubiese permanecido más de unos minutos a su lado —murmura, su voz tan baja que tengo que contener el aliento para escucharlo—, te aseguro que habría sabido que no eras tú.

El corazón me martillea en el pecho.

—¿Cómo, exactamente, lo habrías sabido? —pregunto casi en un susurro, sin apartar la vista de la suya.

Tengo que recordarme que lo he seguido molesta. Pero me resulta la mar de difícil cuando sus ojos se oscurecen de manera peligrosa.

—Por la forma en que me miras cuando estás a punto de enfadarte —dice—. Por cómo tiembla tu respiración cuando te contienes y por el modo en que dices mi nombre cuando intentas convencerte de que me odias.

Posa una mano en mi cintura y se me pone la carne de gallina al notar su contacto.

»Por cómo respondes —añade, su voz rozando la mía— cada vez que me acerco así.

Trago saliva, sin moverme. Tampoco es que crea que pueda hacerlo. Es un maldito gurú.

Con la mano que tiene libre, roza mi mejilla.

—No te confundas, Isabella —susurra—. Si no me atreví a acercarme demasiado a ti fue porque eres lo único a lo que siempre he temido, eso es todo. Si lo hubiera hecho, jamás habría dudado de que no eras tú.

Mis labios se abren, pero no encuentro las palabras, solo ese nudo en el pecho que me arde y me arrastra hacia él.

Quisiera gritarle, empujarlo, recriminarle por que no se percatase, pero no puedo hacerlo porque lleva razón. Desde que nos reencontramos hace unos meses, siempre he construido una barrera a mi alrededor. Temía que, si no lo hacía, volvería a caer en su embrujo. Y aquí estoy. Después de descubrir la verdad, esos muros se han desvanecido como si los hubiese creado de simple arena.

—Me gustaría encerrarte para que no te rozase ni el aire, Isabella.

—Ni se te ocurra, ya hemos habl…

—Tranquila, *koshka* —me corta—. He aprendido la lección. Jamás te mantendré al margen, por mucho que ahora esté sufriendo por ello.

—No soy de cristal, Vladimir.

—Lo sé —reconoce, dándome un apretón con su mano en mi cintura—. Tengo algo para ti. —Se retira unos centímetros de mi

cuerpo y saca algo de su chaqueta—. Pensaba dártelo antes de irnos, pero este momento es igual de bueno que cualquier otro.

Abre un estuche alargado de terciopelo y me tapo la boca con una mano al ver la pulsera de oro blanco y dijes.

—Vlad…

—Acéptalo, Bella. Solo quiero…

—Me encanta —lo interrumpo, sacando la joya y ofreciéndosela para que me la abroche.

—Solo deseo lo mejor para ti, *moya lyubov*[Z].

***

El trayecto de Roma a Pisa resulta tranquilo. Vamos Sheila y yo en mi coche, pero se me hace raro que sea Pavel quien lo conduzca.

—Podría haberlo llevado yo, ¿sabes? —me quejo en el asiento del copiloto.

—Mejor no discutir, señorita Moretti. Ya me he librado de una bala en el desayuno, no tentemos a la suerte.

Miro de refilón a Pavel y me sonrojo.

—Lo siento por eso.

Sé que no ha estado bien por mi parte utilizarlo de esa manera, solo quería anotarme un punto.

—No hay problema. Después de todo, ha sido divertido ver al jefe cerca de sufrir una apoplejía. —Me giña un ojo.

—Joder, con el ruso. Si hasta va a tener sentido del humor y todo —interviene Sheila, incorporándose en el asiento trasero—. Oye, Pavel, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro, señorita García.

—Uy, no me llames así, que me recuerdas a cuando las monjas me regañaban cuando me metía en algún lío.

—Me apuesto a que lo debiste escuchar a menudo —murmuro.

Pero Sheila, que tiene el oído demasiado fino, responde:

—Bien, seguro. A lo que iba… Pavel, ¿tienes pareja?

—¿Te estás ofreciendo como candidata, Sheila? —pregunto risueña.

—No, no, joder —se adelanta ella—. Era simple curiosidad, con la vida tan peligrosa que lleva… —Y, tocándole el hombro, añade—. No pretendía tirarte ficha ni nada por el estilo, ¿eh?

Al guardia se le escapa la risa, que camufla con una tos, antes de responder:

—No, señorita García. Estoy soltero.

—¿Y entero?

«Joder, me parto».

Esta vez hasta a él le saca una sonrisa.

—A pesar de la vida tan peligrosa que llevo —repite sus palabras —, sigo de una pieza. Por lo que, si alguna vez le apetece cenar… No tiene más que decirlo.

Echo un vistazo por encima del hombro y veo a Sheila sonreírle, poniéndole ojitos.

«Es una descarada de cuidado», niego divertida.

Al volver a mi posición en mi asiento, compruebo que ya estamos en la calle de mi apartamento.

Una pena, tenía ganas de descubrir hasta dónde llegaba este coqueteo en ciernes.

Pavel estaciona en un hueco libre y nos bajamos del coche. Se despide y se dirige para subirse al vehículo que para a nuestro lado.

—¿No te despides de tu Romeo? —suelta con retintín mi amiga.

Me giro hacia mi portal justo cuando el coche de Vladimir se marcha.

—Y tú, ¿ya has intercambiado el teléfono con el tuyo? —lanzo de vuelta, introduciendo la llave en la cerradura.

—Bah… He decidido que soy más de *sushi*.

—Sheila, no deberías… —digo, cuando entramos al portal.

—Shhh —me corta ella—. Yo no cuestiono tus decisiones, no cuest…

No alcanza a terminar la frase. De pronto, escucho su grito a la par que siento que me cubren la cabeza con un saco y, en cuestión de un instante, todo se vuelve negro.

CAPITULO 35

Vladimir

—Os estoy diciendo que tres hombres se llevaron a Isabella, ¿y qué hacéis vosotros? ¡Nada! Eso es lo que hacéis —grita Sheila, arrojando la bolsa de hielo que tiene presionada contra la frente—. ¿Y por qué estamos en un puto avión?

—¿La calmas tú o tengo que dejarla otra vez inconsciente? —le comento a mi hermana.

—Atrévete a tocarme y juro que…

—Sheila, ven conmigo. Te lo explicaré todo. —Alina la ayuda a levantarse con delicadeza—. Y, por favor, mantén el hielo en la zona para que baje la inflamación, Si no, con ese chichón, parecerás un simio. —Oigo que le reprende, su voz desapareciendo cuando entran en la *suite*.

—Marco, dime que tienes algo —demanda Adriano, tenso, inclinado sobre la pantalla del ordenador del *hacker*.

—No seas impaciente. Las coordenadas siguen siendo las mismas —le informa este, concentrado en el punto parpadeante.

—No me pidas paciencia cuando es mi hermana la que está en peligro.

Me acerco hasta Adriano y apoyo mi mano en su hombro.

—Todo va a salir bien —le aseguro.

No sé si lo digo para convencerlo a él o a mí mismo.

—Más te vale, Vladimir —amenaza, y vuelve a dirigir su mirada a la pantalla.

Me aparto de ellos, volviendo a mi lugar.

No habíamos recorrido más de dos manzanas, tras dejar a las chicas, cuando Isabella activo el GPS de su pulsera y dimos de inmediato la vuelta.

Al llegar a su dirección y encontrar a Sheila tirada en el suelo del portal, con un golpe en la cabeza e inconsciente, pusimos en marcha el plan que llevábamos días elaborando.

El rugido del avión llena el silencio, las luces parpadean sobre los rostros de mis acompañantes, pero nadie se atreve a hablar.

Me siento junto a la ventanilla y miro las nubes que cubren cielo ruso. El frío se filtra incluso dentro del *jet* privado, solo que no es el clima lo que hace que se me hiele la sangre, sino su ausencia. La de Isabella.

Odio que se encuentre de nuevo en esta situación, estuve a punto de perderla en más de una ocasión y me juré que no volvería a suceder, sin embargo, aquí estoy, persiguiendo su rastro de nuevo.

Saco el teléfono, busco el contacto y marco. La voz de Dimitri suena al segundo tono.

—Dime, Vlad.

—¿Estás en San Petersburgo?

—Sí, ¿por qué?

—Estoy volando hacia allí —respondo —. Aterrizamos en Kamisov en menos de una hora. Necesito que me esperes en el aeródromo y que vengas preparado.

—¿Preparado para qué?

—Se han llevado a Isabella —declaro despacio. Con cada palabra que suelto, aumenta mi ira—. Todo apunta a que Yuri tiene algo que ver.

Se hace el silencio y luego escucho el sonido de su encendedor al otro lado de la línea.

—¿Yuri? ¿Estás seguro? Pensé que erais socios.

—Eso pensé yo también. —Aprieto la mandíbula hasta el punto que mis muelas protestan—. Parece que alguien le está pagando bien para atreverse a traicionarme.

Dimitri suelta una risa baja, sin humor.

—Te lo dije, Vladimir, Yuri Novikov nunca ha sido de fiar. Es una putilla que se vende al mejor postor —me recuerda—. Está bien, déjalo en mis manos. Prepararé un equipo y nos vemos en cuanto tomes tierra.

—Dimitri… —añado antes de colgar—. No quiero errores.

Cuelgo.

El reflejo en la ventanilla me devuelve una mirada que reconozco demasiado bien. Tengo grabada la muerte en ella, y me prometo que ni será la mía ni la de la mujer a la que amo.

Todo sería más fácil si solo se tratara de negocios, pero, por desgracia, no lo es.

—¿Tenéis claro qué tenéis que hacer? —le pregunto a Adriano.

—No te preocupes por mí y ocúpate de traer de vuelta a mi hermana de una pieza.

Asiento.

Aterrizamos en medio de la niebla. Bajo del *jet* mientras el resto permanece dentro, a la espera.

Dimitri está ahí, esperándome junto a un par de SUV negros. Me fijo en cómo el humo de su cigarro envuelve su rostro cuando me saluda con un leve gesto.

Los hombres que ha traído, y que están bajo mis órdenes, listos.

—Hemos recorrido la zona antes de que llegases y hemos divisado movimientos en uno de los hangares abandonados cerca del río —me dice mientras caminamos hacia los vehículos—. Puede que la tenga allí.

Asiento en silencio.

El convoy se mueve como un escuadrón bien organizado entre los hangares mientras el sonido de las ruedas en el asfalto resulta casi hipnótico. Cuando llegamos, nos apeamos de los coches y dejo que Dimitri se adelante y eche un vistazo al interior.

—Parece vacío. ¿Y si es una trampa?

No tengo la menor duda de que así será.

—Solo hay una forma de saberlo —reconozco—. Rodead el lugar —me dirijo a mis hombres, que esperan mis órdenes—. Nadie entra ni nadie dispara hasta que yo lo diga. —Y, mirando a Dimitri, añado —: Vamos.

Avanzamos juntos hasta el hangar y empujo las puertas metálicas; el chirrido del metal resuena en el aire, anunciando nuestra presencia.

Ambos empuñamos nuestras armas.

El interior huele a gasolina y a polvo. El aeródromo de Kasimov se encuentra a unos treinta kilómetros al norte de San Petersburgo. Se trata de un campo de aviación abandonado que en su día albergó a un regimiento de helicópteros y donde ahora solo se practica paracaidismo.

No nos hace falta avanzar demasiado cuando veo un cuerpo femenino, inmóvil, sentado sobre una silla, en mitad del hangar. Tiene las manos atadas a la espalda y la cabeza cubierta con una capucha negra.

Mi pecho se contrae. Camino hacia donde se encuentra, despacio, conteniendo cualquier tipo de impulso.

Antes de que Dimitri y yo lleguemos a su altura, se escucha una voz desde la oscuridad.

—Aquí tienes el encargo, tal y como contrataste.

Yuri sale de entre las sombras, empujando su silla de ruedas con calma mientras se le forma una sonrisa ladeada en el rostro.

Lo apunto, mi dedo rozando el gatillo, aunque no lo aprieto. No hasta que se termine lo que he venido a hacer aquí.

—¿Qué encargo? —repito, fingiendo desconcierto.

Yuri sonríe más.

Sus ojos se mueven y no se posan sobre mí, sino que lo hacen en Dimitri.

—He traído lo que me pediste, viejo amigo.

Dimitri da un paso al frente con la mandíbula apretada.

—No sé de qué mierdas me hablas, Yuri.

De repente, somos rodeados por todo un ejército que pertenece a Yuri Novikov.

—Yo que vosotros guardaría eso, no vaya ser que a mis hombres les dé por ponerse nerviosos y se les escape una bala. —Yuri suelta una carcajada ronca cuando, tanto mi consejero como yo, obedecemos, dejándolas en el suelo.

»Vamos, Dimitri. Es momento de dejar de fingir, ¿o vas a seguir jugando a ser el perro fiel?

Dimitri no responde. Lo observo y noto cómo su respiración cambia. Es apenas un leve temblor en su mandíbula lo que le delata, unido a un brillo distinto en los ojos.

Este no es el hombre que me juró lealtad, sino alguien que llevaba demasiado tiempo fingiendo.

Se gira en mi dirección y su máscara cae al mostrarme una versión suya que, por lo visto, siempre estuvo ahí y yo simplemente no fui capaz de ver.

—¿Dimitri? —digo despacio—, ¿qué diablos está pasando?

Él sonríe. Y es una mueca retorcida a la par que peligrosa.

—No me hubiese gustado que te enterases así… —camina hacia la silla, donde permanece el cuerpo inmóvil—, pero ya que a nuestro socio le ha podido la impaciencia —echa un vistazo a Yuri—, supongo que no nos queda más remedio.

—Maldito bastardo… —gruño—. Siempre estuviste a mi lado —le recuerdo, avanzando un paso. Mi voz se mantiene baja y contenida, pero cada palabra vibra con ganas de matarlo.

Él ríe sin humor.

—Claro que estuve a tu lado. Por debajo de ti, Vladimir. Pero ha llegado el momento de que eso cambie.

—Dame lo prometido y así podréis seguir con esta reunión tan entretenida —interviene Yuri, y le dedico una mirada cargada de intenciones.

—¿Y perderte el hecho histórico de ver cómo acabo con el joven *pakhan*? —responde Dimitri en un tono burlón que me eriza la piel —. ¿Sabes lo que es pasar toda una vida a la sombra de otro? —Esta vez se dirige a mí—. ¿Ver cómo te dan las sobras del poder mientras tú haces el trabajo sucio y limpias la sangre de los tratos que firmas sin merecerlos?

Siento que cada palabra es un veneno que se ha ido destilando durante años.

—¿A qué demonios te refieres? —pregunto, aunque en el fondo ya lo sepa.

Dimitri da un paso hacia adelante y queda a la espalda de la silla.

—Al trono, Vladimir. Al título de *pakhan* —escupe la palabra como si le quemara—. Después de la muerte de Boris, todos sabíamos que alguien debía tomar su lugar. Alguien fuerte y que no temiera ensuciarse las manos. —Sus ojos se clavan en los míos,

brillando con odio contenido—. Pero el hijo heredero, el príncipe —me señala—, tenía que apropiarse de lo que me pertenecía por derecho.

—¿De eso se trata, Dimitri? ¿Quieres liderar la Bratva?

Mi respiración se acelera, sin embargo, me obligo a mantener la calma. Quiero escucharlo de su propia boca.

—¿Y de qué, si no, se iba a tratar? Yo estuve allí. ¡Yo, no tú! —continúa, y su voz se quiebra apenas un instante—. Vi cómo Boris se consumía. Cómo su cuerpo poco a poco perdía la batalla… —Se le contrae el rictus de manera enfermiza—. Siempre permanecí a su lado, observando tus desaires, los desplantes que tenías con él para que al final él siguiese apostando por ti y te legase todo. Así que no me quedó más remedio que acelerar su muerte.

—Eso sí que es ser un amigo —se carcajea Yuri.

La confesión me golpea con fuerza y mis hombros se tensan, listo para atacar.

«Aún no», me recuerdo.

—Tú… —susurro, ignorando a Novikov y a sus hombres, que permanecen atentos a nuestros movimientos, y centrándome en quien fue más que un consejero para mí—. Mataste a mi padre.

—Era lo justo —gruñe Dimitri, y su voz ahora es puro rencor—. Boris confió en mí, pero nunca creyó que yo fuera suficiente. Mientras tú fingías ser su hijo perfecto, yo mantenía viva la Bratva. Fui yo quien consiguió los acuerdos, quien controló las rutas, quien mantuvo la lealtad de los *vorys*.

Da otro paso y su rostro se tuerce en una mueca amarga.

»Cuando él murió, pensé que al fin había llegado mi momento. Que por fin el título sería mío. Pero, entonces, te eligió. Incluso sabiendo que lo odiabas, te eligió. Y todos tuvimos que inclinarnos ante ti, como si el trono te perteneciera por derecho divino.

Lo miro y lo único que siento por él es rabia. Aunque una parte de mí, por un instante, entiende lo duro que debió ser para él tener que volver a quedar de segundón.

—Te di todo, Dimitri —le digo con voz baja, casi en un susurro—. Tenías mi lealtad, mi respeto. Estábamos construyendo una hermandad.

Él ríe, una carcajada seca y sin alegría.

—¡Eso no es poder, Vladimir! ¡Son simples migajas!

Sus palabras se clavan en mí como agujas.

Lo veo temblar, el rencor mezclado con el dolor de una vida en la sombra.

Y, mientras más habla, todo comienza a encajar.

Dimitri nunca fue mi leal *sovietnik*, solo el lobo que aguardaba en la puerta, esperando a que bajara la guardia.

Yuri nos observa en silencio, satisfecho, detrás de su sonrisa torcida, atento a cómo se van desarrollando las cosas. Esperando a que ocurra algo que cambie todo el juego.

—Esta mujer siempre ha sido tu debilidad, Vladimir —continúa Dimitri, cada palabra escupida con desprecio—. ¿De quién crees que fue la idea de que la atropellasen hace dieciséis años? La Bratva no merecía una unión con sangre sucia. Por protegerla, tu padre pudo tenerte controlado. Si hubiese sabido lo que me costaría… —reniega —. Pero tuvo que volver a aparecer de nuevo. —Acaricia la cabeza encapuchada—. Tenía que hacer algo, darte un escarmiento por todo lo que me quitaste.

Tiemblo furioso.

El mundo se reduce a su declaración y el latido de mi sien aumenta.

Fue idea suya. Él convenció a mi padre para que atacase a Isabella en aquella ocasión.

Lo miro y la furia quiere salir a través de mis puños, de mis gritos; en definitiva, quiero sangre.

—¿Fuiste tú quien mandó a los urkas para que la atacasen? —le digo.

No dejo que la voz me tiemble. Él asiente, disfrutando.

—Sabía que su muerte te devastaría lo suficiente para que no pudieras gobernar —me dice—. Entonces, yo me haría cargo de todo, pero esta maldita zorra italiana nunca muere. Ahora tienes la opción de salvarla, Vladimir. Dame las riendas de la Bratva y la liberaré.

La propuesta cuelga entre nosotros. No obstante, si piensa que caeré en su trampa, es que en realidad no me conoce.

—Sabes que no puedo hacer eso —respondo sin titubeos.

Sus ojos se abren, sorprendidos. Por primera vez, veo el miedo mezclado con la avaricia. Lo odio por lo que hizo y no puedo dejar que salga indemne de esto.

—Mala elección, hijo.

—No me llames «hijo» —escupo con los dientes apretados.

—Pensé que esta mujer te importaba lo suficiente para hacerte recapacitar. Sin embargo, con tu negativa has sellado vuestros destinos. La verás morir antes de que acabe contigo.

Sin que pueda reaccionar, lo sorprenden por la espalda y lo inmovilizan con un objeto afilado sobre su garganta.

—Te echaba de menos, *koskha*. —Sonrío y le guiño un ojo a Isabella.

Verla con esa mirada letal hace que caiga más rendido por ella.

En ese instante, Yuri sale de la penumbra como un animal acechando a su presa.

—Pero ¿qué…? —Dimitri parpadea al verlo de pie, esta vez sin la ayuda de sus muletas, e Isabella presiona más su bisturí sobre su cuello.

«Joder, pues sí que va a resultar eficiente Simone», pienso al ver cómo su piel se abre y le recorre un fino reguero de sangre.

—¡Un milagro! —exclama teatral Yuri mientras se acerca a Dimitri y presiona su pistola contra la sien de mi enemigo.

En un movimiento tan práctico como mortal, Yuri lo cachea y le quita el arma del costado a Dimitri, dejándolo indefenso.

—*Vory* malo…

Este se queda inmóvil, la sorpresa convirtiéndose en algo parecido al pánico, con la certeza de que la partida ha cambiado de equipo.

Yuri me sonríe. Por primera vez, me mira con algo que podría pasar por respeto, o quizá disfruta de su propio triunfo. Con él nunca puedes acertar.

—No te muevas —le susurra al oído. Su voz es una orden que pesa más que cualquier sentencia de la Bratva.

—Maldita rata… Debí haberlo visto venir cuando me la ofreciste en bandeja —masculla el que para mí fue como un tío.

Isabella, al ver que Yuri lo tiene controlado, se aleja de él y lo rodea, viniendo hasta mi lado.

Le rodeo la cintura con un brazo y dejo un beso suave sobre sus labios.

—¿Estás bien?

—¿Qué pregunta es esa? Pues claro que está bien. Yo soy todo un caballero —interviene Yuri, fingiendo indignación—. Además, sabes que ella siempre ha sido mi Moretti favorita. Es igual o más sanguinaria que nosotros. —La observa con admiración.

Sin embargo, no le presto atención a la persona que, una vez más, ha vuelto a ayudarnos de manera desinteresada, y espero la respuesta de la mujer que permanece a mi lado.

—Estoy bien —me tranquiliza—. ¿Y Sheila?

—Con un cabreo monumental, así que, prepárate.

La veo formar una mueca arrepentida con su perfecta boca.

Mientras que Adriano y yo fuimos en busca de Isabella, tras recibir el chivatazo por parte de Viatore, Yuri y Marco siguieron indagando en las grabaciones del Mystral de esa noche, y lo que poco después me mostraron resultó esclarecedor.

En una de las salas privadas aparecía Dimitri follando con Nadia, algo que me hubiese importado una puta mierda si no llega a ser porque vi un tatuaje en el pecho de él que me llamó la atención.

Tiene tintado el alambre de espino junto a un cráneo con las alas negras, el mismo que lucían los hombres que Isabella mató.

—¿Qué quieres? —cuestiona, con el rostro rojo de ira

—Realmente no quiero nada de ti —le hago saber—. Solo agradecerte una última vez que hagas el trabajo sucio por mí y conseguir que me gane el respeto frente a los *vory v zakone*.

—¿Qué trabajo? ¡No pienso hacer una mierda más por ti! —vocifera.

Los hombres de Yuri dan un paso al frente, protegiendo a su jefe, con sus cañones apuntando directos a Dimitri.

Sin embargo, Novikov alza una mano para que se detengan. Agarra a Dimitri por el pelo y lo arrastra hasta quedar frente a la silla.

Tira de la capucha con violencia. Veo el rostro de Nadia a la vez que lo hace él. Tiene el labio partido, la sangre reseca en la comisura y los ojos abiertos al mundo sin rastro de vida.

Dimitri suelta un grito agónico al ver su cuello degollado. Suena un ruido seco en el hangar cuando se desploma al caer de rodillas frente a ella.

Miro a Isabella y, levantando una ceja, le digo:

—¿De nuevo no me has dejado participar en la diversión?

—No se merecía seguir respirando un segundo de más —aduce ella sin apartar la mirada de Nadia.

Me alegra no apreciar ningún rastro de remordimientos en su semblante. La hermana de Larisa ha demostrado que podría ser incluso peor que ella.

—*Malyshka moya…*[8]

Verlo llorar frente al cuerpo de Nadia no me produce ninguna emoción.

—No me quiero imaginar cómo se tomará Iván que hayas matado a su hijita. —Cabeceo.

—¿De qué hablas? ¡Yo nunca le haría nada! Yo la amaba —declara con la voz quebrada.

—La amabas tanto que tus celos hicieron el trabajo por ti. Y yo, como *pakhan,* he tenido que tomar la decisión de hacerte pagar por tu agravio.

—No, no…

—¿Cómo crees que te recordarán en la Bratva? —le pregunto para atormentarlo—. Y a mí, ¿con qué ojos piensas que verán a su líder el resto de *vory v zakone*?

—¡Nunca te aceptarán!

—Eso ya lo veremos…

Sonrío.

—¡Es tu culpa, maldita basura italiana! —grita Dimitri, dirigiéndose a Isabella—. ¡Debí matarte cuando tuve la oportunidad!

Ella se suelta de mi agarre. Me tenso al verla acercarse a él. Y, como si de una emperatriz se tratase, le dice desde su altura, mirándolo a la cara:

—Por esa razón, tú jamás hubieses sido un buen *pakhan*. Nunca hay que dejar cabos sueltos.

Recojo mi arma del suelo y, sin añadir más palabras, aprieto el gatillo.

El disparo resuena a nuestro alrededor como si se tratase de un trueno.

Lo bueno, esta vez, es que no se avecina ninguna tormenta.

CAPITULO 36

Isabella

Nada más salir del hangar, lo primero que vemos es a los hombres de Vladimir entre la niebla espesa que cae sobre el aeródromo de Kasimov.

—¿Algún problema? —le pregunta a Pavel cuando se acerca hasta nosotros, echando un vistazo al resto de sus guardias.

—Ninguno, *pakhan*. Ellos solo son leales a usted.

—Bien. Meted los cuerpos en bolsas y transportadlos a uno de los coches —ordena Vladimir mientras caminamos hasta uno de los SUV—. Y, por cierto, Pavel, acabas de ascender de *brigadier* a *sovietnik*. Enhorabuena.

Observo cómo el guardia se queda un tanto sorprendido al recibir la noticia de su nuevo rango.

Al pasar por su lado, le digo:

—Misha estaría orgulloso de ti.

Él asiente con solemnidad, recordando al hermano gemelo que perdió hace unos meses. Nunca he preguntado si estaban unidos o, como nos pasó a Valentina y a mí, se trataba de una relación complicada. A pesar de todo, sé lo que debe sentir al faltarle alguien con quien compartió espacio en el útero.

Subo al coche mientras Vladimir se sienta al volante. Tiene el rostro tenso y los nudillos blancos de tanto apretarlos sobre el volante. Se los acaricio y lo miro un segundo, intentando adivinar qué pasa por su cabeza después de lo que acaba de vivir.

—¿Estás bien? —Me siento un tanto ridícula al hacer la pregunta.

¿Cómo puede estarlo? Acaba de terminar con la vida del hombre al cual consideró casi como un padre.

—Yuri me dijo hace poco que «no existe lealtad entre ladrones», y cada vez siento que esa frase es más certera. La traición siempre llega de quien menos te lo esperas —reconoce.

Gira la cabeza y se fija en mí, con esos ojos azules que durante años he odiado y que ahora solo deseo que no dejen de mirarme nunca.

—Puede que sí, pero de quien menos esperas también puede llegar la mano que te ayude a levantarte. No todos fallan, Vladimir.

—¿Cómo puedes pensar eso? Primero fue Dante, ahora Dimitri. ¿Y qué me dices de Valentina? —cuestiona de mal humor—. Incluso a Vince lo traicionó su mano derecha. No es que me queje, desde luego. Eso me llevó hasta ti —dice, agarrando mi mano y depositando un beso en el dorso—. Todas fueron personas de confianza, Isabella.

Sé que, con ese historial que acarreamos, es muy difícil rebatirle nada. No obstante, necesito creer que hay un resquicio de esperanza.

—¿Qué me dices de Yuri?

—¿De verdad confías en él?

—Hasta ahora no me ha dado motivos para no hacerlo. Sé que tienes tus reparos con él, pero no ha hecho más que ayudarnos. Él tuvo mucho que ver en el rescate de Rýbinsk, te apoyó en tu cruzada por hacer salir a Larisa. Incluso esta última vez —señalo— se ofreció a destapar a Dimitri. Si no llega a ser por su gran actuación, dudo que tu consejero hubiera caído en la trampa.

—Yuri lo hace porque está aburrido y seguro que esperará su pago. —Resopla.

—A lo mejor solo lo hace porque busca desesperadamente un amigo. —Sonrío melancólica, llegando a la conclusión de que hasta hace bien poco yo he sido como Yuri.

Durante mucho tiempo he creído que no necesitaba a nadie, pero desde que Alina y Sheila aparecieron en mi vida, todo cambió y se han vuelto imprescindibles para mí. La amistad no se mide en el tiempo que pasas junto a otra persona, sino en la profundidad del vínculo que construyes, en la sinceridad de las palabras compartidas

y en la presencia silenciosa, que permanece incluso cuando la distancia los separa.

¿Quién no dice que al independiente ruso no le haya ocurrido algo similar tras pasar tiempo junto a Vladimir?

—No pienso hacerme amigo de Novikov —se queja, frunciendo el ceño.

—Dudo que puedas oponerte a ello.

—¿Qué has hecho, Isabella? —Entrecierra los ojos en mi dirección.

—Puede que le haya dado mi bendición para que vaya a por Marco.

—No es que sea fan número uno de tu socio, pero, por lo que parece, tú lo odias.

—¿Qué? ¡No!

***

—Lo parece. Darle alas a Yuri es como mandarle a Marco una maldición.

Lo observo con la boca abierta.

—¿Eso ha sido una broma, Pavlov?

Vladimir vuelve a mirar al frente y gira la llave en el contacto.

—¿Cuándo me has visto bromear a mí?

Sin embargo, la veo. Vislumbro una imperceptible sonrisa en su rictus serio. Y al igual que intenta esconder eso, sé que, en su interior, su concepto sobre Yuri Novikov está cambiando.

En el instante en que el motor ruge y el coche vibra bajo nuestros pies, siento un nudo formarse en mi pecho cuando observo por el retrovisor cómo las luces del hangar empiezan a desvanecerse tras nosotros y las sombras de los hombres se pierden en la niebla, junto con el último asunto pendiente que nos quedaba por cerrar.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? —le pregunto.

Él no responde de inmediato, solo mira hacia la pista de aterrizaje frente a nosotros. Luego asiente con determinación.

—Sí —afirma, conciso y escueto.

Me recreo en su perfil, en cada uno de sus rasgos.

—Estás disfrutando con ello, ¿verdad?

Esta vez aparta los ojos del asfalto y ahí está, esa sonrisa peligrosa suya que me avergüenza que me guste tanto.

—Ni te lo imaginas.

—No voy a entrar. —Me cruzo de brazos para darle mayor énfasis a mi negativa.

Vladimir se me queda mirando sin destapar ninguna emoción en su rostro.

—Muy bien. Entonces, yo tampoco. —Y, para anotarse un tanto, se acerca hasta los sillones que hay en el pasillo y toma asiento con elegancia.

No os podéis hacer una idea lo que esa actitud insolente me saca de quicio. Preferiría que me rebatiese, que me enfrentase. Soy de las que se maneja bien en el conflicto. Pero no, Vladimir Pavlov afronta las disputas con una calma aplastante que solo me dan ganas de gritar.

—Tú sabrás… Pero es a ti al que esperan —comento para crearle presión y ceda.

—Pues que esperen. Te lo he dicho, *koshka*, no entraré si no lo haces conmigo.

Y, con parsimonia, se ajusta los puños de su camisa, como si todo un grupo de *vorys v zakone* no llevase más de una hora esperándolo.

¿Lo estrangulo o le pego una patada en las pelotas? Tengo tantas posibilidades por las que decantarme que me cuesta decidirme.

—Por Dios, Vladimir. ¡¿Es que no tienes sangre en las venas?!

—¿Por qué no sacas a Simone y lo compruebas por ti misma?

—Lo estás pidiendo a gritos, que lo sepas —rezongo—. No me extraña que esos hombres te recelen. Los tienes esperando como si no tuviesen nada mejor que hacer.

—Realmente, es que no tienen nada mejor que hacer que esperar las órdenes de su *pakhan*.

—¡Eres odioso! —me exaspero, tapando mi cara con las manos.

—Eso me han dicho…

Se me escapa un bufido nada elegante.

Estamos en la mansión Pavlov, lugar de reunión de la Bratva en San Petersburgo. Y el imbécil del *pakhan,* después de convocar a través de mi hermano una reunión con los *vory v zakone* para tratar las últimas novedades, se niega a asistir si no lo hace conmigo de la mano.

¿Cómo puede hacerme siquiera esto? ¿Con qué derecho me pide exponerme ante los lobos?

—Tu actitud es una *red flag*[9] con patas, que lo sepas.

—Mi actitud es la de un líder de la mafia que exige respeto hacia la mujer que amo —objeta, poniéndose en pie. El tono de su voz se vuelve mortífero—. Tu seguridad es mi prioridad, y si a alguno de esos vejestorios —señala la puerta que está a nuestro lado— se le pasa el mínimo pensamiento de atentar contra ti, lo mataré sin cuestionármelo.

Me llevo la mano a la frente y niego.

—Lo estás arreglando. Eso suena supertóxico.

Vladimir se acerca hasta mí, sostiene mi barbilla y me alza la cabeza.

—No soy perfecto, Isabella, pero lo que sí soy es tuyo.

Cuando su boca cae sobre la mía, claudico. Lo beso como si fuese el único oasis en el desierto.

No debería derretirme ante sus palabras, más bien debería huir. Tanta posesividad no es sana. Quizá yo soy igual de imperfecta que él y por eso nos complementamos. Porque verlo con esa aura hace que tiemble de deseo.

—Me van a odiar. —Suspiro cuando mordisquea mi cuello.

—Al primero que se atreva, le meto una bala en la cabeza —murmura, pegado a mi piel.

—No deberías ser tan violento —le recrimino, pero no surte efecto, ya que jadeo cuando pega su cuerpo al mío.

—Lo dice la mujer que tiene por mascota un bisturí.

—¡Oye! —Lo aparto indignada—. Simone no es mi mascota, es mi fiel compañero —rebato.

Él alza una ceja.

—Tengo que ponerme celoso.

—Por supuesto —concuerdo—. Lo que siento por Simone es difícil de equiparar.

Vladimir me atrapa por la cintura y me pega a su pecho.

—Sabes que no me gusta compartirte, *koshka*. Y aún te debo un castigo por lo que me hiciste pasar en el Mystral.

—¿Es una amenaza?

«Algo mal hay en mí», pienso al sentir mi cuerpo sobreexcitado.

—Yo no amenazo, yo cumplo promesas —declara, rozando mis labios.

Temo que la reunión al final se cancele porque el calor que desprenden en este instante nuestros cuerpos solo hay una forma de aplacarlo. Pero, por lo visto, tendremos que esperar, ya que, en este momento, la puerta se abre y aparece mi hermano con cara de pocos amigos.

—O entráis de una puta vez, o me largo.

—La culpa es de la terca de tu hermana. —Me separo de Vladimir y le suelto un puñetazo en el estómago.

Él se encoge mientras ríe.

—Apiádate de mí, Bella. No soporto un segundo más el estar rodeado de olor a *Old Spice*.

Doy un paso hasta Adriano y apoyo mi mano en su mejilla.

—Pobre capo… —me burlo—. Asúmelo, Adri, más pronto que tarde, tú también olerás así.

—Bruja…

—Vaya, Moretti… —escucho decir a Vladimir—. Después de todo, vamos a estar de acuerdo en algo.

Le dedico una peineta a cada uno, pero la diversión acaba cuando el rostro de Vladimir se torna serio y pasa de ser el hombre distendido a convertirse en el *pakhan* de la Bratva.

—¿Vamos? —Me ofrece su mano.

Esta vez no me niego. Asiento y entrelazo mis dedos con los suyos. Porque al final comprendo que, si elijo quedarme al lado de este hombre, el que me descubrió lo que es el amor y el que también consiguió quebrarme, lo menos que puedo hacer por él es mostrar, ante a los lobos, un frente unido.

CAPITULO 37

Vladimir

Cuando tomo asiento en la cabecera de la mesa con Isabella a mi derecha, me fijo en la cara de desconcierto de los *vorys v zakone*.

Es Vasili el que se atreve a tomar la palabra.

—¿Qué significa esto, Vladimir? ¿Por qué están ellos en una reunión de la Bratva? —Señala a los hermanos Moretti.

—Porque forman parte de ella —digo, manteniendo mi tono calmado.

Los murmullos disconformes no se hacen esperar alrededor de la mesa.

—¿Y Dimitri? —alza la voz otro *vory*—. ¿Dónde está el *sovietnik* para que nos dé una explicación?

Dentro de la Bratva, al *pakhan* pocas veces se le discuten sus decisiones, sin embargo, una de las funciones del consejero siempre ha sido la de mediador dentro de la jerarquía.

Chasqueo los dedos, y Pavel, como mi nuevo consejero, deposita una bolsa de cuero sobre la mesa frente a mí, la abre y saca lo que hay en su interior.

—Ahí tenéis a Dimitri —les muestro.

Todos enmudecen al fijarse en la cabeza, decapitada, de mi *exsovietnik*.

—Antes de comenzar la reunión, haré una concesión. Los que no esté conforme con mi liderazgo, ahí tiene la puerta. —Hago un gesto —. Puede elegir marcharse, no tomaré represalias, pero que tengan en cuenta que no podrán disponer de los recursos y ayudas de la organización. Los que, por el contrario, decidan continuar a mi lado, me respetarán como se hizo con mis antecesores.

Mantengo silencio durante un par de minutos. Ninguno se mueve de su asiento, nadie rechaza el privilegio de pertenecer a la entidad.

—Bien. —Agarro por el pelo la cabeza de Dimitri para que la contemplen. Observo de soslayo cómo Isabella pone los ojos en blanco. Quizá, después de todo, se me esté pegando la teatralidad de Yuri—. Esto es lo que le sucede a los que conspiran a mi espalda, a los que se creen con el derecho de menospreciar y atacar a mi mujer. —Estiro la mano libre y sostengo la de Isabella—. Me habéis preguntado qué hacen ellos aquí. No tendría que justificar su presencia, pero, puesto que espero que en esta nueva era prime la comunicación, para que sirva de ejemplo, lo haré.

Todos guardan silencio.

»Todos conocen a Adriano Moretti como el capo de la Cosa Nostra. No obstante, también es la pareja de nuestra Matrioska, por ello, veo justo que creemos alianzas y ocupe su lugar dentro de la Bratva. —Alguno de los viejos aprietan los labios, disconformes. Era lo esperado, los cambios no siempre son del agrado de todos—. Y en cuanto a que Isabella esté aquí —continúo, y noto cómo a ella se le tensa la mano—, solo les haré saber que ella tiene la misma autoridad que yo.

—Nunca hemos involucrado a nuestras mujeres en los asuntos de la Bratva —dice uno de ellos.

—La vida evoluciona, Alek —respondo con una mueca que podría ser una sonrisa o una amenaza.

—¿Evoluciona? —replica Alek, dejando caer el cigarrillo y aplastándolo en el cenicero—. Lo que haces es debilitarlas. Las expondríamos.

—Ya no estamos en los tiempos de mi padre —les recuerdo—. Las mujeres no esperan detrás de las puertas. Si no las dejamos entrar, lo harán por su cuenta —concluyo, echándole un vistazo a Iván—. Un claro ejemplo son Larisa y Nadia Ramminov.

—Sus acciones fueron las que cavaron su propia tumba —opina Alek, que me observa sin parpadear.

—Ellas decidirán —digo al fin, con voz baja, peligrosa, zanjando el tema—. Y quien quiera participar, tendrá que soportar el precio de ser parte de esto.

Manejarte en el mundo de la mafia nunca es fácil, y supongo que siendo mujer menos aún. Hay muchos prejuicios. A mí me ha costado llegar a este punto, pero, tras ver las agallas de las mujeres que me rodean, ha llegado la hora de que rompamos con los estereotipos.

La reunión continúa. El ambiente está bastante crispado. Algunos aspectos dejo que se debatan y otros, simplemente, termino hasta los cojones y hago acopio de mi autoridad. Nadie dijo que liderar fuera sencillo ni que me seguirían como fieles corderitos, sin embargo, mientras no pongan en riesgo la organización, tolero la discusión, pero hay líneas que no permitiré que se crucen. Trago saliva, respiro y dejo que mi voz caiga sobre la sala como una losa:

—Podéis discutir sobre tácticas, territorios y números, podéis pelearos por una puta caja de vodka si hace falta, pero nadie decide nada sin consultarme. Nadie toma una decisión que afecte a nuestra casa sin pasar primero por mí. —Por mucho que no estén convencidos, asienten—. Sabéis que tengo negocios fuera de Rusia. Costania —hago referencia a la empresa de transporte marítimo que compré en el sur de España— es nuestra mejor baza para la venta de armamento al otro lado del Atlántico y paso la mayor parte del tiempo allí, por lo que, en mi ausencia, cualquier tema a debatir quiero que se lo hagáis saber a Vasili. Él será el encargado de trasladarme vuestras… sugerencias.

El hombre parece sorprendido por la confianza que acabo de depositar en él. No lo hago porque me inspire simpatía, sino porque sé reconocer el talento cuando lo veo. Al fin y al cabo, ser un buen líder se trata de eso, ¿no? Saber gestionar las capacidades de los demás, incluso cuando no compartes afinidades personales. De poner el objetivo común por encima de las emociones y confiar en que cada pieza del equipo cumpla su función. Tal vez eso sea lo más difícil del liderazgo, distinguir entre lo que sientes y lo que necesitas hacer.

Tras acordar las pautas a seguir, nos ponemos en pie. Los *vorys* comienzan a salir del comedor; sé que esta reunión será la comidilla entre ellos durante varias semanas, pero no es algo que me preocupe.

Adriano se despide y sale cagando leches, alega algo por el estilo «del frío que hace en este maldito país y que necesita que Alina lo caliente». No le presto demasiada atención, la verdad, ya que mi vista se centra en cómo Iván Ramminov se acerca hasta mí.

—Vladimir —me saluda. Guardo silencio y él continúa—. Gracias por no desterrarme de la Bratva. Lo que hicieron mis hijas… No tengo palabras.

—Al igual que los errores de los padres no deberían pesar sobre los hombros de los hijos, los de los hijos tampoco son una deuda que los padres deban saldar —proclamo—. Solo de ti depende que no me arrepienta de mi decisión, Iván.

El que ha sido mi suegro durante años, asiente antes de marcharse.

Cuando el comedor queda en silencio, me acerco despacio. Aflojo la corbata con un gesto distraído mientras mis pasos me llevan hasta Isabella, que sigue apoyada en la mesa, observándome con esa media sonrisa que nunca logro descifrar.

Apoyo las manos a cada lado de su cuerpo, sintiendo un leve temblor de la madera bajo mis dedos. Ella levanta los brazos y sus dedos se pierden entre mi cabello, jugueteando con él.

—Pues no ha ido tan mal, ¿no? —susurra divertida.

—¿Tú crees? —respondo, dejando escapar una risa suave, casi un resoplido.

Ella inclina la cabeza, tan cerca que percibo el perfume de su piel. Durante un instante, el tiempo parece suspenderse, el aire entre nosotros vibra con algo indefinible. Mis dedos se tensan sobre la mesa a la par que los suyos se deslizan hasta mi nuca.

—Creo que podría convencerte de lo contrario —dice.

Su sugerente sonrisa se le dibuja, como si saboreara cada palabra antes de pronunciarla.

Cada respiración parece un roce, cada silencio una invitación. La luz del comedor acentúa el brillo en sus ojos y, por un segundo, todo lo demás desaparece. No hay *vorys*, no hay Bratva. Solo quedamos ella y yo

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo pretendes hacerlo? —pregunto, dejando que mi voz se deslice como una caricia.

—A lo mejor no me hace faltan palabras para demostrártelo.

No me resisto más y bajo mi cabeza para atrapar sus labios. El beso comienza suave, pero conforme avanza, se torna más profundo, más urgente, como si este roce no fuese suficiente.

Sus manos se aferran a mi cuello, acercándome aún más, y el mundo parece reducirse a este instante, al calor que crece entre ambos, al pulso acelerado que marca nuestro propio ritmo. Mi respiración se mezcla con la suya, cada movimiento responde al otro sin necesidad de pensar.

—*Chyort vozmí…* —blasfemo al sentir mi teléfono móvil vibrar en mi bolsillo.

—O alguien está demasiado contento, o reclaman al *pakhan*.

—¡Que le jodan a quien sea! —exclamo, acercándome de nuevo a sus labios.

Pero Isabella se ha propuesto torturarme. Mete la mano en el bolsillo del pantalón y siseo cuando, de manera intencional, roza mi miembro endurecido con sus dedos.

Saca mi teléfono móvil y me lo muestra:

—Anda, mira, pero si es tu mejor amigo.

—No…

Me apunto mentalmente un castigo más cuando recibe la llamada y lo pone en altavoz.

—Hola, Yuri. —Sonríe al descubrir lo que mi mente está maquinando.

—Mi Moretti favorita…

—Dime, Novikov —intervengo antes de que la colme en halagos.

—¡Oh, querido amigo!

Miro a Isabella, que vocaliza: «¿Ves?».

—¿Qué quieres? —pregunto, y resoplo.

—Me han comentado que has dado un buen espectáculo frente a los *vory v zakone* —comenta en tono burlón.

—¿Cómo demonios te has enterado? Acaba de suceder —cuestiono sorprendido.

A *koshka moya* se le escapa una risa, que oculta tapándose la boca con la mano.

—Ya te lo he dicho, estimado Pavlov, mis orejas llegan a todas partes.

—A ver si ahora vas a ser Dumbo…

—Podría ser. Ni te imaginas cómo tengo la tromp…

—¡Yuri! —lo corta Isabella entre risas.

—Está bien, está bien. Nada de comparativas que dejen al *pakhan* en un mal lugar frente a su *Bella Donna*.

Tapo el auricular y le murmuro a Isabella:

—¿Y tú quieres que este idiota sea mi amigo?

—Reconoce que tiene su gracia. —Sonríe.

—Pero no te llamaba por eso —inunda la estancia la voz de Yuri —. He estado pensando. —«Malo. Pensar y Yuri no es buena combinación»—. Creo que, tras lo bien que han acabado las cosas, debemos festejarlo. ¿Y qué mejor manera que con una fiesta en el Mystral Roma?

—No. Me niego —suelto tajante—. Ese lugar está gafado.

—Tonterías, Vladimir… —descarta él—. ¿De verdad una explosión y una invasión de cuervos van a poder contigo?

—Puede que tenga razón. Quizá a la tercera va la vencida —comenta Isabella.

—Por eso eres mi favorita —repite Novikov—. Si él no te lo propone, yo estoy dispuesto a casarme contigo. Solo tienes que decir fecha y ho…

Cuelgo.

—¡No le has dejado ni acabar! —me recrimina Isabella.

—¿Y qué? ¿O es que querías aceptar su propuesta? —cuestiono, volviéndola a enjaular entre mis brazos.

—Quién sabe…

—Cuidado, *koshka*, se te acumulan lo castigos.

Cuelo mi rostro en el hueco entre su cuello y su hombro. Ella se estremece por el roce.

—Promesas, promesas… —me reta.

Y sonrío.

Porque no hay nada que disfrute más que de un buen desafío.

EPILOGO 1

Isabella

Han pasado cinco semanas desde que Vladimir diese un golpe sobre la mesa frente a los *vory v zakone*. Treinta y ocho días, para ser exactos, que la normalidad se instauró en nuestras vidas. Aunque lo que se dice normal, no es que haya sido.

Vladimir reparte su tiempo entre Málaga, San Petersburgo y Pisa. Hay veces que me pregunto que debe tener un sistema inmunitario de la leche porque, a pesar de que cambia de ciudad y de clima como el que se cruza de acera, no repercute en su salud.

Sin embargo, ahora no estamos en ninguna de esas ciudades, sino que hemos regresado a Roma, más concretamente, a la casa de Parioli.

Un pequeño cuerpo se estampa contra mis piernas como si se tratase de un misil.

—¿Dónde vas con tantas prisas? —le pregunto a Adri.

Me agacho para quedar a su altura y para frotarme, con disimulo, la espinilla dolorida.

—Pavel quiere comerse mi *badiga* —responde, envolviendo sus brazos en mi cuello y escondiendo su carita.

Lo abrazo.

Alzo la vista y me fijo en el *sovetnik* de la Bratva cuando aparece por el pasillo.

—Eso quiere hacer, ¿eh? —Le sonrío.

—No recurras a tu madre para esconderte de mí, *rebyónok*[10].

Adri se remueve en mis brazos y le entra una risa nerviosa al escuchar al ruso.

—No puedes comerte su barriga, Pavel —finjo amonestarlo.

—Pero es tan blandita… Y yo tengo hambre —bromea él, frotando su estómago. Lo que al pequeño le saca más carcajadas.

—¿Adriano? —lo llama una chica preciosa, uniéndose a nosotros en el pasillo.

—¡*Nonna*! —exclama Adri—. ¡Sálvame! ¡Me *quere* comer! —Señala a Pavel.

—Deja tranquilo al *piccolo* o al final te trataré igual que a él —rezonga ella, pasando por su lado.

Observo cómo Pavel echa un vistazo a su trasero con total descaro.

—Por mí no hay ningún problema en que también seas mi *nonna*.

La chica le echa un vistazo a Pavel y noto cómo se sonroja.

Me levanto con el pequeño en brazos y le digo:

—Me tengo que ir, peque, pórtate bien, ¿vale? —Él asiente y me da un abrazo fuerte, seguido de un beso en la mejilla que hace que me derrita. Cuando cambia de brazos y se lo paso a la chica, le digo a ella—: Y, por favor, Ginevra, no dejes que Pavel se coma su barriguita. ¿Qué me comería yo después?

—¡Mamá! —escucho protestar al pequeño.

Aún no me acostumbro a ese sustantivo, pero estoy trabajando en ello. Hay días que me siento una impostora, que creo que no merezco estar al cargo de Adriano, pero en otros momentos, como en este tan cotidiano, me alegro de que esté en nuestras vidas.

Cuando regresamos de San Petersburgo, lo primero que hice fue ir al viñedo de mis padres para recoger al pequeño. Le prometí que lo haría y, por suerte, lo pude cumplir.

No esperé que, mientras nos instalábamos en mi apartamento de Pisa, el niño volviese a preguntar si podría ver a su *nonna*.

¿Cómo buscar a alguien cuando no tenía ni siquiera ninguna referencia de esa persona y Valentina ya no está para poder decirme quién es?

Por suerte, caí en que Vladimir estuvo meses siguiendo a mi hermana y le pedí por favor que me ayudase a encontrar a la misteriosa *nonna*. Claro está que a él no le hizo demasiada gracia.

Para asombro de todos, han congeniado de una forma que no se puede explicar. Es como si intentases mezclar el agua y el aceite; la calma y la tempestad. Nunca imaginé que alguien tan serio e inexpresivo conectase con un torbellino como es Adri, pero ellos han conseguido que funcione.

—No voy a consentir que una desconocida esté al lado de Adriano —me dijo cuando se lo pedí.

—Es una desconocida para nosotros, Vladimir, pero para él es su familia —le rebatí.

En ese momento, no me hizo ni caso. Dio la conversación por zanjada y yo le lancé un zapato por su impasividad. Sin embargo, al día siguiente llegó con un informe detallado de, sin lugar a dudas, la *nonna*.

Me esperaba que se tratase de una entrañable mujer de edad avanzada, no que se fuese una chica de veintiocho años con pinta de ángel de Victoria Secret. Ni que trabajara en La Dalia Negra, el puticlub que hasta hacía una semana pertenecía a Vince.

Fuimos mi hermano, Vladimir y yo a aquel lugar. Como dijo el ruso, yo tampoco consentiría que se acercase a Adri sin antes intentar averiguar si era de fiar.

Creo que a Viatore, el nuevo capo de la Camorra, al vernos en su club le entraron los siete males, pero al preguntarle por Ginevra Basso, se relajó y nos llevó hasta la barra del local.

Allí había varias camareras atendiendo a los clientes. Supe quién era de inmediato, ya que, en cuanto una morena de curvas increíbles se fijó en mí, palideció como si hubiese visto a un fantasma.

Pasamos varias horas hablando con ella. Nos explicó la amistad que forjó con Valentina mientras estuvo con Vince. También nos relató que, tras nacer mi sobrino, ella se hizo cargo de él. Incluso nos mostró todas las fotos que tenían juntos durante estos primeros años de su vida.

Ver a Adriano de bebé fue un impacto para mí. Por un momento, volví a odiar a Valentina por privarnos de ello.

—El niño ha preguntado por ti —dije antes de que el rencor se volviese a apoderar de mí.

A Ginevra se le humedeció la mirada y, con voz trémula, preguntó:

—¿Está bien? ¿Él…? Yo… —titubeó—. Lo echo tanto de menos.

—Quiere verte —declaré.

La ilusión que se reflejó en su cara era algo difícil de fingir. Y si lo hizo es que se trataba una actriz cojonuda, porque la creí.

—Podría… Me permitiríais…

—Cabe destacar que, si accediésemos —la cortó Vladimir con su voz de barítono—, estarías supervisada en todo momento.

—Por supuesto —accedió ella sin dudarlo.

—El más fiero de mis guardias no te quitará lo ojos de encima —recalcó el autoritario del ruso.

—Entendible —accedió Ginevra.

Y aquí estamos ahora; desde que se produjo la primera visita hace tres semanas, sigue con nosotros. Hemos conseguido que renuncie a su trabajo en La Dalia Negra y, por la felicidad de Adri, supongo que se convertirá en una constante en nuestras vidas. ¿El problema que veo a todo esto? Me temo que el consejero de Vladimir se ha tomado demasiado en serio su trabajo y se la quiere follar. Y, por como ella se sonroja todo el rato a su alrededor, el sentimiento es mutuo.

—Madre mía, Sheila… Estás preciosa.

—Gracias —responde a mi halago de manera seca.

Decir que nuestra amistad está un tanto deteriorada es quedarse corta, y la única culpable de que esto sea así soy yo.

Tras lo que pasó, intenté disculparme, explicarle que si no la puse al tanto del plan era por protegerla, y creo que eso lo empeoró.

Al regresar a Pisa, tras recoger a Adri del viñedo de mis padres en Florencia, me encontré con que había recogido todas sus cosas y se había mudado con Alina y mi hermano.

Es cierto que, con la llegada del pequeño y mi incipiente relación con Vladimir, no he tenido apenas tiempo de adaptarme a los cambios, pero lo que sí aseguro es que la echo de menos cada día.

—Ha pasado más de un mes, Sheila, ¿no me vas a perdonar? —le digo, con la súplica implícita en mi voz.

—Ah, perdona. No sabía que mi cabreo debía tener tiempo para expirar.

—Te echo de menos, eres mi mejor amiga.

Ella aparta la mirada y a mí se me rompe el alma.

—Y yo quería que mi amiga hubiese confiado en mí —rebate—. Ya ves… No se puede tener todo en la vida.

—¿Y si te digo que he invitado a Takeshi a la fiesta para ver si descubres algo de tu familia? —suelto el último cartucho para recuperarla.

Ella entrecierra sus ojos rasgados.

—¿Me estás chantajeando, Isabella?

Hago una mueca.

—¿Quizá un poquito? —Uno mis dedos índice y pulgar.

Se me queda observando en silencio.

—¿Por qué?

—Porque chantajearte es el último cartucho que me queda para recuperarte —me sincero.

—No me refiero a eso. De hecho, eso es algo que yo haría perfectamente —reconoce—. Me refiero a por qué has invitado a Takeshi. Creí que no querías que nadase en ese pantano.

Suspiro.

—Y no quiero, Sheila. Mezclarse con la Yakuza son palabras mayores —le advierto—. Pero al igual que yo solucioné mis asuntos sin tener en cuenta los sentimientos de nadie, entiendo que tú quieras hacer lo mismo. Y si vas a meterte en ese follón, por lo menos que sea con ayuda —declaro.

Sheila medita mis palabras y yo me desespero por su respuesta.

—Te lo agradezco —dice al fin.

Doy un salto y la abrazo.

—Gracias, gracias, gracias…

—No te emociones, que aún te sigo teniendo en cuarentena —rezonga con el cuerpo en tensión—. Me dolió mucho lo que hiciste. —Se le rompe la voz.

—Lo sé. No hay día que no me fustigue por ello.

—Me salió un chichón.

Me aparto, estiro mi mano y acaricio su frente.

—En el plan nunca entró que sufrieses ningún daño. Me contaron que luchaste como una jabata para que no me llevasen.

—Créeme que darme de bruces contra el suelo mientras me agarraba a la pierna de uno de tus secuestradores no fue agradable —confiesa—. Si hubiese sabido que todo estaba amañado, hubiese sido yo misma quien les hubiese abierto la puerta para que te sacasen.

—Lo siento. Manejé fatal la situación —admito—. Te prometo que nunca volveré a ocultarte algo semejante.

—Más te vale, Isabella. Puedo ser permisiva, pero también suelo ser rencorosa. Si me fallas una vez, puedo hacer la vista gorda; si repites, no soy de las que perdonan.

Asiento sin hablar, aunque prometiéndome a mí misma que no volveré a traicionar su confianza.

***

Intento entrelazar mis dedos con los de Vladimir al entrar en el Mystral, sin embargo, encuentro resistencia.

—¿Qué haces? —cuestiono, levantando su mano—. ¿Por qué tienes los dedos cruzados?

Él resopla y se recoloca el nudo de su corbata, como si la tela lo ahogase.

—Toda precaución es poca para que la noche no se tuerza.

—No sabía que fueses supersticioso.

—Ni yo, pero este maldito lugar hace que lo sea —asume, agobiado.

Suelto una risa. Me arrimo a él y le doy un beso en la mejilla.

—Todo va a salir bien —lo tranquilizo—. Ve a recibir a los invitados y nos vemos en una hora en la habitación dorada.

Vladimir me atrae hacia su cuerpo, sosteniéndome por la cintura.

—¿Qué tienes en mente, *koshka*?

—Acude y lo verás —le digo con voz sugerente.

Trato de salir de sus brazos, pero él me pega más.

—Que le den por culo a los invitados. No necesito una hora.

—Pero yo sí.

Sonrío cuando lo veo fruncir el ceño. Deposito un beso en su barbilla y al fin me libero de su agarre.

No sé lo que habrán invertido Yuri y Vladimir en este lugar. En apenas dos meses lo han remodelado un par de veces y, aun así, sigue siendo absolutamente impresionante. Cada rincón parece diseñado con precisión para despertar los sentidos, para envolver en una atmósfera de deseo y poder a quien entra.

El club se extiende en varios niveles. Al entrar, un vestíbulo en penumbra recibe a los visitantes con música suave y el mejor vino de las bodegas Moretti Vini. Las paredes, de un negro satén, están adornadas con luces cálidas que apenas iluminan los pasillos, creando un ambiente sugerente. En el salón principal, los sofás de terciopelo rojo bordean las estructuras metálicas que sirven tanto de decoración como de escenario para los juegos más intensos.

Al subir las escaleras están las estancias privadas. Cada una con una temática distinta. Son las habitaciones de dominación y las zonas más lujosas con espejos, cadenas doradas y camas de sujeción tapizadas en cuero oscuro. Cada detalle está pensado para mantener el equilibrio entre elegancia y perversión.

No encontrarás las normas del club, no están escritas en ningún cartel, ya que todos las conocen.

La primera es el respeto absoluto. Nada sucede sin consentimiento.

La segunda es el anonimato. Nadie está obligado a desvelar su nombre ni identidad si así lo desea.

La tercera, y quizás la más importante, es el silencio. Nadie presume de lo sucedido fuera de aquí. Lo que ocurre en el Mystral se queda en el Mystral.

El personal del club se mueve con discreción. Vestidos de negro, mimetizándose con el entorno.

Me apropio de una copa de vino blanco y deambulo por el salón principal. De repente, la música cambia de ritmo y las luces se atenúan. Mi atención se concentra en el centro, en un pequeño escenario circular que se ilumina. Muestra una especie de ritual que recuerda a los orígenes rusos del lugar. Me fijo en que nadie aplaude

ni comenta el espectáculo, solo observan maravillados a los participantes.

Si por mí fuese, me quedaría explorando cada zona y cada rincón, pero esta noche quiero sorprender a Vladimir.

Antes de subir las escaleras, no me puedo resistir y echo una ojeada tras una cortina gruesa de terciopelo rojo al salón de observación. Ahí se congregan los más atrevidos, los que no les importa ser observados mientras realizan cualquier práctica. Nunca me he considerado una *voyeur*, pero no puedo negar que mi cuerpo se excita al contemplar tal despliegue de poder, entrega y contención.

Mantengo la respiración cuando, entre la maraña de cuerpos tanto femeninos como masculinos, reconozco un rostro.

—Pero ¿qué…? —susurro para que mis palabras no interrumpan los jadeos y gemidos que inundan el salón.

«¿Qué demonios hace Marco aquí?».

A mi amigo y socio no se le conoce por ser una persona sociable. Creo que justo por esa razón congeniamos tan bien. Ambos somos un poco marginales por propia voluntad. Yo por mi fobia social y él por su timidez. Y, sin embargo, ahí está, en una orgía presidida por el mismísimo Yuri Novikov, alias, maestro de ceremonias.

Me largo antes de ver a mi amigo más de lo que deseo y subo las escaleras, directa a la habitación dorada, conocida como la *Domus Aurea*[11].

Las antorchas eléctricas parpadean sobre las columnas blancas y el mural del Coliseo.

Recojo el vestido que pedí que dejasen sobre el trono. Me desvisto, guardando mi ropa en un armario, y me pongo mi nuevo atuendo. No llevo nada debajo, lo que hace que la suave tela de lino blanco se transparente.

Estoy tan nerviosa que me entretengo y lo aliso con las manos para que no quede ningún pliegue. Cuando creo que está perfecto, me dirijo al centro, sobre un escudo de un gladiador que hay recreado en el suelo, y me arrodillo con las piernas separadas y las

palmas de la mano rozando mis muslos mientras espero la llegada de Vladimir.

A pesar de que la temperatura es agradable, me estremezco cuando veo que se mueve el pomo de la puerta.

Cuando Vladimir entra, sus ojos se fijan solo en mí, ni siquiera echa un vistazo a la decoración que nos rodea. Cierra la puerta a su espalda y avanza con paso sereno hasta donde me encuentro.

—Pensé que dijiste que jamás te arrodillarías ante mí.

—Y a ti decir que jamás era demasiado tiempo —murmuro de vuelta.

Por mucho que por fuera adopte una actitud serena, por dentro el corazón me late descontrolado.

—¿Qué significa esto, Bella? —el sonido bajo y ronco de su voz es suficiente para que me humedezca.

Sin embargo, mis palabras salen más temblorosas de lo que preferiría.

—Me prometiste un castigo y hoy te concedo ese privilegio.

Durante lo que me parece una eternidad, me observa en silencio. Cuando siento que estoy a punto de rozar la locura si no dice nada, se mueve.

Me mantengo quieta, expectante, obediente. Sumida en el papel que hoy le ofrezco.

Vladimir se deshace de su chaqueta y la coloca con pulcritud sobre una cómoda. Mis ojos siguen cada uno de sus movimientos. Lo veo desabrocharse los puños de la camisa y enrollar las mangas a mitad del antebrazo. Se acerca hasta una vitrina ornamentada y saca una pala.

«Así que se decanta por el *padding*», pienso.

Sé que Vladimir no me hará daño físico violento, sino que será destinado para el placer. No obstante, solo con ver los instrumentos de tortura hace que tiemble, y no sé si de miedo o de placer.

—¿Sabes por qué te quiero castigar, Bella? —cuestiona, acercándose a mí.

—Porque te resultó doloroso verme intimar con Marco.

Él asiente.

—Buena memoria —reconoce, acariciando mi mejilla con su pulgar.

—Antes de empezar, elige una palabra de seguridad —me pide.

No me hace falta pensar demasiado cuando digo.

—*Belladonna*.

Él sonríe porque sabe que no me refiero a la traducción de «bella dama», sino que hago referencia a la planta venenosa.

Cuando nos conocimos, y tras empezar a salir, Vladimir siempre me decía que era como la *Atropa belladonna*, una planta de toxicidad letal que se asociaba a la brujería y la belleza.

—Muy bien, *Belladonna* será —acuerda—. Ahora, levántate y desnúdate.

Hago lo que me ordena sin cuestionarlo. Vivir de nuevo una experiencia de dominación y sumisión junto a él hace que todo sea más estimulante.

I wanna be yours de Arctic Monkeys suena por el hilo musical, calentando más el ambiente.

Cuando quedo frente a él desnuda, su mirada me abrasa allá donde se posa. Sin esperármelo, me acaricia un pezón y me coloca una pinza que ni siquiera sabía que tenía. Hace lo propio con el otro y me trago un siseo de dolor. La punzada que siento en mis pezones enhiestos remite al cabo de unos segundos.

—Preciosa… —murmura casi para él, contemplando su obra—. Ve hasta la mesa y súbete en ella, Bella.

Me enloquece que, en cada orden, termine con mi diminutivo.

Hago lo que me pide y me coloco a cuatro patas sobre la mesa. Él no pierde el tiempo en utilizar los grilletes que sobresalen de los extremos y colocarlos en mis muñecas y tobillos.

—Te voy a dar dieciséis azotes con la pala, Bella. Dieciséis, uno por cada año que estuvimos separados.

En otras circunstancias le soltaría que de quién fue la culpa, pero ahora me tengo que contener. Al fin y al cabo, esta noche de juegos ha sido idea mía.

Los tres primeros caen sobre la parte superior de mis muslos, cerca del trasero, y no recordaba lo mucho que escuecen.

Tras cada paletazo, Vladimir pasa la mano por la zona en un gesto calmante. Cuando se centra en mis glúteos, tengo que presionar las piernas porque siento que me corro.

—¡Sepáralas, Bella! —Lloriqueo. Y, aun así, obedezco.

—No te imaginas lo que siento por ti, preciosa. —«Zas»—. Seré yo el que te esté azotando. —«Zas» —. Pero eres tú quien me tiene postrado ante ti.

—¡Cállate! —gruño con los dientes apretados.

No es consciente del poder que tiene su voz, es un acicate que hace que el clímax se acelere.

El siguiente azote es mucho más fuerte que los anteriores debido a mi insubordinación.

—Siempre tan desobediente…, *koshka moya*.

Azote, caricia y lloriqueo. Entramos en una dinámica que, cuando llegamos al doce, mis extremidades comienzan a temblar y las cadenas se estiran sobre sus goznes.

—P-por favor…

Suplico porque llevo un buen rato aguantándome el orgasmo.

—Vamos, Bella, solo cuatro más.

«¿Cuatro?».

No apuesto un duro por mí, y cuando llego al catorce, no lo resisto más y grito cuando me atraviesa un orgasmo demoledor.

Siento cómo la presencia de Vladimir me envuelve y se funde conmigo en un vaivén que no distingo dónde termina su cuerpo y empieza el mío. Cada respiración suya roza mi piel, cada movimiento es una promesa y una confesión.

El aire se llena de electricidad, de esa chispa que solo nace cuando el deseo se mezcla con algo más profundo. La certeza de que ambos hemos tenido que recorrer el infierno para encontrarnos de nuevo.

Su pecho se apoya contra mi espalda y el ritmo de su corazón se confunde con mis latidos. Me reclama en cada caricia, en cada beso, pero no es necesario porque yo siempre he sido suya.

—Tuve que ser un jodido santo en otra vida —susurra, su aliento acariciando mi nuca— porque no puedo creer que la vida me haya dado la oportunidad de encontrarte dos veces.

Cierro los ojos, dejando que sus palabras se graben en mi piel.

El destino, en general, suele ser caprichoso. Hay veces que te arranca lo que más amas para devolvértelo cuando menos te lo esperas. Y cuando eso sucede, entiendes que algunas historias de amor están destinadas a tener una segunda oportunidad para que resulten épicas.

EPILOGO 2

Sheila

La música del Mystral suena de forma pecaminosa mientras yo me muevo entre los invitados, fingiendo que encajo, aunque en realidad no puedo estar más fuera de lugar.

De repente, se me eriza el pelo de la nuca, como si mi cuerpo me diese alguna advertencia.

Me giro y descubro que mi amenaza tiene nombre y apellido: Kuni Takeshi.

El ejecutor de la Yakuza.

Su presencia hace que las conversaciones se disuelvan, que los dominantes se le queden mirando mientras los sumisos agachan más la mirada. Incluso hasta el DJ parece dudar de si seguir respirando.

Solo Vladimir conserva su sonrisa, aunque se nota a leguas que la está forzando.

Me acerco hasta ellos como si de un *ninja* se tratase. Sin hacer ruido y sin llamar la atención.

—Takeshi —escucho que lo saluda Vladimir, con esa calma que solo el ruso sabe impostar.

«Qué maleducado», pienso cuando no devuelve el saludo y se dedica a recorrer con sus ojos plateados el lugar. Es como si estuviese calculando cuánto le costaría destruirlo.

Tras el escrutinio a la zona, me mira a mí por encima del hombro de Vladimir. Me quedo quieta, creo que apenas respiro. Nuestro duelo de miradas dura unos segundos, pero siento como si me hubiese arrebatado el alma.

—Se me hace raro ver el local sin tantas alas de por medio. ¿Qué sorpresas nos tienes deparadas para esta noche, Pavlov?

—¿Te parece poca sorpresa tu presencia? —responde Vladimir.

—Eso tendrás que agradecérselo a Isabella Moretti —aclara—. Tengo entendido que estáis de nuevo juntos.

—Mi vida privada no es de tu incumbencia. —Observo cómo los hombros de Vladimir se tensan a través de su chaqueta—. No sabía que el ejecutor de la Yakuza tenía tiempo para fiestas —añade.

—¿Y perderme una de vuestras legendarias fiestas? Ni loco. Aunque, en realidad, no estoy aquí para divertirme. Vine a por una disculpa. —Me señala.

Vladimir se gira y me ve. Y ocurre algo inaudito. El hombre de hielo suelta a una carcajada.

—¿Una disculpa de Sheila? —cuestiona incrédulo—. Suerte con eso. La vas a necesitar.

—Oye… —me quejo.

Cuando Vladimir pasa por mi lado, me muestra una imperceptible sonrisa y me dedica un guiño.

«¿Es posible que Vladimir esté al tanto de todo y se haya puesto de mi parte?».

No. No puede ser, ¿o sí?

Dejo de pensar en ello cuando la insistente mirada del nipón me abrasa la piel.

—No creo que sea para tanto que te llamase Doraemon.

Adjudicado. Mi sentido de supervivencia está atrofiado. Es como si fuese: Sheila García, y de segundo apellido, Kamikaze.

—En mi cultura —continua Takeshi con una calma que corta el aire—, cuando alguien ofende el honor de otro, se espera compensación.

—Por suerte, no estamos en tu país —le rebato.

—No se trata de procedencia, se trata de compensación por un acto cometido.

—Ah, ¿sí? —respondo, fingiendo inocencia—. ¿Y qué clase de compensación sería exactamente? ¿Invitarte a comer *sushi*? Oh, ya lo sé, mejor un Yatekomo.

Takeshi sonríe, como si mis salidas de tiesto solo le divirtiesen.

—El ofensor debe servir al ofendido hasta saldar la ofensa.

—Donde dije digo, digo Diego —me burlo.

Sé que me estoy pasando. Por norma general, suelo ser una persona bastante agradable, pero hay algo en el ejecutor que, sin poder remediarlo, me hace sacar mi peor versión.

Esta vez a él se le oscurece la mirada.

Sé que debería estar asustada, que debería pedir disculpas, quizá suplicar o bajar la cabeza, pero ¿hago alguna de esas cosas? Por supuesto que no.

—Entonces, supongo que me toca servirte —digo, encogiéndome de hombros—. Espero que seas un amo razonable.

El brillo en sus ojos cambia.

—No me subestimes, *onna*[12].

—¿Y si lo hago?

Maldita sea, ¿puede sentirse una persona más viva que nunca cuando está tentando a la muerte?

—Te enseñaré rápido que la disciplina es un arte. —Sonríe—. Eres un saquito de problemas, *onna*. —Con eso, se da la vuelta y se aleja sin mirar atrás—. Sígueme —me ordena.

Podría no hacerlo, pero es que al fin he conseguido lo que me proponía.

«¿Quién diría que insultar a un asesino podía ser tan efectivo?».

Takeshi me observa, tras tomar asiento en un sillón de terciopelo rojo, como si el caos del club no pudiera perturbarlo.

Cruza las piernas, deja caer una mano sobre su rodilla y me estudia sin hablar, como si esperara mi disculpa.

Os lanzo un espóiler: no pienso hacerlo.

—¿Siempre miras así a la gente? —pregunto, apoyándome en la barra que hay a mi lado y fingiendo que no me tiemblan las rodillas.

—Solo a quienes tienen la lengua tan larga como tú —responde.

—Vaya. Y yo que pensaba que solían gustar las mujeres con carácter.

—En mi caso, me gustan las que saben cuándo usarlo.

Su japonés con acento grave y su español casi perfecto se mezclan como un roce en la piel.

—A partir de ahora, me servirás.

—¿Sirviendo copas o limpiando *katanas*?

—Deberás observar, escuchar y aprender.

«Vaya por Dios, me ha ido a pedir tres cosas que se me dan de pena».

—Ya que vas disfrazada como una *geisha* —señala mi kimono—, creo que deberías aprender unas cuantas cosas sobre ellas.

—No voy disfrazada —suelto, ofendida.

Si él supiese que este atuendo para mí es mucho más importante que una prenda de vestir…

Asiente, como si le importase una mierda mis palabras.

—Una *geisha* no solo entretiene, sino que aprende a leer el alma de quien tiene delante. A dominar la palabra, el silencio y cada gesto.

—¿Insinúas que quieres convertir a esta humilde española en una *geisha*? —pregunto, riendo.

—Yo no insinúo, *onna*, yo ordeno.

Su tono no deja espacio para la broma, y lo peor es que mi cuerpo reacciona.

—Que yo recuerde, no he aceptado nada.

—Y, sin embargo, aquí estás.

Porque soy una idiota curiosa y la curiosidad mató al gato.

—¿Cuál sería la primera lección, *sensei*? —lo provoco, disfrutando del brillo que cruza su mirada.

Takeshi se levanta.

Camina hacia mí y se detiene a un paso de distancia.

Huele tan bien que me sorprendo inclinándome hacia su cuerpo.

—Silencio —susurra.

—¿Perdón? A mí no me manda callar ni Dios —suelto, sacando genio.

—Esa es la primera lección, *onna*. Saber cuándo el silencio vale más que cualquier palabra.

Oh.

—Mira, creo que hemos empezado mal y tendrás que buscar otra penitencia.

Pasa un dedo por mi barbilla y levanta mi rostro.

—Ni siquiera eres capaz de fingir que eres una *geisha*, ellas dominan la quietud, en cambio, tú usas tu lengua como un arma.

—Hasta ahora me ha servido de maravilla.

—Tú lo has dicho, hasta ahora. —Su mirada se clava en la mía—. Desde esta noche, aprenderás a escuchar.

Lo dice tan despacio que cada sílaba parece tatuarse en mi piel. Sé que debería soltar una carcajada y mandarlo a la mierda, pero lo cierto es que siento curiosidad por todo lo que dice y pretende enseñarme.

—¿Y si no quiero aprender? —pregunto, bajando la voz.

—Entonces me demostrarás que no vales la pena. —Sus ojos se oscurecen un tono—. Pero no creo que seas tan tonta.

Dios… ¿Cómo puede sonar tan insultante y tan adictivo a la vez?

—Muy bien, Doraemon —digo adrede, sonriendo.

—Vuelve a llamarme así y la segunda lección será el castigo.

Mi sonrisa se ensancha.

—Vaya, apuesta fuerte, *Takisoba*.

Él se aparta de mí, una diversión peligrosa se le graba en la mirada.

—Te recojo al amanecer, *onna*. No me hagas esperar, las verdaderas *geishas* nunca lo hacen.

—Espera, ¿qué…?

—¿Creías que, tras todas tus ofensas, me limitaría a unas pocas horas? He decidido que te vienes a Japón.

«Me cagüen la hostia…».

No me esperaba que, tras provocarlo, consiguiera un billete directo a Japón disfrazado de penitencia.

—¿Y si me niego?

—Podrías hacerlo, por supuesto. Y atenerte a las consecuencias. —Y, acercándose hasta mí, me susurra al oído—. Pero no me llaman «el ejecutor de la Yakuza» por simple capricho.

AGRADECIMIENTOS

Este, para mí, es el momento más difícil de una novela, siempre temo olvidarme de alguien y no es algo que haga conscientemente. Por esa razón, en esta ocasión no mencionaré nombres, creo que a estas alturas no es necesario.

Solo quiero agradecer a todos los lectores que me acompañan desde el principio, los que con cada novela me han visto y ayudado a crecer.

A lo nuevos lectores que se han ido uniendo a mi gran familia, porque así es como os considero, mi familia literaria. Los que me expresáis vuestro cariño, ya hayáis leído uno o cada uno de mis libros.

Lo nuestro no es un trabajo fácil, pero todos vosotros lo hacéis especial, y eso es lo más importante de todo.

¡GRACIAS!

SINOPSIS

Soy Sheila García, o eso dice mi documento de identidad. Me crie entre monjas, rezos y normas que aprendí a romper perfeccionando mi cara de santa. Ser huérfana nunca me importó, hasta que descubrí que mi madre me entregó para esconderme de la Yakuza.

Años después, en una fiesta reconocí al hombre que debió casarse con ella. Lo seguí, pero terminé secuestrada. De aquello no solo salí con cicatrices, sino con una meta: descubrir quién soy.

Mi única pista tiene mirada de depredador y una sonrisa que promete placer y muerte a partes iguales. Me acercaré a Kuni Takeshi, el ejecutor de la Yakuza, para obtener respuestas, aunque jugar con el enemigo sea tan adictivo como letal.

Dicen que las *geishas* dominaban el arte de la seducción y la paciencia.

Yo solo domino la ironía, y quizá sea eso lo que Takeshi no vea venir. Después de todo, ¿qué tan difícil puede ser convertirse en una *geisha*?

Firmado: **Geisha**

NOTA DE AUTOR

Soy Noelia Frutos, nací en Puertollano (Ciudad Real) en 1983. Una apasionada de la lectura, libro que cae en mis manos, libro que devoro. Entre mis géneros preferidos está la romántica, en todas sus vertientes.

En el 2019, tras llevar muchas lecturas a mi espalda, decidí aventurarme a escribir mi primera novela romántica, creando así el universo de la banda de rock DarkChord (Acorde Oscuro).

Mi última novela Katrina, se viralizó en TikTok lo que consiguió que llegase a muchísimos de vosotros.

Extrovertida y optimista por naturaleza, siempre intento meter altas dosis de humor en mis novelas a pesar que nunca puede faltar un toque de drama de por medio y amor..., sobre todo amor.

Si te apetece saber más de mí puedes encontrar mis libros en el siguiente código QR:




NF
Noelia Frutos Autora

¡¡Nos vemos en las redes!!

Instagram: @noeliafrutos_autora
Facebook: Noelia Frutos
Tiktok: noeliafrutos_autora
Twitter: noelia_frutos

[1] Hijo de puta, te llegará tu hora y bailaré sobre tu tumba.

[2] Buenas noches en japonés.

[3] Gata, en ruso.

[4] Mi vida, en ruso.

[5] Maldita sea, en ruso.

[6] Loca del demonio, en ruso.

[7] Mi amor, en ruso.

[8] Mi pequeña, en ruso.

[9] Bandera roja.

[10] Niño, en ruso.

[11] Casa dorada, palacio construido por el emperador Nerón, en Roma, tras el incendio del 64 d.C..

[12] Mujer, en japonés.